

Syou Ishida

# Te receto un gato



猫を処方  
いたします。

Descubre la exitosa novela japonesa  
que se ha convertido en una sensación internacional.

Una celebración absolutamente encantadora  
del poder curativo de las mascotas.

 **Premio Kioto**  
**a la Mejor Novela**

 **Lectulandia**

En un oscuro callejón de Kioto se esconde la Clínica Kokoro, un lugar envuelto en misterio al que solo llegan quienes más lo necesitan. Su peculiar tratamiento consiste en «prescribir» gatos, una solución que desconcierta a los pacientes, pero que guarda el potencial de cambiar sus vidas.

Guiados por el excéntrico Dr. Nike y su malhumorada enfermera Chitose, los pacientes buscan respuestas: un joven administrador, cómo recuperar la alegría tras perder su empleo; una madre agotada, la forma de reconectar con su hija; una diseñadora, el descanso que tanto necesita; y una geisha, el consuelo tras una pérdida dolorosa. Cada uno enfrenta sus conflictos internos mientras encuentra en sus compañeros felinos una inesperada guía, demostrando que, a veces, el amor y la compañía de un gato pueden ser el primer paso hacia la sanación.

Syou Ishida

# Te receto un gato

ePub r1.0

Titivillus 11.04.2026

Título original: *Neko wo shoho itashimasu*  
Syou Ishida, 2023  
Traducción: Víctor Illera Kanaya

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

# Capítulo 1



Shuta Kagawa levantó la vista para contemplar el edificio de oficinas al fondo del oscuro callejón. Por fin, después de vagabundear un buen rato por las intrincadas calles del centro de Kioto, había llegado a su destino. La construcción parecía hecha solo para rellenar el estrecho hueco entre los dos inmuebles que lo emparedaban.

—¿Seguro que es aquí? —murmuró inquieto.

Shuta volvió a comprobar la dirección y asintió aún dubitativo.

Le pareció increíble que a estas alturas todavía hubiera lugares que no apareciesen en internet; pero los había, acababa de confirmarlo, y debían de ser todos como este. La luz del día apenas alcanzaba a iluminar aquel rincón y el cielo se veía lejano y neblinoso desde allí. El suelo del callejón estaba medio mojado a causa de la humedad y el edificio parecía viejo y cochambroso.

«Desde luego, menuda forma de indicar una dirección».

Al este de la calle Takoyakushi, al sur de la calle Tominokoji, al oeste de la calle Rokkaku, al norte de Fuyacho, barrio de Nakagyo, Kioto.

Le habían indicado la dirección en el formato típico de Kioto para las localizaciones en el área urbana. A pesar de que en la ciudad las direcciones se basaban en nombres de barrios y números, en el formato tradicional se utilizaban los nombres de las calles que atravesaban la ciudad como puntos de referencia para determinar una ubicación. Esta forma de orientarse resultaba críptica y bastante vaga, y hasta los propios habitantes de Kioto llegaban a encontrarla confusa. De hecho, Shuta había estado dando vueltas por las calles colindantes a la del edificio que estaba buscando sin llegar a localizarlo. Solo había visto el minúsculo callejón que lo conducía a su destino en el último momento, cuando estaba ya a punto de tirar la toalla.

«¿Por qué indican las direcciones de una manera tan desconcertante en esta ciudad?», se preguntó. Para Shuta, que provenía de otra prefectura, los nombres de las calles de Kioto eran un verdadero criptograma, y en cuanto

a esa dirección, parecía estar hecha a propósito, para ahuyentar a los extraños.

Lanzó un suspiro, ya en la sombría callejuela, y se recompuso pensando en que aún era demasiado pronto para desanimarse. Los inquilinos no tenían por qué ser desagradables solo porque lo fuera la ubicación del inmueble. Quizá las construcciones contiguas se habían levantado después; sin duda, el lugar parecía estar aislado a propósito.

La puerta de entrada del edificio estaba abierta. No había ascensor y se veían unas escaleras al fondo del pasillo. La iluminación del interior era pobre y no había nadie. Era un ambiente un poco inquietante. Avanzó por el pasillo y, en las puertas que se sucedían a ambos lados del corredor, vio las placas con los nombres de las empresas que ocupaban las oficinas. No vio ninguna vivienda. No le sonaba ninguna empresa y no le hubiera extrañado que todas se dedicaran a actividades algo turbias.

«¿Y si terminara dedicándome a hacer llamadas telefónicas a ancianos incautos desde una oficina mugrienta en un edificio como este?».

Shuta se imaginó un futuro sombrío y sacudió la cabeza a ambos lados como queriendo desechar esos pensamientos. Había venido aquí justo para evitar que eso sucediera. Subió por la escalera hasta la quinta planta y vio en una de las puertas un cartel que decía: CLÍNICA KOKORO CHUKYO<sup>[1]</sup>.

La puerta de entrada de la clínica se veía vieja, gruesa y pesada; sin embargo, al abrirla la notó sorprendentemente ligera. Asomó la cabeza con timidez por el resquicio y se encontró con un espacio mucho más luminoso de lo que había imaginado. Vio la ventanilla del mostrador al lado de la entrada, pero no había nadie atendiendo.

—Hola —dijo hacia el fondo.

Silencio absoluto.

¿Estarían en la hora de descanso? Se cruzó de brazos. No había podido pedir cita porque no tenía el teléfono ni el correo electrónico de este centro.

—¿Oiga?! —dijo ahora levantando la voz.

Entonces, apareció una enfermera haciendo un suave plaf, plaf, plaf, con sus chanclas. Era una mujer de algo menos de treinta años y con la piel tan blanca que resultaba casi traslúcida.

—¿En qué le puedo ayudar?

—Disculpe. No tengo cita, pero me gustaría que me viera el médico.

—Un paciente, ¿eh? De acuerdo, pase.

La mujer tenía acento de Kansai e inflexiones claras del habla de Kioto. Era joven, pero parecía bastante resabiada.

Tras acompañar a Shuta a la sala de espera, al fondo de la clínica, en la que solo había un pequeño sofá, la enfermera, en vez de ofrecerle asiento, lo hizo pasar directamente a la consulta del médico. Se trataba de un cubículo minúsculo, más pequeño que la sala para fumadores de su empresa, y no había en este más que un escritorio, un ordenador y dos sillas plegables.

¿De verdad era esta la clínica de la que tan bien hablaban? Temió haberse equivocado de lugar.

Todas las clínicas psicológicas a las que Shuta había acudido anteriormente eran espaciosas y elegantes. Ninguna estaba en edificios tan viejos y poco acogedores, la cita previa era siempre obligada y solo en rellenar el cuestionario antes de la consulta se tardaba casi una hora. Que el médico lo viera sin cita era de agradecer, pero le extrañó que ni siquiera le hubiesen pedido la tarjeta del seguro médico.

Poco después, se descorrió la cortina dispuesta al fondo de la consulta y apareció el médico en bata blanca. Era un hombre de unos treinta años, de maneras suaves y expresión amable.

—Hola. Es la primera vez que vienes, ¿verdad? —le preguntó sonriendo fugazmente. Hablaba con una voz bastante aguda y nasal, acompañada de una cadencia típica de Kioto, cercana pero sin dejar de ser formal.

»Por cierto, ¿dónde nos conociste?

—Pues... —musitó Shuta, y se quedó callado. Por un momento dudó si mentir, pero decidió contarle la verdad—: Lo he conocido indirectamente, a través de un antiguo superior mío en una empresa en la que estuve trabajando. Resulta que el primo de la mujer de su hermano tiene un cliente que había venido a esta clínica y..., bueno, me habló muy bien de este sitio.

Lo que sabía de la clínica era poco menos que un rumor. Le habían dicho el nombre, la dirección poco precisa, que le había parecido tan críptica, y que estaba en la quinta planta del edificio, nada más.

No era la primera vez que Shuta visitaba una clínica psicológica. A la primera consulta había acudido hacía seis meses. En aquella ocasión tampoco tenía muchas esperanzas de que pudieran ayudarle a solucionar sus problemas. Tan solo pensó que tenía que hacer algún tipo de esfuerzo y

poner de su parte, si quería mejorar. Ese primer impulso lo llevó a visitar todas las clínicas con buenas opiniones en internet que había encontrado cerca del trabajo y de su casa.

En el que ahora estaba, era el primer centro al que acudía fuera del área que había explorado al inicio, y había llegado dejándose guiar por un rumor. Pero nunca imaginó que estuviera escondido en un lugar tan deprimente.

—Vaya..., eso es un problema. Es que no estamos atendiendo a pacientes nuevos. Ten en cuenta que aquí solo trabajamos una enfermera y yo —dijo el médico suspirando lenta y delicadamente.

Shuta se sintió desanimado. «Aquí tampoco me van a ayudar», pensó. Todas las clínicas como esa se anunciaban con grandes reclamos de atención y con los brazos abiertos para con los «enfermos del corazón», pero la verdad era que pocos médicos se mostraban sinceramente empáticos y dispuestos a ayudar cuando Shutales contaba su problema. Estaba a punto de decir: «En ese caso, me voy...», cuando el médico esbozó una sonrisa maliciosa. Su mirada era de pronto la de un niño travieso.

—Pero, bueno, no te preocupes. Ya que has venido recomendado, haré una excepción contigo.

Shuta tuvo la sensación de que la minúscula estancia, ya de por sí tan estrecha que casi se rozaban las rodillas, se hacía aún más angosta. El médico se volvió hacia la mesa y comenzó a teclear en el ordenador.

La consulta empezó sin más preámbulos:

—A ver, ¿cómo te llamas y cuántos años tienes?

—Me llamo Shuta Kagawa y tengo veinticinco años.

—Cuéntame, entonces. ¿Qué te ocurre? —le preguntó el médico con calma.

Shuta se puso nervioso.

Era una situación que había vivido muchas veces y cuyo desenlace conocía bien: los médicos, tras escucharlo con atención durante el tiempo estipulado, le daban las mismas respuestas de siempre. «Debe de ser difícil. No deberías trabajar tanto. No tienes que seguir sufriendo, si no quieres». «Has hecho bien viniendo. Muchas gracias por habernos elegido». Inexplicablemente, algunos médicos le daban las gracias. Pero después, todos le recetaban el mismo tipo de medicamentos. Al final, lo único que le aliviaba el dolor eran los somníferos, y no los médicos.

—Yo...

Insomnio, pitidos en los oídos, pérdida de apetito... Cuando pensaba en el trabajo sentía una fuerte opresión en el pecho, le costaba respirar y no podía dormir durante la noche. Pero, dicho así, sus síntomas eran los típicos de un caso de ansiedad laboral que no causaba ninguna gran impresión en los médicos. Esta vez tenía que ser diferente, y para eso debía explicar su situación mejor de lo que lo había hecho hasta entonces.

Aun así, lo primero que dijo, casi de forma inconsciente, fue lo que realmente anhelaba:

—Quiero dejar el trabajo.

—Entiendo.

El médico reaccionó de inmediato a su débil lamento. Shuta se sorprendió.

—Oh, no, bueno... No quiero dejar mi trabajo. En realidad, lo que me gustaría es saber cómo puedo seguir trabajando en la misma empresa. Es una sociedad bastante grande que se dedica a la intermediación y compraventa de valores, como las que se anuncian por televisión, pero que explota y trata muy mal a sus empleados. Una empresa con un trasfondo algo turbio, vaya.

—Entiendo —volvió a decir el médico con calma, antes de esbozar una gran sonrisa y añadir—: Te voy a recetar un gato, y veremos cómo va, ¿de acuerdo? —Se giró en la silla dándole la espalda a Shuta y habló hacia la cortina—: Señorita Chitose, tráigame al gato, por favor.

—De acuerdo —respondió una voz detrás de la cortina, y de inmediato apareció la enfermera de tez blanca que lo había recibido.

No se había fijado al entrar, pero era una mujer con una presencia peculiar y con un extraño brillo en la mirada. No llamaba la atención por su belleza, aunque era guapa. La enfermera miró a Shuta con desconfianza, y le dijo al médico secamente:

—¿Está seguro, doctor Nike?

—Claro que sí, irá perfecto.

En contraste con las maneras bruscas de la enfermera, las del médico eran sosegadas y cálidas. La clínica resultaba, sin duda, peculiar, al igual que el nombre del médico. La enfermera dejó encima de la mesa el transportín para mascotas que había traído y desapareció detrás de la cortina. El transportín era un modelo sencillo de plástico, con rejillas a los lados.

Y dentro, en efecto, había un gato.

Shuta se quedó atónito. No sabía cómo reaccionar ni qué decir. Miró fijamente al animal. Era un gato de verdad. Uno de esos corrientes, de pelo gris, sin otro rasgo destacable que el de sus grandes ojos redondos y dorados, que Shuta distinguió en la penumbra del transportín. El gato también miraba fijamente a Shuta. Parecía recelar de él.

—Entonces, Shuta, probemos esto durante una semana, ¿de acuerdo?

—Sí...

—Te voy a preparar la receta para que la presentes en la ventanilla de recepción.

—¿Preparar... una receta?

—Por supuesto.

Hablaba con total normalidad, pero la situación era absurda. Shuta preguntó sin apartar la mirada del gato:

—¿Esto... es un gato?

—Sí, claro que es un gato.

El médico actuaba con toda naturalidad. En el interior del transportín había, efectivamente, un gato, se mirase por donde se mirase; pero Shuta estaba empezando a dudar de lo que veía con sus propios ojos.

—¿Es... un gato de verdad?

—Por supuesto, ¿no lo ves? Y además, funciona de maravilla. Por algo se ha dicho siempre que los gatos son el remedio para todos los males. En fin, uno de estos resulta mucho más efectivo que cualquier medicamento tradicional.

Shuta no entendía nada y estaba cada vez más confuso. El médico le entregó una nota de papel.

—Aquí tienes la receta. Preséntala en recepción para que te den las cosas que necesitarás para cuidar del gato. Nos vemos dentro de una semana, ¿entendido? Y ahora, tengo que atender a un paciente que viene con cita, así que si no te importa... —dijo señalando la puerta e invitándolo a salir.

Shuta, que se había quedado pasmado, al recobrar la compostura soltó una carcajada espontánea.

—Ja, ja, ja... Claro, ya lo entiendo. Esta es la famosa terapia con animales, ¿no es cierto?

La situación inesperada lo había descolocado, y no se dio cuenta hasta ese momento. Pero ahora todo cobraba sentido. Se trataba de mejorar el

bienestar y la salud a través del contacto con animales. Shuta miró riendo al médico, pero este, imperturbable, no movió ni un músculo de la cara. Le pareció que estaba tratando de estudiar su reacción.

—¿Así que coger desprevenidos a los pacientes también forma parte de la terapia? Claro... Por eso no tienen publicado en ningún sitio lo que hacen aquí. ¡Pues ha funcionado, ya lo creo! Por un momento me he quedado totalmente en blanco. Recetar un gato, ¿eh? Muy interesante.

Shuta acercó la cara al transportín y volvió a mirar en su interior. El gato seguía observándolo con los ojos muy abiertos. No sabía mucho de animales, pero sonrió con amargura pensando que quizá el gato también estaba confuso.

—Es muy bonito. Pero yo diría que no le caigo especialmente bien.

—¿Mmm? A ver, a ver.

El médico acercó tanto la cara al transportín que casi le rozó el pómulo a Shuta, que seguía mirando al gato. Shuta se sobresaltó, pero al médico no pareció importarle lo más mínimo. Pegó su nariz a la rejilla y miró inquisitivo al interior.

—¿Qué?, ¿cómo lo ves? Bien, ¿no? Vale, vale. —El médico se volvió hacia Shuta—. Nada, dice que ningún problema.

—¿Cómo? No ha dicho nada... Y en todo caso, ¿qué va a decir? Me tiene miedo, estoy seguro.

—¿Tú crees? Venga, vale. —Pegó de nuevo la nariz al transportín—. ¿Qué? ¿Algún problema? No, ¿verdad? —Levantó la cara y rio—. Confirmado. Dice que ningún problema.

—No, es que... A ver si nos entendemos... Lo que quiero decir es que el gato se va a sentir incómodo con alguien tan poco familiarizado con animales como yo. Puedo entender que en esto consista la terapia, pero ¿no le preocupa?

—Tranquilo, no hay por qué preocuparse. La efectividad de los gatos está garantizada, estén o no los pacientes acostumbrados a convivir con animales. Y ahora, por favor, me está esperando otro paciente, así que... —dijo sonriendo, y se puso de pie. Cogió el transportín y lo colocó sobre las rodillas de Shuta.

—Oiga, pero... —farfulló Shuta.

El médico repuso con una sonrisa que no admitía réplica:

—Nos vemos dentro de una semana.

Shuta seguía sin entender del todo lo que estaba ocurriendo, pero no tuvo más remedio que salir del cuartito con el transportín en brazos. Fue como si el médico lo hubiera despachado sin más.

Regresó a la sala de espera, pero no vio a nadie en el sofá. Se quedó plantado y sin saber qué hacer. Al rato, vio como una mano pálida lo llamaba desde la ventanilla de recepción.

—Señor Kagawa, acérquese.

—S... sí.

Era todo muy extraño. Aquello tenía que ser una broma, un montaje, quizá la grabación de algún programa de la tele. Inquieto, recorrió el lugar con la mirada buscando alguna cámara oculta que lo estuviera grabando.

Cuando se acercó dubitativo a la ventanilla, vio asomada en ella a la enfermera:

—Deme la receta —le dijo.

Shuta obedeció y le entregó el papelito que le había dado el médico. La enfermera desapareció.

El transportín se movió inestable. Pesaba bastante.

Qué sensación tan extraña. No había vuelto a cargar con un animal desde que en primaria estuvieron cuidando un conejo en clase entre todos los alumnos del curso. El gato, por su parte, parecía tranquilo a pesar de que se lo estaba obligando a participar en aquella farsa. Sintió simpatía por el animal.

La enfermera reapareció a los pocos segundos.

—Tome, aquí tiene —dijo sacando una bolsa de papel por la ventanilla. Shuta no tuvo más remedio que aceptar aquella entrega. Con una mano cogió por el asa el transportín que hasta ese momento había sujetado con los dos brazos, y tomó la bolsa con la otra. El animal se deslizó dentro de la caja y esta se inclinó.

—Huy, perdone —le dijo Shuta al gato—. Oiga, ¿qué hay dentro de la bolsa? Pesa bastante.

—Son los enseres del animal. Dentro encontrará también unas instrucciones, así que léalas con atención —repuso tranquilamente la enfermera. Su acento de Kioto, que en condiciones normales le hubiera parecido coqueto y agradable, le resultó frío y antipático.

Miró dentro de la bolsa. Vio un plato y una bandejita de plástico, y también un paquete que parecía la comida del gato. «Claro, son las cosas que necesito para poder tenerlo en casa», se dijo. Desde luego, era una

puesta en escena de lo más elaborada. Pero tanta atención a los detalles lo inquietó aún más, en vez de tranquilizarlo.

—¿Hasta cuándo va a seguir esta pantomima? Es que ya me está pareciendo un poco excesiva, no sé...

—Si tiene dudas acerca del tratamiento, hable con el doctor. Cuídese —le espetó la enfermera maquinalmente, mientras ya estaba atendiendo otro asunto con la mirada fija hacia abajo.

—Perdone...

—Que le vaya muy bien.

—Oiga, pero...

—Cuídese mucho.

Aquello era un diálogo de besugos. Shuta abandonó la clínica cargando con todos los bártulos. Tenía ambas manos ocupadas y al salir le costó abrir la puerta.

«Pero ¿qué demonios ha sucedido?»

Shuta estaba atónito. Justo en ese momento, se cruzó en el pasillo con un hombre de aspecto poco fiable. Este pasó por delante de Shuta y abrió la puerta contigua a la de la clínica.

Cuando Shuta comenzó a avanzar por el pasillo buscando la escalera, sintió una mirada en la nuca. Se dio la vuelta y vio al hombre de antes mirándolo con una cara extraña. Parecía a punto de preguntarle algo. Shuta apretó el paso y se alejó del lugar. No era fácil bajar por la escalera evitando que el transportín se ladeara constantemente. Llegó a la planta baja y salió a la calle, donde notó un desagradable olor a moho. El olor era real. Y las cosas con las que iba cargado también eran reales.

Su antiguo superior le había recomendado la clínica. A él se lo había aconsejado su hermano menor. Y a este, su mujer. Y a su mujer, su primo... Shuta sabía de sobra que un rumor se va transformando de boca en boca, como en el juego del teléfono roto, hasta que el mensaje original resulta irreconocible.

Dio un paso, luego otro, y otro más... Pero nadie apareció para anunciar el final de la escena. La atractiva enfermera de tez pálida tampoco salió corriendo detrás de él, disculpándose entre risas por la broma. No oyó ninguna voz proclamando el final de la secuencia, ningún enérgico «¡Corten!», como en las grabaciones de películas y series.

Una de dos: o el médico y la enfermera eran unos completos desaprensivos o bien eran unos auténticos estafadores. Pero lo único

seguro por el momento era que se llevaba un gato a casa como tratamiento para sus problemas.

«Con la de vueltas que he tenido que dar para encontrar esta clínica... ¡Menuda recomendación!», se dijo mientras, en el fondo, no podía evitar reírse un poco de sí mismo.



No resultaba fácil transportar un animal. No podía cruzar deprisa por los pasos de cebra ni cargar el transportín al hombro para aliviar el cansancio de los brazos. Shuta tardó más de media hora en llegar a su apartamento, con el transportín cogido de una mano y el gato moviéndose incómodo en su interior. Cuando por fin llegó, tenía los antebrazos tan tensos que parecían de piedra.

Entró en el apartamento y dejó el transportín en el suelo. El gato debió de intuir que había llegado a su destino y comenzó a agitarse. A Shuta le dio pena tenerlo encerrado y le abrió la puerta para que pudiera salir.

Pero no salió.

—Eh, gatito, ¿qué te pasa? Ya puedes salir.

Nada. El animal siguió en su sitio. Shuta se agachó preocupado y miró dentro del transportín. Lo vio encogido al fondo del pequeño cubículo. «¿Qué le pasará?», se preguntó. Abrió la bolsa que le habían dado en la clínica en busca de una respuesta; allí encontró dos recipientes del mismo tamaño. Agitó el paquete de comida de gato, que emitió un suave zac, zac, zac. Debía de ser pienso seco.

—Bueno, de momento le daré un poco de agua.

Llenó uno de los recipientes con agua de grifo y lo puso delante de la puerta del transportín. El gato no se movió.

—¡Oh, claro!, la enfermera me dijo que en la bolsa había unas instrucciones. Veamos...

Sacó la nota y empezó a leerla, lanzando miradas de reojo al gato.

Nombre: B. Sexo: hembra. Edad estimada: ocho años. Raza: gato común. Alimentación: mañana y noche a discreción. Agua: a demanda. Limpieza del arenero: cuando sea necesaria. Básicamente, la gata puede permanecer a su aire durante todo el día y, en principio, no necesita ningún cuidado especial. Guarde objetos pequeños que pudieran ser ingeridos por el animal, así como platos y vasos que pudieran romperse, en lugares a los que la gata no pueda acceder.

También tenga cuidado con las macetas y otros objetos pesados. No saque la gata a la calle. Nada más.

Por si acaso, Shuta volvió a leer la nota, pero no había pasado nada por alto.

«Vaya... Nunca he tenido una mascota. ¿Seré capaz de cuidar de B durante una semana? ¿Cómo se usará la bandeja de plástico y la arena para gatos? ¿Podrá hacer sus necesidades sin ayuda y sin manchar la habitación? ¿Cuánta comida debería darle? ¿Y si arañara las paredes?»

Tenía muchas preguntas, y a nadie a quien preguntar. Tendría que buscar las respuestas en internet. Eso sí, al menos sabía cómo se llamaba la gata. Se tumbó en el suelo y volvió a mirar dentro del transportín. Sus ojos se encontraron con la mirada dorada e imperturbable del animal.

—B, ¿eh? Oye, B, venga, sal de ahí. Eres una chica, ¿no? Seguro que tienes hambre. Te voy a dar un poco de pienso.

Estaba empezando a hacerse de noche. Era la hora de cenar para los humanos, y seguro que lo era también para la gata. Mientras leía las instrucciones en la parte trasera del paquete de pienso y buscaba información adicional en el móvil para saber qué cantidad darle, B asomó con timidez la cabeza por la puerta del transportín.

—¡Eh, por fin! —exclamó Shuta.

Pero la gatita se volvió a esconder de inmediato. Con todo lo que había tardado en animarse..., y él la había asustado con su exclamación. Shuta decidió esperar pacientemente a que saliera del transportín sin hacer el más mínimo ruido y casi conteniendo la respiración. Al rato, la gata asomó de nuevo la mitad de la cabeza. Miraba a Shuta volviendo los ojos hacia arriba. Siguieron así, estudiándose en silencio, durante unos instantes. Más que como temiendo a Shuta, parecía que la gata lo estuviera poniendo a prueba, mientras que este, sentado en una postura extraña, empezaba a sentir calambres en las piernas. Aun así, Shuta logró permanecer inmóvil, aguantando los pequeños temblores que comenzaban a recorrerle el cuerpo.

Por fin, la gata sacó una de las patas delanteras del transportín, pero la mantuvo en el aire, sin posarla de inmediato en el suelo. Con su mirada, parecía estar advirtiéndole a Shuta de que si daba un solo paso en falso, volvería a refugiarse de nuevo en el transportín.

«Vamos, por favor, sal de una vez. No aguanto más estos calambres».

Cuando Shuta estaba a punto de cambiar de postura, la gata bajó muy despacio la pata delantera. La pata apoyada el suelo le recordó a Shuta la muñeca regordeta de un bebé. Era una monada. Poco a poco, B fue dando pasos para salir por completo del transportín hasta que, por último, su larga cola quedó enteramente a la vista.

«Pues es una gata bastante grande». Esa fue la primera impresión que tuvo. Pero en realidad no era tan grande, sino que se la había imaginado más pequeña. Recordó un vídeo que había visto una vez, donde un gato lograba atravesar un estrecho hueco entre dos paredes. El pelaje de la gata, suave y esponjoso como una gruesa manta gris, parecía que se desbordaría por los bordes si intentaba colarse por un espacio similar.

Por fin Shuta pudo corregir su postura. Estiró las piernas con cuidado, apretando los dientes, procurando no perder el equilibrio para no asustarla con un ruido estruendoso si llegaba a caerse. Pero ella ignoró por completo a Shuta, que sufría en silencio, y avanzó hacia el recipiente con agua. Acercó el hocico a la superficie para olisquearlo y comenzó a beber, apenas rozando el agua con la punta de la lengua.

Shuta la observó con una sensación extraña mientras se frotaba las piernas entumecidas. Plip, plip, resonaba con delicadeza la lengua de la gata al tocar el agua. Aquel era un sonido por completo nuevo en el apartamento. La gata parecía ahora algo menos alerta, aunque seguía lanzando miradas furtivas a derecha e izquierda. Finalmente, posó su mirada en el paquete de comida para gatos.

—¡Ah, ya veo! Dame un segundo, ¿de acuerdo?

Después del agua, la comida. Shuta sonrió. Era bastante fácil entenderla.

Abrió la bolsa del pienso y echó un poco en el otro recipiente. La gata se quedó sentada, manteniendo la compostura mientras observaba el pienso que caía en el plato con un suave fra, fra, fra. Shuta pensaba que la gata se abalanzaría sobre la comida en cuanto la tuviera a su alcance, pero no fue así: para su sorpresa, permaneció en su sitio contemplando la escena con las pupilas muy dilatadas.

—Venga, a comer. Mira qué buena pinta tiene. ¿Lo ves?

Shuta cogió un poco de pienso con los dedos y fingió llevárselo a la boca, como si estuviera comiéndolo. Pero la gata no reaccionó y siguió mirándolo fijamente como diciendo: «¿Qué narices está haciendo este tipo?». Shuta se sintió ridículo por la tontería que acababa de hacer y se

dejó caer bocarriba en la cama. Hizo como que se desentendía de la gata, pero siguió mirándola de reojo.

Al rato, la gata se acercó con sigilo al plato y comenzó a mordisquear el pienso. Comía emitiendo un ruidito discreto: cra, cro, cra, cro. Era un animal silencioso, pero difícil de ignorar.

«O sea, que así son los gatos», pensó distraídamente.

Shuta vivía solo, por lo que la presencia de la gata en el apartamento le resultaba un tanto extraña. Paseó la vista por el cuarto y vio que tenía sus cosas amontonadas sin orden ni concierto. Los libros de manga y las cajas de videojuegos estaban abiertos y tirados de cualquier manera. Entre semana, Shuta solo volvía a casa para dormir, y durante el fin de semana y los festivos dormía hasta mediodía. No es que la habitación se viera triste y desangelada por estar demasiado vacía, sino porque nada parecía dispuesto con un mínimo de cariño o gracia. Y no tenía macetas con plantas, claro que no. Si alguna vez se le hubiera ocurrido traer una, la planta habría muerto enseguida.

Decidió ponerse a limpiar y ordenar un poco la habitación. Tiró a la basura los tapones de las botellas de plástico y los palillos usados que estaban esparcidos por el suelo. Recogió la ropa y las revistas y las apartó en un rincón. Se dio cuenta de que hacía muchísimo tiempo que no emprendía algo voluntariamente, aparte del peregrinaje por las clínicas psicológicas, claro está. Solo había limpiado y ordenado por encima la habitación, pero se sintió bien consigo mismo después de hacerlo.

—Oh, claro, esto es lo más peligroso.

Se refería a los somníferos desperdigados sobre la mesa: los recogió uno a uno y los guardó con cuidado en un cajón.

Después de comer, la gata comenzó a pasear por el apartamento, caminando con tranquilidad y olisqueando cada rincón. Daba gusto verla mientras se movía sinuosa y ligera como una pluma. A Shuta le relajó ver a la gata explorar el cuarto. Aquello era, sin duda, una terapia de choque, pero le pareció muy eficaz.

¿Dónde dormiría la gata? No tenía ninguna camita para ella. Aunque aún no hacía frío, pensó en improvisarle una acomodando un forro polar. ¿O quizá preferiría meterse en la cama con él? El tiempo pasó rápido mientras reflexionaba sobre esas posibilidades, y esa noche se quedó dormido sin necesidad de tomar somníferos.



Shuta cogió con los brazos el transportín y subió la escalera corriendo de un tirón hasta la quinta planta. Al llegar, entró apresuradamente en la Clínica Kokoro Chukyo y, sin aliento, depositó el transportín delante de la ventanilla de recepción. Alzó la vista y vio a la enfermera sentada al otro lado del mostrador.

—Vengo por un asunto relacionado con la gata. Tengo que hablar de forma urgente con el doctor.

—Señor Kagawa, su cita es dentro de cuatro días. Todavía le quedan cuatro días de gata.

—No, mire... Es que ya no la quiero —dijo trabándose por la excitación y la falta de aire—. Necesito hablar con el doctor. Esperaré lo que haga falta.

—En ese caso, pase a la consulta.

—Estoy dispuesto a esperar las horas que... ¿Cómo dice?

—Pase a la consulta.

Cuando lo repitió por segunda vez, la enfermera ya había bajado la mirada y estaba haciendo otra cosa. Shuta se quedó boquiabierto. Había salido disparado del trabajo, había vuelto a casa a toda prisa, había metido a la gata en el transportín y había corrido hasta la clínica, casi como si la vida le fuera en ello. Y es que necesitaba soltar toda la rabia acumulada o no se iba a quedar tranquilo. Pero la reacción serena y comprensiva de la enfermera lo desarmó.

—Oiga...

—Por favor, espere en la consulta —insistió la enfermera sin admitir réplica.

Shuta recogió el transportín, pasó por delante del sofá y esperó al médico en la estrecha consulta.

El transportín le pesaba sobre las piernas y además lo notaba inestable porque la gata no paraba de moverse dentro. «No, si esta pobre no tiene la culpa», se dijo Shuta, pero ni siquiera ese razonamiento consiguió calmar su enfado.

Por fin, se descorrió la cortina y apareció el médico.

—¡Shuta! ¿Otra vez aquí? ¿Qué ha pasado?

Shuta explotó en cuanto vio su sonrisa bonachona:

—¡Me han despedido! ¡Del trabajo! Por... por... ¡por culpa de esta gata!

¡Pues claro que la gata era la culpable! ¡Vaya sorpresa! Agarró con fuerza los bordes del transportín, como queriendo hacer patente su ira. La gata, al notar su agresividad, le lanzó un bufido.

—Hombre, eso es una buena noticia, ¿no? —dijo el médico sin dejar de sonreír.

Shuta lo miró con los ojos abiertos como platos:

—¿Una buena noticia?!

—¿No me dijiste que querías dejar el trabajo? Si lo has podido dejar, es que se ha cumplido tu deseo, ¿no es así? Hemos acertado de lleno con esta gata, ¿eh? Su efectividad es indiscutible.

El médico sonreía satisfecho. Y aquella sonrisa franca no pudo por menos que aplacar un tanto su ira.

«¡Bah! No hay nada que hacer. Es inútil intentar razonar con esta gente, una auténtica pérdida de tiempo. Para colmo, ni siquiera me han ofrecido un tratamiento en condiciones, ¿qué voy a esperar?»

Aun así, Shuta no quiso quedarse callado; bajó el transportín de sus rodillas al suelo y habló con firmeza:

—Mire, doctor, en ningún momento he querido dejar el trabajo. Vine a esta consulta precisamente porque no quería dejar de trabajar en esa gran empresa por la que tanto me había esforzado para entrar.

El médico ladeó la cabeza con curiosidad:

—Pero ¿no decías que era una empresa que explotaba y trataba fatal a sus empleados?

—Sí, pero... pasa más o menos lo mismo en todas las empresas. Empresas grandes, pequeñas..., da igual. Ninguna es perfecta.

Se sorprendió a sí mismo defendiendo a una compañía a la que, en el fondo, consideraba poco menos que la encarnación del mal. Pero, al fin y al cabo, no hacía más que repetir lo que sus amigos le habían dicho tantas veces: todas las empresas son iguales, date por satisfecho con cobrar todos los meses, no seas tan caprichoso, quieres vivir demasiado bien..., y cosas por el estilo. Así que había hecho de tripas corazón y, como pudo, había aguantado hasta ahora. Pero todo ese esfuerzo no había servido para nada. Pensar en ello era desalentador, como para hundirse y no volver a levantar cabeza.

—Se han pasado despidiéndome con tanta facilidad. No hay derecho. ¿Para qué me he esforzado y sufrido tanto hasta ahora?

—Mmm... —El médico miró su reloj de pulsera—. Ya que estás aquí, si quieres, te puedo escuchar un rato. Aún no ha llegado el paciente que viene con cita.

El tono de voz del médico sonaba empático y comprensivo, aunque a Shura también le daba la impresión de que estaba divirtiéndose de algún modo, como si la situación le hiciera gracia.

Shuta se sintió abatido. Esa clínica era, sin duda, diferente a cualquier otra. Por muy dolorido que se confesara, por muchas lágrimas que derramara, aquí solo recibiría una compasión superficial. Quizá eso fuese mejor que la falsa empatía de otros lugares. Sentado frente a Shuta, aquel extraño médico lo miraba con una leve sonrisa dibujada en los labios.

—Todo fue bien el primer día —dijo Shuta—. B estuvo tranquila, y a la mañana siguiente le dejé la comida y me fui, como siempre, a trabajar.

De hecho, así había sido. La gata había logrado que se sintiera mejor la primera noche; pero ese había sido el único cambio, y el resto de su vida había seguido siendo exactamente igual que antes. El sufrimiento que suponía trabajar en una empresa en el filo de la legalidad no se iba a resolver con la llegada de una gata. La vida era mucho más complicada que eso.



«Vaya, cuidar de un gato es más fácil de lo que pensaba».

Shuta sonrió mientras observaba a la gata, que comía con calma. Estaba claro: no había ninguna necesidad de preocuparse de que la habitación estuviera destrozada cuando despertase a la mañana siguiente.

En efecto, por la mañana la gata estaba hecha un ovillo debajo de la mesa, y todo en orden. Se acercó a Shuta en cuanto este se levantó de la cama. «¿Apenas llevas un día aquí y ya te has familiarizado con mi casa y conmigo?», se preguntó. Quizá estaba entrenada para adaptarse rápido a los lugares y las personas. Shuta fue al cuarto de baño, y la gata fue detrás.

—¿Qué te pasa? ¿Tienes hambre?

Miró riendo al animalito que tenía a sus pies. La gata comenzó a frotar su cabeza contra los tobillos de Shuta, y él se sorprendió por la fuerza con la que se restregaba. Sus orejas se doblaban con cada topetazo. La noche anterior le había dado miedo tocarla por si lo arañaba, pero ahora estaba tan cariñosa con él que le resultó imposible no hacerlo.

Se agachó y le acarició la frente con la punta de los dedos. La notó tersa y suave. Era una sensación realmente peculiar. Había imaginado un pelaje áspero, como las cerdas de un cepillo, pero era por completo diferente. De pronto, la gata levantó la cabeza y Shuta retiró la mano de prisa temiendo que lo pudiera morder o arañar. Sin embargo, lejos de atacarlo, la gata estiró el cuello y, con aún más insistencia, volvió a frotarse contra la palma abierta de su mano, como para pedirle que la siguiera acariciando.

—¡Qué gusto da acariciarte! ¡Eres tan delicada y estás tan calentita!

Pero no era blanda ni frágil como un peluche y transmitía una firmeza sorprendente al tacto. ¿A qué se parecía aquella sensación? ¿Quizá a la de sostener una pelota de tenis nueva y mullida?

Al ver los pelos que le asomaban entre los dedos de la mano cuando la acariciaba, Shuta se dio cuenta de que el pelaje de la gata tenía más capas de las que aparentaba a simple vista, con una pelusilla blanquecina y aún más suave al tacto en las capas más profundas. El color del pelo, que el día anterior le había parecido de un gris uniforme, revelaba ahora partes entremezcladas de un marrón claro que dibujaba motivos ondulantes que solo se distinguían al observarla muy de cerca. Le pareció hermosa.

Shuta terminó cediendo ante las muestras de cariño de la gata y le puso la comida y el agua antes de prepararse para ir a trabajar. Se dio cuenta de que las mascotas podían alterar el ritmo de vida de quien las cuidaba.

—A lo mejor me va bien tener estas preocupaciones —se dijo.

Se agachó y observó a la gata mientras comía su pienso. Había dormido bien y no sentía la habitual pesadez que lo aquejaba. Aun así, pensar que tenía que ir a trabajar lo deprimía igualmente. Pero quizá ese día marcaría el inicio de un cambio y las cosas empezarían a mejorar. Ese era el mantra que se repetía todas las mañanas. Si lograba superar ese día, tal vez el siguiente fuera mejor. No; todavía no podía permitirse dejar el trabajo.

Volvió a rascar con la punta de los dedos la frente de la gata, que ahora bebía agua. Ella cerró los ojos con un gesto placentero. Por alguna extraña

razón, Shuta empezó a sentir que tal vez ese fuera el último día de sufrimiento y que, superado ese último trance, quizá comenzara una nueva etapa en su vida.

Pero todo eso no fueron más que vanas ilusiones.



El ronco vozarrón de Emoto resonó en toda la planta y Shuta sintió como se le encogía el estómago:

—¡Por tercera semana consecutiva, el inútil de Mamiya es el mejor empleado de nuestro departamento! ¡Un gran aplauso para nuestro grandísimo inepto!

Sonaron algunos aplausos dispersos. Aquel era el ritual semanal de humillación pública que se llevaba a cabo durante la reunión matutina en la oficina. Emoto, el jefe del departamento, de pie junto a su mesa y de espaldas a la ventana, humillaba al comercial Mamiya delante de todos los compañeros.

—Que sepáis que el torpe de Mamiya es el que nos pone palos en las ruedas a todos. Por su culpa, por mucho que nos esforcemos, nunca logramos alcanzar nuestros objetivos. ¿Estás contento, Mamiya? Cobrar sin mover un dedo es el sueño de cualquiera.

Emoto, originario de Osaka, solía hablar, incluso en público, exagerando las inflexiones del dialecto de Kansai, puede que influido también por estar en Kioto. Mamiya permanecía en silencio, con la cabeza gacha. Ninguno de los demás comerciales del departamento se atrevía a mirarlo directamente. Ser humillado sin piedad, como lo estaban haciendo con Mamiya, podía dejar a cualquiera destrozado. A Shuta se le revolvía el estómago al presenciar aquella escena.

—¡Eh, Kagawa!

Emoto lo llamó, y Shuta dio un respingo.

—S... ¿sí?

—Te recuerdo que tú tampoco eres mucho mejor que él. Desde luego, no sé ni cómo os atrevéis a seguir viniendo aquí. Si estuviera en vuestro lugar, habría dejado la empresa hace mucho tiempo, por pura vergüenza.

Su vozarrón volvió a retumbar en toda la planta, y a Shuta se le encogió aún más el estómago. Sin embargo, había aprendido que en esas situaciones era mejor esbozar una sonrisa torpe que agachar la cabeza con aire de culpa.

—Je, je, je...

—¡De qué te ríes, inútil! Los enclenques y paliduchos como tú no sabéis trabajar. Los buenos comerciales tienen la piel morena y curtida de estar todo el día en la calle. ¡Mira estos brazos! —exclamó adelantando sus antebrazos de color marrón oscuro para mostrárselos—: ¡Así son los brazos de un hombre como Dios manda!

Pero sus muñecas y sus manos eran blancas. Se trataba del clásico bronceado de alguien que jugaba mucho al golf. Por supuesto, Shuta no le dijo ni una palabra y se limitó a mantener su estúpida sonrisa:

—Je, je, je...

Emoto chascó la lengua, dejó en paz a Shuta y comenzó a hostigar a otro empleado:

—Por cierto, no irás a cobrar las horas extras, ¿eh?, algo he oído. ¿Acaso pretendes que se te premie por tu desgana? ¿Has visto tus resultados? ¿O es que eres tan incompetente que ni siquiera sabes mostrar gratitud hacia la empresa que te da de comer?

Emoto hostigaba a todo el mundo, salvo a los comerciales que conseguían buenas ventas. También solía aporrear a sus empleados en la cabeza con fajos de documentos o lanzarles un bolígrafo. Sin embargo, las reprimendas durante la reunión matinal eran, sin lugar a duda, el castigo que más temían los empleados. Shuta había pasado varias veces por aquel terrible trance, y en todas las ocasiones le había resultado imposible contener los temblores de miedo, vergüenza y humillación. Y la cosa no quedaba ahí: como si la experiencia no fuera lo bastante traumática, después de aquella lapidación verbal, los compañeros evitaban relacionarse con la víctima durante un tiempo, temerosos de que dirigirle la palabra pudiera provocar nuevas represalias de Emoto. En la empresa todos trabajaban bajo una amenaza permanente de castigo: si bien Emoto era famoso por ser el típico superior que acosaba sin piedad a sus empleados, abusando de su posición, no era, en absoluto, el único en la empresa que lo hacía. En los demás departamentos sucedía más o menos lo mismo. En el departamento de ventas, los comerciales que no cumplían con sus objetivos perdían incluso sus derechos básicos. Los que no

soportaban la presión, simplemente presentaban su renuncia y desaparecían. Si uno quería seguir en la empresa, debía lograr buenos resultados.

Aquel día, Shuta terminó su ronda de citas sin conseguir gran cosa. Aunque algunos posibles clientes ancianos lo habían escuchado con atención durante un buen rato, ninguno quiso aumentar el saldo de sus cuentas de valores. Cerrar una venta en una visita no era tarea fácil, y menos para los comerciales jóvenes con poca experiencia como Shuta. De hecho, la mayoría de las veces ni siquiera le daban la oportunidad de presentar los productos; sencillamente, le cerraban la puerta en las narices.

Cuando Shuta había comenzado a trabajar en esa compañía, había descubierto que el verdadero objetivo del negocio de las empresas financieras era el cobro de comisiones a sus clientes. Si la suerte acompañaba y los productos ofrecidos por un comercial se revalorizaban, el cliente se alegraba y lo agradecía. Sin embargo, el núcleo del negocio no consistía en buscar el beneficio de los clientes, sino en engañarlos con la promesa de esos beneficios para que siguieran depositando sus ahorros en la cuenta de valores gestionada por la compañía.

La oficina de la empresa de Shuta estaba ubicada en el cruce de las calles Karasuma-dori y Shijo-dori, el área más densamente poblada con edificios de oficinas de todo Kioto. La zona, además, estaba plagada de sucursales bancarias y grandes almacenes, y el trasiego de gente era incesante. La primera vez que Shuta había llegado a Kioto, se había ilusionado al pensar que trabajaría en el distrito financiero de la ciudad, repleto de imponentes rascacielos.

Sin embargo, ahora, mientras se dirigía a la oficina, sus pasos eran tan lentos y pesados que hasta los turistas se quedaban mirándolo. En cuanto Shuta llegase, Emoto lo llamaría para que lo informara de los resultados de la jornada. Otro correctivo más. Iba hacia allí arrastrando los pies, encorvado y con los hombros hundidos, cuando sintió un golpe en el hombro. Era Kijima, un compañero de trabajo. Él también tenía cara de cansado.

—Qué pasa, Kagawa. Qué suerte encontrarte, quería hablar contigo.

Kijima era comercial, al igual que Shuta, en el mismo departamento. Tenía la misma edad que él y un carácter tranquilo parecido al suyo. Antes casi siempre estaban los dos entre los empleados con peores resultados y se solían juntar para compartir quejas y lamentos. Pero recientemente

Kijima había conseguido atraer a grandes clientes y ya no ocupaba los últimos puestos del temido *ranking*.

Fueron a una cafetería que había cerca de la oficina. Shuta se alegró de tener un motivo para no ir derecho a la oficina y suspiró aliviado. Desde hacía un tiempo, tomar cualquier decisión le suponía un gran esfuerzo.

—Pobre Mamiya, ¿eh? La que le ha tocado esta mañana —dijo Kijima.

—Ya te digo. Desde hace un tiempo, Emoto lo tiene en su punto de mira. Me afecta tanto verlo sufrir que, a veces, creo que lo paso incluso peor que él.

Aunque dijo eso, Shuta sabía a la perfección que era mucho mejor no ser el blanco directo de los ataques de Emoto. De hecho, se estaba salvando de ser humillado en público gracias a Mamiya. Si no fuera por él, con toda probabilidad Shuta estaría ocupando su lugar.

—Estás en racha últimamente, ¿no? —le dijo Shuta sin querer con retintín—. Qué envidia me das. Ya me dirás cómo consigues que la gente compre productos con unos retornos tan bajos.

A estas alturas, Shuta sabía de sobra que no iba a servir de nada que Kijima le explicara nuevas estrategias para la venta de ningún producto financiero. Era, por otro lado, algo que practicaban a menudo en la propia empresa en seminarios y juegos de rol sobre técnicas de venta. Los comerciales exitosos tenían un talento innato para realizar su trabajo. Había que valer para ser comercial, y punto. El hecho de que la empresa obligara a todo el mundo a hacer de comercial, pasando por alto cualquier otra consideración, como la idoneidad de los empleados para el puesto, era lo que generaba un ambiente de trabajo tóxico.

Hasta hacía poco, Kijima también se quejaba de esto.

Pero ese día no repitió la queja; en su lugar, esbozó una sonrisa burlona.

—Voy a dejar el trabajo.

—¿Cómo?

Kijima sacó un sobre de su maletín y se lo entregó a Shuta.

—Toma, esto es para ti.

El sobre contenía documentos.

—¿Qué es esto? —preguntó Shuta.

—Son los documentos que hay que entregar a los clientes del jefe Emoto: informes de ingresos y gastos, detalles de pagos, recibos, etcétera.

Están todos clasificados por cliente, así que los puedes entregar tal como los tienes aquí.

Shuta no pudo evitar efectuar una mueca de angustia mientras examinaba los documentos.

—Oye, oye, esto no está bien... —repuso nervioso—. Está prohibidísimo revelar estos detalles a los clientes, y esto... —añadió con gesto tenso fijándose en uno de los documentos— es un recibo, ¿no? No son documentos a los que tengamos acceso los comerciales, y mucho menos podemos sacarlos fuera de la empresa. Si no recuerdo mal, solo los puede expedir el departamento de pagos o algún otro especializado en asuntos financieros para evitar fraudes... —concluyó al final con evidente incomodidad. Un sudor frío comenzó a rezumarle por los poros.

Kijima sonrió irónico.

—Si te digo la verdad, yo tampoco sé muy bien por qué Emoto tiene acceso a todos estos documentos, pero, según me comentó el jefe en persona, él tiene contacto directo con el departamento de contabilidad y se los pueden entregar sin problemas. Ten en cuenta que ya lleva muchos años en esto y, bueno, tendrá sus arreglos internos, que a nosotros no nos incumben, así que no te preocupes demasiado.

—¿En... serio?

—Eso me ha dicho —afirmó Kijima sonriendo con calma.

Shuta nunca había oído hablar de algo así. Pero también era cierto que los empleados menos cualificados, como ellos, desconocían muchos de los enredos que tenían lugar en la empresa. Se resignó, diciéndose a sí mismo que seguramente había más cosas que desconocía que las que conocía.

—De acuerdo. Si lo dice el jefe Emoto, será que es así y ya está.

—Los clientes que verás en la lista son de los buenos, y veteranos. A veces incluso te presentan a otros. Trabajar con ellos tiene muchas ventajas.

—¿Por qué no te los quedas, entonces? ¿Por qué me los das a mí? Y, en cualquier caso, ¿por qué vas a dejar el trabajo? Ahora mismo te está yendo muy bien.

—¿Te acuerdas de cuando Emoto me sacaba delante de todo el mundo en las reuniones matutinas, cada semana, y me insultaba diciéndome que era «el más inepto de todos los ineptos que han pasado por la empresa»? —dijo, y se puso a reír como avergonzado.

Shuta no supo si reír también o compadecerse de él. Pero lo que había dicho era verdad y, además, lo estaba admitiendo él mismo, así que asintió sin más.

—S... sí, claro.

—Pues el caso es que, cuando sentí que ya no podía aguantar ni un minuto más en la empresa y decidí dejarla, un día, Emoto me dijo que me iba a ayudar a mejorar mis resultados pasándome sus clientes. Me sorprendió mucho que me dijera algo así, pero en ese momento estaba tan abatido que solo pensaba en zafarme de las continuas humillaciones a las que me sometía... Si lo único que tenía que hacer con esos clientes era entregarles unos papeles, me pareció una buena oportunidad y acepté sin pensármelo demasiado. Después, cuando empecé, me di cuenta enseguida de que todo el trabajo consistía en charlar y escuchar un poco a los clientes, que eran casi todas personas mayores. Esta mañana también he estado visitando a algunos de ellos. Ahora, incluso me llevo muy bien con alguna señora mayor, que hasta me dice que mis visitas le alegran el día.

—Sí, hay clientes así.

—Yo soy de Shikoku, creo que te lo mencioné alguna vez, ¿no? Pues una de ellas recordaba perfectamente que se lo había contado, y en mi siguiente visita me tenía preparados unos dulces muy típicos de allí. Y mientras me los estaba tomando, me dice: «Qué contentos y orgullosos estarán tus padres sabiendo que su hijo trabaja en una empresa tan conocida».

Shuta sintió como si le hubiesen clavado una estaca en el pecho. Se quedó un rato en silencio sin poder decir nada mientras Kijima casi se echaba a reír.

—Me sentí avergonzado, ridículo —continuó diciendo Kijima—. Me dieron ganas de decirle que estaba por completo equivocada, que yo no era ningún motivo de orgullo ni de alegría para mis padres; que solo soy un empleado mediocre, con pésimos resultados y sin personalidad, incapaz de plantarle cara a mi jefe. Al reflexionar sobre ello, de repente me pareció un despropósito estar aguantando en la empresa como si mi vida dependiera de ello. Me dije que era el momento de dejarlo, que ahora podía hacerlo y que debía hacerlo. Así que ya no hay vuelta atrás. Si vuelvo, no haré más que repetir lo mismo una y otra vez.

Kijima se quedó en silencio un instante y se levantó. Su mirada, que Shuta recordaba casi siempre sombría y melancólica, era ahora luminosa y

decidida. Entonces dijo:

—Cuando yo ya no esté, esta carpeta se la entregarán a Mamiya, estoy seguro. Ya ves cómo está, el pobre. No creo que esté en condiciones de rechazar ninguna propuesta.

—Pero, espera, yo tampoco es que...

—Tú eres alguien tranquilo, pero a diferencia de personas como Mamiya o yo mismo, eres de los que se esfuerzan en mejorar cuando ves que las cosas no van bien. Creo que tienes el valor suficiente para hacer bien este trabajo y lo que te propongas.

Mientras Shuta seguía atónito, intentando asimilar las palabras de Kijima, este salió de la cafetería tras dejar el sobre encima de la mesa.

Sin saber muy bien qué hacer con aquellos documentos, Shuta entendió que no los podía dejar allí. Los recogió, los guardó en el sobre, que metió en su maletín. Regresó a la oficina medio aturdido. Emoto lo llamó, como de costumbre, nada más entrar, pero Shuta tenía la cabeza en otra parte. Emoto chascó la lengua irritado.

—Bah, al menos podrías fingir interés por hacer las cosas bien, ¿no? ¿Dónde está Kijima? ¿Es que ni siquiera sabéis ser puntuales?

La jornada legalmente estipulada había concluido hacía ya un buen rato, pero muchos seguían trabajando en la oficina, haciendo horas extras sin remunerar, como si fuera lo más normal del mundo. Shuta no podía evitar sentirse inquieto. Las horas iban pasando y Kijima continuaba sin aparecer.

De repente, Emoto estalló en un grito lleno de furia:

—¡Eh, que alguien llame al inútil de Kijima! ¿Cómo puede tardar tanto en hacer unas pocas visitas a los clientes?

Los comerciales de la planta, nerviosos, trataban de comunicarse con la mirada. Por fin, uno de ellos se armó de valor, levantó el auricular del teléfono y lo llamó. Kijima no respondió a la llamada. Pasado un rato, Emoto no aguantó más y decidió llamarlo él mismo. Nada.

Viendo a Emoto despotricar y fuera de sí, Shuta sintió cómo un nudo de angustia se apoderaba de su pecho. ¿Kijima iba en serio? ¿De verdad no pensaba volver? Con un gesto disimulado, empujó con el pie el maletín con los documentos que Kijima le había entregado casi a la fuerza, ocultándolo bajo de la mesa.

Como Kijima no respondía a las llamadas al móvil de la empresa, Emoto lo llamó a su número personal. Pero no hubo manera de ponerse en

contacto con él. Los empleados volvieron a mirarse entre ellos, sus rostros reflejaban una mezcla de incredulidad y asombro. Todos sabían que Emoto no era alguien que perdiera los nervios con facilidad, y mucho menos por el mero hecho de que uno de sus comerciales no regresase a la oficina puntualmente.

Más tarde, Shuta abandonó la oficina procurando pasar desapercibido. Aunque solía coger el metro para regresar a su viejo apartamento situado cerca del ayuntamiento de Kioto, esta vez necesitaba tiempo para pensar y decidió irse a pie. Lo ideal sería localizar a Kijima y devolverle los documentos. Si eso no resultaba posible, podría regresar a la oficina a primerísima hora del día siguiente y dejarlos a escondidas en un cajón del escritorio de Emoto. La peor opción sería visitar directamente a los clientes, siguiendo el orden indicado en la lista, y asumir el trabajo de Kijima. «Humm, no me gusta ninguna de las opciones. Vaya lío en el que me ha metido...»

Abrió la puerta del apartamento con un gesto de resignación. Lo primero que vio fue a la gata, que maulló con delicadeza.

—¡Uff! Perdóname, B, me había olvidado por completo de ti.

Shuta se agachó en la entrada. Tendió los brazos para acariciar su cuerpo gris, pero fue la gata quien se adelantó para meterse en el espacio formado entre las manos.

—De verdad que lo siento, B. Se suponía que iba a llegar antes a casa, pero...

Notó que el plato de agua estaba vacío. Se mordió la lengua, lamentando el despiste, y, sin quitarse la chaqueta, rellenó los platos de comida y agua de inmediato.

Se quedó observando a la gata mientras comía.

—Soy un desastre. Mira que no ser capaz de cuidar como es debido a una gatita como tú... En cambio, tú ni siquiera pareces molesta. Eres admirable, nada que ver con ineptos como yo.

No encontró ni un solo arañazo en el apartamento. Shuta casi se emocionó pensando en la paciencia de la gata, que tenía razones más que suficientes para haber causado algún estropicio.

De pronto, su móvil comenzó a sonar, aunque el sonido llegaba amortiguado. Se tanteó los bolsillos, pero no lo tenía ahí. «Es verdad», murmuró, recordando. Abrió el maletín donde había metido de cualquier

manera todo lo que tenía sobre su escritorio antes de salir casi a hurtadillas de la oficina. Encontró el teléfono y miró la pantalla: era su madre.

—¿Hola? ¿Mamá? —Se le hizo un nudo en la garganta al oír la voz de su madre—. Sí, ya estoy en casa. Acabo de llegar. Sí, sí; no, ya he cenado, no te preocupes.

Su madre lo llamaba con cierta frecuencia, siempre para preguntarle casi lo mismo, no para contarle nada especial. Las respuestas de Shuta también solían ser siempre las mismas.

—Ya te lo he explicado muchas veces, mamá... No es que me hayan fichado estando yo en otra empresa. Dejé la empresa en la que entré después de la carrera para trabajar en esta porque así lo decidí. Estamos mejor valorados que los recién graduados. Las cosas han cambiado, mamá, ya no son como cuando tú trabajabas.

Su madre siempre estaba preocupada por cómo le iba en el trabajo. Al terminar la carrera, Shuta había ingresado en una compañía de tamaño mediano de productos alimenticios de su tierra natal; pero en la remota fábrica a la que había sido destinado sufrió acoso por parte de uno de los empleados más veteranos, y en menos de seis meses decidió abandonar la empresa. Aquel fue su primer gran fracaso personal, y recordaba con nitidez la sensación de estar por completo perdido durante días. Tampoco conseguía olvidar las caras de desilusión y desánimo de su familia, en especial la de su padre. Ninguno de los dos le reprochó nada, pero era evidente que su decepción había sido enorme cuando su hijo, al que le habían pagado los estudios haciendo un gran esfuerzo, se quedó sin trabajo a la primera de cambio.

Por eso, cuando consiguió un empleo en esta empresa, aún más reconocida que la anterior, se sintió feliz de verdad. Y creyó que, de algún modo, estaba restaurando la dignidad de sus padres y la suya propia.

—Tranquila, ¿vale? Esta empresa no tiene nada que ver con la anterior. Es una empresa líder. Es otro nivel, mamá, otro nivel —dijo, para después reír secamente. Su corazón parecía endurecerse, como si se le secara a marchas forzadas—. Me tienen en muy alta estima y esperan mucho de mí. Mira, justo esta mañana, en la reunión matutina de hoy, el jefe me comentó que mis resultados estaban a punto de alcanzar los del mejor comercial del departamento. ¿Cómo? No, no; gracias, pero no soy el único. Todos estamos muy cerca del mejor. Estamos todos esforzándonos mucho.

«Estamos todos esforzándonos mucho».

«Estamos todos...»

Shuta tensó los pómulos para que no le temblara la voz. Estaban todos esforzándose. ¿Por qué iba a ser él una excepción?

Colgó el teléfono. La gata gris, que había terminado de comer, se había acercado a él y ahora se limpiaba la boca con su pata delantera. Después, comenzó a lamerse la pata con la que se había enjugado.

«¿Se podrá limpiar bien con la lengua inmediatamente después de comer?»

Shuta sonrió. La gata terminó de lamerse la pata y empezó a pasársela por la cabeza y la cara. Se limpiaba a conciencia, dedicándole tiempo a la tarea. Movía la pata con tanta precisión que, cuando se frotaba los ojos parecía una persona. Una vez terminó de limpiarse la cabeza y las orejas, se tumbó satisfecha en el suelo.

—Qué bien vivís los gatos.

Shuta alargó el brazo y le acarició la cabeza. B aceptaba las caricias sin oponer resistencia, pero, en cuanto Shuta paraba de hacerlo, la gata empezaba a lamerse la pata delantera para luego pasársela por la cabeza y la cara. Era como si le molestara haber quedado despeinada y se arreglase el pelo con más ahínco que antes.

—Pero ¿qué pasa? Eres una maleducada. ¡Ahora verás! —exclamó, justo antes de volver a alargar el brazo hacia su cabeza. La gata lo esquivó con agilidad y se alejó un poco para volver a pasarse la pata por la cara.

—Vale, me rindo, ¿de acuerdo? Anda, ven aquí, que no te molesto más.

Pero la gata no se acercó. Shuta rio sonoramente mientras observaba el aire de suficiencia de la gata, que parecía decir: «Se acabaron las tonterías». Hacía tiempo que no reía con tanta franqueza. Aunque solo fue por unos instantes, se olvidó del lío en que le había metido Kijima y hasta del sufrimiento en el trabajo. ¿Sería este alivio momentáneo un efecto de la gata?

Volvió a pensar que quizá todo sería diferente al día siguiente y que, por fin, las cosas se iban a enderezar.



Oyó un rumor a lo lejos. Oh, claro, se dijo, y abrió un poco los ojos. Recordó que había puesto la alarma muy temprano para llegar al trabajo mucho antes de lo habitual.

Entonces, un ruidito agudo y extraño llegó a sus oídos: shac, shac, shac, bri, bri, bri.

«¿Será posible que me estén empezando a pitar los oídos por las mañanas?», se preguntó, riéndose con amargura de sí mismo. Pero cuando de pronto aquellos sonidos se transformaron en un estruendo: ¡BRI, BRI, BRI! Shuta saltó de la cama como un resorte. Fue hacia el origen ruido y vio la habitación llena de trozos de papel que parecían confeti.

«¿Qué está pasando aquí? ¿Seguro que estoy en mi casa?»

BRI, BRI, volvió a sonar, y vio a la gata en una esquina del cuarto, rasgando con la boca unos papeles mientras los sujetaba hábilmente con las patas delanteras.

—B, B... ¿qué estás haciendo? —preguntó, desconcertado.

La gata no le respondió, por supuesto. Solo giró la cara para mirarlo, con la boca llena de pedazos de papel. Fue entonces cuando vio que en uno de ellos decía: INFORME DE RENTABILIDAD.

Shuta se quedó de piedra. Eran los documentos que pensaba devolver ese mismo día a escondidas. La gata, como si entendiera la gravedad de su acción, clavó las uñas en los papeles.

—Dios mío... Pero ¿qué... qué ha pasado aquí?

La noche anterior no había sacado los documentos del sobre. Sin embargo, se dio cuenta de que el maletín tenía la tapa abierta; la había dejado así después de coger el móvil. La gata, al parecer, había conseguido extraer el sobre del maletín mordiéndolo con la boca.

La gata maulló, restregando lomo contra la pierna de Shuta, quien percibió la elasticidad de su cuerpo a través de la fina tela del pijama. Luego continuó caminando entre los jirones de papel, ágil y silenciosa, como si nada hubiera sucedido.



Shuta entró en la oficina a hurtadillas. En el departamento de contabilidad solo conocía a Yuina Sakashita, una compañera que una vez se había

sentado cerca de él en un encuentro con los demás empleados. Rezó para que ya hubiera llegado a la oficina. Aún era muy temprano y había pocos empleados, pero al ver a Yuina dio un suspiro de alivio. Se acercó a ella procurando no llamar la atención. Para su fortuna, ella lo reconoció al instante.

—Tú eras... Kagawa, de ventas, ¿no?

—Sí, soy yo. Oye, mira, Sakashita, tengo que pedirte un favor muy, pero que muy importante. Por favor, necesito tu ayuda.

Shuta le mostró los papeles destrozados. Yuina lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué es esto? ¿Recibos para los clientes?

—Eso es, en efecto... Pero el problema es que son para los clientes del jefe Emoto. Por algún motivo, los recibos se los entregan directamente a él en la sección de pagos; no sé muy bien cómo ni por qué, pero aquí también está la lista de sus clientes.

La lista era lo único que se había librado de las garras de la gata. Yuina frunció el ceño mientras examinaba la lista con los nombres de los clientes y sus direcciones.

—Son muchísimos. ¿Y me estás diciendo que los de ventas estáis entregando estos recibos directamente a los clientes? Me parece increíble. De todas formas... ¿por qué están destrozados?

Para vencer el evidente recelo de Yuina, Shuta le explicó lo que le había sucedido, aunque en ningún momento mencionó a Kijima. Por último, Shuta juntó las manos e hizo una profunda reverencia a Yuina, rogándole desesperadamente su ayuda.

—Te lo suplico, por favor. Necesito que me los emitas otra vez sin que se entere el jefe Emoto.

—¿Cómo dices? Ni hablar... Eso es imposible. Está por completo prohibido emitir sin autorización documentos relativos a los clientes. ¿Con una simple petición verbal y, además, entregarlos en mano a un comercial? No, no; ni lo sueñes.

—A ver..., es que el jefe Emoto debe de conseguirlos como un favor, a través de algún contacto que tiene en el departamento. Por lo visto, los clientes de la lista son clientes prémium de muchos años. Quizá existan procedimientos especiales para trabajar con ellos, algo por otros cauces distintos de los habituales.

—No sé, no sé... —dijo ensombreciendo el gesto con desconfianza.

Shuta insistió, casi desesperado:

—Como Emoto se entere de esto, me matará. ¿No lo conoces? Está loco, te lo juro. Por favor, te lo ruego, échame una mano.

Después de un rato insistiendo con ojos suplicantes, Yuina suspiró y, a regañadientes, dijo:

—Está bien... Comprobaré primero si estos documentos constan en el historial de emisiones. Y, como dices, a lo mejor existe algún procedimiento interno que desconozco. Quién sabe...

—¡Gracias! —exclamó Shuta, aliviado—. ¡Esta es una empresa bastante turbia, así que no me extrañaría nada! Ni siquiera nos pagan las horas extras...

—Son todas iguales —dijo Yuina, riendo con ironía mientras se dirigía a su mesa.

El problema no se había resuelto, pero Shuta sintió que, al menos, empezaba a ver algo de luz al final del túnel. Además, Yuina le había causado muy buena impresión: era una chica seria, pero también comprensiva. Seguro que le echaba una mano. Pensó en cómo podría devolverle el favor, sin importar cómo terminara el asunto.

Más tarde, Shuta se fue a visitar a los clientes que tenía previstos para esa mañana y regresó a la oficina después de la hora de comer. Emoto estaba sentado a su mesa, sin decir nada y con gesto malhumorado. A Shuta le preocupó un poco verlo tan callado. Nadie se acercaba a él. Y Shuta optó por hacer ver como si no lo hubiera notado.

Pasadas las tres, decidió volver al departamento de contabilidad para ver a Yuina. Pero en cuanto salió del departamento de ventas, alguien le agarró por el cuello de la camisa desde atrás y lo arrastró con brusquedad hacia el descansillo de las escaleras de emergencia. Casi le dio un ataque al corazón al darse cuenta de que era Emoto quien se lo estaba llevando a rastras.

—Je... ¡jefe Emoto!

Emoto estaba lívido, con espuma de saliva acumulándose en las comisuras de los labios. Su actitud era más que amenazante, y su mirada, asesina.

—Pero ¡¿quién te has creído que eres?! ¡¿Has ido a contabilidad a pedir que volvieran a emitir los documentos?! ¡¡Incompetente!!

Emoto llevaba estrujada en la mano la lista de clientes. Estaba al tanto de todo. Shuta sintió como las fuerzas lo abandonaban, como si las rodillas

fueran a doblársele.

—Pe... ¡perdón! ¡Es que manché sin querer los documentos de los clientes!

—¡A mí qué me importa eso! ¡¿Por qué tienes estos documentos?! ¡¿Dónde está el inútil de Kijima?!

—Pues...

Shuta creyó que se le rasgaban los tímpanos por culpa de los gritos de Emoto. Jamás imaginó que el enfado de Emoto por este asunto fuera a llegar a tal extremo. No sabía qué explicarle ni cómo justificarse, solo sintió un miedo paralizante.

—Kijima... —dijo Shuta con voz apenas audible— me dio los documentos y ha dejado la empresa. Me dijo que no iba a volver más.

Emoto se quedó pasmado al escuchar aquello. Luego, estuvo unos instantes paseando la mirada por el suelo, pero de repente levantó la cara y le espetó:

—Vete de la empresa.

—¿Cómo?

—Presenta la baja voluntaria ahora mismo. Vete como lo ha hecho Kijima y no vuelvas. ¿De acuerdo? No sois más que una carga, un lastre para la empresa. Los comerciales inútiles como vosotros sois herramientas desechables. Yo me encargaré del asunto de los documentos. Has traspapelado documentos confidenciales clave para los negocios de la empresa. ¿Te das cuenta de lo grave que es eso? En condiciones normales, un error así sería causa de un despido disciplinario en toda regla; pero te haré un favor para que te puedas ir alegando razones personales. ¿Queda claro?

Mientras hablaba, Emoto se iba acercando cada vez más a Shuta. Emoto tenía una sonrisa torcida en el rostro, pero sus ojos estaban inyectados de sangre y llenos de ira. Shuta estaba cada vez más nervioso.

—¡Pero, jefe Emoto, yo no he perdido ningún documento! En realidad... fue mi gata la que los destrozó y...

—¡Qué más me da eso!

El grito de Emoto retumbó con fuerza por el hueco de la escalera. Entonces agarró con furia a Shuta de la pechera y lo zarandeó.

—¡Estás despedido! ¡A la calle ahora mismo! ¡Aquí no hay sitio para falsificadores de documentos como tú!

—¡Pero, jefe Emoto, si yo...!

—¡Tengo todas las pruebas para hundirte ahora mismo! ¡Sé que fuiste a contabilidad a pedir unos documentos que sabes que no puedes pedir! ¡Kijima y tú os habéis confabulado para engañar a los clientes! ¡Os he descubierto!

«Pero ¿qué está diciendo este hombre?» Shuta no daba crédito. Estaba completamente estupefacto ante aquel rocambolesco giro de los acontecimientos. Sin embargo, la palabra *despedido* le había causado tal impresión que quedó paralizado.

—¡No se te ocurra subestimarme! —rugió Emoto—. ¡Te juro que te echo de aquí! ¡Estaríamos mejor sin inútiles como vosotros, que solo sabéis perjudicar a la compañía! ¡Vete y no vuelvas! ¡Estás despedido! ¡Despedido!

En ese momento, algo se rompió dentro de Shuta. Sin pensarlo, y casi por instintivo, le dio la espalda a Emoto y salió corriendo escaleras abajo. Dejó de oír sus gritos y sus insultos. Lo único que sabía era que tenía que huir de allí de inmediato.



Miau, hizo la gata con timidez dentro del transportín que descansaba sobre la mesa de la consulta.

Shuta sentía una confusa y desbordante mezcla de vergüenza, tristeza y angustia. Después de aquel episodio de agresión verbal e intimidación, había salido corriendo de la oficina, casi sin pensar, y había metido a la gata a la fuerza en el transportín. Por supuesto, la gata no entendía nada de lo que estaba sucediendo. A decir verdad, Shuta tampoco lo entendía muy bien. Pero sintió que, en aquel momento, proteger su corazón encogido por el miedo era más importante que tratar de analizar con frialdad todo aquel despropósito.

—Hum... —musitó el médico, cruzándose de brazos con aire despistado—. Entiendo, entiendo.

—Me despidió así, sin más. Se puso a gritar «¡Estás despedido!» y a insultarme a gritos, como un auténtico energúmeno. Yo estaba ahí, sin saber qué decir ni qué hacer... Esto es una locura. Es verdad que metí la pata con los documentos, pero ponerse así solo por eso...

Hablar con el médico le ayudó a serenarse un poco. Pero de repente pensó que quizá no era ese el lugar al que debería haber acudido. Se sintió un poco incómodo.

—Hum... —volvió a murmurar el médico con el mismo aire distraído—. No entiendo mucho de estas cosas, pero ¿seguro que es tan fácil despedir a un trabajador? Me parece que no... Oh, señorita Chitose, llévese a la gata, por favor —le pidió a la enfermera, que acababa de entrar en la consulta.

La enfermera cogió el transportín con gesto imperturbable y desapareció por el fondo de la habitación. Shuta tuvo una inesperada sensación de vacío en cuanto la gata desapareció de su vista, pero reprimió el sentimiento.

—Supongo que no debería serlo en condiciones normales —repuso Shuta—. Pero tenga en cuenta que esta empresa es una de esas en las que cuando un empleado se queja de que sufre de estrés, le sugieren que renuncie voluntariamente, en lugar de ofrecerle una baja temporal. Con lo alterado que estaba el jefe Emoto, no descartaría que me impusieran un despido disciplinario. Eso me complicaría muchísimo volver a encontrar trabajo.

—Ya, claro. En cualquier caso, no te preocupes demasiado. Bueno, pues nada. Ahora, me vas a tener que disculpar, tengo a otro paciente esperándome —dijo señalando con amabilidad la puerta de salida.

Aunque Shuta se estaba empezando a tranquilizar, la actitud despreocupada del médico lo volvió a sacar de sus casillas.

—Oiga, ¿me ha estado escuchando? ¡Que me han despedido! ¡Esto no habría pasado si su gata no me hubiera destrozado esos documentos! Y usted me despacha así, con esa calma, como si nada tuviera que ver en este asunto... ¿No cree que debería asumir alguna responsabilidad?

—¿Responsabilidad? No sé qué responsabilidad debería asumir, para ser sincero —respondió el médico sin alterarse lo más mínimo—. A ver si lo he entendido. O sea, quieres volver a trabajar en esa empresa turbia, ¿es así?

—¿Cómo? —preguntó Shuta, desconcertado y tragando saliva.

¿Era eso lo que en verdad quería? Si lo readmitieran en el trabajo, ¿sería capaz de volver a empezar en aquel ambiente con el ánimo renovado? O, como le había dicho Kijima, ¿no iría simplemente a repetir lo que había estado haciendo? Sea como fuere, lo que no podía permitirse

de ningún modo era contarle a sus padres que lo habían despedido. Apenas el día anterior le había dicho a su madre que dejara de preocuparse. ¿Cómo iba ahora a decirles que se había quedado sin empleo?

Se quedó mirando con expresión sombría sus puños apretados sobre las rodillas.

—No quiero volver a trabajar en esa empresa... ¿No podría encontrarme un trabajo? Cualquiera, me da igual.

—De acuerdo. Te recetaré un gato. —Se dio la vuelta y habló hacia la cortina—: Señorita Chitose, tráigame a la gata.

La enfermera apareció enseguida con un transportín y preguntó en tono malhumorado:

—Doctor Nike, ¿está seguro de lo que está haciendo?

—Que sí, mujer, que sí. Mire que es usted desconfiada, señorita Chitose.

—Yo no quiero saber nada, ¿de acuerdo? —le espetó la enfermera al médico, y se fue tras dejar el transportín sobre la mesa.

Parecía que, en aquella clínica, el médico y la enfermera se trataban como iguales; quizá incluso la enfermera mandara más que el médico. Este, que debió de notar la preocupación con la que Shuta los había estado observando, le dijo sonriendo, astuto:

—Ja, ja, ja. No deja de regañarme porque no se fía de mí. Pero en el fondo es una mujer bastante empática y cariñosa, no te vayas a creer. Vamos, gana con el trato y no es tan arisca como pudiera parecer.

—Ya...

Lo cierto era que el médico también tenía una personalidad algo imprevisible y difícil de definir: a veces parecía de trato fácil y cercano, pero de pronto podía mostrarse distante, e incluso algo antipático. En todo caso, su aspecto era el de un hombre tranquilo y de maneras suaves. «¿Estará soltero? —se preguntó Shuta—. Quizá el médico y la enfermera, con su belleza pintoresca, sean pareja».

Mientras fantaseaba, Shuta volvió a fijarse en el transportín que estaba sobre la mesa y parpadeó, incrédulo.

—¿Esta no es la gata que le acabo de devolver?

En efecto, dentro del transportín estaba B, la gata gris de ojos dorados, y lo miraba fijamente.

—Así es. No parece que hayas sufrido ningún efecto secundario, así que probaremos con ella unos días más. Vamos a ver..., esta vez te la voy

a recetar durante diez días. Si no te sienta bien, no dudes en avisarnos enseguida.

—Oiga, pero...

—¿Sí?

—¿Por qué la misma gata? —preguntó Shuta, sin saber muy bien por qué sentía la necesidad de hacer esa pregunta.

El médico acercó la cara a la puerta del transportín y miró hacia su interior con curiosidad.

—¿Prefieres un gato más... potente?

—No, no importa. Esta gata está bien.

Shuta asintió, algo desconcertado, mientras el médico le colocaba el transportín en las manos con una amplia sonrisa de oreja a oreja.

—Cuídate mucho. Huy, un momento —añadió de repente—. Voy a prepararte la receta. Pasa por la recepción a recogerlo todo antes de irte.

Shuta salió de la consulta con la sensación de que el médico se había querido deshacer de él. En la recepción lo esperaba la enfermera, con el gesto adusto de siempre.

—Aquí tiene los enseres de la gata. Encontrará las instrucciones dentro de la bolsa, así que léalas antes de empezar a utilizarlos.

Shuta abrió la bolsa y vio que contenía una tabla de cartón, además de pienso y arena para gatos. Le preguntó a la enfermera si aquello era un rascador, y esta le respondió secamente:

—Si se rompe o ve que no le gusta a la gata, cómprele otro, ¿de acuerdo?

—¿Se lo tengo que comprar yo?

También vio un pequeño collar de color naranja. Era un collar diminuto que apenas abarcaría la muñeca de Shuta. Y, por último, una cuerda. ¿Sería una correa? Todos los artículos que había en la bolsa eran nuevos.

—¿Qué es esto?

—Por favor, lea las instrucciones.

—Esto...

—Lo tiene todo explicado en las instrucciones.

—De acuerdo... —respondió Shuta con cierta resignación.

Cogió el transportín y la bolsa y salió de la clínica. Shuta seguía confuso. Quiso saber qué decían esta vez las instrucciones y sacó el papel de la bolsa.

Nombre: B. Sexo: hembra. Edad estimada: ocho años. Raza: gato común. Alimentación: mañana y noche a discreción. Agua: a demanda. Limpieza del arenero: cuando sea necesaria. Utilice siempre la correa y el collar para sacarla a pasear a la calle. Procure que la gata se afile las uñas con frecuencia para que libere el estrés. Evite dejarla sola muchas horas porque la soledad prolongada podría afectar negativamente a su estabilidad emocional. Nada más.

Shuta sonrió y miró las instrucciones con gesto despectivo. ¿Sacar a pasear a una gata con una correa, como si fuera un perro? Solo ponerle el collar ya le parecía una crueldad. No se quería ni imaginar tener que llevarla atada con una correa. Salió del edificio y miró el cielo desde el callejón. Estaba empezando a oscurecer.

—B... —le dijo Shuta a la gata.

Ella lo observaba con atención. Shuta notó que el peso del transportín le estaba empezando a cargar el brazo.

De pronto, se dio cuenta de que había tomado la dirección equivocada y estaba caminando por una calle que lo alejaba de su casa. Debía de ser consecuencia del aturdimiento que no se había sacudido de encima desde que había salido del edificio y comenzado a andar. Miró de frente y vio el mercado de Nishiki. Estaba en Nishikikoji-dori, una calle comercial cubierta por una arcada techada. Cuando Shuta se dispuso a atravesarla, la gata se removió dentro del transportín. Quizá estaba reaccionando a la muchedumbre y a los intensos olores de los alimentos que flotaban en el ambiente.

Shuta decidió no cruzar el mercado de Nishiki y torció hacia el norte. Al llegar a la altura de la calle Rokkaku-dori, se oyó un fuerte ruido y el transportín se volvió a agitar. Eran las campanadas del templo budista Rokkaku-do. Esta vez, la gata no solo se removió dentro del transportín, sino que además lanzó un maullido, asustada. Shuta no tuvo más remedio que cambiar de nuevo de dirección e ir hacia el este.

Después de varios desvíos, Shuta se dio cuenta de que estaba perdido y comenzó a caminar sin rumbo. Pero, recordando que en aquella zona de Kioto las calles estaban trazadas en forma de cuadrícula, decidió que sería mejor seguir avanzando en línea recta con la esperanza de terminar desembocando en alguna avenida que le permitiera orientarse.

Continuó caminando y vio un supermercado *konbini* unos metros más adelante. Era un establecimiento que no conocía, probablemente porque estaba en una zona de la ciudad a la que no solía ir. Decidió entrar a comprar algo: no tenía nada en casa para comer y la gata parecía haberse

tranquilizado. Entró y se quedó mirando las distintas variedades de comida preparada *bento* colocadas en las estanterías, sin encontrar ninguna que le gustara.

No tenía hambre. Tampoco tenía trabajo. Y no tardaría mucho en quedarse sin sus exiguos ahorros. Ni siquiera tenía novia. De repente, se acordó de Yuina Sakashita, la compañera del departamento de contabilidad con la que había estado hablando por la mañana. No pensaba reprocharle nada, pero sí que le gustaría preguntarle cómo había llegado aquella lista a las manos de Emoto. Quizá podría invitarla a comer algún día, cuando las cosas se calmaran, y quizá...

Menudas tonterías que se le ocurrían. Se mofó de su absurdo optimismo. En ese momento, un hombre joven que estaba a su lado lo miró con expresión amenazante y le espetó:

—Eh, tú, ¿de qué te ríes?

El tipo llevaba un mono de trabajo y una toalla atada a la cabeza a modo de bandana. Shuta sabía que lo mejor que se podía hacer cuando se te encaraba alguien así era no responder ni provocar. Así que desvió la mirada y volvió la cabeza hacia la salida.

Pero justo entonces se abrió la puerta del transportín y B saltó fuera de un brinco.

—¿Qué? —exclamó Shuta, incrédulo.

La gata aterrizó en el suelo del supermercado con la suavidad de una pluma. Todo sucedió en una fracción de segundo: la puerta automática de la entrada se abrió para dejar entrar a un cliente en el establecimiento y la gata aprovechó para colarse ágilmente entre sus piernas y salir a la calle.

—¡B, no!

Shuta corrió de inmediato tras ella y salió de la tienda, pero no la vio por ningún lado. En el aparcamiento había varios coches estacionados. Se puso a cuatro patas para buscarla debajo de los vehículos.

—No me fastidies... ¡Eh, B! ¡¿Dónde estás?!

Oyó un leve maullido. Shuta, que seguía arrastrándose a cuatro patas, levantó la cabeza. Encontró a la gata sentada en el capó de un coche negro y suspiró aliviado.

—Menos mal, B, anda, ven aquí... —le dijo mientras se incorporaba.

Pero cuando se acercó a la gata y extendió los brazos para cogerla, ella, de repente, arañó con fuerza el capó del coche con sus dos patas delanteras.

Shuta se quedó petrificado. Sintió como se le iba la sangre del rostro. Pero el chillido que le llegó por la espalda lo asustó aún más.

—¡Nooooo! —Era el tipo del supermercado, el del mono de trabajo. Su rostro se había vuelto de color azul, de puro horror—. ¡El coche nuevo de mi jefe!

El tipo se acercó corriendo al vehículo, pero su movimiento brusco asustó a la gata. B pegó un brinco, saltó del capó al techo y lo arañó con ganas: ¡gric, gric, gric!

—¡Madre mía, la que me está liando! —aulló el hombre, casi al borde del llanto, mientras frotaba desesperado el capó con las mangas del mono.

Shuta estaba paralizado, sin saber cómo reaccionar. B, como si nada hubiera pasado, fue a sus pies, y Shuta la cogió, sin saber muy bien qué otra cosa hacer.

—B...

—¿Es tu gata?

Una voz grave y severa heló la sangre de Shuta. Quién sabía de dónde había salido: de pronto Shuta tenía a su lado a un hombre malencarado, vestido con un atuendo sobrio, por cuyo cuello de la camisa le asomaba un grueso collar dorado.

El tipo del mono de trabajo fue corriendo a su lado y, con una profunda reverencia, comenzó a disculparse desesperadamente.

—¡Jefe! ¡Perdóneme, por favor! ¡Todo ha sido culpa de esta gata asquerosa!

—¡Cállate, inepto! ¡¿Qué culpa tiene la gata de ser lo que es?!

El imponente grito dejó paralizados tanto a Shuta como al tipo del mono. La gente que pasaba por allí se los quedó mirando, intrigados por la escena.

—Lo... ¡lo siento! —volvió a disculparse el hombre del mono, casi entre sollozos y bajando de nuevo la cabeza con ímpetu.

El supuesto jefe examinaba el capó del coche chascando la lengua con evidente disgusto.

—Oye, chaval —le dijo a Shuta, quien seguía por completo paralizado.

—S... ¿sí?

—No me gusta ser tiquismiquis, pero entiendo que esto es una negligencia del dueño del animal. Es decir, la gata no tiene la culpa de lo que ha hecho, pero tú sí, que eres su dueño. ¿O no?

—Oh..., sí..., claro..., ¡por supuesto!

—Bien. Entonces, vas a pagar por lo que ha hecho tu gata. Oye, Kosuke. Acompaña a este chaval a la oficina.

—Sí —respondió Kosuke sin titubear, atravesando a Shuta con una mirada gélida.

«¿A la oficina? ¿Qué oficina? ¿No será de la *yakuza*...?» Shuta se imaginó que varios miembros de la *yakuza* lo linchaban sin piedad. Una auténtica pesadilla. Se había quedado sin trabajo, ¿y ahora también iba a morir?

De pronto la gata le pareció más pesada entre los brazos, y notó su cuerpo cálido contra el suyo. Ella estaba tan tranquila, como si nada de lo que le sucediera a Shuta le importase lo más mínimo. Recordó lo que decían las instrucciones: ponerle sin falta el collar y la correa cuando la sacara a la calle y animarla a que se afilara las uñas con regularidad para reducir el estrés. Mirando de reojo el coche negro cubierto de arañazos, pensó en que el collar, la correa y el rascador estaban incluidos en la bolsa precisamente para evitar que sucedieran estas cosas.



En una de las paredes de la oficina había un pequeño altar sintoísta. Eso fue lo único que le llamó la atención a Shuta.

Se había imaginado una oficina con las paredes decoradas con *katanas*, escudos de armas y cosas por el estilo, pero no fue así. La oficina a la que lo habían llevado era la típica de una empresa de construcción. En su aparcamiento había varias excavadoras pequeñas y minicamiones estacionados, y no paraban de entrar y salir obreros vestidos con pantalones bombachos *nikka pokka*, el característico atuendo del gremio.

A Shuta lo dejaron esperando en uno de los sofás que rodeaban una mesa baja en una esquina de la sala de estar, con el transportín apoyado sobre el regazo. Kosuke Higuchi, el hombre del mono, le había contado con orgullo a Shuta, mientras conducía el coche negro hasta la oficina, que el edificio al que lo llevaba era propiedad de la empresa. Kosuke no paró de hablar durante todo el trayecto. Le contó también que la mujer del presidente de la empresa no quería que su marido se comprara el coche en el que ahora viajaban, que había tardado mucho en darle su aprobación, y

que este no había podido esconder su entusiasmo durante los días previos a la entrega del vehículo. Todo ello lo relató mientras el presidente, Jinnai, permanecía en el asiento trasero, mudo y malhumorado.

Una voz aguda resonó en toda la oficina:

—¿Cómo? ¿Ya tiene arañazos por toda la carrocería? ¿Qué demonios has hecho, Kosuke?

Shuta se volvió hacia el origen de la voz y vio a Kosuke de pie frente a una mujer con gafas y de mediana edad, con un aire que dejaba claro que no era alguien con quien convenía enfrentarse. A Kosuke, por su parte, se lo veía abatido.

—Lo siento muchísimo, jefa Satsuki. Pero todo fue culpa de esa gata asquerosa: se subió encima del coche y empezó a arañarlo.

—¡Y qué culpa tiene la gata! ¡Tú te ofreciste para ser su chófer! Y deja de llamarme jefa todo el rato, que no soy la mujer de ningún *yakuza*.

—¡Perdón, jefa Satsuki! —se volvió a disculpar Kosuke haciendo una reverencia. En ese momento, se oyeron las risas solapadas de los empleados que estaban en la oficina, divertidos por la torpeza de Kosuke.

La mujer llamada Satsuki debía de ser una ejecutiva de la empresa.

De pronto, una voz grave resonó en la oficina:

—¿Dónde has visto tú a una jefa *yakuza* tan tacaña?

Era el presidente Jinnai, que estaba recostado en el sofá de cuero al fondo de la oficina.

—¿Qué has dicho? —respondió Satsuki con una mirada amenazante—. Hay que ser idiota para ir a un *konbini* en coche. Si es que eres como un crío que se vuelve loco con un juguete nuevo...

Satsuki siguió mascullando quejas mientras se dirigía hacia donde estaba Shuta. Con el ceño fruncido y un gesto nervioso, se sentó en el sofá que había frente a él.

—Muy buenas tardes. Soy Satsuki Jinnai, de contabilidad.

—Ho... hola. Yo soy Kagawa. Siento muchísimo lo que ha pasado y las molestias que les estoy causando —dijo Shuta agachando la cabeza apresuradamente.

¿Que tuviera el mismo apellido que el presidente significaba que era su mujer? Miró de reojo a Satsuki, y, justo en ese momento, su mirada se cruzó con la de ella, todavía ceñuda.

—¿Cuántos años tienes? Pareces joven, pero no eres estudiante, ¿o sí? ¿Y dónde vives? ¿Tienes algún tipo de seguro que cubra los daños del

coche? Preguntaré a nuestro seguro a ver si nos cubre la reparación. Si tienes contratado alguno, haz lo mismo, ¿de acuerdo? No creo que sea una reparación muy cara, pero como es un coche nuevo, al menos que quede impecable.

—Oh, sí, claro.

Shuta titubeó sin saber por dónde empezar. Satsuki lo observó con curiosidad, frunciendo aún más el ceño.

—¿A qué te dedicas? No me imagino a qué puede dedicarse alguien que va vestido con traje mientras carga un transportín con un gato dentro.

—Esto..., bueno..., no tengo trabajo.

—¿No tienes trabajo?

—Hasta ayer formaba parte de una empresa bastante conocida, pero justo hoy me han despedido y... Bueno, quizá sea más exacto decir que lo he dejado.

—O sea, que estás en el paro.

Aquella afirmación, tan simple como certera, le llegó a Shuta como una puñalada en el pecho.

—Sí... —respondió, bajando la cabeza con resignación.

De repente, una sombra se proyectó sobre él. Era el presidente Jinnai, que se había acercado a Shuta y ahora lo miraba desde arriba.

—Para mí, en esta vida existen dos tipos de personas a las que no puedo perdonar.

—¿Cómo...?

—El primer tipo, los jóvenes que, no estando enfermos ni impedidos, no trabajan y se pasan todo el día holgazaneando. Me pongo enfermo cada vez que veo a uno de estos.

—Oh, no, no; yo no soy ningún vago, es que me acabo de quedar sin trabajo, se lo juro. Hasta ayer por la mañana trabajaba en una empresa que...

—¡Y el segundo... —interrumpió Jinnai levantando la voz y cortando a Shuta—, los miserables que maltratan a los gatitos!

—¿A los... gatitos?

A Shuta casi le dio un infarto. En ese momento, la gata empezó a moverse dentro del transportín. ¿Con «gatitos» se estaría refiriendo a B? ¿Y con «los miserables que maltratan a los gatitos» se refería a él?

—Eso es. ¡No puedo perdonar a nadie que maltrate a unos animalitos tan preciosos! ¡Esa clase de escoria no merece vivir! —gritó Jinnai, por

completo fuera de sí. Satsuki movió la cabeza a los lados con expresión de hartura.

—¿Puedes bajar la voz? —le pidió Satsuki—. Todo el día hablando de gatos... Me tienes harta. —Luego se dirigió a Shuta—: Kagawa, ¿no? No le hagas caso a este, ¿de acuerdo? se está volviendo loco de tantos vídeos de gatos que ve en internet. Ahora hasta cree que tiene uno.

—¡Bah! —dijo Jinnai, chascando la lengua y haciendo un ademán de fastidio—. Si yo fuera el dueño de esa gata, jamás la metería en ese transportín barato con una puerta que no se cierra bien, ni la sacaría a la calle sin collar. Si se pierde, ¿qué? Me parece que eres un irresponsable. ¿O no?

—Pues... tengo collar y se lo iba a poner en cuanto llegara a casa —replicó Shuta, sacando apresuradamente el collar de la bolsa. Jinnai lo miró con indignación y le dijo a gritos:

—¡Este collar no es de su talla!

Antes de que Shuta pudiera decir algo, Jinnai le arrebató con brusquedad la bolsa de papel, la volteó y desparramó su contenido por el suelo. Cuando vio la bolsa de pienso, puso los ojos como platos.

—¡¿Qué basura es esta?! ¡¿Acaso no lees la composición del pienso antes de comprarlo?! ¡Este tiene demasiados hidratos de carbono! ¡Un gato adulto necesita un pienso con más proteína animal!

—¿Proteínas?

«¿Proteínas para los gatos? ¿Seguro?» Shuta miró el transportín que seguía sobre sus rodillas. La gata se había replegado al fondo, y no la vio.

—Es que no entiendo mucho de gatos... Pero ese es un pienso para gatos, ¿no? No creo que haya ningún problema.

—¿Cómo dices? —La mirada de Jinnai empezaba a dar miedo—. A ver, ¿cuántos años tiene esta gatita? Es imposible que sea una cría con ese tamaño.

—No, claro, no es una cría, desde luego..., pero tampoco es tan grande, no sé... Ah, sí, en las instrucciones decía que tenía ocho años. Además, ayer comió ese pienso sin problema. Me pareció que se lo comía con gusto...

—¡Maldito loco peligroso! —El arrebato de Jinnai dejó pasmado a Shuta. En ese momento, el presidente sí que parecía un loco peligroso y fuera de control—. ¡Ocho años es una edad muy delicada para un gato porque es cuando pasan de adultos a viejos! ¡Y tú tratándola de cualquier

manera! Encima, pretendías estrangularla con este ridículo collar... ¡Me estás empezando a caer muy mal!

Satsuki intervino para frenar a Jinnai, que se desbocaba por momentos:

—¡Cállate ya! Deja de gritar como un energúmeno, me tienes harta. Estás asustando al chico.

Aunque Shuta suspiró aliviado, no pudo evitar notar que la mirada de Satsuki tenía un brillo aún más inquietante que la del propio Jinnai.

—He calculado el coste de la reparación y me sale que será un millón de yenes, aproximadamente.

—¿Un... millón? No puede ser... —dijo Shuta, esbozando a duras penas una sonrisa forzada.

Por un instante, pensó que la mujer estaba bromeando, pero la expresión de su rostro dejaba claro que hablaba en serio. Shuta se desesperó.

—Yo... no... puedo pagar eso. No tengo tanto dinero. Además, acabo de quedarme sin trabajo.

Jinnai miró a Shuta y le dijo en tono amenazante:

—En ese caso, trabajarás aquí a partir de mañana. Te descontaremos del jornal el coste de la reparación. Nosotros pagamos bien a los que trabajan bien, así que si te esfuerzas, en seis meses habrás saldado tu deuda.

Shuta echó un vistazo a los empleados vestidos con monos de trabajo que había en la oficina. Todos tenían pinta de ser hombres duros y rudos. El propio Jinnai era bastante más corpulento que Shuta. El trabajo que tendría que hacer sería físico, era evidente. Aun así, Shuta levantó la vista y, con un atisbo de esperanza, preguntó:

—¿Sería para ayudarlo con las cuentas?

—Pero ¿qué dices? Vas a trabajar en una obra, en la calle, de sol a sol. Vas a sudar de verdad.

—Imposible, yo no puedo. Nunca he hecho un trabajo físico. La actividad física no es mi fuerte. Tampoco se me daban bien los deportes en general.

—Déjate de tonterías. Empiezas mañana mismo, y se acabó. ¿Entendido? —le dijo Jinnai, mirándolo desde arriba con expresión asesina.

Aaah... Shuta respiró con resignación. Era cierto que había dicho que trabajaría en cualquier sitio. Pero jamás se imaginó que, tras de salir

huyendo de una empresa turbia, acabaría cayendo en las fauces de otra aún peor.

La gata estaba cada vez más inquieta dentro del transportín. Releyó la receta que le había dado el médico y se prometió a sí mismo no volver a cometer ningún otro error.



—Eh, tú, chaval. Te vas a hacer daño en la espalda si no coges eso de otra manera.

A su alrededor, hombres con la piel tostada al sol y de aspecto rudo transportaban, entre risas, los materiales de hierro. Muchos debían de ser mayores que el propio padre de Shuta, pero cargaban sobre los hombros aquellos objetos pesados como si fueran palitos de madera.

El trabajo consistía en unas obras de reparación de un parque situado en un área residencial: levantar el pavimento viejo, echar hormigón para pavimentarlo de nuevo y podar las ramas de los árboles y arbustos. Shuta, integrado en las obras como uno más del equipo, intentaba mover el cartel de EN OBRAS mientras se tambaleaba con torpeza. Había visto cientos de veces los conos rojos que servían para delimitar un área en obras, pero nunca antes los había tocado; y lo mismo ocurría con muchos otros materiales que había allí. Le resultó difícilísimo conducir la carretilla para transportar la grava, y, al recoger del suelo las ramas y las hojas podadas, constantemente se tropezaba y caía al suelo. Los obreros, al verlo, se reían y se burlaban de él.

Concluyó la jornada matutina y llegó la hora de descanso para comer. Muchos obreros se dirigieron a un supermercado *konbini* cercano para comprar la comida. Otros la traían de casa. Shuta estaba tan cansado que no pudo hacer otra cosa que permanecer sentado.

De repente, una sombra lo cubrió. Shuta levantó la vista y se encontró a Kosuke Higuchi, el chófer del presidente.

—Toma —le dijo Kosuke ofreciéndole un *bento*.

—¿Y esto? ¿Lo has comprado para mí?

Shuta sonrió débilmente y aceptó el ofrecimiento. Kosuke se sentó a su lado.

—El presi Jinnai y la jefa Satsuki me han dicho que te cuide. Es como si te hubiera recogido de la calle, así que...

—¿Recogido...? Ja, ja, ja.

Kosuke era, con claridad, más joven que él. No debía de tener más de veintipocos años. Cuando Shuta le preguntó la edad, Kosuke respondió que tenía veintidós.

—Es que a mí también me recogió el presi. Hace unos años yo iba por muy mal camino, ya lo creo —dijo Kosuke riendo con desenfado.

Shuta le preguntó con curiosidad, mientras comía:

—¿A qué te refieres? ¿A que no tenías trabajo y te faltaba dinero?

—Sí, exacto —respondió Kosuke con franqueza—. Era poco menos que indigente y estuve a punto de robar en ese *konbini*. Pero el presi me sorprendió justo cuando iba a hacerlo, me llevó a la oficina a la fuerza y me dio una buena lección. Así que ya ves, tú has tenido suerte. La gata te ha salvado.

Shuta sintió curiosidad por preguntarle algunas cosas más, aunque había otras de las que prefería no saber nada; en cualquier caso, pensó que lo mejor era no intimar demasiado, y se limitó a esbozar una media sonrisa. En ese momento, lo más importante era centrarse en el trabajo, saldar la deuda cuanto antes y, después, buscar un empleo decente.

Terminaron de trabajar poco antes de que comenzara a oscurecer. Volvieron a la oficina y los obreros más veteranos entraron directamente en el edificio. Descargar la maquinaria y las herramientas quedaba como tarea para los novatos, pero Shuta estaba tan cansado que Kosuke terminó haciéndolo casi todo. Hacía mucho tiempo que no se exigía tanto en el plano físico. Estaba seguro de que al día siguiente tendría unas agujetas terribles. Entró en la oficina con paso inseguro y se encontró con la encargada de contabilidad, Satsuki Jinnai, entregando en mano el jornal a los obreros. Aún seguían existiendo empresas que mantenían ese tipo de prácticas.

—Venga, corre, ven por tu dinero.

—¿Qué? ¿Yo también soy un jornalero?

—Claro. Legalmente, sigues siendo un trabajador de tu empresa anterior, ¿no? Deberías hacer los trámites cuanto antes. Podrías meternos en problemas si tuvieras un accidente en tu situación actual.

—Entiendo... —musitó Shuta mientras cogía el sobre que le entregaba Satsuki.

No había hablado con nadie de su antigua empresa desde que el día anterior había salido corriendo de la oficina. No había tenido un segundo de respiro. Y aunque era cierto que debía regresar para tramitar su baja cuanto antes, no se sentía con el ánimo necesario para hacerlo.

—La gata —dijo con brusquedad Satsuki. Shuta miró al suelo. El transportín estaba a sus pies.

A través de la rejilla verde de la puerta, vio a B sentada tranquilamente.

—¡Vaya, lo siento! Me iba sin ella... ¡Qué despiste! Siento haberla traído al trabajo.

—No te preocupes, a esta gata no la puedes dejar mucho tiempo sola, ¿no? Algunos gatos son delicados —respondió Satsuki con un tono más relajado. Luego, dirigiéndose a B, añadió—: Qué bien te has portado, cariño.

Satsuki se asomó a la puerta del transportín, y la gata movió la cola, como si le respondiera.

—¿Ha estado todo el día dentro del transportín?

—¡Qué va! Hasta hace un momento ha estado en esa caja de cartón.

Shuta siguió la mirada de Satsuki y se dio cuenta de que en el suelo había retazos de cartón mordisqueados. Parecía que B se había divertido. Al lado de la caja había un paquete de pienso para gatos. No era el que había traído Shuta.

—¿Han comprado ustedes ese pienso para B?

—Es que, como te vuelva a ver mi marido con tu pienso, se enfadará muchísimo. En fin, coge tus cosas y vete a casa.

Jinnai estaba en otra obra desde primera hora de la mañana, por lo que Shuta no se cruzó con él. Si llegaba a enterarse de que seguía dándole a B pienso con hidratos de carbono y otros ingredientes que, según su criterio, no eran adecuados, era capaz de hacérselo pagar caro.

—Muchas gracias.

A Shuta le supo mal todo aquello. El día anterior no le había dado tiempo a comprar otro pienso y había ido a la oficina con el que le habían dado en la clínica. Además, pensó que en cualquier otro trabajo, o al menos en la mayoría de las empresas, ni siquiera le habrían dejado llevar a su mascota. Shuta se lo había preguntado al matrimonio Jinnai, convencido de que le dirían que no; pero ellos, después de mirarse algo dubitativos, y aunque un poco a regañadientes, se lo habían permitido.

Eso sí: un día, estaba bien; pero todos los días, imposible. «Voy a devolver la gata», se dijo Shuta. Pero estaba tan cansado que ni siquiera fue capaz de levantar el transportín. Satsuki le dijo extrañada:

—Oye, Kagawa, ¿te encuentras bien? Estás que te caes.

—S... sí, estoy bien, gracias. Me iré antes de que llegue el pre...

En ese momento, un bullicio de obreros con sus monos embarrados irrumpió en la oficina. Jinnai venía entre ellos, como uno más. Ese día no vestía de traje como un *yakuza*, iba con un mono de trabajo igual que el resto de los obreros.

—Anda, ¿todavía sigues aquí?

«Vaya, me ha visto». Shuta se puso nervioso. Jinnai, sin embargo, se agachó para abrir el transportín y sacar a la gata. La cogió con habilidad, apoyando su trasero en la palma de la mano. B no protestó, y parecía estar a gusto en las manos de Jinnai, que estaba claramente satisfecho.

—B, te he comprado un collar.

—¿Cómo? ¿Te has ido a comprar un collar mientras los demás trabajaban? —preguntó Satsuki, riendo.

—No digas tonterías. Fui a una tienda de artículos para mascotas en el descanso para comer. Les metí prisa para que me lo hicieran rápido. Fíjate —dijo sacando un collar amarillo de una llamativa bolsita—. ¿Qué te parece? A que es bonito, ¿eh? Lo he elegido del mismo color que sus ojos: dorado brillante.

Era un collar de cuero aterciopelado con una plaquita dorada con el nombre de la gata tallado en su superficie. Resultaba difícil imaginar a un hombre de facciones tan duras, vestido con mono de trabajo, entrando en una tienda de animales y pidiendo con prisa que le tallara el nombre de una gata en la placa del collar.

—Señor Jinnai, muchísimas gracias por el detalle.

—¿Mmm? Pero ¿qué haces aquí?

La expresión con la que Jinnai miró a Shuta era muy distinta de la que dedicaba a la gata. Pero enseguida volvió a centrarse en el animal y recuperó la sonrisa.

—¿Has cenado ya, B? ¿Cenamos juntos?

—Ya le puse su comida —respondió Satsuki resoplando.

—¿Cómo? ¡Bah! Tu marido trabajando sin descanso y tú pasándolo en grande con ella. Desde luego...

Los Jinnai empezaron a discutir, esta vez por la gata. Mientras tanto, B permanecía tranquilamente acurrucada en los brazos de Jinnai.

«Quiero irme a casa», pensó Shuta. Mientras oía la discusión notó su cuerpo cada vez más agarrotado por el cansancio. Agradecía el detalle del collar con el nombre de la gata grabado, pero se preguntó si no acabarían cobrándoselo.

El día pasó rápido y Shuta se dio cuenta de que no iba a poder devolver la gata a la clínica. Así que no le quedó otra que preguntar de nuevo al matrimonio Jinnai si podía regresar con ella al día siguiente. Ellos se miraron, igual que el día anterior:

—Bueno, si no te queda más remedio, a mí no me importa.

—No, a mí tampoco. Pero solo si de verdad no tienes otro lugar donde dejarla, ¿de acuerdo? En ese caso, no tengo inconveniente en que la traigas.

Después, ambos se pusieron a jugar con la gata. Viéndolos, Shuta pensó que mientras B estuviera en esta oficina, no se sentiría ni sola ni triste.



Shuta oyó una alarma que resonaba a lo lejos.

Algo no iba bien. Quiso levantarse de la cama, pero su cuerpo no le respondía. Era como si estuviera inmovilizado, atrapado en una camisa de fuerza.

La gata maulló débilmente a sus pies. Ya estaba despierta, y debía de tener hambre.

—Uuuh... —murmuró Shuta, sintiendo una extraña pesadez en todo su cuerpo.

Shuta podía emitir sonidos por la boca e incluso podía hacer gestos con la cara. Sin embargo, su cuerpo no le obedecía desde cuello hacia abajo. Trató de incorporarse una y otra vez, pero le fue imposible. Al cabo de un rato sintió que le empezaban a caer las lágrimas.

Hasta ese momento, Shuta no había tenido problemas físicos, solo de carácter más bien psicológico. Sin embargo, desde que había acudido a esa extraña clínica, todo en su vida parecía avanzar en una dirección inusual.

Mientras sollozaba tumbado bocarriba en la cama, oyó unas voces hablando fuera del apartamento.

Una de ellas le resultó familiar: era la del portero del edificio.

—Yo no tengo nada que ver con esto, ¿queda claro? Ustedes son responsables de lo que vayan a hacer.

Una voz masculina y firme respondió. Era Jinnai.

—Me da igual. Aquí vive un empleado mío.

Shuta oyó cómo introducían la llave en la cerradura, giraban el pomo y abrían la puerta. En un instante, Jinnai y Kosuke irrumpieron en el apartamento.

—¡Jefe! ¡Lo sabía! ¡Este holgazán sigue durmiendo!

Shuta levantó la cabeza como pudo y apenas logró murmurar:

—Ayu... ayuda.

Miau hizo la gata mientras se restregaba contra la pierna de Jinnai, quien se agachó para acariciarle la cabeza.

—Buena chica, buena chica. Pobrecilla, ¿quieres salir?, ¿eh? Te saco ahora mismo —dijo cogiendo a la gata y haciendo ademán de irse a la calle. Shuta trató de retenerlo con voz lastimera:

—Ayúdeme a mí también, por favor. No puedo moverme.

—¿Cómo? Vamos, no digas tonterías y levántate de una vez.

—Presi —intervino Kosuke, acercándose a la cama para observar a Shuta—, ya se lo dije. Yo tampoco podía moverme después del primer día. Tenía tantas agujetas que ni siquiera podía cambiar de postura en la cama.

—Mira que sois débiles los jóvenes de hoy en día. Si es que estás demasiado flaco. Un día de estos te llevaré a comer carne a la parrilla *yakiniku*, a ver si ganas un poco de fuerza.

Shuta no tenía ningún interés en comer *yakiniku*. Solo quería librarse de las agujetas que lo estaban martirizando. Intentó levantarse de nuevo, pero su cuerpo temblaba como un flan y no lo consiguió. Oyó que Jinnai chascaba la lengua con impaciencia.

—Kosuke, os espero en el coche. Tráelo, aunque sea a la fuerza.

Jinnai salió del apartamento con la gata en brazos. Mientras tanto, Kosuke ayudó a Shuta a ponerse en pie, y este logró cambiarse de ropa soportando a duras penas el terrible dolor de las agujetas.

—Muchas gracias, Kosuke.

—No hay de qué. Pero que sepas que has tenido mucha suerte. Cuando el presi vino a buscarme en su día, estando yo como tú ahora, llamó a la

puerta, pero fingí no estar y no le abrí. ¿Y qué hizo él? ¡Derribó la puerta de una patada y me arrastró a la obra! Estoy casi celoso de la diferencia de trato. Es todo por la gata. Creo que debería conseguir una, por mi propio bien, claro.

—Pues te confieso que esa gata no es mía. Solo me la han dejado unos días.

Shuta prefirió no mencionar que se la habían recetado en una clínica; estaba seguro de que Kosuke no lo entendería y, de momento, no quería más complicaciones. Shuta cogió el transportín vacío. Entonces, Kosuke le dijo:

—Ah, por cierto, ya no hace falta que lleves eso.

—Lo voy a necesitar para traerla luego a casa. No puedo llevarla en brazos todo el camino.

—Pues a primera hora de la mañana llegó a la oficina un transportín parecido, pero mucho más lujoso y con un cojín mullidísimo.

—¿Qué? —preguntó Shuta, algo molesto por los detalles que Jinnai tenía con la gata—. ¿No está exagerando un poco? Si tanto le gustan los gatos, ¿por qué no tiene uno?

—Por lo visto, tuvieron uno.

Shuta siguió a Kosuke y salieron del apartamento. Shuta caminaba con movimientos pausados debido al agarrotamiento.

—¿Ah, sí? ¿Y se les murió o qué?

—Seguramente.

—En ese caso, que consigan otro, no veo cuál es el problema.

Si tantas ganas tenía Jinnai de gastarse el dinero en un gato, ¿por qué no hacerlo con uno suyo, no? Sea como fuere, llevar a B a la oficina era lo mejor que podía hacer mientras la tuviera. Tanto mejor si eso evitaba que echaran abajo la puerta de su apartamento.

A Shuta se le erizó la piel cuando Kosuke le dijo con una sonrisa pícaro:

—En la obra de hoy vas a sufrir más que ayer.

Y sintió como si de pronto el dolor de las agujetas redoblara su intensidad.



A partir de aquel día, Shuta acudió cada mañana a la oficina con B en el transportín que le había comprado Jinnai. Era un transportín robusto, fácil de usar y elegante. Debía de ser mucho más caro que los zapatos que Shuta solía usar cuando trabajaba en la empresa financiera. Cuando llegaba a la oficina y entregaba el transportín a Satsuki, las administrativas que trabajaban a tiempo parcial se acercaban enseguida para hacerle carantoñas a la gata.

—Desde que esta monada está en la oficina me encanta venir a trabajar. Señora Satsuki, ¿por qué no se la quedan para siempre y la cuidamos aquí entre todas?

—¡Eso, eso! Es una gatita tan buena y simpática... Además, el presi siempre está de buen humor cuando está ella cerca. ¿A que sí, B? Mira que eres bonita.

Pero B aceptaba con bastante indiferencia aquellos mimos y arrumacos. Como mucho reaccionaba con muestras comedidas de cariño, restregándose contra las manos o las piernas de alguna de sus admiradoras; otras veces, simplemente escapaba saltando al anaquel de alguna estantería, donde se quedaba sin que nadie lograra bajarla. En cualquier caso, era evidente que Jinnai siempre estaba de mejor humor cuando la gata andaba cerca.

No era solo a Jinnai a quien B hacía feliz. A Satsuki también le encantaban los gatos, tanto que había colocado a sus pies, bajo su mesa de trabajo, una cama extramullida para que B pudiera acurrucarse y dormir en ella cuando le apeteciera. A pesar de ello, la gata apenas utilizaba aquella cama, y parecía preferir una pila de cartones apilados junto a una pared de la oficina. Hundía la cabeza en el montón, dejando el trasero asomado entre los cartones, y así se quedaba durante un buen rato.

Shuta se sintió avergonzado de que su gata despreciara así el amable gesto de Satsuki, y le dijo a B:

—B, deja esos cartones destrozados y aprovecha la cama que está debajo de la mesa de la señora Satsuki. Estarás mucho más cómoda allí.

La gata lo ignoró por completo. Su aplomo era sorprendente. Ignoraba la voz de un ser humano que claramente había oído como quien oye llover, y se quedaba tan tranquila.

—Pierde toda esperanza —le dijo Satsuki a Shuta mientras rellenaba un comprobante—. Los gatos solo hacen lo que les apetece. No obedecen órdenes.

—Pero si le ha comprado una cama tan estupenda...

—No te preocupes. Esto también funciona como una manta eléctrica. Ahora que va a empezar a hacer frío, ya verás: cuando se meta una vez aquí, no querrá salir por nada del mundo.

Aún no había comenzado la jornada, y las chicas de administración charlaban con animación. Sin embargo, Satsuki ya estaba trabajando en su mesa. Era una mujer severa y exigente, pero nadie podía negar que trabajaba como la que más.

Hacía ya una semana desde que Shuta había empezado a trabajar en aquella empresa. Aunque al tercer día había dejado de tener agujetas, siempre terminaba la jornada exhausto. Eso sí, como le pagaban bastante bien, no iba a tardar demasiado en saldar la deuda de la reparación del coche. Sin embargo, a Shuta le habían recetado a B solo por diez días, así que la gata no estaría allí cuando llegara el invierno. Aun así, los Jinnai brindaban a la gata unos cuidados y una atención que habrían escandalizado a más de uno.

—Señora Satsuki, ustedes tuvieron un gato, ¿verdad?

—Sí, sí que tuvimos uno. Aunque murió hace cinco años. Vivió diecinueve años. ¿A que es impresionante?

Diecinueve años, nada menos. Shuta no sabía que los gatos pudieran vivir tanto tiempo, pero estaba seguro de que lo habían querido muchísimo. Ahora que sabía con certeza que les gustaban los gatos, Shuta le preguntó:

—Entonces, ¿por qué no tienen otro?

—Ya se nos murió uno —repuso Satsuki con tono lacónico, sin apartar la mirada del papel en el que estaba anotando algo.

Su voz y su expresión no cambiaron al decirlo, pero de algún modo dejó claro que daba por zanjada la conversación. Mientras tanto, comenzaron a llegar otros empleados a la oficina, incluido Kosuke. A Shuta lo asignaron de nuevo al transporte de carga durante toda la jornada, y cuando llegó la hora de irse a casa estaba otra vez agotado.



Habían pasado ya diez días desde que Shuta había dejado la empresa de valores. Yuina Sakashita lo había llamado para quedar con él, y ahora estaban los dos sentados en una cafetería. Debajo de la mesa donde conversaban, había un transportín.

—Entonces, ¿la gente en la oficina cree que estoy ingresado en un hospital?

—Sí, eso es lo que me dijeron.

A Yuina parecía llamarle la atención la gata, a la que veía a través del ventanuco del transportín. No dejaba de mirar intrigada debajo de la mesa.

—Me contó una amiga del departamento de recursos humanos que el jefe Emoto les fue en persona a contarles que te habían ingresado por problemas estomacales.

—Eso quiere decir que todavía no me han despedido.

Shuta se quedó confundido. Le sorprendía que la empresa no se hubiera puesto en contacto con él, ni siquiera para pedirle que devolviera el material que proporcionaba a sus empleados. Ahora sabía la causa: técnicamente, seguía trabajando allí. No sabía muy bien cómo tomárselo.

—Pensaba que ya me habían despedido. No te imaginas cómo se puso Emoto...

—Es que los jefes de departamento no tienen tanto poder como para despedir a un subordinado sin la autorización de los superiores. Será una empresa muy turbia y todo lo que quieras, pero no te pueden despedir el mismo día solo porque un jefe de departamento se enfada y te dice que te echa. Los trabajadores también tenemos derechos.

—Ya, claro, pero...

Del trato inhumano al que Emoto sometía a los empleados no los había salvado ningún derecho. Era como si no existieran. Si de verdad Shuta seguía en la nómina de la empresa, ya llevaba varios días ausentándose sin permiso, y eso sí que podía ser motivo de un despido fulminante.

—No tengo ni idea de por qué el jefe Emoto iría contando una mentira así, pero supongo que está esperando a que sea yo quien renuncie a mi puesto y me marche voluntariamente...

A Shuta le sorprendió la mirada seria de Yuina cuando le dijo:

—Pienso que no deberías precipitarte. —Suspiró después de dar un sorbo a su café, con gesto algo lánguido, y añadió—: Por cierto, no encontré ningún registro de emisión de los recibos por los que me preguntaste. Pero mientras lo investigaba me sorprendió uno de los jefes,

que fue directo a pedirle explicaciones a Emoto. Supongo que Emoto intentó desviar la atención diciéndole que era un malentendido o algo parecido, pero, por lo visto, le arrebató la lista que mi jefe llevaba en la mano y salió corriendo.

—Ahora entiendo por qué Emoto tenía la lista.

—Pero yo había sacado antes una copia. Ahora este asunto lo están investigando los de arriba. Supongo que es fácil deducir lo que busca un empleado que emita recibos por su cuenta en una empresa que se dedica a manejar dinero —dijo Yuina levantando los ojos.

Shuta supo enseguida lo que Yuina le estaba queriendo decir con la mirada. En realidad, lo sabía desde el momento en que Kijima le había entregado los documentos. Bajando instintivamente la voz, murmuró:

—¿Desfalco?

—Con toda seguridad. Por eso digo que no te precipites. Quien se va a tener que ir será Emoto.

Shuta no podía evitar una sensación de irrealidad ante el rumbo que estaba tomando el asunto. Se quedó ensimismado. Yuina, rompiendo el silencio, volvió a mirar debajo de la mesa.

—¿Tienes que llevarlo al veterinario?

—¿Qué? No, no, esta gata..., bueno... —Volvió en sí y se acordó de su otro problema—. Sí, eso es. La tengo que llevar al veterinario. No le pasa nada grave, pero digamos que es por precaución.

—¿Cuántos años tiene? ¿Cómo se llama?

—Se llama B y tiene ocho años. Es una gata.

—B, ¿eh? Qué nombre más mono. B, B —dijo Yuina dirigiéndose a la gata.

Pero la gata la ignoró. Shuta le agradeció a Yuina el detalle de haberlo puesto al día y de haberle dado buenos consejos. Luego se despidió de ella y se fue a la Clínica Kokoro Chukyo.



La entrada del edificio de la clínica seguía tan oscura y sombría como siempre. Shuta sintió, con cada paso, el peso del transportín que llevaba en la mano resonarle en el corazón.

—Oye, B, ¿te gusta estar en la oficina con los señores Jinnai? ¿Te tratan todos bien?

La gata no reaccionó y siguió a su aire. Era evidente cuándo estaba de buen humor y cuándo no. Por las mañanas, nada más despertarse, enseguida se acercaba a él, pidiendo comida. Shuta le ofrecía la mano abierta, y ella hundía su cabeza en la palma. El tamaño de la cabeza de B parecía hecho a medida para la mano de Shuta, y encajaba a la perfección en ella. Al apretarle la cabeza con suavidad, el pelaje mullido le transmitía una sensación táctil muy agradable, y la gata cerraba los ojos con un gesto de evidente placer. La gata parecía sonreír, y Shuta no podía evitar hacer lo mismo cada vez que la veía así. Y de esta forma, Shuta sonreía un poco todas las mañanas. Hasta que tuvo a B no fue capaz de hacer una cosa tan simple; pero ahora ella lograba arrancarle una sonrisa.

Entró en la clínica y vio a la enfermera llamada Chitose sentada detrás del mostrador de recepción. Al notar su presencia, levantó la mirada con rapidez y se dirigió a Shuta antes de que este pudiera decir nada.

—Señor Kagawa, ¿verdad? Pase al fondo, por favor. El doctor lo está aguardando.

Shuta se dirigió hacia la consulta y encontró al médico esperándolo allí.

—Buenos días, Shuta. Vaya... Hoy te veo con muy buena cara —dijo el médico sonriente, y Shuta casi sintió vergüenza de que fuera tan evidente que se encontraba mejor.

El médico no le había aplicado ningún tratamiento que pudiera considerarse como tal, pero Shuta ahora dormía profundamente cada noche, cansado después de las intensas jornadas de trabajo físico. Además, había recuperado el apetito, incluso había ganado unos kilos.

El médico aporreó el teclado del ordenador mientras asentía con convicción.

—Creo que el tratamiento ha funcionado, así que podemos darlo por finalizado. Ahora debes devolverme a la gata, ¿de acuerdo? Y, si no te importa, te agradecería que te marchases, porque tengo a otro paciente esperándome.

«¿Ya me está echando?», pensó Shuta, poniéndose un poco nervioso.

—Oiga, doctor..., espere un momento.

—¿Mmm? ¿Alguna duda? —repuso el médico, mirándolo con curiosidad.

Lo cierto era que Shuta no tenía muy claro lo que le quería decir. Seguía con la gata en su regazo, dentro del transportín.

—¿No podría... dejarme a la gata unos días más? —preguntó, titubeando.

El médico ladeó la cabeza con incredulidad.

—¿Por qué? Tu problema ya se ha resuelto, y no hace falta que continúes con el tratamiento.

—Ya, sí, pero es que...

La imagen de Jinnai y Satsuki cruzó por la mente de Shuta. Recordó como ambos se habían quedado mirando a B con una expresión llena de ternura.

—Es cierto que estoy física y anímicamente mucho mejor. Pero el problema es mi nuevo trabajo. No es un mal empleo ni hay mal ambiente, pero no creo que sea un lugar para quedarme mucho tiempo. Lo que en realidad quiero es trabajar en una empresa más grande y estable. No sé si me entiende... Sé que quizá estoy pidiendo demasiado, pero tengo la impresión de que tener a la gata podría ayudarme mucho para conseguir lo que deseo.

—Has estado trabajando en una empresa grande —le recordó el médico sin rodeos—. A ver, Shuta, ¿es que ya te has olvidado de las cosas que me contaste? Me dijiste que se trataba de una empresa de servicios de inversión bastante grande y conocida, que incluso se anunciaba en televisión. En resumen, trabajabas en una empresa grande y estable, ¿sí o no?

Shuta se quedó pasmado al escuchar cómo el médico le soltaba aquello con una sonrisa. Tuvo la sensación de haber estado dando vueltas en círculos para terminar regresando al mismo lugar, como si hubiera estado recorriendo el entramado cuadriculado de Kioto sin encontrar la salida.

El médico sonrió con compasión al ver mudo a Shuta.

—Un trabajo para muchos años, ¿eh? Bueno, está bien. No parece que la gata te haga mal en ningún sentido, así que te la dejaré unos días más. Pero en cinco días la necesito de vuelta, ¿de acuerdo? Los de la protectora de animales tienen que llevársela para que pase a mejor vida.

—¿Cómo que...? ¿La van a matar?

—Eso es. Esta es una gata que estaba acogida en la protectora. Una vez cumplido el plazo de acogida, le espera la eutanasia, como a cualquier otro animal en su situación —explicó el médico. Shuta estaba atónito.

Mientras tanto, el médico continuó hablando con su característico deje de Kioto y su amable sonrisa—. Los dueños de esta gata eran unas personas mayores que fallecieron. Un vecino llamó a la protectora cuando se dio cuenta de que la gata llevaba varios días encerrada en la casa. Tiene dos hermanos. Y, como con ella son tres, los han llamado A, B y C, del mayor al menor. Tienen gracia los nombres, ¿no crees?

«B. Un nombre simpático. B, B.» La imagen de Satsuki y otros empleados de la oficina le vino a la mente: todos mirando sonrientes a la gata, llenándola de halagos y llamándola cariñosamente por su nombre. Tuvo la sensación de que algo cálido emergía del interior del pesado transportín y le llenaba el pecho. Casi le costaba respirar.

—Pero ¿no es B parte de los tratamientos que ofrece esta clínica? En ese caso, ¿por qué no se la quedan aquí en vez de devolverla a la protectora? De hecho, yo he mejorado gracias a ella.

—Lamento decirte que esta es una clínica médica, no una protectora de animales. Los gatos que cumplen con su cometido regresan adonde deben estar, tan simple como eso.

El médico aparentaba empatía, pero en el fondo era un hombre bastante frío. Su ligera sonrisa parecía ser solo una máscara vacía de cualquier sentimiento. Sus palabras y su actitud comenzaban a alterar a Shuta. Para colmo, había dicho todo aquello con la gata presente, descansando en el regazo de Shuta.

—En ese caso... supongo que podría buscarle un nuevo dueño, o encontrar cualquier otra solución que sea mejor para ella, ¿no le parece? Por ejemplo, podría preguntar a antiguos pacientes que hayan sido tratados con B si estarían interesados en quedársela, o buscar a alguien en internet que quiera adoptar un gato... Es una gata preciosa y estoy seguro de que no tardaría en encontrarle un nuevo hogar.

Aquello fue tan inesperado para Shuta que le resultaba imposible pensar con claridad. Sabía que no estaba en condiciones de criticar al médico y que lo que acababa de proponer no eran más que ocurrencias. A pesar de ello, la indiferencia del médico ante el terrible futuro de B le resultó insultante. Shuta bajó la mirada al transportín que sostenía con ambos brazos.

—Alguien habrá... Si nos esforzásemos en buscar, seguro que encontraríamos un dueño para ella.

—Hombre, claro, si de verdad nos lo propusiéramos, acabaríamos encontrando a alguien.

—Cla... ¡claro! —exclamó Shuta, levantando la vista con entusiasmo. El médico seguía mirándolo con su exasperante sonrisa.

—Pero te recuerdo que esta no es la única gata que necesita encontrar una familia de acogida. Tanto las tiendas de animales como las protectoras están buscando siempre posibles dueños para los gatos huérfanos. Las protectoras hacen todo lo que pueden, eso lo sé bien. Aun así, sigue habiendo muchos gatos abandonados. Lograr encontrarles un hogar no depende tanto de si cumplen ciertas condiciones que los posibles dueños demanden, sino de si son capaces de apelar a sus emociones.

«¿Apelar a sus emociones? ¿Qué quiere decir con eso?» Shuta tenía la sensación de intuirlo, pero no estaba seguro de haberlo comprendido del todo, al menos no lo suficiente como para explicárselo a alguien. Pero si esa era la solución, quería saber cómo lograrlo.

—¿Y qué hay que hacer para apelar a las emociones?

—Has venido aquí precisamente porque no sabes cómo hacerlo. Vamos, no pongas esa cara de pena, que parece que te vas a echar a llorar. Y no te preocupes, que tenemos más gatos, por si vuelves a necesitarlos. Cinco días, ¿de acuerdo? Ni un día más. Así que disfruta bien hasta el último día.

Cinco días y se acabó. Shuta era incapaz de aceptar el cruel destino que le aguardaba a una gata que ya había sido rescatada una vez. ¿Qué sentido tenía arrebatar una vida que había sido salvada?

Con la voz temblando de indignación, Shuta preguntó al médico:

—¿Dónde están los hermanos de B? ¿También están aquí?

Tras el médico había unas cortinas. Aunque Chitose, la enfermera, había aparecido por allí las dos ocasiones anteriores que había traído a la gata, Shuta no tenía ni idea de lo que escondían.

—Sus hermanos murieron por consunción poco después de ser acogidos en la protectora. Así es la vida.

Shuta abandonó la consulta sintiéndose con el peso de la mirada del médico sobre él. Al pasar por delante de recepción, camino de la salida, Chitose, sin levantar la vista, le dijo:

—Cuídese.

Fue un saludo frío, cortante, como el de una gata que no se encariña con nadie.



Pasaron tres días en los que Shuta no supo muy bien qué hacer. Por las mañanas llevaba a B a la oficina de la empresa de construcción. Allí, cada día le tenían preparado un nuevo regalo: un puntero láser, un cojín eléctrico con forma de pez... Poco a poco, la oficina se iba llenando de objetos que parecían por completo fuera de lugar en aquel entorno. Cada vez que Shuta veía esos artículos, sentía un nudo en el estómago. Aquel era el cuarto día de la última fase de tratamiento. Al día siguiente, Shuta tendría que regresar a la extraña clínica para entregar a B y despedirse de ella para siempre.

El médico había dicho, imposible, que mandaría a la gata de vuelta adonde debía estar. ¿Había tomado la decisión a sabiendas de lo que le iba a suceder a B en la protectora? A pesar de que el médico y la enfermera eran personas peculiares, incluso misteriosas, que le suscitaban muchas dudas, le costaba creer que fueran unos desalmados.

De pronto, un grito lo sobresaltó:

—¡Oye, tú, novato! —El empleado más veterano de la empresa, un hombre con la piel curtida por el sol, lo observaba con severidad mientras cargaba un saco de arena al hombro—. ¡No deberías estar ahí parado, mirándonos! ¡Ven a ayudar! ¡Estas cosas deberían hacerlas los jóvenes como vosotros y no los mayores como yo!

—¡Lo siento! —exclamó Shuta, corriendo a ayudarlo.

En este trabajo, bastaba un pequeño despiste para ser reprendido por los compañeros. Aunque ya empezaba a acostumbrarse a esa dinámica, aquel día había estado especialmente distraído y recibió varias reprimendas. Al finalizar la jornada, Kosuke trató de consolar a Shuta a escondidas en la furgoneta que los llevaba de vuelta a la oficina.

—No te preocupes por los gritos. La gente mayor suele tener poca paciencia.

—Gracias. Pero no debe de ser fácil trabajar en una obra como esta a cierta edad.

—A ver, no queda más remedio. Aunque, también te digo, lo bueno de este trabajo es que no necesitas pensar demasiado para hacerlo bien. Basta con tener algo de fuerza y resistencia. Fíjate, de todas formas, en lo buena gente que es el presi, aunque a veces no lo parezca. Muchos empresarios

hubieran despedido hace tiempo a trabajadores tan mayores como el hombre que te ha echado la bronca. Pero el presi sigue confiando en él porque no quiere que se quede sin trabajo. —Kosuke esbozó una sonrisa y añadió—: Ojalá tú también te quedes mucho tiempo aquí con nosotros. Mírate, hasta estás cogiendo buen color de estar tanto al sol.

Kosuke sonrió con amabilidad y alargó el brazo para compararlo con el de Shuta. Aunque su piel seguía siendo mucho más morena, la de Shuta ya no era tan blanca como antes y estaba empezando a broncearse. Shuta parpadeó, sorprendido.

«¿Mucho tiempo aquí con nosotros?» Eso era algo que ni siquiera se le había pasado por la cabeza. Shuta se quedó mirando a Kosuke sin decir nada. Kosuke se rio.

—Ja, ja, ja. Nada, olvídalo, no he dicho nada. Tú fuiste a la universidad. Es normal que no quieras quedarte en una empresa de construcción como esta.

Cuando llegaron a la oficina, vieron a varias empleadas alrededor de Satsuki. B estaba cómodamente acurrucada en su regazo.

—Qué envidia me da, señora Satsuki. A mí también me gustaría tenerla en mis rodillas.

—¡Parece tan feliz durmiendo en su regazo! Es tan bonita —añadió una de las empleadas.

—Pero ¿qué decís? No sabéis lo acalambadas que tengo las piernas desde hace ya un buen rato. ¡Qué dolor! —respondió Satsuki con una mueca—. Pero no me puedo mover, y ella tampoco parece que esté por la labor. Anda, B, vamos, levántate de una vez y déjame en paz.

Esto lo decía de palabra, porque era evidente que estaba más que encantada de haber sido elegida por B. En cualquier caso, Satsuki continuaba trabajando con la gata en su regazo. Lo cierto era que, aunque B también estaba bastante familiarizada con Shuta, nunca había buscado su regazo, y Shuta envidió a Satsuki.

Sonó el motor de un coche, y otro grupo de obreros llegó a la oficina con Jinnai a la cabeza. Nada más entrar, Jinnai exclamó:

—¡Pero bueno, B! ¡Qué buen sitio has encontrado para descansar!

B, al parecer algo asustada, abrió mucho los ojos y levantó las orejas, pero no se movió del regazo de Satsuki. Jinnai, sonriente, se agachó al lado de su esposa.

—Qué lista eres. ¡Preciosa, bonita, guapísima!

A Kosuke se le escapó la risa al escuchar el tono almibarado de Jinnai, cuyo rostro de inmediato se transformó.

—¿Y a vosotros qué os pasa? ¡¿Todavía no sabéis que lo primero que tenéis que hacer al llegar es limpiar las máquinas?!

—¡Oh, claro, ahora mismo! —respondió Kosuke, intentando excusarse mientras salía apresuradamente de la oficina con cara de susto. Shuta no tardó en seguirlo, temiendo que Jinnai la tomara también con él. En el aparcamiento, comenzaron a limpiar a manguerazos las orugas de las excavadoras y las ruedas de los pequeños camiones. Al principio trabajaron en silencio, pero al cabo de un rato Kosuke repitió en tono burlón:

—¡Preciosa, bonita, guapísima!

—¡Para, Kosuke!

Shuta contuvo la risa con dificultad, aunque no pudo evitar que le temblaran los hombros; llevaba un buen rato esforzándose por no reír a carcajadas. Kosuke, por su parte, sonreía con aire travieso.

—Eso ya es demasiado. Que el presidente de una empresa se ponga así de ñoño delante de todos los empleados resulta casi ridículo. Además, ¿cómo que «qué buen sitio has encontrado»? ¡Debería haberla espantado de un manotazo! ¡Estaba molestando a la jefa!

Intentaron contenerse, conscientes de que si se echaban a reír, los oírían o en la oficina. Pero no pudieron aguantar más y estallaron a carcajadas, dando voces y retorciéndose de la risa. No pudieron parar, ni siquiera cuando los gritos de Jinnai, que les llegaban desde el edificio de la oficina, resonaron con fuerza.

¿Cuántos meses habían pasado desde la última vez que se rio con tantas ganas? Quizá no fueran meses, sino años.

Ya era de noche cuando salieron de la oficina con los demás obreros, después de cambiarse de ropa y cobrar el jornal. Por la noche, en Kioto hay poca gente y poco tráfico, salvo en las grandes avenidas. La única zona de verdad animada, con tiendas, bares y restaurantes, es la avenida principal.

Mientras iba caminando, Shuta miró el transportín que llevaba en la mano.

—Todo irá bien, B, tú tranquila. Te quedas conmigo en mi casa y ya está.

Se sentía bien, con el cuerpo cálido y lleno de energía, tal vez debido a las carcajadas. ¿Cómo no se habría dado cuenta antes de algo tan sencillo? A partir de ahora, él se haría cargo de B, y asunto solucionado. Además, ya tenía todo lo necesario, y quedársela de mascota no supondría grandes cambios en su día a día. Recordó la agradable sensación de la cabeza de B encajada a la perfección en la palma de su mano. Por mucho que protestara aquel médico tan peculiar, Shuta no pensaba dar su brazo a torcer. Tal vez en esto consistía sentir que alguien apelaba a sus emociones. Disfrutaba estando con B. Su encanto aliviaba su sufrimiento, y estaba convencido de que seguiría haciéndolo feliz.

Cuando comenzó a divisar su apartamento, se detuvo de golpe. Bajo la luz de una farola distinguió a Emoto, plantado allí, esperándolo. Estaba sonriendo. Debió de ver a Shuta antes de que él lo advirtiera.

—Jefe Emoto...

Emoto se acercó esbozando una sonrisa ligera y con movimientos contenidos.

—Hola, Kagawa. ¿Qué te ocurre? Pareces cansado —le dijo con voz apagada. La confusión dejó a Shuta paralizado. Al llegar a su lado, Emoto le puso una mano en el hombro—. No sabes lo preocupado que he estado por ti. Saliste corriendo tan de repente... Pero no te preocupes. Por ahora, todo está bajo control; he conseguido aplacar a los superiores. Ja, ja, ja —dijo con una risa forzada. Después, bajando la voz como si temiera que alguien pudiera escucharlo—: Mira, Kagawa. He venido a hablar contigo porque me da la impresión de que has malinterpretado las cosas. No te confundas: el responsable de todo este lío es Kijima. Al parecer, ha estado haciendo cosas extrañas con mis clientes.

—Jefe, yo ya no tengo nada que ver con este asunto...

—No, espera, déjame hablar —le interrumpió Emoto, acercándose más a Shuta—. Me pareció muy extraño que Kijima dejara de venir a trabajar tan de repente, así que empecé a indagar. Entonces descubrí que estuvo engañando a mis clientes más ancianos con ofertas muy atractivas y cobrándoles directamente. Por supuesto, todo lo hacía a espaldas de la empresa. Fíjate si lo haría bien, que incluso me engañó a mí. Ahora no puedo evitar sentirme responsable de este desastre, por haber confiado en él, con toda mi buena intención, las visitas a mis clientes para que mejorara su rendimiento en la empresa.

—Jefe...

Shuta recordó las palabras de Kijima: «Incluso me llevo bien con alguna señora mayor, que hasta me dice que mis visitas le alegran el día». Al mismo tiempo, sintió más lástima que desprecio por las mentiras descaradas y las excusas de Emoto. A pesar de que este hombre siempre le había provocado rechazo, en ese momento casi sentía compasión por él.

—Pero, jefe, yo no puedo hacer nada. Además, ya he decidido que voy a dejar la...

—¡No digas tonterías! Los dos somos víctimas de ese miserable. Kijima es el culpable de todo. Él es el único responsable. ¡Cuéntale la verdad a la empresa! ¡Díselo tú!

La voz de Emoto subía de volumen con cada palabra. Se había ido acercando tanto a Shuta que ahora este estaba acorralado entre Emoto y el muro del apartamento, donde apoyaba la espalda.

—Cálmese, jefe Emoto, por favor.

—¡¿Calmarme?! ¡Cállate! Tú lo tienes fácil: te vas y asunto arreglado. ¡Pero yo me lo estoy jugando todo, maldita sea!

La amenazante voz de Emoto, a la que tan acostumbrado estaba Shuta, resonó por toda la calle, pero esta vez notó en ella una angustia apenas disimulada. B maulló dentro del transportín. Quizá había sentido miedo: en cualquier caso, sus maullidos ya se parecían más a aullidos, y comenzaba a revolverse con violencia. Shuta, alarmado, levantó el transportín y lo apretó contra su pecho.

—B, B, tranquila, por favor.

—Te lo ruego. Tengo una familia a la que mantener. ¿Lo entiendes? ¿Qué crees que me pasará si me denuncian? Solo te pido que respaldes mi versión. Mientras tanto, te juro que devolveré todo el dinero a los clientes —dijo Emoto con expresión de apuro, juntando las manos delante de Shuta en señal de súplica.

Pero Shuta negó con la cabeza y, sujetando como podía el transportín para que no se le cayera al suelo, le contestó en el tono más franco y firme que fue capaz de reunir:

—Jefe Emoto. Si fuera con la verdad por delante, quizá la empresa lo perdonaría. Estoy dispuesto a contar todo lo que sé.

De repente, en un abrir y cerrar de ojos, toda emoción desapareció del rostro de Emoto, que quedó por completo inexpresivo. Sonrió con frialdad y dijo:

—Con la verdad por delante, ¿eh? Pero ¿tú quién te crees que eres?

—Jefe...

—No, si tienes razón. —En medio de los maullidos chirriantes de B, el tono de Emoto al decir aquello fue extrañamente sereno. Después, dirigiendo una turbia mirada al transportín, añadió—: Es un gato, ¿verdad? No sabía que tuvieras uno.

A Shuta se le heló la sangre.

—Bueno, sí, es que...

Abrazó con más fuerza el transportín mientras B seguía dando alaridos. Emoto, con una sonrisa siniestra, alzó la cara para mirar hacia el apartamento de Shuta.

—Vives aquí, ¿eh? ¿Dejan tener gatos en estos apartamentos? No sería lo habitual, desde luego. ¿No lo tendrás a escondidas? Porque eso sería un incumplimiento del contrato. —Shuta se quedó paralizado, incapaz de reaccionar. Mientras tanto, Emoto se pasó la mano por la barbilla, con gesto de triunfo en el rostro—. Mañana a primera hora voy a llamar al administrador de la finca para denunciarte. Tú solo tienes que ir con la verdad por delante y contarle todo, ¿no te parece? —Emoto hizo una pausa, con una sonrisa irónica, y añadió—: ¿Te parezco mala persona? O sea, ¿sacarles algo de dinero a viejos millonarios que no lo necesitan está mal, pero tener un gato en un piso donde está prohibido está bien? Todos tenemos nuestros muertos en el armario, chaval. Así que deja de hablar como si fueras el único hombre honrado de este mundo.

Quizá estas últimas palabras las había dicho a la desesperada, porque, aunque reía, también parecía a punto de romper a llorar.

Shuta reajustó el transportín en sus brazos y se alejó corriendo de Emoto. A medida que se distanciaba, la risa de Emoto se fue apagando.



Shuta dejó escapar un suspiro de alivio al ver que las luces de la oficina de la empresa de construcción seguían encendidas. Corrió hasta la puerta y entró sin dudar. Dentro solo estaban Jinnai y Satsuki, quien se acercó a él con rapidez.

—Pero ¿qué ha pasado, Kagawa? ¿Qué haces aquí? —preguntó Satsuki, visiblemente extrañada.

Shuta jadeaba.

—Esto... La gata... —murmuró mientras le entregaba el transportín y se dejaba caer en el suelo. Satsuki tomó el transportín con el ceño fruncido.

—Pero ¿qué te pasa? Estás empapado de sudor.

—Por favor, quédense con B... Quiero que... ustedes se queden... para siempre con la gata —dijo Shuta de forma atropellada.

Shuta miró el transportín y su mirada se cruzó con los ojos dorados de B. Tuvo ganas de llorar.

Jinnai se levantó de la silla y observó inquisitivamente a Shuta.

—A ver, ¿a qué viene esto? Explícate mejor.

—Mire, presi... B no es mía. Es una gata que está acogida en una protectora de animales. Mañana termina su plazo de acogida en la protectora y, si nadie se hace cargo de ella, la sacrificarán.

—¿Sacrificarla? ¿Cómo es posible? —exclamó Satsuki con voz atiplada, claramente horrorizada. Jinnai permaneció en silencio.

—Por eso pensé en quedármela. Pensé que eso sería lo mejor para ella. Pero mi antiguo jefe de departamento... Bueno, no, el administrador del edificio de apartamentos en el que vivo se va a enterar de que tengo una gata y me obligará a sacarla de allí. Por eso, presi, me gustaría que usted y la señora Satsuki se quedaran con ella. Quieren mucho a B, y ella está muy a gusto con ustedes. Por favor, se lo pido. —Shuta se sentó sobre sus rodillas e hizo una profunda reverencia, inclinando la cabeza hasta tocar el suelo.

Cuando levantó la cara, vio a Jinnai mudo por completo, con los labios apretados, y a Satsuki desconcertada, contemplándolo fijamente.

—Tú... ¿qué opinas? —le preguntó Satsuki a su marido.

—Que no. No vamos a tener ningún otro gato —respondió Jinnai con amargura. Shuta se estremeció.

—Po... ¿por qué?

—Nos prometimos no volver a tener un gato en casa. Cuando murió el nuestro, juré que nunca más tendría otro. No puedo romper esa promesa bajo ningún concepto.

Shuta estaba estupefacto.

—Pero presi...

Entonces, Jinnai se agachó apoyando una rodilla en el suelo, se colocó a la altura de Shuta y lo miró fijo.

—Escúchame bien. Acabas de decir que pensabas quedarte con B, ¿no es cierto?

—S... sí, pero...

—En ese caso, tendrás que responsabilizarte de ella hasta el final. Si ahora mismo consideras que no puedes tenerla, ¿no crees que deberías hacer un esfuerzo antes de entregárnosla a nosotros? ¿De que encontrarás la manera de que puedas estar con ella para siempre?

«Estar con ella para siempre». Shuta miró a B y, sin darse cuenta, cerró los puños, como cuando sostenía la cabeza de B. Notó en las palmas una sensación de calidez y suavidad, como la textura de una pelota nueva de tenis: redonda y peluda. Por un instante, fue como si tuviera de nuevo la cabeza de B entre sus manos. Era una sensación que jamás desaparecería. Del mismo modo que Jinnai y Satsuki llevaban en sus corazones al gato que habían perdido, el reconfortante tacto de la cabeza de B revivía en las manos de Shuta cada vez que lo recordaba.

Ahora B estaba ahí con él. En sus ojos dorados no había ni rastro de preocupación mientras miraba a Shuta. O, al menos, eso le pareció a él. En ese momento, lo que menos importaba era pensar en disfrutar de la convivencia con la gata o si ella le haría sentir bien. Lo más probable era que lo echaran del apartamento. El trabajo que tenía era precario, y no tenía apenas ahorros. Aun así, ¿sería capaz de hacer algo para que B pudiera vivir tranquila y sin preocupaciones? ¿Por supuesto que sí! Claro que podía esforzarse para conseguirlo.

Espoleado por las emociones que comenzaban a brotar en su corazón, Shuta volvió a inclinarse hasta pegar la frente en el suelo.

—¡Presi! ¡Por favor, déjeme seguir trabajando aquí! ¡Déjeme quedarme en esta empresa, incluso después de saldar la deuda que tengo con usted! Me mudaré mañana mismo, buscaré un apartamento en el que permitan tener gatos y la cuidaré yo mismo. Lo único que le pido es que me deje traer a la gata a la oficina, para que esté aquí mientras yo esté trabajando. ¡Se lo pido por favor! ¡Le prometo que me esforzaré al máximo en esta empresa! —exclamó volviendo a presionar la frente contra el suelo. Estaba dispuesto a permanecer allí postrado hasta que los Jinnai le dijeran que sí.

Shuta escuchó resoplar a Jinnai.

—Tienes que mudarte.

—¿Cómo? —preguntó Shuta, levantando la cabeza—. Sí..., claro..., mañana mismo iré a una inmobiliaria y...

—Calla, insensato. No encontrarás con tanta facilidad un apartamento donde permitan tener animales. Le pediré a un conocido que tiene una inmobiliaria que te busque uno, así que, de momento, trae tus cosas aquí y te instalas en el cuarto que tengo encima de esta oficina. Si es por un tiempo limitado, no tengo inconveniente en cuidar de B. ¿Qué te parece, B? No es mala idea, ¿eh? ¿Quieres que hoy durmamos juntitos tú y yo?

Jinnai cogió el transportín, se acomodó en el sofá de cuero y apoyó los pies sobre la mesa de centro. Aunque sus modales eran toscos, su cara se llenó de ternura.

Aunque Shuta seguía todavía algo aturdido, tuvo la sensación de haber colocado los cimientos sobre los que iría reconstruyendo su vida. Satsuki, con una sonrisa discreta, comentó:

—Pues nada, Kagawa, ya sabes. Ahora tienes que resolver cuanto antes la situación con tu empresa anterior. Y espero que encuentres casa pronto. Porque, como no lo hagas, este viejo no va a querer ir a trabajar.

—Entendido —respondió Shuta, asintiendo con la cabeza, mientras contenía la risa.

Qué extraña era la vida. Apenas una hora antes deambulaba por las calles del centro de Kioto, sin rumbo, y ahora todo había dado un giro. Le esperaban días de mucha actividad: la mudanza, los trámites para dejar legalmente su trabajo en la empresa anterior... Pero lo primero que tenía que hacer era volver a la clínica para pedirles que le dejaran quedarse con B.

«¿Qué me dirá ese extraño médico?», pensó.



Cuando Shuta le escribió para anunciarle que dejaba la empresa, Yuina le contestó enseguida.

Ahora caminaban juntos hacia el sur por la calle Tominokoji-dori.

—Emoto no ha vuelto a la oficina. Lo han suspendido temporalmente de empleo y sueldo, y está bajo reclusión forzosa en su casa —le contó Yuina.

Ese día, Shuta había acudido a su antigua empresa a primera hora de la mañana para tramitar los papeles de la baja voluntaria. Más tarde, se había acercado a la mesa de Yuina para contarle el asunto de B. Ella interrumpió la tarea que tenía entre manos y dio por concluida la jornada para acompañarlo a la clínica.

Shuta llevaba el transportín en la mano. B estaba tranquila dentro de la caja.

—Arresto domiciliario, ¿eh? Espero que diga la verdad cuando le tomen declaración.

—Al final, tú has pagado las consecuencias sin tener la culpa de nada. Sigo pensando que no deberías haber dejado la empresa.

—Qué va. Si no era ahora, lo habría hecho más pronto que tarde.

—Ya, bueno, al fin y al cabo, es una empresa turbia... —dijo Yuina, siguiéndole la corriente—. Yo, por mi parte, haré lo que esté en mis manos para que la empresa mejore lo que necesite. Es que a mí me gusta el trabajo que hago. Así que supongo que debería pasar a la acción, en lugar de limitarme a quejarme de las cosas que no me gustan. Estoy segura de que si nos esforzamos en serio, esta empresa puede cambiar de rumbo.

—De color, seguro —respondió Shuta riendo.

Shuta había supuesto que la empresa de Jinnai, como muchas otras relacionadas con la construcción, no serían del todo legales. Sin embargo, la de Jinnai sí lo era. Al menos, de momento no había visto nada que le resultara extraño, ni en la gestión en general ni en el trato a los empleados. Además, el trabajo no le disgustaba tanto como había pensado en un principio, simplemente por prejuicio.

Después de cruzar varios pasos de cebra, Yuina se detuvo.

—Oye, ¿dónde está esa clínica de buena fama? Me da la impresión de que estamos dando vueltas por el mismo sitio.

Aunque Shuta avanzaba con la determinación de quien parece conocer el camino, en realidad llevaba un rato perdido. Yuina le lanzó una mirada de reproche.

—Anda, dame la dirección.

—A ver..., es que me la dieron en el formato típico de aquí, indicando la ubicación según las calles principales: al este de la calle Takoyakushi, al sur de la calle Tominokoji, al oeste de la calle Rokkaku, y al norte de Fuyacho. Vamos, un lío total...

—Ya..., tienes razón.

Aun así, como ya había ido dos veces a la clínica, Shuta confiaba en que, dando vueltas por la zona, acabaría por encontrar el callejón que conducía al edificio. Pero no veía ni el callejón ni el edificio. Dieron vueltas y más vueltas hasta que por último se detuvieron en medio de la calle, desorientados y confusos. B maulló desde dentro del transportín, maulló y se movió incómoda.

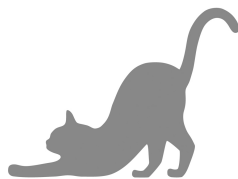
—La pobre debe de tener hambre —dijo Yuina, mirando a su alrededor—. No es por desanimar, pero no veo ningún edificio que se parezca al que me has descrito.

—Ya..., yo tampoco.

Shuta levantó el transportín y lo sostuvo con los dos brazos. El peso de la gata era real, no estaba soñando. Sin embargo, de pronto tuvo la sensación de que no iban a encontrar la clínica. Era como si, una vez dentro de las retículas ortogonales que formaban las calles en aquella zona de Kioto, la existencia de ciertos lugares en ella fuera azarosa: unas veces aparecían, y otras, simplemente no.

Miró a Yuina y la vio reír con la cabeza algo ladeada. Shuta también se echó a reír. Al final, decidieron dejar de buscar y sencillamente avanzaron en línea recta.

## Capítulo 2



Encontró el edificio al fondo de un callejón húmedo.

—Va a ser todavía peor de lo que me temía —musitó Koga con desdén.

Aquel callejón, estrecho y sin salida, albergaba el edificio que buscaba, encajonado entre otros dos igual de viejos y descuidados. Desde la calle principal, el callejón ni siquiera parecía transitable; daba la impresión de ser una simple separación obligada entre dos edificios contiguos.

El edificio en cuestión tenía un aspecto desolador. Desde donde Koga estaba, podía ver el cielo por completo despejado al alzar la mirada, pero si la dirigía hacia abajo, la sensación era como estar en el fondo de un pozo. Aquello parecía una metáfora de su situación actual.

Oteó el interior del edificio desde la entrada. Solo alcanzó a ver el pasillo, largo y sombrío. Todo estaba en silencio.

—Si es que no tendría que haber venido. ¿Quién me mandaría a mí...? —murmuró con tono quejumbroso mientras se adentraba en el edificio.

Avanzó por el pasillo hasta llegar a la escalera del fondo y comenzó a subirla: primera, segunda, tercera planta... Su respiración se hacía más pesada con cada tramo que ascendía.

—Me estoy empezando a arrepentir. Quizá no debería haber venido —murmuró de nuevo.

Todo aquello era un auténtico despropósito. Cuando llegó a la quinta planta, el pecho le subía y le bajaba con fuerza y respiraba con dificultad. Las gruesas lentes de sus gafas se habían empañado a causa del vaho de su propia respiración.

—Para empezar, vaya forma de indicar una dirección... ¿Qué pretenden con esto? Esto lo hacen para molestar —musitó con irritación.

Al este de la calle Takoyakushi, al sur de la calle Tominokoji, al oeste de la calle Rokkaku, al norte de Fuyacho, barrio de Nakagyo, Kioto. En teoría, los nombres de las calles indicados de aquella manera deberían funcionar como coordenadas para orientarse en el entramado urbano de la ciudad. Pero aquellas señas resultaban incomprensibles. Seguro que

alguien que no era de Kioto se lo había indicado verbalmente a otro que tampoco lo era. Además, había oído hablar de la supuesta buena fama de la Clínica Kokoro Chukyo por casualidad, al escuchar un fragmento de una conversación ajena. Por eso no iba demasiado convencido ni con muchas ganas. Ahora que por fin estaba frente a la puerta, dudaba si entrar.

«Mejor me voy... No, ni hablar. He hecho un gran esfuerzo para llegar hasta aquí. Me ha costado demasiado encontrar esta dichosa clínica. Debería entrar, aunque solo sea por curiosidad». Sin embargo, para un hombre como Koga, que ya había superado los cincuenta años, aquello de psicología le generaba más recelos que otra cosa. Y aunque se tratara de una clínica pequeña, que no parecía intimidante, no terminaba de decidirse a cruzar la puerta.

«Sí, será mejor que me vaya. No, no, si he pedido un día libre solo para venir...» Mientras seguía dudando, plantado frente de la puerta de entrada de la clínica, un hombre apareció caminando por el pasillo. Pasó detrás de Koga con calma, alargó el brazo hacia la puerta contigua y tomó el pomo. Mientras realizaba aquellos movimientos con parsimonia, el hombre le dirigió una ojeada inquisitiva y comenzó a mirarlo de arriba abajo con evidente desconfianza.

Koga, sintiéndose incómodo, abrió con rapidez la puerta de la Clínica Kokoro Chukyo. La puerta, más ligera de lo que aparentaba por su antigüedad y grosor, dio paso a un interior sorprendentemente limpio. Aunque estaba decorado con sobriedad, resultaba acogedor. No había nadie en la recepción. Koga, aún alterado por la mirada del vecino, no se atrevió a dar una voz para que alguien vinera a atenderlo. «¿Salgo y me voy?», pensó, indeciso. Mientras dudaba, oyó el característico sonido de unas chancletas golpeando el suelo, plaf, plaf, plaf, y apareció una enfermera que rondaría los treinta años.

—Hola, hola, viene a la consulta, ¿verdad? Pase, por favor.

—No, yo, es que...

—Pase al fondo.

La enfermera dijo esto mientras señalaba con un dedo al fondo de la clínica, sin mirarlo siquiera. Koga, a regañadientes, no tuvo más remedio que avanzar. En la sala de espera había un pequeño sofá. Justo cuando iba a sentarse en él, la enfermera lo disuadió con brusquedad:

—¡Ahí no! Ese asiento es para los pacientes que vienen con cita. El doctor está dentro, así que pase directamente.

Aunque de apariencia agradable, el acento típico de Kioto de la enfermera tenía un deje áspero que no gustó a Koga, y la miró con displicencia. Sin embargo, ella parecía por completo indiferente a lo que él pudiera sentir o hacer. Ni siquiera estaba prestando atención.

Koga entró en la consulta receloso y arrugando el entrecejo. La consulta era una habitación estrecha equipada con una mesa, un ordenador y dos sillas plegables. Al fondo colgaban unas cortinas que ocultaban el resto de la estancia. A Koga le pareció una consulta médica excepcionalmente sobria y no pudo evitar preguntarse cómo estaría organizado el resto de la clínica. En ese momento se descorrió la cortina y apareció un médico en bata blanca. Su aspecto no hizo más que espolear el creciente mal humor de Koga.

El médico era un hombre delgado, de unos treinta años. Era con claridad más joven que Koga, y sus sencillas facciones, un poco afeminadas, le recordaron al tipo de aspecto que le gustaría a su hija Emiri. «¿Puede un jovencuelo como este dirigir una clínica psicológica?», pensó Koga, sintiendo que su desagrado hacia el médico iba en aumento. En los últimos tiempos, además, se sentía víctima de una especie de agravio comparativo constante respecto a los jóvenes; algo que le echaba en cara con frecuencia su mujer, junto con reproches sobre su barriga o su supuesto mal olor corporal de señor mayor.

—Hola. ¿Es su primera visita aquí? —le preguntó el médico con amabilidad, con un marcado acento de Kioto.

Su forma de hablar y su tono de voz resultaban más propios de un anciano de algún pueblo de provincias que de un joven como él.

—Sí.

—Por cierto, ¿quién le ha hablado de esta clínica?

—Digamos que la conocí a través de un conocido de un conocido... En realidad, no sabría decirle con exactitud quién me habló de ella.

Era cierto. Koga no sabía quién le había mencionado la clínica. La había descubierto al escuchar con interés una conversación que mantenían dos desconocidos, y uno de ellos comentó que conocía una buena clínica psicológica.

El médico esbozó una breve sonrisa.

—Entiendo... Pues lamento tener que decirle que eso es un inconveniente. A veces vienen personas que dicen haber oído hablar de esta clínica a alguien que no recuerdan bien. Pero, como podrá observar,

este centro lo llevamos únicamente la enfermera y yo, y solo aceptamos a quienes vienen recomendados por alguno de nuestros pacientes.

—No me diga eso... —Hasta hacía un momento, había estado dudando si entrar en la clínica, pero ahora, al escuchar que el médico lo rechazaba, de pronto se sintió alterado—. He tenido que pedir un permiso especial de medio día para venir aquí. Esta es una clínica que trata problemas mentales, o psicológicos, o como los quiera llamar, ¿verdad? Es que tengo un problema que me está martirizando. Por favor, ¿no podría hacer una excepción conmigo y atenderme?

—¿Problemas mentales o psicológicos? —repitió el médico, ladeando la cabeza y frunciendo el ceño—. Ja, ja, ja. Desde luego, suena interesante. Ja, ja, ja. —Koga lo miró, atónito, con la boca abierta mientras el médico seguía riendo. Por fin, este se calmó y añadió—: Está bien. Ya que ha venido hasta aquí, haré una excepción con usted. No suelo hacer estas cosas, pero, por esta vez, lo dejaremos pasar. Dígame su nombre, apellido y edad.

—Oh, sí... Me llamo Yusaku Koga, y el mes que viene cumpliré cincuenta y dos años.

—Muy bien. Cuénteme, entonces. ¿Qué lo trae por aquí?

«¿Para qué tantos remilgos si al final me vas a atender? —pensó Koga mientras fruncía el ceño—. Pero no vas a entender ni pizca de lo que siento, por mucho que te cuente mis problemas. De hecho, nadie me entiende: ni los médicos ni mi familia ni mis compañeros de trabajo. En fin, soy un incomprendido».

Apretó los puños sobre las rodillas y bajó la mirada.

—Tengo un problema en el trabajo. Hará unos tres meses, llegó a nuestra oficina una empleada nueva a la que, la verdad, no soporto. Fue ascendida gracias a no sé qué plan de promoción de la mujer y ocupa un puesto de mando; es decir, que es mi jefa. Pero es... caótica, una mujer muy poco seria y muy informal. No la soporto.

«Sí, Hinako Nakajima, se llama la dichosa mujer». Tenía cuarenta y cinco años, y Koga pensaba que a esa edad ya no era apropiado comportarse como una jovencita, pero ella lo hacía. Quizá porque era soltera, aún se vestía de una manera en exceso llamativa, hablaba a voces y trataba de llamar la atención constantemente. No sabía lo que era la discreción. Además, se reía todo el tiempo, y eso sacaba de quicio a Koga todo el tiempo. Solo de pensar en su risa, le subía la presión.

—Trabajo en un centro de llamadas que opera por contrato, y casi todos los empleados son mujeres. Por eso, siempre me he sentido bastante solo en el trabajo. Aunque eso no importa demasiado y, en cualquier caso, no es el problema. Hasta ahora he hecho mi trabajo razonablemente bien: atender las quejas de los clientes, solucionar problemas de gente que a menudo se pone muy pesada, etcétera. Pero desde que llegó esta mujer, el ambiente en la oficina ha cambiado de manera radical... No sé por qué, pero tengo la sensación de oír su voz todos los días, a todas horas.

En el centro de llamadas, un gran número de líneas telefónicas convergían en una gran sala diáfana donde los operadores atendían directamente a los clientes que llamaban por teléfono. Llamaban personas de todo tipo, y los operadores solían terminar la jornada bastante estresados.

Koga tenía un puesto de mando intermedio. A veces también atendía algunas llamadas, sobre todo cuando se trataba de pedir disculpas a los clientes por algún error atribuible a la empresa. Llevaba quince años estancado en el mismo puesto, sin lograr un ascenso. Aunque en ocasiones tenía que soportar las broncas y los gritos de los clientes, nunca había tenido el más mínimo roce con ningún jefe, compañero o subordinado. Era un trabajo aburrido, sí, pero no especialmente exigente ni debía soportar situaciones demasiado angustiosas. El director del centro de llamadas era un hombre con aún menos perspectivas de promoción en la empresa que Koga —tal vez porque era menos ambicioso que él— y estaba a punto de jubilarse el siguiente año. Por eso, todos daban por hecho que Koga ocuparía el puesto que aquel dejaría vacante.

Pero todo cambió de un día para otro.

Un día, sin previo aviso, llegó Hinako Nakajima transferida de la central de Tokio. La empresa creó el puesto de vicedirectora del centro, un cargo diseñado específicamente para Nakajima: de la noche a la mañana se había convertido en la jefa de Koga.

«¡Me encanta! ¡Me fascina! ¡Me chifla!»

Koga apretó los puños con más fuerza sobre sus rodillas.

—Esas cosas que dice... no se me borran de la cabeza. Sobre todo las recuerdo por la noche. Cuando me acuesto, empiezo a oír sus «¡Me encanta! ¡Me fascina! ¡Me chifla!», como un eco constante que me atormenta y no me deja dormir.

Koga abrió las manos y levantó la cara. Se quedó estupefacto al ver al médico mirando distraídamente a algún punto intermedio mientras se rascaba la nariz.

—Disculpe, doctor, pero ¿qué está haciendo? ¿Me ha estado escuchando?

—¿Qué? Ah, sí, claro, claro. Sí, sí, un centro de llamadas, claro que sí. Imagino que será un trabajo muy estresante —respondió con una sonrisa. Y añadió—: Entonces, ¿qué le trae por aquí hoy?

La sonrisa del médico hizo enfurecer a Koga.

—¡Le estoy diciendo que no puedo dormir! ¡Esa mujer se me aparece hasta en sueños y llevo semanas sin pegar ojo! Últimamente, incluso me quedo como ausente en el trabajo y ¡a este paso siento que me voy a volver loco! —gritó Koga desesperado.

Su rostro estaba rojo, y su respiración, agitada. Sin embargo, el médico no mostró la más mínima reacción, permaneció impassible.

—Entiendo. El insomnio es duro —dijo el médico como única respuesta mientras se giraba en la silla para encarar el ordenador. Comenzó a teclear—. Señor Koga, le voy a recetar un gato, ¿de acuerdo? Y vamos a ver qué tal le va. ¡Vaya, qué suerte ha tenido! Veo que acaban de devolvernos una gata que resulta muy efectiva. —Luego volvió a girarse sobre la silla, dándole la espalda a Koga, y ordenó—: Señorita Chitose, tráigame a la gata.

—Sí —respondió la enfermera que le había atendido antes, cuando había entrado en la consulta.

Trajo en brazos una gata de pelaje negro con manchas de color marrón claro. Con la otra mano sostenía un transportín, que dejó sobre la mesa del médico antes de entregarle a la gata. El médico la tomó con cuidado y le deslizó la mano suavemente desde la cabeza hasta la cola.

—La efectividad de esta gata está asegurada. Eso sí, solo se la puedo recetar por diez días, ya que está programada para otro paciente. Pero pienso que con diez días será más que suficiente. Tome, aquí la tiene.

El médico casi le lanzó la gata encima. Koga, sobresaltado, retrocedió arrastrando la silla hacia atrás, pero la habitación era pequeña y no tenía escapatoria. No tuvo más remedio que coger al animal en brazos.

—Pe... pe... pero ¿qué es esto?

—¿Pues qué va a ser? Una gata, ¿no la ve? Es muy efectiva. Le prepararé la receta; pase por recepción a recogerla antes de irse. Que se

mejore.

—¿Es una broma? ¿Tratar mi insomnio con un gato? ¿Qué se supone que va a hacer? ¡No sirve ni para tapar un pedo!

—Oh, no, por Dios; no se le ocurra utilizarla para tapar sus pedos. Es un animal, y tiene sus sentimientos, ¿eh? En fin, señor Koga, no se preocupe, ya lo verá. La mayoría de los problemas se solucionan con un gato —respondió el médico mientras se levantaba de la silla—. Ah, por cierto —añadió entregándole un trozo de papel y pasándole el transportín—, si ve a alguien en la sala de espera, dígle que pase, ¿de acuerdo?

Koga salió de la consulta con la sensación de que había sido obligado a marcharse. No había a nadie en la sala de espera. En la recepción, la enfermera tenía preparada una bolsa de papel para él. Para cogerla, primero tuvo que meter a la gata en el transportín, lo que le hizo forcejear con el animal. Cuando por fin lo logró, se alisó la ropa con la mano y se dio cuenta de que estaba cubierta de pelos, a pesar del poco contacto que había tenido con la gata.

Insomnio tras cumplir los cincuenta. Marginado tanto en el trabajo como en casa. Era él quien debía ocuparse de la salud mental de sus empleados, y no quería que nadie supiera que estaba mal y necesitaba ayuda. Se miró a sí mismo, cubierto de pelos de gato, en la clínica a la que había acudido a escondidas.

—¿Adónde he ido a parar...? —murmuró entre dientes, con rabia contenida.



Koga vivía en una zona algo apartada del área urbana de Kioto, cerca del trazado de las vías de la línea de ferrocarril JR. Su casa estaba a veinte minutos a pie de la estación más cercana y contaba con un minúsculo aparcamiento en el que a duras penas cabía un coche. Aún le quedaban más de quince años para terminar de pagar la hipoteca. Se enorgullecía de ser un hombre hecho a sí mismo, capaz de mantener a su familia. Su esposa era ama de casa, y su única hija estaba ahora en la universidad. ¡Por supuesto que había espacio para una mascota en casa! Estaba convencido de que ellas no pondrían ninguna objeción a la gata.

Fue repitiéndose eso mientras caminaba, pero cuando llegó a casa las dudas le asaltaron de golpe, y entró con cautela.

—Hola... —saludó Koga, inseguro y en voz baja. Desde el salón llegaba el sonido del televisor. Natsue, su mujer, debía de estar viendo algún programa, puede que tumbada en el sofá.

Koga miró el transportín que llevaba en la mano y sintió una punzada de angustia en el pecho. Durante todo el trayecto de vuelta, había estado despotricando mentalmente contra la gata, pero ahí estaba, con ella. Nunca había convivido con ningún animal, y sabía que necesitaría la ayuda de su esposa e hija para cuidarla.

«Pero ¿qué les digo? —se preguntó—. ¿Que me recetaron una gata después de contarle al médico que no podía dormir? ¿Que me aseguró que la mayoría de los problemas se solucionaban con un gato?» Se quedó dudando en el pasillo, incapaz de decidirse a entrar, cuando Natsue apareció en el salón.

—Oh, no sabía que ya estabas aquí.

—Ah, oh, sí... —farfulló Koga mientras dejaba el transportín y la bolsa de papel en el suelo.

—Podrías haberme avisado de que ibas a llegar temprano. Aún no he preparado la cena.

—Lo siento, lo siento; pero no te preocupes, por mí no hay prisa.

Había contrariado a su esposa nada más llegar. Pensó que quizá sería mejor intentar ganarse primero a su hija.

—¿Y Emiri? Podría aprovechar que he llegado temprano y cenar con ella. Casi nunca lo hacemos.

—¿De qué hablas? Emiri se fue ayer de acampada con sus amigos de la universidad. No volverá hasta dentro de unos días. Te lo he dicho varias veces, cariño.

—¿Ah, sí?

—Desde luego... Nunca me escuchas —se quejó Natsue con tono de reproche, antes de soltar un suspiro.

Koga, queriendo evitar que Natsue se pusiera de peor humor, decidió llevarse a escondidas las cosas que había traído de la clínica a la planta de arriba, pero ella lo descubrió enseguida.

—¿Qué es todo eso que llevas ahí? ¿Otra vez has vuelto a comprar maquetas de modelismo? A ver si dejas ya de gastar el dinero en esas cosas. Además, en casa ya no tenemos más sitio para tus juguetes.

—No, no; esto me lo han dado en la empresa para que lo guarde unos días. No es nada importante.

De repente, Natsue estornudó con fuerza varias veces seguidas, acompañando cada estornudo con un sonido que casi rozaba el chillido. La gata debió de asustarse al oír aquel estruendo porque el transportín se agitó violentamente.

—¡Eh, tranquila!

—¡¿Qué has dicho?! No puede ser... —exclamó Natsue mirando al interior del transportín mientras estornudaba de nuevo—. ¡Pero si es un gato! ¿Cómo se te ocurre?

—Sí, es una gata. ¿Y? Hoy he ido a una clínica psicológica y...

—¡Aparta ese animal de mí! ¡¿Es que no sabes que soy alérgica a los gatos?! —chilló Natsue, tapándose la nariz con las mangas de su camiseta. Sus ojos, enrojecidos y llorosos, reflejaban indignación mientras miraba a Koga. Este, sorprendido, preguntó:

—¿Alérgica a los gatos? ¿En serio? ¿Desde cuándo?

—¡Desde que éramos novios! ¡La de veces que te lo habré dicho!

Natsue salió corriendo, dejando a Koga atónito durante unos instantes. Al final, recogió el transportín y la bolsa de papel y los llevó a una habitación de la planta superior que utilizaban en parte como trastero. Después de colocar las cosas, se quedó sentado en el suelo de la habitación, inmerso en sus pensamientos: «Alérgica a los gatos... ¡Qué mala suerte! Se ha puesto a estornudar enseguida, y además muy fuerte y varias veces... Esto no pinta bien...».

Koga miró el transportín, y sus ojos se cruzaron con los de la gata, que lo contemplaba con atención desde la puerta de rejilla. Le dio la impresión de que lo estaba observando.

—No me mires con esos ojos, gata. Tranquila, que yo soy quien manda en esta casa. Verás como conseguimos que te quedes. Pero necesito que te portes bien, ¿de acuerdo?

Con un suspiro, Koga bajó a la planta inferior y se dirigió a la sala de estar. Allí lo esperaba Natsue con un gesto severo. Convencerla de que necesitaba tener a la gata en casa durante los próximos diez días no iba a ser fácil. Iba a ser difícil.

—Mira, cariño, no te lo vas a creer, pero a esa gata me la han recetado en una clínica de esas que tratan problemas de salud mental, ¿sabes? Según el médico, la mayoría de esos problemas se solucionan con un gato.

—¡Pero qué disparate! —exclamó Natsue, visiblemente molesta—. ¿No pretenderás quedarte con ella sin haberme consultado antes?

—¡No, no, claro que no...! Bueno, solo diez días, nada más. Luego la tengo que devolver. Yo me encargaré de todo. Tú no tienes que preocuparte por nada —respondió Koga con un tono suplicante.

Natsue aceptó a regañadientes.

—Pero que no ande suelta por la casa, ¿de acuerdo? Y que no entre en la sala de estar ni en nuestro dormitorio. Los pelos de gato me sientan fatal. Ya de pequeña, cada vez que tocaba un gato, me picaba la nariz muchísimo y... ¡Achís! ¡Estás lleno de pelos de gato! ¡Quítate esa ropa ahora mismo!

—Voy, voy.

Koga salió a la calle para quitarse los pelos de la ropa. Los vecinos lo observaban con recelo. ¿Por qué tenían que mirarlo de esa manera, si sabían a la perfección que él era un padre de familia responsable y un empleado ejemplar? Sintió ganas de increparlos a gritos.

Cuando regresó a casa y pasó por la cocina, vio a Natsue de espaldas, ocupada preparando la cena. Incluso sin verle el rostro, resultaba evidente que seguía terriblemente molesta. Koga no se atrevió a decirle nada, mucho menos a quejarse de su mal humor. Prefirió pasar de largo y subir al cuarto en el que había dejado a la gata. Una vez allí, abrió la puerta del transportín.

Pero la gata no salió. Permaneció acurrucada en el fondo de su pequeño habitáculo. En la bolsa que le habían entregado en la clínica encontró un par de recipientes para servirle comida y agua, y también los enseres para que hiciera sus necesidades. Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y comenzó a leer la hoja de instrucciones que venía en la bolsa.

Nombre: Marugo. Sexo: hembra. Edad estimada: tres años. Raza: gato común mestizo. Alimentación: mañana y noche a discreción. Agua: a demanda. Limpieza del arenero: cuando sea necesaria. Básicamente, puede dejar a la gata a su aire durante todo el día. Por la noche, cuando se acueste, cierre la puerta del cuarto en el que esté la gata. Si a la gata no le gusta quedarse encerrada, deje abiertas todas las puertas de la casa para que pueda pasear libremente por ella. Nada más.

Todo parecía bastante sencillo. Pero ¿dejaría las puertas abiertas o cerradas? No podía dejarlas abiertas, ya que la gata no debía andar

merodeando cerca de su mujer. Así que, por la noche, las puertas permanecerían cerradas.

Por lo demás, solo tenía que dejarla a su aire. Koga fue al baño, relleno un recipiente con agua y otro con pienso seco, y los colocó en una esquina de la habitación.

—A ver, ¿qué más?

Mientras Koga buscaba en el móvil información útil sobre cómo cuidar a un gato en casa, la gata asomó la mitad de la cabeza por la puerta del transportín. Observó la habitación con curiosidad y comenzó a salir muy despacio.

Por el color de su pelaje, quedaba claro que era una gata mestiza: una mezcla anárquica de pelo negro y marrón rojizo, salpicada de pequeñas motas blancas en sus patas y en la base del cuello. No era precisamente una gata bonita, pero transmitía una sensación de fuerza. Y sus ojos eran de un verde claro, como el color del té verde, con finas pupilas verticales negras. Las comisuras de los ojos se alzaban un poco hacia arriba, lo que le confería una mirada afilada y salvaje. Tenía las patas largas y un cuerpo escurrido que a Koga le recordó al de un boxeador fibroso y ligero.

—Eres hembra, pero tienes pinta de ser muy fuerte. Aquí dice que eres una gata mestiza, pero ¿no tiene tu raza un nombre más concreto?

Lo buscó en internet y encontró el término «gato carey». Decía que eran gatos inteligentes, cautelosos y cariñosos.

De repente, la gata estaba a su lado, con sus ojos color té verde clavados en él, como si fueran capaces de atravesarlo todo. Lo miraba fijamente, sin pestañear.

—Qué... ¿qué miras? —balbuceó Koga, inquieto—. Vaya forma de mirar que tienes. Me estás dando hasta miedo. —Respiró hondo y continuó—: A ver... Marugo, ¿eh? Oye, Marugo, que sepas que aquí mando yo, ¿entendido? En esta casa, las decisiones importantes las tomo yo, así que no se te ocurra arañarme ni nada parecido.

La mirada de Marugo no revelaba ninguna emoción, pero al poco tiempo ladeó un poco la cabeza y se dirigió a la esquina donde Koga le había puesto la comida y el agua. Empezó a comer, y Koga respiró aliviado. Había leído en internet que si el animal no comía en tres días, había que llevarlo al veterinario para que lo examinara.

—Claro, es lógico que sea fácil tenerla en casa. Seguro que está adiestrada para que se adapte sin problema a cualquier entorno —se dijo a

sí mismo—. De todas maneras... ¿una gata contra el insomnio? Qué cosa más extraña.

La gata comía con avidez, dándole la espalda a Koga, mientras su larga cola se balanceaba suavemente de un lado a otro. Durante un rato, Koga siguió el movimiento de la cola con la mirada, y pensó, de forma vaga, que quizá aquello tuviera efectos somníferos. La falta de sueño acumulada a lo largo de los últimos meses comenzó a pesarle en los párpados, hasta que al final los cerró.



Miau, miau, miau.

Miau, miau, miau.

Los maullidos eran incesantes. Ni tapándose los oídos ni escondiendo la cabeza bajo la almohada lograba librarse de ellos. Su paciencia llegó al límite una vez más, y volvió a levantarse. ¿Cuántas veces se habría levantado esa noche? La gata seguía maullando sin parar, mirando fijamente a la pequeña ventana del cuarto. Dormir con ella en el dormitorio junto a Natsue era imposible debido su alergia, pero tampoco le pareció que tuviera mucho sentido dejar a la gata encerrada en otra habitación si ella era el tratamiento para su insomnio. Por eso, Koga había decidido llevar el futón a la habitación-trastero para dormir junto a la gata.

Al principio de la noche, Marugo estuvo muy tranquila. Se había acomodado sobre el cojín que Koga le había dejado para dormir y comenzó a presionarlo con suavidad con sus patas delanteras, como si lo amasara o lo masajeara. Ese gesto le pareció entrañable a Koga, y, a pesar de sus más de cincuenta años, se enterneció al verla. Por alguna razón, aquella escena le recordó a su hija cuando era pequeña.

Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que Koga comenzara a sentirse torturado por los maullidos nocturnos de Marugo. En un momento dado, la gata empezó a maullar sin descanso. Koga buscó en el móvil información sobre los maullidos nocturnos de los gatos, pensando que quizá la gata se encontraba mal. Pero, para su sorpresa, descubrió que los felinos podían maullar durante horas, incluso toda la noche, por el estrés derivado de la falta de adaptación al entorno. Si eso fuera cierto, sería

lógico que Marugo no pudiera dormir y maullara en una casa por completo nueva a la que acababa de llegar, y a la que aún no estaba acostumbrada.

Al principio, Koga intentó compadecerse de ella y ser comprensivo, pero después de tres horas escuchando sus maullidos constantes, empezó a perder la paciencia.

Miau, miau, miau, miau, miau.

La gata seguía aullando sin cesar, con la mirada fija en la ventana.

—Marugo, ya vale, por favor. Mañana tengo que ir a trabajar.

A pesar de que llevaba una buena temporada sin poder dormir bien, cuando se tumbaba en el futón y se cubría con el edredón, la somnolencia lo invadía y terminaba quedándose traspuesto. Era en verdad curioso, porque casi siempre, al amanecer, estaba dormido, y era la alarma del reloj lo que lo despertaba. Aunque dormía pocas horas, no era cierto que no lograra pegar ojo en toda la noche. Sin embargo, con la gata maullando sin parar, sí que era imposible dormir. Normalmente, en sus momentos de duermevela, se le aparecía Hinako Nakajima y repetía sus «¡Me encanta! ¡Me pirra! ¡Me chifla!», pero ahora Marugo había ocupado su lugar con los constantes maullidos.

—Cállate de una vez, Marugo. ¿Por qué no te duermes? ¿Tienes frío solo con el cojín?

Koga, agotado, buscó a tientas su bata en la oscuridad y se la lanzó. Pero la gata siguió maullando como si nada. Harto y desesperado, Koga se cubrió con el edredón de la cabeza a los pies, intentando aislarse del ruido.

«Voy a dormir, voy a dormir, voy a dormir».

Miau, miau, miau, miau.

«Tengo que dormir, tengo que dormir. Aunque sea unos minutos, si no, mañana no voy a poder con el cuerpo en el trabajo».

Miau, miau, miau, miau.

Así seguía cuando entreabrió los ojos y vio por la ventana que comenzaba a clarear el día. Más o menos en ese instante, Marugo, como si nada, se acurrucó por fin encima del gurrño de la bata y cerró los ojos. Ni siquiera se inmutó cuando sonó la alarma del despertador.

Koga, en cambio, no había pegado ojo en toda la noche.

Tenía los ojos inyectados en sangre, el pelo revuelto y un terrible ardor de estómago. Estaba intentando contener las arcadas en el lavabo cuando apareció Natsue y le preguntó, frunciendo el ceño:

—Cariño, ¿qué hago con la gata cuando te vayas al trabajo? Ya sabes que no la puedo tocar.

—Oeigh... Le he cambiado el agua, le he puesto más pienso y le he limpiado la arena, así que la puedes dejar a su aire. Tú no tienes que hacer nada. Yo la atenderé cuando vuelva del trabajo.

—Pero... ¿seguro que se puede dejar encerrada todo el día en la habitación? Pobrecita.

«Si te da pena que esté encerrada, abre todas las puertas de la casa, ya ves tú qué fácil», pensó Koga.

Sin embargo, no lograba pensar con claridad y ni siquiera estaba seguro de si lo que le había dicho a su mujer era lo que había pensado. Tambaleándose, se preparó para ir a trabajar.

«¿Efectividad asegurada? ¡Miserable matasanos!»



Como cada mañana, Hinako Nakajima ya estaba en el centro de llamadas cuando Koga llegó.

—¡Muy buenos días, jefe de sección Koga! —exclamó con entusiasmo, con su voz alegre resonando en la atolondrada cabeza de Koga—. ¡Vaya, qué bonita corbata trae usted hoy! ¡Se le ve rejuvenecido!

Antes de que Koga pudiera responder, Hinako ya se había dirigido con el mismo tono alegre y desenfadado a los otros empleados que iban llegando a la oficina.

—¡Muy buenos días! ¿Te has cortado el pelo? ¡Me encanta! Te queda genial. ¡Buenos días! Llevas unos zapatos preciosos. ¡Me fascinan! ¡Buenos días! Muchas gracias por quedarte ayer trabajando hasta tarde. Me entregaste un informe perfecto. ¡Me chiflan esas ganas de trabajar!

—¿De verdad que es necesario eso que hace? —musitó Koga, sentado a su mesa. Aunque la noche anterior no había podido dormir nada, al menos tampoco había tenido que soportar en sueños los exasperantes elogios de Hinako.

Hinako se comportaba así desde el primer día que había llegado a la oficina, y no había cambiado en absoluto. Daba igual que se dirigiera a un superior o un subordinado: no dejaba de alabar a la gente por cualquier

detalle. Podía ser la ropa que llevaba, su apariencia física, su forma de trabajar, los ingredientes del *bento* que alguien había comprado en un supermercado *konbini* o incluso las latas de bebidas que se tomaba la gente en la oficina... Ella lo aplaudía todo.

—Qué energía tiene esta mujer. Me pregunto quién se cansará más, si ella o los que están a su alrededor —murmuró Fukuda, el responsable del centro, sentado en la mesa frente a Koga.

Fukuda era un hombre apático y sin aspiraciones en la vida, cuya principal prioridad parecía ser trabajar lo menos posible. Koga sospechaba que la opinión de Fukuda sobre Hinako era tan mala como la suya, o peor incluso. Además, al igual que a él, a Fukuda le costaba adaptarse a los cambios.

Fukuda continuo diciendo:

—Sigo sin entender por qué nos la habrán enviado desde la central de Tokio. Sé que allí están preocupados por el alto índice de rotación de los empleados, pero eso no se soluciona cambiando a los jefes. Quien quiere irse, se va, y no hay nada que hacer.

Por lo general, cuando Fukuda hacía este tipo de comentarios, Koga lo secundaba con entusiasmo, pero ese día no tenía ánimos para ello, seguramente por la falta de sueño. Se limitó a asentir con un seco:

—Ya.

Mientras tanto, Hinako seguía elogiando con la misma vehemencia a los empleados que iban llegando.

—En cualquier caso —prosiguió Fukuda—, terminará desapareciendo más pronto que tarde. Quién sabe si los jefes de Tokio pretenden una reforma o una renovación, pero aquí lo que importa son los resultados. Si no los mejora, adiós muy buenas. Lo único que espero es que no nos obligue a hacer cosas raras.

A Koga no le apetecía seguir alimentando la conversación con el sombrío Fukuda, así que se quedó callado. Fukuda no le caía ni bien ni mal. Sin embargo, Hinako había sido trasladada de Tokio a Kioto para ocupar un puesto inmediatamente inferior al de Fukuda en el escalafón de mando. Ni siquiera los gatos podían dormir bien cuando los cambiaban de lugar de un día para otro. Hinako también debía de estar haciendo un esfuerzo para adaptarse a su nuevo puesto y entorno de trabajo. ¿Por qué le resultaba tan difícil ser más condescendiente con ella?

De pronto Koga tuvo una revelación: él tampoco lo estaba siendo consigo mismo.

—«Me encanta», ¿eh? —murmuró para sus adentros.

Koga terminó la mañana sin contratiempos, aunque seguía tambaleándose por la falta de sueño. Al llegar al comedor, se sentó solo, como siempre, en una esquina, y comenzó a comer su *bento*. Mientras tanto, Hinako comía rodeada de un grupo de empleadas. Una de ellas le estaba enseñando la pantalla de su móvil.

—Señorita Hinako, por favor, mire esto. Es una foto del día de los deportes en el colegio de mi hija.

Hinako miró el móvil y entornó los ojos con aire exagerado.

—¡Guau! Es tu hija Rina, ¿verdad? Segundo de primaria, ¿no? ¡Mírala, está dándolo todo en la carrera!

Otra empleada se acercó animadamente.

—Señorita Hinako, quiero enseñarle un vídeo del recital de piano que dio mi hija.

—¡Qué bien toca Izumi! ¡Y el vestido que lleva es precioso! No me sorprendería que llegara a ser pianista profesional.

Hinako reaccionaba con entusiasmo a cada vídeo o fotografía que le mostraban las empleadas. Las risas y el buen ambiente parecían seguirla a donde fuera. Koga no recordaba haber visto a las empleadas tan alegres antes de su llegada a la oficina.

—¡Me encanta! ¡Es genial! ¡Es maravilloso! ¡Es fantástico!

«Dormir. Dormir. Dormir. Miau, miau, miau», pensó Koga, perdido en sus pensamientos y con la mirada ausente.

En la mesa de al lado, dos empleadas jóvenes cuchicheaban y reían mientras se mostraban las pantallas de sus teléfonos.

—¿A que es impresionante?

—Desde luego, es genial. A tu novio le va a encantar.

«Ju, ju, ju. Ju, ju, ju.»

«Miau, miau, miau.»

A Koga le pesaban tanto los párpados que tenía que esforzarse por mantener los ojos abiertos. Pero no se daría por vencido. Él también sabía decir «Me encanta», no era tan difícil. Bastaba con elogiar. Era bien sencillo. Haría como Hinako, y todo iría bien.

Bamboleándose por el cansancio, se colocó detrás de las dos empleadas que seguían intercambiando confidencias entre risas.

—¡Me encanta! ¡Es genial! —exclamó Koga, intentando sonar entusiasta, pero su voz sonó ridícula.

Las dos chicas se giraron deprisa, con expresión de susto, y vieron a Koga de pie detrás de ellas, mirando sus móviles con los ojos desorbitados. En la pantalla de uno de ellos se veía la imagen de un conjunto de lencería de encaje de color rojo intenso. Los rostros de las dos empleadas se tensaron de manera grotesca.

—El tiempo, digo, ¿eh? Hoy hace un día estupendo —añadió Koga de inmediato, fingiendo mirar a un punto indeterminado en la distancia. Se marchó apresuradamente, envuelto en un sudor frío. Estaba tan nervioso que ni siquiera se atrevió a darse la vuelta para ver la reacción de las chicas.

«Me encanta, me encanta».

«¡Qué me encanta ni qué nada! ¡Seré tonto!», masculló entre dientes mientras se mordía el labio. Había sido una metedura de pata monumental. No debería haber imitado a Hinako Nakajima. La falta de sueño no le dejaba pensar con claridad. Esta noche, esa dichosa gata dormiría encerrada en otra habitación.

Cuando llegó a casa, más rabioso que cansado, oyó voces y risas animadas. Eran Natsue y Emiri, charlando alegremente en la sala de estar.

—Hola —dijo en voz baja, pero ninguna de las dos se giró. Curioso, asomó la cabeza por la puerta para averiguar qué las tenía tan entretenidas. En el centro del salón, vio a Marugo tumbada con comodidad sobre la alfombra.

—Ah, hola, Yusaku —dijo Natsue, lanzándole una mirada fugaz antes de volver a centrar su atención en la gata.

—Qué bonita eres, Marugo. Y además, tan buena y tranquila.

Natsue acariciaba con delicadeza el cuerpo estirado de Marugo. Por la expresión de la gata, no parecía muy conforme con las atenciones, pero se dejaba hacer sin protestar. Para sorpresa de Koga, Natsue no estornudaba ni tenía los ojos rojos.

—¿Cómo es que estás tocando a la gata? ¿Qué ha pasado con tu alergia? —preguntó Koga desconcertado.

—Fui al hospital porque no me dejaste otra opción. Le pedí al médico que me recetase un colirio y unos antihistamínicos. Me recomendó cepillar a la gata con frecuencia para que suelte menos pelo, y también mantener la arena lo más limpia posible. Así que se la he cambiado. —Tras una pausa,

Natsue añadió—: Pobre Marugo, todo el día encerrada en la habitación por culpa de este señor cruel que no te cuida ni se preocupa por ti.

—Pero ¿qué dices? La dejé en ese cuarto porque me dijiste que no anduviera libremente por la casa.

Koga vio las instrucciones para el cuidado de la gata encima de la mesa, y también se dio cuenta de que sus platos de agua y comida habían sido reubicados al salón.

—Oye, papá. ¿Nos la vamos a quedar? —le preguntó Emiri con una sonrisa.

A Koga le sorprendió ver a su hija sonreírle. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez? Desde que empezó a ir al instituto, hablaban cada vez menos, y casi nunca con una sonrisa de por medio.

—No, no; solo la tendremos unos días. Después, la tengo que devolver.

—¿En serio? Qué pena, podría quedarse en casa para siempre. Me parece una gata preciosa —dijo mientras la acariciaba—. Es una maravilla pasarle la mano. Tiene el pelo suavísimo.

Marugo seguía con su expresión seria, pero aceptaba los mimos con tranquilidad.

—Mamá, quiero que la gata se quede en casa. Yo me encargaré de cuidarla.

—No digas tonterías. Estás ocupadísima con las clases y las actividades extraescolares. Si nos la quedamos, al final seré yo quien se tenga que ocupar de ella.

—¡No, mamá! Te prometo que la cuidaré. ¿A que sí, Marugo? —dijo Emiri, mientras sujetaba a la gata por las axilas con ambas manos y la levantaba del suelo. El cuerpo de Marugo se estiró como si fuera de goma—. ¡Fíjate, mamá, mira qué gracia! ¡Es larguísima!

—Es verdad, madre mía. Es impresionante.

Ambas estaban entusiasmadas con la gata, pero Koga no compartía su alegría. «Todo sigue igual: marginado como siempre. En el trabajo y en mi propia casa».

Emiri abrazó a la gata con un gesto de felicidad.

—Marugo, hoy dormimos las dos juntas en mi cama, ¿de acuerdo?

—¡Ni hablar! —exclamó Koga, arrebatándole la gata a Emiri.

El cuerpo de Marugo se estiraba tanto que a Koga le costó levantarla del todo. Por fin, cuando logró ponerse de pie con cierta dificultad, les dijo a las dos:

—Esta gata me la han prestado a mí. Así que es mía, y va a dormir conmigo.

—¿Por qué? —replicó Emiri con un tono suplicante y frunciendo el ceño.

Natsue también lo miraba extrañada.

—¿Por qué eres tan aguafiestas, Yusaku? No pasa nada porque duerma una noche con ella —dijo Natsue.

—No, no. Marugo va a dormir conmigo arriba y punto. ¿Verdad que sí, Marugo? Vamos a ver si hoy descansamos tan bien como ayer, ¿eh? Claro que me quieres mucho, ¿verdad? Qué bonita eres.

Natsue y Emiri lo observaban perplejas, pero Koga no soltó a Marugo. Después de cenar y de darse un baño, subió a la planta superior y se recluyó en la habitación-trastero. El futón y el albornoz seguían tirados y arrugados en el suelo desde la noche anterior.

De pronto, Koga se sintió satisfecho y pleno. Tuvo la sensación de haberse impuesto y de haber sorprendido a su mujer e hija. «Así es, esto os pasa por no prestar atención al cabeza de familia».

—Muy bien, Marugo, buena chica. Hoy ya es tu segundo día en esta casa, y hay que dormir bien, ¿de acuerdo?

Marugo giró la cabeza y lo miró con sus ojos color té verde. Cualquiera diría que había entendido cada palabra que Koga le había dicho.

Nada más lejos de la realidad.

Esa noche, la gata volvió a maullar sin parar. Miau, miau, miau; miau, miau, miau. Taparse los oídos o cubrirse la cabeza con el edredón no sirvió de nada. «¿La saco fuera de la habitación? ¿O me voy a dormir con Natsue?», pensó. Pero enseguida se dio cuenta de que no podía hacer ninguna de las dos cosas después de haber asegurado con tanta contundencia a su mujer e hija que dormiría con la gata. Al final, pasó otra noche más sin pegar ojo. Por la mañana, cuando Natsue lo vio en el cuarto de baño, se asustó al ver la cara de Koga.

—Tienes muy mala cara, Yusaku. ¿Te encuentras bien? ¿No sería mejor que hoy te quedaras en casa?

—Oegh... Es que hoy tengo una reunión importante a la que no puedo faltar. Tranquila, y cuida de la gata, ¿de acuerdo? Yo no estoy haciendo nada por ella...

—Vale, vale, no te preocupes. Pero ten cuidado, porque te veo bastante mal. Hasta parece que te cuesta mantenerte de pie.

—No te preocupes, estoy bien —dijo, forzando una sonrisa mientras intentaba mantener los ojos abiertos.



«Miau, miau, miau. Me encanta, me fascina, me chifla ese conjunto de lencería rojo tan sexi, es monísimo».

«Miau, miau, miau. Qué foto más chula».

Koga escuchaba voces lejanas.

—Oiga, señor; disculpe, señor...

Esbozó una sonrisa torpe hundiendo las comisuras de los labios con esfuerzo y manteniendo los ojos cerrados. «Silencio, gracioso, estoy ocupado animando al personal con mis “me encanta, me encanta”...»

Se sentía estupendamente, como si flotara libre de la gravedad.

—¡Oiga, señor!

Le zarandearon los hombros, y Koga abrió los ojos. Un empleado de la estación lo miraba con gesto de preocupación.

—Señor, hemos llegado al final del trayecto.

—Ah, oh, sí, claro... —farfulló Koga, tras lo que se levantó apurado y bajó del tren.

Al salir al andén, se quedó atónito.

Había llegado a una estación que no conocía. Debería haberse bajado en la estación siguiente a la de Kioto, pero era obvio que se había quedado dormido y se había pasado de largo. Como le costaba mantenerse en pie, decidió no tomar el expreso abarrotado de gente y regresar en el regular, que paraba en todas las estaciones del trayecto. Miró su reloj de pulsera, preocupado por la hora. Quizá llegaría tarde al trabajo...

—¿Qué?

No, no podía ser. Se frotó los ojos convencido de que la falta de sueño le estaba jugando una mala pasada. Pero, por más que miraba y remiraba, seguía viendo la misma hora. Levantó la vista hacia el reloj grande de la estación, que también marcaba más de las diez. Se había ido hasta Hyogo desde Kioto, pasando por Osaka.

Un retraso descomunal.

Desde el andén podía ver el cielo azul, por completo despejado, y el sol iluminaba el lugar donde estaba plantado. Era lógico: ya pasaban de las diez de la mañana. Koga se quedó unos instantes contemplando el cielo, pero el tiempo no iba a dar marcha atrás ni a detenerse. Tenía que hacer algo para enmendar su despiste. Asumiendo el riesgo de una reprimenda o incluso de una sanción, llamó a la oficina. No tuvo más remedio que mentir y dijo que se había sentido de repente indispuerto, pidiendo la mañana para recuperarse.

«Otra metedura de pata. Qué vergüenza. Y todo por culpa de ese médico», pensó mientras apretaba los dientes. Sin perder más tiempo, tomó el expreso a Kioto. No se quedaría tranquilo hasta decirle exactamente lo que pensaba a ese farsante que recetaba gatos y que no había hecho más que causarle problemas con su tratamiento absurdo. Cambió de tren en Kioto y avanzó casi corriendo por las estrechas calles del centro de Kioto hasta llegar a la Clínica Kokoro Chukyo.

En la recepción, la enfermera llamada Chitose lo esperaba con gesto impasible.

—Señor Koga, la gata le ha sido recetada por diez días. Debería respetar la duración del tratamiento.

—No me hable de esa gata como si fuera un medicamento —replicó Koga apretando los dientes—. Reconozco mi parte de culpa por haberme creído esta broma de mal gusto, pero llevo dos noches sin pegar ojo por culpa de ese animal.

—Si quiere cambiar la gata, dígaselo directamente al doctor. Por favor, pase a la consulta.

La reacción fría y distante de la enfermera no hizo más que empeorar el mal humor de Koga, quien tuvo que contenerse para no soltarle alguna barbaridad. Las personas frías y poco empáticas siempre le habían resultado desagradables. Entró en la consulta arrastrando los pies.

En ese momento, las cortinas se descorrieron y apareció el joven médico con una amplia sonrisa, al contrario que la enfermera.

—Hola, señor Koga, ¿cómo se encuentra? Parece que ha dormido bien, ¿no es así?

—¿Cómo? —replicó Koga, indignado. Apenas había logrado calmarse un poco después del ejercicio de contención al que lo había obligado la enfermera, pero la actitud desenfadada del médico disparó su ira—. ¡Cómo

se atreve! ¡No he dormido nada! ¡La gata se ha pasado maullando sin parar las dos noches que lleva en mi casa y no he dormido un solo segundo!

—¿Ni siquiera ha podido echar una cabezadita?

—¡Eso es! ¡Ni siquiera una cabezadita!

—Lo que me dice me resulta muy extraño —respondió el médico, ladeando la cabeza—. Señor Koga, perdone que se lo diga, pero yo lo veo despeinado, con la ropa arrugada, y hasta tiene restos de saliva seca en la comisura de los labios, como si hubiera estado sumido en un agradable sueño. Por eso, he pensado que había estado durmiendo profundamente hasta hace poco. Le veo con buen color en la cara y, en general, todo su aspecto me dice que ha estado durmiendo. Sin embargo, usted afirma que no ha podido dormir nada... ¿Está seguro por completo? ¿Nada de nada en dos días? —insistió, ladeando la cabeza una y otra vez con aire pensativo.

Koga no supo qué responder y solo pudo esbozar un gesto bobalicon ante la descripción que le había hecho el médico de su aspecto. Se arrepintió de no haberse mirado al menos en el espejo de los baños de la estación antes de acudir a la clínica. Y es que, en efecto, el médico tenía razón: se había quedado profundamente dormido durante varias horas en el tren. Había sido un sueño que bien podría considerar reparador, un descanso que casi le había compensado por la falta de sueño que llevaba acumulada.

—¿Y qué ha sido de las voces? —le preguntó el médico de repente.

Koga se sobresaltó.

—¿Qué voces?

—Las voces de las que me habló. ¿No decía que oía en sueños la voz de alguien? ¿Eso no ha mejorado con la gata? —insistió el médico.

—Pues eso... —balbuceó Koga sin saber qué responder.

Ahora que lo pensaba, llevaba dos días sin oír la voz de Hinako en sueños, sencillamente porque no había podido dormir. Antes de acudir a la clínica, todas las noches lo había atormentado una pesadilla en la que la voz aguda y resonante de Hinako repetía sin cesar sus «me encanta», acompañada de risas burlonas y despectivas. En cambio, el sueño que había tenido en el tren fue maravilloso. Se vio a sí mismo levantando el pulgar y diciendo «me encanta» con toda naturalidad, como si fuera algo que siempre hubiera hecho. En ese sueño, Natsue, Emiri, Hinako y las empleadas del centro de llamadas también habían aparecido, sonriendo felices, cuando Koga decía «me encanta».

El médico, al ver que Koga no respondía, añadió, ladeando de nuevo la cabeza:

—Bueno, si insiste en que no ha podido dormir..., entonces tendré que recetarle otro gato —dijo, y empezó a teclear en el ordenador—. Vamos a ver. Otros gatos con el mismo efecto que la que se ha llevado y que estén disponibles ahora son...

—O... oiga, perdone.

—¿Sí?

—¿No es un poco cruel cambiarla enseguida porque no me haya funcionado... todavía?

—¿Usted cree? Cambiarla por otro porque no funciona es algo habitual. Tenemos una gran variedad —respondió el médico sonriendo con simpatía.

Koga no estaba seguro de si se refería a otro gato, a otro tipo de medicación, tratamiento o incluso a otros médicos. Sea como fuere, sintió una punzada en el pecho ante la perspectiva de quedarse sin Marugo. Cuando vio que el médico empezaba a teclear otra vez, Koga le dijo, apurado:

—Me gustaría... quedarme con esa gata, quiero decir, con Marugo, hasta el final. Además, les ha gustado mucho a mi mujer e hija, así que creo que voy a seguir con ella. Quedan apenas ocho días de tratamiento; me las arreglaré como pueda.

—¿De verdad? Muy bien. Entonces, siga con la gata los días que le quedan; pero creo que convendría ajustar su forma de administración. Le prepararé la receta, así que pase por recepción antes de marcharse.

Koga tomó el papel que le dio el médico y salió de la consulta. No había nadie en el sofá de la sala de espera, y la clínica estaba envuelta en un profundo silencio.

—Señor Koga —lo llamó la enfermera desde el mostrador de recepción. Koga se acercó a ella, entregó la receta y recibió una nueva bolsa de papel. Al mirar dentro, encontró algo que parecía un cojín muy usado.

—¿Qué es esto? —preguntó a la enfermera.

—Es la cama en la que su gata suele acostarse. No olvide devolvérsela cuando finalice el tratamiento, ¿de acuerdo? No se olvide, por favor.

La enfermera, aunque carecía de simpatía o gracia, sabía cómo transmitir un mensaje. Koga entendió a la perfección que ese cojín era algo importante.

Tras salir de la clínica, Koga se dirigió directamente al centro de llamadas para cubrir el turno de tarde. Llegó a tiempo para asistir a la reunión, aunque Fukuda no escatimó gestos de reproche por su retraso, y luego Hinako le preguntó por su salud. Todo aquello hizo que Koga se sintiera un tanto miserable.

Sin embargo, aquel ánimo sombrío se disipó de golpe en cuanto llegó a casa. Que Natsue y Emiri estuvieran en el salón charlando entre risas sin él era lo habitual, pero la novedad era que Marugo estaba con ellas. Las dos giraron la cabeza y miraron a Koga con la misma sonrisa que le dedicaban a Marugo. El ambiente hogareño había cambiado de manera radical.

Marugo estaba tumbada en el suelo, estirada por completo, pero en cuanto notó de que Koga había llegado, se levantó y se acercó a sus pies.

—Vaya, Marugo, vienes a presentarme tus respetos, ¿eh? ¡Qué educada eres! Muy bien, así me gusta —dijo Koga, sonriendo orgulloso.

Sin embargo, al olisquearle la punta de los pies, la gata abrió mucho los ojos y su expresión quedó congelada en una mezcla de sorpresa y estupefacción. Era un gesto tan expresivo que un humano no habría podido igualarlo. Parecía paralizada por el impacto del olor que desprendían los pies de Koga.

—Pero ¿qué cara es esa, Marugo?

—Eso es el famoso reflejo de Flehmen —apuntó Emiri mientras cogía el móvil—. A algunos animales se les queda esa cara cuando detectan olores nuevos. Anda, Marugo, pon esa cara otra vez, que estabas muy graciosa. Papá, deja que la gata te vuelva a oler los pies.

—Ni hablar. Me ofende que me ponga esa expresión. Es como si me estuviera diciendo a la cara que me huelen mal los pies.

Aun sintiéndose algo molesto por lo que le pareció una impertinencia de la gata, Koga se olió los calcetines que llevaba puestos. Después de pasar todo el día recocidos dentro de los zapatos de cuero, olían mal de verdad.

—¡Uf, qué peste! Ahora te entiendo, Marugo.

—Tranquilo, papá. Por lo visto, no ponen esa cara porque algo les huelen mal, sino porque están analizando la información que el olor les

proporciona —explicó Emiri—. Ahora, aparta un poco los pies, papá, que quiero grabar un vídeo de Marugo.

—¿No puedo salir en el vídeo?

A Koga le agradaba que su hija le hablara, aunque fuera tratándolo como un estorbo. Mientras tanto, Marugo estaba curioseando la nueva bolsa que Koga había traído de la clínica. Koga sacó de la bolsa la cama de Marugo, una pequeña almohada de color rosa pálido. La camita tenía pequeñas bolitas de tejido en su superficie, como de haberla lavado muchas veces.

Emiri le preguntó:

—¿Qué es eso, papá? Parece muy usado.

—Es la cama de la gata. Quizá esto la ayude a dormir. Lleva dos días sin dormir de noche —respondió Koga. Luego, mirando a la gata y acercándole el cojín, añadió—: Mira, Marugo, te he traído tu cama.

Marugo acercó su nariz a la cama rosa. De inmediato, volvió a quedarse paralizada con la misma expresión de desconcierto que antes: los ojos abiertos de par en par y la boca algo entreabierta.

—¡Genial! ¡Quédate así, Marugo! —exclamó Emiri, mientras le sacaba una foto—. ¡Muévete, papá! ¡Los pies, los pies! ¡Fuera!

—Eh, eh, tranquila —dijo Koga, apartándose de prisa de la gata.

Marugo ya había recuperado su habitual expresión impasible y estaba sentada con una postura impecable, como si nada hubiera pasado.

—¡Jo! Ahora que por fin he podido sacarle una foto a Marugo con esa carita tan mona, aparecen también los calcetines de papá. Tendré que editarla y borrarlos de la imagen. O... ¿quedará más graciosa con los calcetines? Podría titularla «Marugo se asusta oliendo los calcetines de papá», o algo parecido.

Emiri sonreía mientras escribía en el móvil. Aunque sus calcetines se habían colado en la imagen sin que su hija lo hubiera planeado, a Koga le alegraba que algo suyo le hiciera gracia. Natsue también sonreía viendo el intercambio entre padre e hija.

Emiri cogió a Marugo, la obligó a tumbarse en el suelo y le acarició el vientre.

—Oye, papá, ya sé por qué esta gata se llama Marugo.

—¿Ah, sí? ¿Lo ponía en las instrucciones?

—No. Lo he descubierto yo. Estoy segura de que es por esto —dijo señalando el vientre de la gata—. ¿Ves estas manchas circulares blancas?

Tiene dos aquí, otra en la ingle —le dio la vuelta a la gata y la puso bocabajo—, otra en el trasero y otra en el lomo. En total, cinco (*go*) manchas circulares (*maru*), y por eso, Marugo.

—Será casualidad. Además, a mí no me parece que las manchas sean circulares.

—Que sí, seguro que es por eso. Cuando era pequeña, seguro que serían más circulares, pero al crecer, se habrán ido deformando.

—No sé yo...

—Te digo yo que es por eso.

¿Cuánto tiempo hacía que no reían los tres juntos hablando del mismo tema? La diferencia de edad no era un impedimento para mantener una conversación animada cuando se compartían ciertos puntos de vista. Por ejemplo, si algo nos gusta a todos, y esa impresión es compartida, la conversación fluye de manera natural. Koga sintió como si, de pronto, hubiera recuperado algo que había ido perdiendo a medida que su hija crecía.

Aunque cuando le habían recetado la gata en la clínica Koga había pensado que no iba a servir para nada, ahora debía reconocer que estaba provocando cambios en su familia.

—Ni para tapar un pedo...

Natsue, al oír murmurar a su marido, frunció el ceño.

—¡Ay, qué desagradable, Yusaku! ¿Te has tirado un pedo? ¡Sal de aquí!

—¿Qué? Eh, no he sido yo. ¿Mmm? ¿Qué cara es esa, Marugo?

Los tres miraron a Marugo y vieron que tenía la boca muy abierta. Emiri arrugó la cara y se tapó la nariz con la mano.

—¡Uf, qué olor! Vámonos de aquí, Marugo.

—Pero ¿cómo va a oler? ¡No me he tirado ningún pedo! Seguro que habéis sido vosotras y queréis echarme la culpa a mí. Os juro que no he sido yo.

Pero Emiri ya se había ido a la planta de arriba con la gata en brazos, y Natsue se recluyó en la cocina sin prestar atención a las protestas de Koga.

El momento de felicidad hogareña había terminado de repente, y Koga volvió a quedarse solo en el salón.



A partir de esa noche, siguiendo las instrucciones, dejaron todas las puertas abiertas de la casa, y Marugo empezó a dormir en muchos sitios. Se acurrucaba en su cama rosa colocada en el salón, se metía debajo del edredón de Emiri, buscaba espacio en el pequeño hueco que quedaba entre la almohada de Natsue y el borde del colchón.

Resultaba adorable verla durmiendo en esos lugares; pero, curiosamente, cuando dormía con Koga, lo hacía muy pegado a él. Se le subía al pecho y, por mucho que Koga la apartara, siempre volvía. Por supuesto, la gata le pesaba. Si él se ponía bocabajo para evitar tenerla en el pecho, Marugo se le subía en la espalda. Si la apartaba de la espalda poniéndose de lado, se le encajaba entre el pecho y la axila o se colocaba pegada a su espalda y no le dejaba darse la vuelta.

Al final, a Koga no le quedaba más remedio que volver a ponerse bocarriba con los brazos cruzados sobre el pecho, pero cuando lo hacía, la gata se tumbaba debajo de su barbilla y poco a poco le iba apretando el cuello con su peso. Cuando se despertaba por la mañana, Koga tenía la boca llena de pelos de la gata.

Aquella noche, Marugo arrancó el abrigo de Koga de la percha y durmió acurrucada sobre la prenda. El abrigo, que debía llevar al trabajo, quedó cubierto de pelos, y los tres volvieron a reír juntos al verlo.

—¿No os parece que esta gata me trata peor a mí que a vosotras? —protestó Koga.

—No lo sé. Lo que sí sé es que me han dado un montón de «me gusta» a la foto del abrigo lleno de pelos que he subido a mi red social. Los gatos son increíbles. Disparan las visitas a cualquier publicación —dijo Emiri.

Antes de tener a Marugo en casa, cada uno se iba a un cuarto distinto después de cenar; pero desde que ella estaba allí, los tres se reunían en el lugar que la gata elegía. Esa noche, Emiri estaba grabando con su móvil un nuevo vídeo de Marugo. Koga, sin dudar, también se puso a cuatro patas en el suelo buscando un buen encuadre para grabarla.

—Conque «me encanta por la derecha y me encanta por la izquierda», ¿eh? A ver, Emiri, esa clase de cumplidos baratos no tienen ningún valor.

—Qué dices, papá, no te enteras.

—¿De qué?

—Decirle cosas bonitas a la gente no es tan fácil como crees.

Emiri se tumbó bocabajo en la alfombra y empezó a grabarla desde otro ángulo. Koga, que en ese momento miraba la imagen que se reflejaba

en la cámara de Emiri, se sintió molesto con lo que había dicho su hija.

—Pero qué dices. Elogiar es facilísimo. Basta con decirle a alguien: «Qué bonito lo que llevas puesto» o «Qué bien te queda ese peinado». Ya ves tú.

—Papá... Esos halagos son más delicados de lo que te imaginas.

—¿Cómo que delicados?

Charlaban con sus móviles en la mano, flanqueando a Marugo. Los dos miraban la pantalla de su móvil.

—Por la forma de mirar o el tono de voz cuando dices esas cosas, se sabe enseguida si estás siendo sincero o estás mintiendo. Si el elogio es sincero porque de verdad lo piensas, o si solo es palabrería vacía. Elogiar a la gente por cómo se viste no es fácil, no te equivoques. No es raro que la persona halagada se tome el elogio como una burla velada y crea que, en realidad, te estás riendo de ella. Ten cuidado, sobre todo, porque en el peor de los casos un comentario mal entendido por alguien de tu trabajo podría ser considerado acoso sexual.

—¿Aco... acoso sexual? —tartamudeó Koga, sorprendido.

Los gestores como él sentían auténtico pavor por aquel término. Rezó para que su metedura de pata con las chicas que miraban el conjunto de lencería en sus móviles no tuviera consecuencias.

—Además, incluso aunque seas sincero, para halagar a alguien necesitas una energía especial —continuó Emiri—. Fíjate que, cuando estoy triste, me cuesta hasta darle al botón de «me gusta» en la pantalla del móvil. Imagínate el esfuerzo que requiere. Es aún peor cuando me mandan vídeos e imágenes que no me hacen gracia o no me interesan. No solo no me apetece aplaudirlos, sino que hasta me ponen de mal humor. Pero claro, no voy a ignorarlos, y, al final, muchas veces termino comentándolos de mala gana.

Natsue intervino con un sonrisa:

—Vaya, hija mía, parece que te estás haciendo mayor.

Emiri se encogió de hombros y añadió:

—Pero ya sabéis: a todos nos gusta que nos digan cosas bonitas cuando les enseñamos a los demás las cosas que nos gustan. Y si un elogio puede hacer feliz a alguien, incluso aunque sea con frases hechas, pienso que ese «me gusta» tiene valor. ¿Por qué no enseñas la foto de Marugo a las chicas de tu trabajo? Verás que los gatos hacen milagros —concluyó Emiri, sonriente.

Koga se sorprendió gratamente por la madurez de su hija y, al mismo tiempo, sintió como si le hubieran quitado la venda que hasta entonces le había tapado los ojos.



En el centro de llamadas, durante la hora del almuerzo, Hinako seguía escuchando las historias que le contaban las empleadas con atención. Pero ahora, a Koga no solo no le molestaba presenciar esa escena, sino que hasta sentía cierta admiración por su actitud empática, que entendía como una muestra de madurez. Koga ya no tenía pesadillas y estaba empezando a poder dormir mejor, pero tenía la sensación de que esto no se debía únicamente a la gata. Se había vuelto menos quisquilloso con sus manías y prejuicios, y la voz de Hinako ya no se le quedaba pegada a la cabeza.

Ese día vio a Hinako descansando sola, algo raro en ella. Estaba de espaldas, mirando la calle por la ventana de la esquina del pasillo, en el antiguo espacio para fumadores.

Koga comprobó que no había nadie alrededor y se acercó a ella.

—Señorita Nakajima.

Hinako se giró al escucharlo.

—Hola, encargado Koga.

—Quería enseñarle una cosa —dijo Koga sacando con torpeza el móvil del bolsillo—. Mire, es un vídeo que grabé en casa. ¿Le importaría echarle un vistazo? Es una escena que... no sé, me resulta entrañable.

—Oh, claro... Su hija era pequeña aún, ¿verdad? —respondió Hinako con una sonrisa cansada, pero enseguida se recompuso y añadió—: Lo siento, es que hoy estoy un poco despistada. —El rostro de Hinako recuperó su habitual expresión alegre—. ¿Es un vídeo de su hija? A ver... —Miró el vídeo que Koga le mostró en el móvil y sonrió aún más—. Anda, una gatita. No sabía que tuviera una gata.

Era un vídeo de Marugo durmiendo. La gata aparecía tumbada bocarriba, completamente estirada como una persona, con las patas delanteras cruzadas sobre el pecho. Su cola larga se le veía estirada entre las dos patas traseras. Era la misma postura que Koga adoptaba al dormir para defenderse de los asedios nocturnos de Marugo.

—¡Ja, ja, ja! ¿Duerme así su gata? ¡Qué graciosa!

—Sí, sí. ¿A que parece Tutankamón?

—¡Está monísima! ¡Me encanta! —exclamó Hinako riendo a voces. Era una risa aún más alegre de lo habitual, mientras abría mucho los ojos y miraba el móvil con auténtico interés. Koga se quedó contemplándola.

Hace falta energía para piropear a la gente. Su hija Emiri tenía razón. Hinako había llegado desde Tokio para asumir la dirección de un gran número de empleados y lograr resultados. A pesar de ello, los empleados de mediana edad se mostraban poco colaborativos y celosos con ella. Seguro que había momentos en los que estaría agotada y querría estar sola. Tampoco se sentiría siempre con ganas de elogiar a los demás.

—Es verdad que los animales nos reconfortan —dijo Hinako, sin apartar la mirada del móvil, pero riendo de nuevo como cansada—. También me gustan mucho los bebés y los niños en general, pero sigo estando soltera y, a veces, no sé muy bien cómo reaccionar cuando las madres me enseñan cosas de sus hijos. Aunque supongo que mi reacción será lo de menos para ellas...

—Pues sepa que todas están fascinadas con usted, se lo aseguro. Les encanta que sea tan atenta con ellas —le dijo Koga casi sin pensárselo, pero con franqueza, y añadió—: A mí, su empatía me parece admirable. Se lo digo de verdad. Realmente admirable.

Hinako pareció desconcertada por unos instantes, pero enseguida rio avergonzada, y respondió:

—Vaya..., muchas gracias. Sí, es cierto que los halagos sientan bien.

Koga volvió a pensar que su hija tenía razón. Era verdad que consumía energía hacer algo a lo que uno no estaba acostumbrado. Pero ese esfuerzo valía la pena si esos pequeños halagos lograban alegrar el día a la gente.

—Mire, tengo otro. Se va a reír, ya verá.

Koga le mostró la foto de la cara de Marugo en pleno reflejo de Flehmen. Hinako pareció recuperar su buen humor habitual porque reaccionó con entusiasmo, aplaudiendo mientras decía lo graciosa que estaba la gata. Koga entendió por qué la gente quería estar cerca de Hinako. No importaba lo que sucediera con su familia y Marugo. Koga se alegró profundamente de haberse acercado a Hinako.



En un habitáculo acristalado, varios gatitos jugaban entre ellos. Parecían peluches suaves y resultaban adorables. Los precios, en cambio, no eran tan entrañables.

Quizá porque era un día festivo, la tienda de animales del centro comercial estaba llena de familias con niños. El espacio era luminoso y amplio. En otro habitáculo más grande, varios cachorros de perro correteaban de un lado otro. Los gatos también disfrutaban de amplios cubículos. Algunos jugaban y otros dormían con calma, ignorando a los clientes que los observaban pegados al cristal de las jaulas.

Los dependientes llevaban perros y gatos en brazos, y en cuanto cruzaban la miradas con algún cliente, se aproximaban para que los tocaran. Koga, sin embargo, no quiso que se le acercara ningún dependiente y se mantuvo alejado.

Emiri tenía las manos apoyadas en el cristal de una de las jaulas y miraba a un gatito que había dentro. Era de pelo de color marrón claro y tenía unos ojos azules que parecían piedras preciosas.

—Mamá, mira este gato. ¿A que es bonito?

—Sí, mucho. Pero este no es el fold escocés que nos recomendaron. Creo que ese de allí sí lo es. Míralo. Lo reconozco por las orejas plegadas que tiene.

Al principio, Koga también se interesó seriamente en buscar un gato, pero pronto se sintió desanimado. La gran variedad de razas con sus interminables nombres y, sobre todo, los precios desorbitados terminaron por quitarle las ganas de comprar uno. Mientras Emiri y Natsue hablaban con un dependiente, Koga se sentó solo en un sofá que había en la tienda.

Fue Natsue la que había empezado a decir que podrían tener un gato en casa. Lo dijo poco después de que Koga devolviera a Marugo en la clínica. Aunque Marugo había estado solo diez días con ellos, había transformado por completo el ambiente familiar, dejando una huella imborrable en el recuerdo de los tres. Y Natsue, como ama de casa, era la que más tiempo había pasado con ella. Se comprendía su sensación de pérdida más intensa y el consiguiente deseo de llenar ese vacío con otro gato.

Koga, sentado en el sofá, se acordaba de cuando había devuelto a Marugo en la clínica. Justo antes de entregarle el transportín, le preguntó al médico:

—¿Adónde irá Marugo ahora?

—¿Cómo dice? —replicó el médico ladeando la cabeza con curiosidad.

—Es que mi mujer quiere saberlo, está un poco preocupada por ella. Aunque imaginamos que estará en buenas manos, por lo cuidada que parece su cama, tan usada y lavada, querríamos saberlo.

—Oh, sí, sí, claro que sí. Exacto, así es. A los gatos les da igual que sus cosas sean caras o baratas, lo importante es que les guste el olor. Marugo vive en una casa en la que puede dormir tranquila, así que descuide. Le aseguro que está en buenas manos.

Koga pensó que el médico simplemente le estaba diciendo lo que quería oír, y no le resultó muy convincente. A pesar de ello, el gesto con el que el médico recogió el transportín le pareció delicado, incluso tierno. Por su parte, a Marugo no parecía pesarle aquella despedida. Más bien, su tranquila y limpia mirada color té verde sugería que incluso se alegraba de volver a su hogar.

En la tienda no había ningún gatito con el caótico pelaje de Marugo. Ni siquiera había gatos adultos. Y aunque a Koga le gustaban los gatos que transmitían una impresión de fortaleza como Marugo, algo le incomodaba en el hecho mismo de ir a elegir un animal como si se tratara de un objeto.

Emiri y Natsue se acercaron a él.

—Cariño.

Debían de haberse decidido por alguno. Koga se puso de pie apoyándose con las manos en las rodillas.

—No os preocupéis por el precio del animal. Elegid el que más os guste y ya está. Solo tengo que aplazar la compra de un nuevo coche y aguantar con el que tenemos hasta la próxima revisión anual.

—No es eso, papá —respondió Emiri, paseando la mirada por la tienda con gesto amargo—. Los gatos de esta tienda son todos monísimos; hay muchísimos clientes y estoy segura de que encontrarán buenas familias que los cuiden de por vida. Por eso, mamá y yo hemos pensado que quizá podríamos buscar uno en un sitio como este —dijo Emiri, mostrándole a Koga la pantalla del móvil.

Koga pensó que sería la página de alguna otra tienda, pero no era así.

—¿Un centro de acogida de gatos?

—Sí. Una compañera de la facultad tiene un gato de este centro. Resulta que justo hoy están celebrando una jornada de puertas abiertas. ¿Podemos ir?

—O sea, que son gatos abandonados y recogidos, ¿no?

Koga se preguntó en qué se diferenciaría de una protectora de animales convencional. En cualquier caso, y también porque estaba cansado del bullicio de la tienda de animales, Koga aceptó sin más la propuesta de su hija, y los tres se dirigieron al centro de acogida.

La Casa de Acogida de Gatos era gestionada por una asociación para la defensa del bienestar animal y estaba situada en un lugar tranquilo y apartado, a las afueras de la ciudad. Era un edificio insulso y funcional, y recordaba a esas grandes naves cuadrangulares que las cadenas de supermercados levantan en los extrarradios. Sin embargo, el lugar no tenía el aire tétrico e inhumano que Koga había imaginado, y su interior resultaba luminoso y amplio. En la zona para recibir visitas, había una gran hilera de jaulas con gatos, y muchas familias y parejas los observaban con atención.

—¡Qué barbaridad! Hay muchísimos. ¿Son todos gatos abandonados?

—Debe de haber de todo: gatos recogidos, abandonados...

—Abandonados, ¿eh? Desde luego, hay gente que no tiene corazón.

Emiri y Natsue iban mirando con mucho interés a los gatos enjaulados, recorriendo las jaulas en orden. Koga, en cambio, prefirió merodear sin rumbo por el centro. Enseguida vio que había muchos más gatos fuera del área habilitada para las visitas. En las jaulas etiquetadas con placas que decían EN TRATAMIENTO O NO DISPONIBLE, los gatos no lucían el pelaje limpio y lustroso, ni tenían los ojos brillantes como los de la tienda de animales. En cambio, eran animales con heridas en la cara, calvas en su pelaje y otras imperfecciones que saltaban a la vista.

Cuando Koga volvió a la sala de visitas, vio que Natsue y Emiri habían regresado al principio de la hilera de jaulas y estaban repitiendo el recorrido.

—Solo hay gatos adultos, ¿no os importa?

—Los gatitos son monísimos, claro, pero también requieren más cuidados. Nosotros nunca hemos tenido gatos ni perros, así que nos conviene que el cuidado sea fácil.

—Sí, tienes razón; pero ¿crees que un gato adulto se familiarizará con nosotros?

—Claro que sí —dijo una voz a sus espaldas. Koga se giró, sorprendido, y se quedó boquiabierto.

—Pero ¡¿cómo...?! ¿Qué está haciendo usted aquí?

Era el médico de la extraña clínica. La tenue sonrisa dibujada en su rostro era la misma que mostraba en la consulta. Pero ahora no iba con la bata blanca; calzaba unas botas de agua y llevaba en brazos un gato de pelo muy oscuro, casi negro.

—¿No me diga que usted trabaja aquí también? —preguntó Koga de nuevo—. Oh, claro, ya lo entiendo: además de médico, es también veterinario, ¿no es así? Por eso...

—¿Cómo dice? —replicó el hombre extrañado y ladeando la cabeza. Ese ademán de afectada ingenuidad era idéntico al que Koga había visto en la clínica. Luego añadió, como si fuera la primera vez que veía a Koga —: Me llamo Kajiwara y soy el subdirector de este centro. —Volviendo a la conversación, continuó—: Como decía, estos gatos han vivido con personas, así que terminan familiarizándose con quienes los adoptan, siempre que se los trate con cariño y se tenga un poco de paciencia. ¿Han tenido gatos en casa?

Fue Emiri, que apartó a Koga dejándolo con la palabra en la boca, quien respondió la pregunta que el tal Kajiwara les había hecho.

—No, nunca. Pero hace poco estuvimos cuidando de una gata durante varios días, y nos gustó tanto la experiencia que hemos pensado en adoptar uno.

—Entiendo. Creo que ese encuentro fue cosa del destino y me parece un excelente comienzo. Lo que pedimos a quienes quieren llevarse uno de nuestros gatos es en realidad poca cosa, se lo aseguro. Aunque solemos rechazar las solicitudes de adopción de quienes no tienen experiencia cuidando a estos animales o de quienes viven solos, tampoco queremos desilusionar a los que acuden aquí con buena voluntad. Por eso, solemos ser flexibles con nuestras exigencias para que puedan adoptarlos.

Emiri parecía encandilada con la sonrisa cercana de Kajiwara, mientras que Koga volvió a fijarse con atención en su cara. Para él, no había duda: era el médico de la clínica, dijera lo que dijera. Su forma de mirar, de hablar, y esa sonrisa agradable pero con un matiz de frialdad, eran inconfundibles.

El gato de pelaje marrón muy oscuro que Kajiwara sostenía en los brazos se movió, giró la cabeza hacia Koga y lo miró. Sus ojos verdes recordaban a los de Marugo. Tenía una gran mancha negra en un lado de la nariz y otra en el otro lado, con un patrón de rayas mal trazadas. Tenía un pelaje con patrones y colores muy irregulares.

—¿Es un gato carey? —preguntó Koga.

—Bueno, tiene también algunas manchas blancas, así que pienso que es más bien tricolor que carey. Quizá también tenga algo de atigrado. Por cierto, es una gata, y tendrá unos tres años.

—¿Es de las que están disponibles para adopción?

—Sí. Es una gata muy tranquila y buena; pero nadie la quiere por las extrañas manchas que tiene en la cara. ¿Verdad, Roku? —dijo Kajiwara, hablándole con cariño a la gata.

La gata levantó la cabecita y acercó la punta de la nariz al rostro de Kajiwara. Koga, Emiri y Natsue se quedaron contemplándola fijamente, absortos. A pesar de que había gatos mucho más bonitos en la sala, los tres estaban cautivados por aquella gata que Kajiwara llevaba en los brazos.

—¿Ya tiene nombre? —le preguntó Emiri.

—Les parecerá un poco soso, pero aquí los nombres de los gatos corresponden a los números de la jaula que les toque. Esta se llama Roku porque vino a parar a la jaula seis (*roku*), así de simple. Pero no hay ningún problema en que los adoptantes les cambien el nombre. ¿Te gustaría cogerla?

—¿Puedo?

—Adelante.

Emiri cogió torpemente a la gata y miró a Koga y Natsue, sonriendo con timidez.

—¡Qué calentita está!

Una vez en brazos, la gata levantó el hocico hacia la cara de Emiri y comenzó a olisquearla, contrayendo espasmódicamente la nariz. Emiri sonreía emocionada. Koga dijo riendo:

—Como tiene muchas manchas (*buchí*) y es la número seis (*roku*), podríamos llamarla Buchiroku. Ja, ja, ja.

Emiri, frunciendo el ceño, replicó:

—Papá, no seas tramposo, no puedes decidirlo tú solo.

—¿Cómo? Bueno, no pretendía...

—A mí me gustaría un hombre más bonito, como Moka o Berry.

—Llamémosla Moka o Berry, entonces, a mí me da igual.

—Es que ya no la veo más que como Buchiroku. ¿A que no, mamá?

—Es verdad. Ya me parece que cualquier otro nombre suena raro.

Natsue rio, acercando la cara a la gata, y esta movió la cabeza de un lado a otro, mirando sucesivamente a las dos.

—Si les gusta la gata, prueben a tenerla durante unos días. Así sabrán si congenian. Pasen por recepción —dijo señalando el mostrador con un dedo— para completar un sencillo cuestionario de evaluación de idoneidad.

Sin decirle nada a Koga, Natsue y Emiri se fueron hacia el mostrador. La gata moteada volvió a los brazos de Kajiwara; todo indicaba que era la elegida.

Koga volvió a mirar de reojo al médico y le preguntó:

—Oiga, ¿seguro que no es usted el médico que me atendió en la clínica? Me refiero a esa pequeña clínica que se llama Clínica Kokoro Chukyo, que está más o menos entre las calles Rokkaku y Takoyakushi.

—Oh, sí, claro que la conozco —dijo Kajiwara riendo—. Es el centro del doctor Kokoro, ¿verdad? Hace un tiempo me atendió a mí también. A veces viene por aquí a hacernos una visita.

—No, a ver... Está hablando de una clínica psicológica, ¿verdad?

—¿Clínica psicológica? No. El centro médico del que le estoy hablando es el Clínica Veterinaria Suda, que está en el barrio de Chukyo.

La conversación no fluía y Kajiwara esbozó una sonrisa forzada. En ese momento, Natsue y Emiri regresaron.

—Ya está. Ahora podemos llevarnos a Buchiroku..., quiero decir, a esta gatita, a casa unos días para ver qué tal nos llevamos. ¿Vale, papá?

—Vale, vale —respondió Koga, aún desconcertado.

Se fijó en la tarjeta identificativa que Kajiwara llevaba colgada al cuello: Tomomiya Kajiwara, decía. En apariencia, era idéntico a ese médico, pero este parecía aún más tranquilo. Koga comenzaba a dudar; tal vez se estaba confundiendo. Kajiwara entregó la gata marrón oscuro a Emiri.

—Roku, espero que os llevéis muy bien —dijo, rascándole la cabecita con la punta de los dedos.

La gata cerró los ojos con una expresión de mansa satisfacción. Emiri, rebosante de felicidad, la metió en el transportín que el centro prestaba a los adoptantes.

—Acabo de subir unas fotos de la gata a mi red social diciendo que estábamos en periodo de prueba para ser sus padres adoptivos, ¡y me han dado un montón de *likes*! Muchos dicen que les encanta el nombre Buchiroku. Has triunfado, papá, enhorabuena.

—Ya ves tú, qué tontería. A mí me dan igual esas cosas —respondió Koga fingiendo indiferencia.

Pero en el fondo le agradó que, sin haberlo pretendido, su ocurrencia hubiera divertido a tanta gente. Además, aunque la gata no fuera una carey, había algo en ella le recordaba a la fuerza que transmitía Marugo. Eso también lo puso de buen humor.

«Le haré vídeos y fotos cuando lleguemos a casa para enseñárselos a la gente. Si alguien me dice que le gustan, le agradeceré el elogio devolviéndoselo. Estoy seguro de que Buchiroku recibirá muchos piropos; es decir, me colmarán de *likes* a mí, que soy quien la ha bautizado». Koga sonrió con picardía mirando de reojo a la gata.

## Capítulo 3



Megumi Nanada se detuvo delante del parque ubicado en la esquina de la calle Rokkaku Fuya-cho-dori. Se dio la vuelta y vio que su hija Aoba también estaba parada mirando al suelo en la acera opuesta de la estrecha calle. Megumi se impacientó al verla así, pero hizo un esfuerzo por calmarse y respiró hondo.

—Aoba, vamos, camina un poco más rápido. Estás molestando a la gente que pasa por ahí —le dijo secamente.

La niña avanzó hacia ella con evidente mala gana, arrastrando los pies.

Aoba era una niña de cuarto de primaria, pero parecía más pequeña que otras de su edad y su andar cabizbajo le confería un aire afligido y tristón que hacía que su madre se sintiera culpable cuando la trataba con severidad. Pero Megumi no estaba por la labor de tratarla cariñosamente cuando la niña le había hecho perder el tiempo con tantas tonterías. La clínica estaba, en efecto, donde decía Aoba, que seguía las indicaciones de sus amigas:

—Me lo dijeron Rize y Tomomi, y también la hija de la amiga de la mamá de Kiko. Todas fueron a la clínica del doctor Kokoro.

—Hemos estado antes allí, cariño, y ya hemos visto que no era la clínica que estamos buscando.

Megumi reconocía que la culpa había sido en parte suya por no comprobar lo que su hija le había contado antes de pasar a la acción. Pero eso no la frenaba de tratar a Aoba con acritud.

El carácter de su hija se había complicado de repente en cuarto de primaria. Quejarse de que se aburría en el colegio o de que estudiar no se le daba bien era algo a lo que Megumi ya estaba acostumbrada desde cursos anteriores, pero últimamente estaba empezando a mostrar una clara tendencia al ensimismamiento y a adoptar cada vez con más frecuencia una expresión melancólica. Unos días antes le había dicho a su madre que quería ir a una clínica psicológica que había en el barrio de Chukyo, a que la viera a un tal doctor Kokoro.

Cuando Aoba le había dicho aquello, a Megumi le pareció que una niña de cuarto de primaria no tenía ninguna necesidad de ir a una clínica psicológica; pero cuando Megumi había mencionado el asunto a una madre amiga del vecindario y esta le había dicho que hoy en día era normal que hasta los niños acudieran a consultas psicológicas, que el cuidado de la salud mental era acuciante, Megumi había sentido un impulso casi irrefrenable por actuar: de repente sintió el dedo acusador del entorno reprochándole ser una mala madre, desfasada y anticuada.

Buscó en internet y acudieron a la clínica de un médico llamado Kokoro Suda, en el barrio de Chukyo.

Sin embargo, no se trataba ni de un centro de psicología ni de una clínica pediátrica. Ni siquiera atendían a personas. Lo primero que madre e hija vieron al entrar en la pequeña clínica ubicada en un estrecho callejón fue a un perro grande tumbado bocabajo al lado de un banco corrido. La pared de detrás del banco estaba repleta de fotografías, y en todas se veían perros y gatos. En muchas se veía también a quienes debían de ser sus dueños. Es decir, la clínica del tal doctor Kokoro era una clínica veterinaria. Megumi había acudido casi impelida a aquel lugar, tras el apuro que había pasado hablando con aquella madre amiga. Pero lo que no debería haber hecho nunca fue creerse a pies juntillas lo que su hija le había contado.

—Aoba, ¿nos vamos ya? Tengo que preparar la cena, cariño.

—¡No, por favor! Quiero encontrar la clínica del doctor Kokoro. Me dijeron que está en la calle no sé qué que está en el barrio de Chukyo — protestó Aoba, enfurruñada.

—Pero, hija mía, acabamos de estar ahí y hemos visto que era una clínica veterinaria.

—Porque esa no era. Tiene que ser otra. Me dijeron que estaba en la última planta de un edificio y que el médico que las atendió fue muy simpático con ellas. A Rize y Tomomi les asignaron un médico que las atiende cuando ellas lo necesitan, e incluso lo pueden llamar por teléfono cuando quieran.

—¿Les asignaron un médico a unas niñas? —dijo Megumi resoplando con desdén. Sus amigas debían de estar tomándole el pelo.

La amiga de Megumi ya le había explicado que, en esos tiempos, era de lo más común que los niños recibieran tratamiento y apoyo psicológico de profesionales de la salud mental. También lo acudir a academias de

estudio para superar los exámenes de acceso a los mejores institutos y universidades, apuntarse a todo tipo de actividades extraescolares para adquirir habilidades especiales que los diferenciaron del resto, tener un móvil propio e ir incluso ir al psicólogo para contarle sus problemas. Los niños debían de creer que esto era lo guay, o lo *cool* o lo que mola. Sea como fuere, lo que resultaba evidente era que, cuanto más crecían, más difícil era tener una conversación mínimamente normal con ellos y entenderlos.

—Si quieres contarme algo, cuéntamelo a mí después de terminar los deberes, cariño, yo te escucho.

—No, mamá. Siempre dices lo mismo, pero luego nunca me haces caso. Y cuando por casualidad lo haces, no entiendes nada de lo que te explico —respondió Aoba en un tono rebelde. A Megumi le irritó el comentario.

—¡Si tan lista te crees, encuentra tú sola esa clínica! —le espetó de malas maneras, y reanudó la marcha.

Cruzó una calle y se giró para mirar atrás cuando llegó a la altura del cruce con la calle Tomikoji-dori. De nuevo, vio a su hija parada, esta vez delante de una tienda a pie de calle. Aoba señaló con un dedo hacia el lado de la tienda, y dijo contemplando a su madre:

—¡Mamá, aquí también hay un callejón muy estrecho!

—¿Un callejón? Ahí no hay ningún callejón por el que podamos pasar.

—¡Pero mira, aquí! —exclamó Aoba, enrabiada y dando pisotones—. ¡Por lo menos ven a mirar! ¡Te digo que aquí hay un callejón!

—Será la entrada de algún aparcamiento. Ya verás, encima nos echarán a patadas...

Megumi fue caminando hacia su hija mientras mascullaba quejas. Sin embargo, cuando llegó a su lado, vio que, en efecto, donde ella le decía, había un callejón. Era un callejón estrecho y lóbrego.

—¿Qué había dicho yo? ¿Es un callejón o no? ¿Ves cómo tenía razón? —dijo Aoba, triunfante.

Mucha gente habría pasado por delante de aquel callejón creyendo que era un simple hueco entre los dos edificios que lo flanqueaban, si es que lo llegaban siquiera a ver. Megumi, al darse cuenta de que lo había pasado por alto, se consoló pensando que era normal y se limitó a otear el fondo. Era un callejón sin salida, ocluido por un edificio que se levantaba al final.

A Megumi no le gustó su atmósfera algo tétrica y dudó si entrar. Pero Aoba se adelantó y corrió hacia él.

—Mamá, ya voy yo a mirar.

—¡Espera, Aoba! ¡No entres en ese edificio! No tiene buen aspecto.

—¡Pero si me acabas de decir que busque yo!

Aoba, decidida, entró en el edificio, y Megumi corrió tras ella, preocupada.



La puerta de entrada de la clínica pesaba mucho más de lo que parecía. Atravesarla ya era una proeza, pero la actitud de la enfermera en recepción no ayudaba: ni siquiera levantó la vista cuando entraron, y se dirigió a ellas en un tono bastante antipático. En la consulta a la que las condujo solo había una silla para un paciente, así que Megumi tuvo que quedarse de pie.

Pronto serían las cinco de la tarde y Megumi sabía que no podían entretenerse mucho. Su hijo, que iba a secundaria, estaba a punto de llegar a casa. El chico estaba en pleno crecimiento y no hacía más que pensar en comer. Además, todos los días llegaba de la escuela con una montaña de ropa sucia por las actividades deportivas de sus extraescolares.

Megumi había pensado pasar por el supermercado a comprar comida antes de regresar a casa, pero descartó la idea. ¿Qué tenía en la nevera para la cena? Ahora que lo pensaba: ¿qué iba a llevar a la reunión de madres amigas que habían organizado para la semana siguiente? Había recurrido tantas veces a las compras por internet para estos encuentros que ya no sabía qué hacer para sorprender.

Se le cruzaban por la cabeza muchas ideas inconexas. Aoba, en cambio, estaba encantada de haber encontrado la clínica que estaban buscando.

—La enfermera era guapísima, ¿no crees, mamá? Pero tengo la sensación de haberla visto en algún otro sitio. Quizá se parece a alguna famosa.

—Aoba, cállate un poco —la reprendió Megumi con una mirada severa.

Aoba guardó silencio y bajó la cabeza.

En ese momento, se descorrieron las cortinas y entró en la consulta un hombre en bata blanca. Era la primera vez que Megumi veía un médico tan joven y con unas facciones tan dulces.

—¡Oh, qué pasada! ¡Eres guapísimo, doctor! —exclamó Aoba alegremente.

Megumi se sintió incómoda al oír a su hija decir lo que ella misma estaba pensando.

—¡Aoba, por favor, compórtate! No seas maleducada y cálmate un poco.

El tono severo de Megumi hizo que Aoba bajara de nuevo la cabeza con gesto compungido. Una madre reprendiendo a su hija en la consulta delante un psicólogo. La situación era claramente embarazosa y Megumi se sintió incómoda. En estos tiempos, incluso las reprimendas legítimas y necesarias a los hijos podían ser malinterpretadas con facilidad y calificadas de maltrato. Miró de reojo al médico, que sonreía con tranquilidad.

—Se han equivocado con la silla —dijo el médico de manera pausada.

—¿Cómo?

—La que se tiene que sentar es usted, señora. Usted es la paciente.

Por unos instantes, Megumi no entendió lo que le estaba diciendo el médico. Luego sintió como su rostro se encendía y se puso roja como un tomate.

—No, no, la que quiere hablar con usted es mi hija, no yo.

—¿Ah, sí? Yo diría —dijo el médico observando el rostro de Aoba— que su hija no tiene ningún problema. A ver: ¿cómo te llamas y cuántos años tienes, niña?

—Me llamo Aoba Minamida y tengo diez años.

—Muy bien. Dime, ¿por qué has venido?

—Pues... —Aoba ladeó la cabeza y dejó que las piernas, que colgaban por debajo de la silla, se balancearan—, es que tengo un pequeño problema en el colegio. ¿Se lo puedo contar?

—Por supuesto. Adelante.

—Doctor, ¿usted sabe lo que son las facciones? Es que en mi clase hay facciones.

Megumi se quedó perpleja.

—Aoba, cariño, qué tontería le estás contando...

—No se preocupe, señora —intervino el médico—. Facciones, ¿eh? Veo que conoces palabras difíciles. Claro que sé lo que significa, soy médico. ¿Y qué pasa con esas facciones?

—Le cuento. En mi clase existen dos facciones y en cada una manda un líder. El resto de los compañeros de clase tenemos que unirnos a una de las facciones. A mí eso no me gusta, pero el problema es que la facción perdedora pierde una serie de derechos frente a la facción ganadora, y sus miembros se convierten en personas de una casta inferior, ¿vale? Como aún no formo parte de ninguna facción, estoy muy preocupada por si elijo mal y pierdo derechos. Mis amigas Rize y Tomomi le han contado esto a sus médicos para preguntarles qué deberían hacer. Por eso a mí también me gustaría preguntarle a usted qué debo hacer.

A Aoba se la veía feliz contándole al médico sus inquietudes. Por su semblante y ademanes, cualquiera habría pensado que le estaba desgranando la trama de alguna película de animación que le había gustado mucho.

Megumi no salía de su asombro. Había accedido a traer a su hija, entre otras cosas, por complacerla; esperaba que así se dulcificara su humor, que en las últimas semanas se le había agriado bastante. Pero jamás pensó que le fuera a contar a un médico semejante tontería.

—Vamos a ver, cariño, estamos en una clínica médica, este no es un sitio para hablar de esas cosas. Al médico uno le cuenta sus problemas y preocupaciones, no los líos con sus compañeros de clase. Los médicos suelen estar muy ocupados, así que cuéntale algo más serio o nos vamos.

—Oh, no, señora, no se preocupe —dijo el médico, sonriendo comprensivo—. Nosotros no teníamos ninguna intención de convertir esto en una clínica, pero la gente ha ido hablando de nosotros y, ya sabe, una vez que se adquiere buena fama... Hoy estamos esperando a unos pacientes que tienen cita, pero tampoco han venido.

—¿Tienen cita y no han venido? —preguntó Aoba intrigada.

—Eso es. Llevamos esperándolos desde hace mucho... Me pregunto por qué será —dijo, frotándose la barbilla con aire pensativo—. ¿Será que la puerta de entrada pesa demasiado?

Era un médico peculiar. Usaba un lenguaje anticuado, pero sus ademanes eran ligeros, como los de un jovenzuelo. A Megumi no le parecía que este fuera el lugar adecuado para que su hija acudiera en busca

de ayuda o guía. Y, en cualquier caso, lo que no tenía ningún sentido era el objeto de la consulta de su hija.

Aoba miró sonriente a su madre.

—Tú también dijiste que la puerta de entrada pesaba muchísimo.

Megumi frunció el ceño y la mandó callar de nuevo.

—Deja de contar tonterías, Aoba.

Aoba bajó nuevamente la cabeza.

Megumi volvió a sentir enrarecido el ambiente, pero es que era imposible seguirle la corriente a su hija. Pensó que deberían marcharse de inmediato. Tenía muchas cosas que hacer en casa.

—Doctor, siento mucho haberle hecho perder el tiempo. La he traído a su clínica porque quería hablar con un médico, pero no sabía que fuera a contarle esta bobada. Le pido disculpas. En el colegio también hay un orientador escolar, así que la llevaré a hablar con él.

—No es ninguna bobada —musitó Aoba con la cabeza gacha—. Todo lo que digo te parecen bobadas.

—¿Acaso no lo son? Anda, levántate ya, que nos vamos. Tengo que hacer la cena y muchas cosas en casa. Luego me cuentas eso de las facciones y lo de las castas, ¿vale?

Pero Aoba no se movió.

—Es que sé que no me vas a escuchar, como siempre. Nunca me haces caso.

—Claro que te escucho. Te escucho siempre mientras cenamos.

—No entiendes nada, mamá. Te cuente lo que te cuente, siempre acabas diciéndome que la culpa es mía, o que lo que te cuento son tonterías sin importancia. No te acordarás, pero lo de las facciones ya te lo conté hace tiempo, y me dijiste que no me metiera en esas cosas y se acabó.

—Bueno, hija, es que...

«¿Seguro que me lo ha contado? ¿Seguro que me ha dicho eso?» Megumi intentaba recordar, pero cómo iba a acordarse de todas las cosas que le decía su hija... Las preocupaciones de una niña de primaria cambiaban a diario, y ella no tenía tanto tiempo para implicarse en todas las nimiedades.

—Vaya, vaya... Aquí no hay quien se aburra —apuntó el médico en tono jocoso mientras cruzaba los brazos—. ¿Le pesó la puerta? Entonces,

eso no está bien. Va a haber que administrarle un gato potente, me temo. Señorita Chitose, tráigame el gato, por favor.

La cortina volvió a abrirse y apareció la enfermera de antes. Traía un transportín en la mano y su semblante era adusto, como si le desagradara lo que estaba haciendo.

—Doctor Nike, ¿está seguro? Creo que el paciente con cita está a punto de llegar.

El médico sonrió torciendo el gesto.

—Bueno, si llega ahora, tendrá que esperar. No nos olvidemos que a nosotros también nos ha hecho esperar bastante. No le pasará nada porque espere un poco, digo yo.

—Luego no me venga con historias —espetó la enfermera con frialdad. Sin añadir nada más, dejó el transportín sobre la mesa y salió de la consulta.

A Megumi aquello le pareció el colmo. «Menuda desfachatez la de la enfermera. Cualquiera diría que nos quiere echar de la consulta de mala manera».

—Mamá —musitó Aoba. Por un momento, Megumi imaginó que su hija estaba pensando otra vez lo mismo que ella, pero enseguida vio que no era así. Aoba miraba el transportín, señalándolo con un dedo. Añadió —: Mira esto. Hay un gato.

—¿Un gato? Anda ya. Esto no es una clínica veterinaria.

—¡Pero mira, mamá! —exclamó Aoba enfadada—. ¡Hazme caso alguna vez!

Aunque estaba harta de las quejas de su hija, Megumi cedió y se agachó, resignada, para mirar dentro del transportín. Era una sencilla caja de plástico con rejillas en la cara lateral. A través de ellas vio algo blanco. Era un gato pequeño de pelaje revuelto y fino, o al menos esa era la impresión que daba. Su nariz era de color rosa pálido, y en una de las orejas tenía algunos pelillos negros. Parecía un gato delicado; lo único que tenía grandes eran los ojos.

—Yuki... —murmuró Megumi.

Aoba miró a su madre.

—¿Conoces a este gato, mamá?

—No..., es imposible... imposible. Si ese gato...

Megumi estaba atónita. No podía apartar la mirada del gato. Su pelaje plumoso le recordaba a los vilanos de un diente de león, que se irían

volando al primer golpe de una bocanada de aire. Los recuerdos fueron renaciendo en su memoria.

Aquello sucedió cuando Megumi estaba en tercero de primaria.



—¡Megumi, Mami, venid, deprisa!

Al oír la voz de Reiko llamándolas a voces, se acercaron corriendo con las mochilas Ransel bamboleantes en sus espaldas.

Fue en el camino de vuelta del colegio a casa. Reiko las estaba llamando desde un pequeño descampado que había en una ruta alternativa que a veces tomaban para regresar. Cuando llegaron, vieron a Reiko agachada delante de una caja de cartón tirada en un rincón del muro que bordeaba un lado del descampado. Megumi se acercó y miró la caja por encima de los hombros de Reiko. Dentro había tres gatitos moviéndose con torpeza encima de una toalla sucia y papeles de periódico.

—¡Oh, son gatitos!

Ver a aquellos gatos llenó de ilusión a Megumi. Había acariciado alguna vez al perro de unos vecinos, pero nunca había tocado a un gato. Estos que veía por primera vez, tan de cerca, parecían peluches diminutos y frágiles.

Miii, miii, hacían los gatitos, abriendo sus minúsculas bocas. Ya tenían colmillos, pero eran delicados, como hechos de plástico fino.

—¡Son monísimos! —exclamaron las tres amigas al unísono. Se desprendieron de sus mochilas y se quedaron absortas mirando a los gatos, que bostezaban o se rascaban la cabeza torpemente con sus patitas. La entrañable escena encandiló a las niñas.

En el descampado había muchos dientes de león con su flor amarilla, y algunos más precoces ya tenían los pétalos transformados en vilanos. El pelaje de los gatitos se asemejaba a los vilanos del diente de león.

Reiko fue la primera en alargar la mano para tocar a los gatitos. Ella era una chica espabilada y buena estudiante, la líder del grupo de amigas de Megumi.

Reiko sacó un gato blanquísimo de la caja. Mami la imitó y sacó otro. Sintiéndose casi conminada por las miradas de sus compañeras, aunque

algo insegura, Megumi sacó al último ejemplar de la caja.

El gatito era sorprendentemente ligero y suave. Su delicadísimo pelaje blanco se le erizaba y a Megumi casi le pareció que, si soplaba, los pelos se le desprenderían y se irían volando. En una de las orejas tenía algunos pelos negros, pero el resto de su cuerpo era blanco como la nieve. El color de la nariz era rosa tenue y pálido y tenía unos ojos enormes y preciosos.

Las tres se quedaron un rato sentadas, haciendo arrumacos a los gatitos que sostenían en brazos. Fue de nuevo Reiko la primera que, con determinación, se puso de pie.

—Creo que me voy a llevar este gato a casa.

—¿Qué? —dijeron al unísono Megumi y Mami, y se lanzaron una mirada fugaz.

—Sí. A partir de ahora, este gato será parte de mi familia. Si no, ¿qué va a ser de él? —dijo con firmeza. Luego, contemplando desde su altura a las dos, que seguían sentadas, añadió—: Se lo voy a pedir a mi madre. ¿Por qué no hacéis lo mismo vosotras también?

—Es... es que... —dijo titubeante Megumi, con la gata aún en brazos y bajando la cabeza— no creo que mi madre me deje tenerlo en casa. Además, mi casa es pequeña.

—Primero tendrás que preguntárselo, ¿no? Mi madre trabaja, sabéis que es profesora de primaria, así que está bastante más ocupada que muchas madres que solo son amas de casa.

—Eso es verdad, pero...

En casa de Megumi no tenían animales, a excepción de un escarabajo enorme, un ciervo volante, que su hermano había acogido durante las vacaciones de verano. Ahora, la jaula estaba tirada de cualquier manera en la entrada de la casa. No recordaba a nadie de la familia prestando atención al insecto.

Al imaginar la cara de su madre, Megumi ni siquiera se atrevió a presentarse en casa con el gato. Por nada del mundo dejaría que lo adoptara. Pero sentía la presión de la mirada de Reiko. Entonces, Mami se levantó decidida.

—Yo también me lo llevo. Le voy a pedir a mi madre que lo cuidemos en casa.

—¿En serio? ¡Qué grande eres, Mami!

—Claro. Me da mucha pena que se queden aquí abandonados. Pobrecitos. Si mi madre se niega, hablaré con mi padre.

Megumi vio cómo las dos se aliaban con el asunto de los gatos, sintió que se quedaba un poco al margen y se puso nerviosa. Decidió seguirles la corriente y se incorporó apresuradamente para exclamar:

—¡Yo también me lo quedo! Si mi madre no me deja, se lo pediré a mi padre.

—¿De verdad? Entonces, ¿los cuidamos entre las tres?

—¡Eso! ¡Vamos a cuidarlos entre las tres!

Megumi se alegró al recibir el reconocimiento de Reiko y se sintió más valiente. No es que estuviera tranquila y que no le preocupase la reacción de su madre, pero ahora sentía que al menos podría afrontarla. El gato se removía en sus brazos, aunque no tan violentamente como para que se le escapara. De pronto, tuvo la sensación de que el gato le pertenecía.

—¡Vamos a ponerles nombres! —propuso Reiko, y las tres comenzaron allí mismo a pensar en los nombres con los que bautizarían a sus gatos.

Megumi decidió llamarlo Yuki, porque era tan blanco como la nieve (*yuki*). Aunque en una de las orejas tenía un poco de pelo negro, le pareció que era un detalle que lejos de afearlo lo hacía más simpático.

«A Yuki lo voy a proteger y cuidar yo», se dijo Megumi con determinación, mientras lo estrujaba con cariño contra su pecho.

Cuando llegó a casa con el gato, su madre había salido y no estaba. Megumi aprovechó la oportunidad para hacerle un hueco en la casa, extendiendo papel de periódico en una esquina de la entrada y depositando al animal encima del lecho improvisado. Yoshihito, su hermano pequeño, que había llegado antes del colegio, observaba a Megumi con la boca abierta desde la escalera que conducía al primer piso.

—¿Vas a tener un gato, Megumi?

—Eso es. ¿A que es muy guapo? Se llama Yuki.

—¿Estás segura de lo que estás haciendo? A mamá no le va a gustar nada, te va a echar la bronca.

Megumi le lanzó una mirada de reproche a su hermano y le respondió con severidad:

—Cállate, Yoshihito. ¿A ella qué más le da? Si lo voy a cuidar yo. Y tú, ni se te ocurra tocarlo, ¿entendido? Es mío y de nadie más. —Su hermano se puso a llorar enseguida. Solo era un año menor que Megumi, pero definitivamente era un llorón. Lloraba por cualquier contrariedad, por

pequeña que fuera—. No seas llorón, Yoshihito. Venga, anda, ven aquí, que te dejo tocarlo.

—Vale... —dijo Yoshihito, aún sollozando. Se acercó a la entrada y se agachó para mirar al gato—. Es muy pequeñito, ¿eh, Megumi? Es precioso. Me gusta mucho.

—¿A que sí?

Megumi se quedó mirando a Yuki junto a su hermano. El gato lloraba con la cabecita levantada hacia ellos, miii, miii, como si les pidiera algo.

Se oyó un ruido en la calle y la puerta corredera de la casa se abrió. Era su madre, que entraba cargada con dos bolsas de supermercado llenas. Se movía torpemente a causa del peso de las bolsas y su barriga prominente, que parecía a punto de explotar. Arqueaba el cuerpo hacia atrás, intentando hacer contrapeso. En un par de meses serían tres hermanos.

La mujer exhaló con un profundo suspiro y, al bajar la mirada, vio al gato en el suelo entre Megumi y Yoshihito, que seguían en cucullas.

—¡Pero bueno! ¡¿Qué es esto?! —gritó su madre, con el rostro demudado.

Megumi se quedó paralizada ante la explosiva reacción. Sabía que su madre la iba a reprender, pero confiaba ingenuamente en que la visión de aquel animalito indefenso la enterneciera y suavizara enfado. Pero no fue así.

—¡Fuera este bicho de aquí ahora mismo! ¡Pero ya!

—Mamá, por favor, es un pobre gatito abandonado en...

Su madre la interrumpió, gritando con el ceño fruncido y con los pómulos tensos:

—¡Megumi! ¡Sabes perfectamente que en esta casa no queremos ningún gato! ¡Devuélvelo ahora mismo de donde lo cogiste!

Su madre solía regañarla con frecuencia: por no hacer los deberes, por pelearse con su hermano y pegarlo; pero nunca la había visto tan fuera de sí como la estaba viendo ahora.

Yoshihito se puso a llorar. Buaaah, buaah, gritaba y lloraba arrugando el rostro. Megumi también tuvo ganas de llorar, pero se contuvo.

—Escúchame, mamá, por favor. Este gato lo encontró Reiko. Pero no encontró solo a este, sino a otros dos; o sea, a tres en total. Reiko se ha llevado uno a su casa porque seguramente su madre le deje quedárselo, y nos pidió a Mami y a mí que hiciéramos lo mismo con los otros dos.

La madre no cedió. Con un gesto severo, respondió:

—¡Deja de decir tonterías! ¡Qué me importa a mí lo que haga Reiko! ¡Lo has traído tú, así que lo devuelves tú donde estaba! —Después entró en casa, ignorando a su hija, que temblaba de miedo y rabia. A mitad del pasillo, su madre se dio la vuelta para añadir, expeditiva—: ¡Y tú deja ya de llorar, Yoshihito! ¡Dentro de poco vas a tener un hermano, qué clase de ejemplo vas a ser para él, llorando todo el día por cualquier tontería!

Lejos de calmarse, Yoshihito comenzó a llorar con más intensidad. Los delicados maullidos de Yuki ya no se oían por culpa de los lamentos de Yoshihito. Las lágrimas comenzaron a rodar también por las mejillas de Megumi y cayeron sobre el papel de periódico extendido a sus pies. Con todo, su madre seguía mirándolos con irritación. Finalmente, zanjó:

—Llévalo de vuelta adonde estaba antes de que se haga de noche. —Y, sin más, desapareció al fondo de la casa.



Megumi cogió a Yuki envuelto en el papel de periódico y se lo llevó al descampado, caminando lentamente y cabizbaja. «Mamá es un monstruo. No tiene corazón. Es mala», se dijo. No podía parar de llorar por lo que consideraba una injusticia de su madre, y por la rabia que sentía hacia ella. Yuki iba aferrada a ella, clavando en su ropa sus minúsculas uñas. Abandonar a su suerte a un ser vivo tan pequeño e indefenso, que no tenía en quién confiar más que en una niña como ella, le parecía cruel e imperdonable.

Al llegar al descampado, Megumi vio que había alguien cerca del muro. Era Mami. Estaba agachada delante de la caja de cartón.

—Mami —le dijo.

Mami se volvió. Estaba llorando, con la cara congestionada. El gato que se había llevado estaba dentro de la caja.

Megumi se agachó a su lado.

—O sea, que a ti tampoco te han dejado.

—Ya ves. Mi madre ni siquiera me dejó preguntárselo a mi padre. Dijo que como volviera a casa y viera al gato, se iba a enfadar, pero de verdad, y me obligó a traerlo de vuelta.

—Igual que yo. Mi madre es un monstruo. Es mala. La odio.

—Pues la mía... Pero ya verás: la mamá de Reiko es profesora, y no va a abandonar a un gatito así como así. Ojalá Reiko se hubiera llevado a los tres. De hecho, los encontró ella...

—Sí, es verdad.

Megumi seguía estando triste, pero encontrar a Mami en su misma situación la había tranquilizado bastante.

Mami se enjugó las lágrimas con las mangas de la camisa y se puso de pie.

—Me tengo que ir. Mi madre me reñirá de nuevo como no me ponga a practicar piano enseguida.

—Yo también me voy.

Megumi no se quería quedar sola allí, así que soltó a Yuki, que seguía aferrado a su ropa, y lo metió en la caja de cartón. Los dos gatos se pusieron a llorar uno al lado del otro con todas sus fuerzas.

—Lo siento mucho. Adiós —dijo Mami a los gatos. Luego echó a correr.

Megumi la siguió rápidamente. Miró atrás, pero ya no vio la caja de cartón ni los dientes de león amarillos. Un poco más adelante, se despidió de Mami y no paró de correr hasta llegar a casa.

Su madre estaba en la cocina. Sin volverse, le dijo a Megumi:

—¿Dónde lo has dejado?

—En el descampado de la esquina. Donde está el árbol del cerezo.

—Muy bien. Oye, tienes deberes, ¿no? Termínalos antes de cenar.

—Vale, mamá.

Megumi fue a la sala de estar. Creía que su madre seguiría hecha una furia y que la volvería a reñir, pero estaba extrañamente tranquila. Sin embargo, eso le dio aún más miedo. Decidió no volver a hablar de Yuki con ella y se concentró en los deberes.

A la hora de cenar su madre era la de siempre. La regañó cuando protestó por las zanahorias, le reprochó que tardara siempre tanto en comer, y les volvió a reñir a ella y a su hermano cuando se enzarzaron en una pelea por lo que querían ver en la tele. El triste destino de Yuki le seguía pesando en el ánimo, pero de pronto se acordó de que al día siguiente tenía que tocar la flauta en el concierto escolar. Se puso a practicar, aunque triste porque no pudo ver los dibujos que le gustaban, con los ojos llorosos todo el tiempo que estuvo tocando.

Su padre trabajaba en el turno de noche y, salvo los festivos, Megumi apenas lo veía en casa. Así, el desayuno, la cena y el baño eran por lo general cosa de tres. Megumi dormía siempre con Yoshihito, en el futón extendido sobre el suelo de tatami del dormitorio. Esa noche, al rato de estar acostada, oyó un ruido.

«¿Qué ha sido eso?»

Se volvió para mirar a su hermano y lo vio dormido, completamente destapado y estirado; se había desprendido del edredón a patadas. Megumi volvió a cerrar los ojos pensando que quizá no había sido nada, pero poco después volvió a oír el mismo ruido, ahora con nitidez. Era el sonido que hacía la puerta corredera de la entrada al cerrarse. Vivían en una casa vieja y el ruido de esa puerta al abrirse y cerrarse se oía hasta en el piso de arriba. Alguien había entrado y salido de casa.

Se acercó gateando a la ventana para ver si había sido su padre, pero fuera seguía siendo noche cerrada y no vio nada. Le entraron escalofríos y tuvo ganas de ir al baño. Bajó por la escalera al piso de abajo, frotándose los ojos soñolientos.

El piso de abajo estaba en penumbra. En la pequeña sala contigua a la escalera vio a su madre sentada a la mesa. Estaba con la cara pegada a la mesa y hundida entre los brazos.

—Mamá —le dijo Megumi.

Los hombros de su madre temblaron, como si se hubiera asustado, y enseguida se irguió. Había muy poca luz y no la veía bien, pero le pareció que se enjugaba las mejillas.

—Ah, hija, ¿qué pasa? ¿Vas al baño?

—Sí...

Megumi tuvo la impresión de que no era la misma de siempre. Parecía triste y su voz carecía de la fuerza habitual. Se sintió inquieta. De repente le dio por pensar que su madre los iba a abandonar, yéndose a algún sitio sin decirles nada, y le entró miedo.

—¿Qué te pasa, mamá?

—No me pasa nada, hija. Anda, deja de preguntar tonterías y vete a dormir. Oye, si ves que tu hermano se ha destapado, vuélvelo a tapar, para algo eres la mayor —le dijo en el acostumbrado tono medio desabrido y precipitado. Otra vez era su madre de siempre, y eso la tranquilizó y la molestó a la vez. A su madre, todo lo que decía Megumi le parecían tonterías.

Fue al baño y volvió a la cama. Su hermano seguía destapado, ahora incluso con el pijama levantado y la barriga al aire, pero Megumi lo ignoró y no hizo nada.

«Odio a mamá. La odio. Nunca me hace caso y siempre está enfadada», pensó. Se cubrió con el edredón de los pies a la cabeza y cerró los ojos con fuerza.



—Después... ¿qué pasó con esos gatos? —le preguntó Aoba en un tono reservado que a Megumi le hizo que se le formara un nudo en la garganta.

El gatito se lamía la pata dentro del transportín. Tenía unas patas grandes, con las separaciones de los dedos bien marcadas para lo pequeño que era. La desproporción del tamaño de sus extremidades con el del resto de su cuerpo provocó en Megumi una extraña sensación de lástima. El gato pareció percatarse de su presencia porque dejó de lamerse y se quedó mirándola fijamente. Tenía una mirada cándida que parecía desconocer el peligro y el miedo.

Era imposible que fuera el mismo gato. Encontrar a Yuki, llevárselo a casa y volver a abandonarlo fue algo que había sucedido hacía más de treinta años. Su pelo blanco como el algodón. La mancha negra en la oreja. Los ojos húmedos color azul ceniza.

«¿Cómo no me he acordado hasta ahora? Lo que hice aquel día. Lo cruel que fui».

—Apenas recuerdo lo que pasó después. —Hizo un esfuerzo por recordar, pero todo estaba sumido en una nebulosa—. Creo que mi madre se olvidó enseguida del asunto del gato y no hizo nada más. Ni siquiera recuerdo qué hicieron Reiko y Mami. Por supuesto..., no sé nada de Yuki... ni de los otros dos.

Ella era aún pequeña y debió de olvidarse pronto del gato. Probablemente, ni siquiera volviera al descampado para saber qué había sido de ellos. Desde luego, no recordaba haberlo hecho.

Qué insensible, ignorante e irresponsable había sido. Era normal que su madre se enfadara teniendo en cuenta la situación en la que se encontraba su familia en aquel entonces.

De pronto, creyó entender lo que había hecho su madre aquella noche: había ido a ver al gato, preocupada por la suerte del animal que había obligado a su hija a abandonar. No podían quedárselo en casa, ni ayudarlo a sobrevivir.

A pesar de todo, no había podido desentenderse sin más del pobre animal. Había querido, al menos, comprobar cómo estaba dentro de la caja de cartón en el descampado. Simplemente, como persona, más que como madre.

Miii, miii, seguía maullando el gato dentro del transportín. Yuki también se sentiría triste, estaría hambriento y tendría frío. Ella lo había devuelto a la caja de cartón sin siquiera darse cuenta de todo eso. No lo había hecho con mala intención, apenas era una niña. Pero ahora se percató de lo reprochable que había sido su proceder.

El médico, que había permanecido callado hasta ese momento, levantó el transportín, lo giró para colocar la puerta frente a él y la abrió.

—El efecto de este gato es inmediato —dijo, sacándolo de la caja. Lo levantó, sujetándolo por el vientre con una mano y aprisionándole las patas traseras con la otra—. A los gatos hay que cogerlos así. Son muy flexibles y no les pasa nada porque se los sujete un poco fuerte. Tome.

El médico le ofreció el gato a Megumi, que seguía azorada.

—Pero...

El médico parecía estar acostumbrado a ese tipo de situaciones, porque lo hizo con tal naturalidad que el gato quedó depositado entre las manos y el pecho de Megumi con la fluidez y suavidad de un líquido vertido de un recipiente a otro. El gato era pequeño y cálido, como una pequeña estufa. Al sostenerlo en brazos, Megumi se dio cuenta de que era un poco más grande que Yuki. Aunque conservaba aún el candor propio de las crías, su cuerpo resultaba bastante más robusto de lo que aparentaba.

No pasaron ni diez segundos antes de que el gato comenzara a agitarse, como si estuviera incómodo y se retorciese para zafarse de ella.

—¡Oh, no, se me va a caer al suelo!

—Sujételo más fuerte —indicó el médico con calma.

—Pero es que...

El gato no estaba a gusto con Megumi y se quería liberar de los brazos que lo tenían aprisionado. Ahora, más que el gato esponjoso y suave que era, parecía un erizo.

—Déjame a mí, mamá —le dijo Aoba alargando el brazo hacia Megumi, pero esta la esquivó con un rápido movimiento. Era imposible que su hija fuera capaz de domeñar un gato que se retorcía así.

—Ni hablar, se te va a caer al suelo. —Pero Megumi tampoco era capaz de mantenerlo sujeto ni de calmarlo, y empezó a ponerse nerviosa. El animal intentó una última contorsión violenta, clavando las uñas en la ropa de Megumi—. ¡Ah!

El gato se soltó de sus manos, pero Aoba lo cogió antes de que cayera al suelo.

—¡Lo tengo! —exclamó Aoba, abrazándolo—. ¡Qué suave es! ¡Y qué pequeño! Así, quietecito, ¿vale? —le dijo al gato, apretándolo contra su pecho—. Doctor Nike, ¿es así como hay que cogerlo?

El médico, con una sonrisa amable, le respondió:

—Exacto. Lo haces muy bien.

Aoba miró al gato y sonrió feliz.

—Es precioso. Todavía es un bebé, ¿verdad? Parece tan delicado... Me da miedo tenerlo cogido.

Sin embargo, los gestos de Aoba eran seguros y tenía al gato sujetado contra su pecho. El animal, que hasta hacía unos instantes parecía incómodo y nervioso, levantó la cabeza para mirar a Aoba y comenzó a lamerle la mano con su diminuta lengua.

—¡Ah! Tiene la lengua áspera. ¡Qué sensación más rara, mamá!

La sonrisa que le dirigió su hija sorprendió a Megumi. Hacía mucho tiempo que no la veía tan feliz.

No era solo la sonrisa de Aoba. Las manos con las que su hija cogía al gato mostraban firmeza y determinación. Sus prejuicios la habían hecho creer que su hija sería incapaz de lidiar con el gato, pero lo cierto era que Aoba lo estaba haciendo mucho mejor que Megumi. El gato estaba tranquilo en sus brazos, porque notaba la seguridad que le transmitía la niña. Hasta ahora, Megumi la había venido minusvalorando por el simple hecho de que era una niña, pero no había duda de que el gato confiaba más en su hija que en ella.

—Oye, mamá, a lo mejor este es hijo de Yuki. ¿No acabas de decir que es idéntico a él? —dijo Aoba con candidez, mientras tocaba la nariz del gato con la punta de su nariz.

«Eso es imposible. Qué tonterías dices». Eso hubiera dicho antes Megumi. Aoba era incapaz de imaginar el aciago destino de Yuki. No

había forma de que ese gato y Yuki estuvieran relacionados. Habría sido un milagro que alguien recogiera a Yuki de la caja de cartón abandonada en el descampado, pero la vida no era un cuento de hadas. Estaba segura de que eso no había sucedido.

Sin embargo, lo que dijo Megumi conteniendo las lágrimas fue:

—Bueno, ojalá, ¿no? ¿Quién sabe? A lo mejor...

Ella emuló el esfuerzo que había hecho su madre para que no la viera llorando. Contuvo las lágrimas y soportó la pena. A Aoba se le iluminó la cara.

—¡Seguro que sí, mamá! ¿Usted qué cree, doctor Nike? ¿Será el hijo de Yuki?

—A ver, nunca se sabe... —respondió distraídamente el médico—. Los gatos en general suelen ser muy desvergonzados y débiles, y viven poco en comparación con las personas, pero pueden aumentar, disminuir y quizá luego puedan volver, no me parece imposible.

—¿Cómo? ¿Qué significa eso? —dijo Aoba ladeando la cabeza.

El médico esbozó una leve sonrisa.

—Yo también me preguntó qué significará lo que acabo de decir —respondió enigmático, y continuó—: Bueno, ¿qué tal? ¿Cómo se siente ahora, señora? ¿Siente mareos o náuseas?

—Pero... ¿qué? Có... ¿cómo? —respondió Megumi desconcertada.

Definitivamente, era un médico extrañísimo. Hasta ese momento no había hecho más que sonreír y pedir a la enfermera que trajera al gato.

—Muy bien, me alegro, entonces. Parece que el gato le está haciendo efecto. La mayoría de los problemas se resuelven con un gato, ¿sabe usted? Pero para poder recetárselo a quienes lo necesitan, tienen que venir a esta clínica y abrir la puerta con sus propias manos. Ojalá más gente abriera la puerta como lo ha hecho usted, aunque la noten pesada, y entrara a verme. Si no, a este paso, nos vamos a pasar la vida esperando.

Megumi seguía sin entender nada de lo que le decía. El médico miró a Aoba.

—Estabas preocupada porque no sabías qué facción elegir, ¿verdad?

—¡Sí, eso es! —respondió Aoba enérgica, con el gato en brazos.

El médico asintió con la cabeza.

—Es muy fácil. Tienes que elegir la facción que tenga el líder más fuerte. Los líderes fuertes tienen la cara grande, así que elige al líder que tenga la cara grande y concentrada.

—¿Concen... trada? —preguntó Aoba frunciendo el ceño—: ¿Ha dicho concentrada?

—Sí. Ese tipo de rostro que tiene muy juntos los ojos, la nariz y la boca en el centro de la cara. ¿Cuál de los dos líderes tiene la cara más grande?

A Aoba se le escapó la risa.

—A ver..., creo que Rena tiene la cara más grande.

—En ese caso, elige la facción de Rena y ya está —dijo, dando la consulta por zanjada—: Bien, veo que no tiene ninguna reacción alérgica ni nada por el estilo, así que ya pueden irse. Vamos a meter al gato en el transportín, ¿de acuerdo?

El médico adelantó los brazos y Aoba le entregó el gato con cara de pena.

—Doctor Nike, ¿este gato es suyo?

—No, qué va. Es uno de los gatitos de una camada que tuvo una gata que vive con una familia. Como nacieron muchos, ahora mismo están buscando gente que los pueda adoptar. Imagino que estarán buscando candidatos por internet. Los gatos recién nacidos suelen tener mejor salida que los adultos, así que no tardarán mucho en encontrar a quienes quieran llevárselos.

El médico metió al gato en el transportín, que maullaba sin parar.

—Cuídense —dijo para despedirlas, y sonrió un tanto maquinalmente.

«¿Ya está?», se preguntó Megumi, que tuvo una sensación de vacío, como si se le hubiera formado una oquedad en el pecho. Aoba la miró. Tal vez sentía lo mismo que ella.

—Mamá, ¿no podríamos quedarnos con este gato?

El deseo de Aoba hizo que a Megumi se le formara un nudo en el estómago. Su hija no sabía lo que costaba cuidar a una cría de gato. Ahora, Megumi sabía cosas que no sabía cuando era pequeña. Seguramente, la decisión de su madre había sido la correcta. A una niña de primaria, como lo era ella en aquel entonces, le habría sido imposible hacerse cargo de un gatito.

Aun así, no se atrevió a decirle que no a su hija. Para que el ajetreo de la vida diaria no volviese a condicionar sus decisiones, haciéndola optar irreflexivamente por la reacción fácil, debía concienciarse de la importancia de hacer un esfuerzo por escuchar a su hija y tratar de

comprenderla. Que ella hubiese sido incapaz, no quería decir que fuera a serlo también su hija.

Megumi preguntó al médico:

—Disculpe, doctor. ¿Este gato necesitará muchos cuidados? ¿Ya puede comer solo? ¿O requiere atención permanente?

—Este tendrá dos meses y medio de vida, más o menos, y aunque ya puede tomar sólidos, está en plena transición del destete al pienso normal. No lo podrán dejar simplemente a su aire. Tendrán que acompañarlo y observarlo como mínimo durante las tres comidas diarias. Ahora mismo está bastante tranquilo, pero es un gatito muy activo. Va a hacerles trabajar, eso seguro. Bueno, en realidad, no hay gatito que no dé trabajo.

—Las tres comidas...

¿Podría hacerlo si volvía del trabajo a casa durante el descanso para la comida? ¿Sería capaz de darle de desayunar y observarlo atenta por la mañana, cuando siempre andaba con prisas? ¿Lo atendería de noche mientras ponía orden en la casa con el cansancio acumulado de la jornada? No encontraba respuesta por mucho que lo pensara. Hacía falta saber muchas cosas y estar preparada. No era fácil. Estaba sumida en un mar de dudas cuando Aoba le cogió las manos con delicadeza y le dijo muy seria:

—Mamá, te voy a ayudar, te lo juro. Vendré derecha del cole a casa, y me levantaré temprano por las mañanas. Yo lo cuidaré.

A Megumi le pareció que su hija estaba siendo sincera y hablaba convencida, pero no la creyó capaz de afrontar el reto.

El médico dijo con una media sonrisa:

—Es mejor que no tener gato. Es mucho trabajo para ti.

Megumi pensó que el médico tenía toda la razón, agachó la cabeza y se mordió el labio.

«Perdóname, Yuki. Perdóname por haberte abandonado. Perdóname».

—Por favor, nos gustaría quedarnos con este gato. Nos dejaremos la piel en cuidarlo. Lo cuidaremos como a un miembro más de la familia.

—A ver, es que...

—Me comprometo yo misma a cuidarlo —insistió Megumi haciendo una profunda reverencia.

El médico respondió sereno:

—Se suele decir que los gatos son caprichosos y volubles, pero las personas lo son mucho más.

Megumi no le veía el rostro al médico mientras hablaba, pero notó en su voz algo así como la presunción del que cree saberlo todo de antemano.

Aoba se levantó y se colocó al lado de Megumi.

—Doctor Nike, yo lo cuidaré. Mamá no tendrá que ocuparse de él. Estoy segura de que puedo hacerlo; yo me encargaré de él, así que, por favor, deje que nos lo llevemos —dijo Aoba en tono de súplica, inclinando la cabeza como su madre.

El médico contestó sin más:

—Muy bien, entonces. La enfermera les explicará lo que deberán tener en cuenta para cuidar del gato. Pero, si después de todo se ven superadas, pueden traerlo de vuelta cuando quieran, ¿de acuerdo?

El médico acercó la cara al transportín y el gato levantó el hocico. Se miraron fijamente a los ojos.

—Ve con ellos, no tengas miedo, estarás bien. Siempre puedes volver —le dijo al gato; parecía que se entendían—. Toma —le dijo luego a Aoba entregándole el transportín. Ella lo cogió con las dos manos.

Al salir de la consulta, la enfermera las llamó por la ventanilla de recepción. Seguía teniendo la misma actitud desabrida que cuando entraron en la clínica. Les entregó una bolsa de papel. Megumi miró en su interior para ver lo que contenía.

—¿Qué es esto?

—Son las cosas que usa por lo general este gato. Lleva lo que necesitará para los primeros días. El resto lo tendrán que comprar ustedes. ¿Conocen alguna clínica veterinaria cerca de su casa? Les aconsejo tener localizada alguna que atienda las veinticuatro horas del día.

—Pues en la Clínica Veterinaria Suda vi un cartel que decía que tenían servicio de urgencias. ¿La conoce? Nosotros entramos por error ahí antes de llegar aquí.

—Ah, sí... —musitó la enfermera bajando la mirada—. Sí, la conozco, claro. Es el centro del doctor Kokoro, ¿verdad? Nos atendieron muy bien en su día, tanto al doctor Nike como a mí. Cuando vuelva a ver al doctor Kokoro, dele recuerdos de parte de Chitose. Cuídense.

La enfermera había hablado con el mismo gesto inexpresivo, pero a Megumi le pareció que ahora había una nota de calidez en su voz. Megumi no le dijo nada más a la enfermera. Todas las dudas que le surgieran acerca del cuidado del gato se las consultaría a un especialista. Mañana mismo pediría hora en la Clínica Suda.

Salieron de la clínica. El desangelado pasillo del edificio seguía en penumbra y en silencio, igual que cuando llegaron. Con el transportín en brazos, Aoba le dijo a Megumi:

—Mamá, ya sé quién es esta enfermera.

—¿Quién?

—Va a la clase de baile de mi amiga Kazusa. Creo que era de danza tradicional japonesa. Es que una vez me invitó a su clase de baile y la vi allí. Aunque ese día iba peinada como una *maiko*, una aprendiz de geisha, y llevaba un kimono ligero *yukata*.

—Ya... —dijo Megumi riendo con desdén, y a punto estuvo de decir «qué tonterías dices»—: Mmm... no estoy segura de que una *maiko* pueda ser también enfermera.

—¿Ah, no? Es que se parecía muchísimo, te lo aseguro. Bueno, quizá sea otra persona... —razonó Aoba ladeando la cabeza.

En ese momento, un hombre avanzaba hacia ellas por el pasillo. Llevaba una camisa extravagante de gusto dudoso y tenía un aspecto extraño. Megumi giró la cara y miró hacia otro lado para evitar el contacto visual con aquel hombre, pero fue él quien las observó con descaro cuando se cruzaron. Megumi temió que las molestara o incluso que las agrediera y azuzó a Aoba para que se diera prisa. Pero antes de que pudieran alejarse, frunciendo el ceño con gesto incrédulo, el tipo les preguntó:

—¿Vais a alquilar ese piso vacío?

Su ademán era chulesco, pero su tono de voz revelaba cierta preocupación. Megumi dudó qué hacer. Con «piso vacío», ¿se referiría a la clínica de la que acababan de salir?

—N... no, el piso no está vacío. Es una clínica psicológica.

—¿Qué? Ese piso lleva años sin inquilinos. Además, es un inmueble tóxico. Cuando los inquilinos se enteran de eso, se van corriendo.

Aoba le preguntó a su madre:

—¿Qué es un inmueble tóxico, mamá?

El hombre rio con sorna.

—No sabes lo que es, ¿eh? Mira, chiquilla, los inmuebles tóxicos son inmuebles en los que han sucedido cosas muy feas y muy malas. En ese piso pasó algo terrorífico y por las noches aparecen fantasmas.

—¿Fantasmas?

—Eso es. Por lo visto, se oyen voces y aparecen figuras humanas. Así que estáis avisadas: si lo vais a alquilar, no vengáis luego diciéndome que

no os lo advertí —dijo antes de entrar en el piso contiguo.

Megumi estiró el cuello para leer la placa que tenía la puerta y enarcó las cejas. ASOCIACIÓN JAPONESA DE LOS AMIGOS DE LA SALUD Y LA SEGURIDAD, decía. Con ese nombre solo podía ser la tapadera de algún negocio turbio.

—Mamá, ha dicho que aparecen fantasmas en ese piso... —comentó Aoba inquieta, y Megumi rio.

—Es una broma, hija. Qué señor más raro. Venga, vámonos de aquí. Tu hermano ya debe de estar en casa. Además, le tenemos que dar de cenar al gatito.

—¡Es verdad! —exclamó Aoba con el rostro iluminado. Miró el transportín, que llevaba en los brazos como un tesoro—. Como es el hijo de Yuki, ¿te parece bien que lo llamemos Koyuki?

Megumi bajó la cara sin decir nada. Iban a llegar días de mucho ajetreo. Sintió preocupación y un poco de miedo, pero se esforzarían juntas para superar las dificultades.

—Oye, cariño, cuéntame otra vez eso de las facciones y las castas.

—¿Qué? —protestó Aoba poniendo cara de fastidio—. Ya te lo he contado un montón de veces.

—Lo sé, pero te pido por favor que me lo cuentes otra vez. Te prometo que en esta ocasión voy a prestar atención.

—Bueno, vale —accedió lanzando un suspiro impertinente. Miró a su madre como estudiándola y añadió—: Pero tú me tienes que contar cosas de las reuniones de mamás.

—¿Cómo?

—Es que cada vez que quedáis vas con una cara más triste... En realidad no quieres ir, ¿no?

Megumi se quedó ojiplática. Su hija la conocía bien.

—Pe... pero ¿qué dices? Me encanta ir a esas reuniones.

Aoba miró dentro del transportín y le dijo a Koyuki:

—Qué le vamos a hacer. Tanto lo de las facciones como lo de las reuniones de mamás son compromisos con los que hay que cumplir. Ser una persona adulta no es fácil, Koyuki, ya te lo digo yo. —Y se fue caminando con paso rápido.

Megumi estaba asombrada. La figura de espaldas de su hija, llevando con cuidado el transportín en brazos, era indudablemente la silueta de una

niña; pero ya no era la niña pequeña que Megumi pensaba que seguía siendo. Aoba había crecido y estaba madurando, y de qué manera.

Tras detenerse, Aoba se dio la vuelta y la llamó a voces desde la distancia que las separaba en el estrecho callejón:

—¡Vamos, mamá, date prisa!

Megumi puso cara de circunstancias y fue caminando hacia su hija y el nuevo miembro de la familia.



Akira Shiina, el presidente y único empleado de la Asociación Japonesa de los Amigos de la Salud y la Seguridad, subía la escalera hacia la quinta planta. Sus pasos eran ligeros y su respiración, serena y regular. Como presidente de una empresa que defendía la salud por encima de cualquier otra consideración en la vida no perdonaba ni un día sin hacer deporte; y además así demostraba la efectividad del collar imantado rejuvenecedor que distribuía su empresa.

Aun frizando la cuarentena, Shiina tenía una piel tersa y un físico tonificado. Las ventas del collar imantado iban viento en popa: bien podría trasladar las oficinas de la empresa a un edificio menos cochambroso y mugriento, con vistas a ampliar el negocio. Sin duda era el momento de hacerlo. Y es que, a pesar del pomposo nombre, Chukyo Building era un edificio de oficinas escondido al fondo de un estrecho callejón al que apenas alcanzaba la luz del sol, y que ni siquiera tenía ascensor.

Encima, el piso contiguo era tóxico. Aunque, por fortuna, a los dos años de instalar aquí la oficina de la empresa ya no quedaba ni rastro, la primera vez que había subido a la quinta planta un olor desagradable había rozado su nariz. Ningún inquilino duraba mucho tiempo en ese piso. Con el tiempo, Shiina se había convencido de que el rumor acerca de los fantasmas no eran simples habladurías.

De vez en cuando entraba y salía gente. Se oían algunos ruidos y se percibía presencia humana. Había visto con sus propios ojos a gente delante de la puerta. Pero no parecían agentes inmobiliarios, ni visitas para abrir una oficina.

—Es un piso que da bastante repelús —musitó Shiina mientras seguía subiendo.

La mujer y la niña del día anterior le habían dicho no sé qué de una clínica. Cuando les había hablado, a sabiendas de que se estaba inmiscuyendo en asuntos que no eran de su incumbencia, había visto fugazmente lo que llevaba la niña en el transportín: un gatito blanco.

A Shiina le había recorrido un escalofrío por el cuerpo, porque sabía lo que había sucedido en ese piso. Se lo habían contado en la inmobiliaria. Se preguntó si no estaría volviendo a pasar algo parecido. En tal caso, tenía que irse, sí o sí. Shiina no era ningún amante de los animales, pero sintió ganas de vomitar recordando las repugnantes mañas de gente sin escrúpulos.

Llegó a la quinta planta y salió al pasillo. Su oficina estaba al fondo. Vio que había una mujer de pie delante de la puerta del piso tóxico, pocos metros antes de la suya. La presencia de la mujer lo intimidó un poco. Tenía la piel muy blanca y era delgada y espigada, como la hoja de un sauce. Shiina la miró de soslayo cuando pasó por detrás de ella y vio que tenía el pelo arreglado y recogido por delante y un moño suelto por detrás. No era el atuendo ni el peinado de quien se viste así por pura afición.

«¡Qué guapa es!»

Shiina la siguió observando de reojo al tiempo que abría la puerta de su oficina. La delicadeza femenina lo volvía loco. Ella permaneció de pie frente la puerta con la mirada baja y la expresión sombría.

Justo cuando Shiina entraba en la oficina y se iba a cerrar la puerta, escuchó la voz lastimera de la mujer.

—Vuelve, por favor, vuelve conmigo, Chi-chan —dijo sollozando débilmente.

Shiina sintió un nuevo escalofrío cuando su puerta se cerró.

—Uff...

Estaba claro: el piso de al lado era tóxico. Su oficina estaba demasiado cerca como para que no le afectara la maldición que había caído en aquel inmueble. Pensó en serio en mudarse.

## Capítulo 4



—No puedo seguir este ritmo —se quejó la asistente con lágrimas en los ojos.

Tomoka Takamine frunció el ceño. Este tipo de situaciones no la pillaba de nuevas. Además, no le gustaba hablar con la gente que se ponía demasiado emocional. Solía ser una pérdida de tiempo razonar con alguien en ese estado y, además, en esta ocasión no tenía intención de consolarla.

En la espaciosa planta baja del establecimiento estaban expuestos los bolsos de mujer que Tomoka había diseñado. La producción de esos bolsos tenía lugar en el atelier/oficina de la primera planta. Tomoka se jactaba de pagar bien a sus asistentes, una remuneración acorde con el volumen de trabajo y el prestigio que les confería trabajar para la firma, y consideraba que sus quejas eran puro capricho.

—Yo tampoco —saltó otra empleada de administración, secundando a la primera.

Las dos empleadas que habían protestado tenían veintipocos años; con cierta formación en diseño, en su día habían acudido a la tienda buscando trabajo. Sin embargo, al primer reproche algo arisco que Tomoka les hacía, se lamentaban como niñas pequeñas. Era una sonrojante falta de profesionalidad.

De todas formas, Tomoka no se podía permitir dos bajas simultáneas, porque eso les iba a complicar mucho el trabajo a partir del día siguiente. Además de los productos que fabricaban en serie, la empresa recibía pedidos de encargos exclusivos, y todas estaban trabajando a contrarreloj.

Tomoka suspiró. «Las doblegaré con argumentos para que reconsideren sus decisiones», pensó. Pero en ese momento intervino la asistente jefe a la que había encomendado la labor de ayudante de diseño.

—Yo tampoco puedo seguir así.

—¿Cómo? —Aquello ya pasaba de la raya. Tomoka empezó a inquietarse—. A ver, tranquilizaos un poco, ¿vale? ¿Qué os pasa de repente?

—No es «de repente». Es que su perfeccionismo me supera. Voy a dejar la empresa hoy mismo.

—¿Hoy? ¿Tanta prisa tienes?...

La asistente que había abierto la veda la secundó:

—Si lo deja la jefa de diseño, yo también.

La administrativa hizo lo mismo:

—Y yo.

Dicho y hecho. Las tres se fueron juntas de la oficina. A Tomoka no le dio tiempo ni para intentar detenerlas. Se había quedado sola y anonadada. Fuera, ya era de noche. El contraste entre la iluminación de la oficina y la oscuridad de la calle reflejó su figura en la pared acristalada.

—Uf, un golpe duro, ¿eh? —dijo Junko, su socia, entrando en el cuarto—. Tres bajas de una tacada son difíciles de asumir. ¿Qué hacemos? ¿Cedemos y les proponemos una oferta que no puedan rechazar para que vuelvan?

La propuesta de Junko molestó a Tomoka.

—¿Ceder? Ni hablar. Es que no las has visto trabajar. Son muy poco cuidadosas en todo lo que hacen.

—Pero es que eres muy muy perfeccionista, y lo sabes. Lo siento, Tomoka, pero las entiendo.

Tomoka y Junko se habían conocido durante la carrera, cuando las dos soñaban con ser diseñadoras. Aunque Junko había abandonado ese sueño en un momento dado, se le daban muy bien la contabilidad y los asuntos relativos a la gestión empresarial. Montaron juntas la empresa y abrieron la tienda en Kioto cuando ambas tenían veintinueve años. En breve, el proyecto iba a cumplir tres años.

En Kioto, bastaba con desviarse una calle de la Shijo-dori, la vía principal del barrio de Shimogyo-ku, para encontrarse con edificios y tiendas mucho más pequeños que los que había en la calle principal. La tienda de bolsos de Tomoka estaba en la calle Sakaimachi-dori, muy cerca de Shinkyogoku, una calle con muchos establecimientos para el público joven, y a poca distancia a pie de la sucursal de Kioto de los grandes almacenes Daimaru. La marca y la tienda de Tomoka estaban ganando fama como uno de esos establecimientos por los que se recomienda dejarse caer durante un paseo de compras por el barrio. Después de casi tres años funcionando, cada vez tenía más clientes asiduos y otros que venían de lejos expresamente a visitarlo. Por supuesto, los logros

empresariales no eran producto del azar, sino la consecuencia de un gran esfuerzo y una dedicación que seguían manteniendo desde el primer día.

«¡Qué perfeccionismo ni qué nada!»

—No busco la perfección, pero sí hacer bien las cosas. No creo ser ninguna obsesiva, en todo caso, nada fuera de lo normal. ¿Qué hay de malo en tener claras las preferencias por los materiales y por la manera de hacer las cosas? Lo único que les había pedido era que consiguieran los materiales en el menor tiempo posible reduciendo al máximo los costes. Entraron a trabajar aquí sabiendo que ese sería su trabajo. Nadie puede protestar ahora porque yo les reproche no sé qué... —replicó Tomoka a la defensiva. De pronto, sintió un dolor cerca del estómago.

Junko la vio doblarse ligeramente por el vientre y le dijo:

—¿Lo ves? Ese «hacer bien las cosas», o como lo quieras llamar, te está haciendo sufrir más de la cuenta. Estás demasiado tensa por cosas que puedes hacer sin tantos agobios. Esa tensión afecta a quienes estamos a tu alrededor. Deberías relajarte un poco.

—¿Relajarme? ¿Y cómo hago eso? Un sitio pequeño como este se irá a pique en cuanto me vaya unos días y deje de tener el control.

—No te tienes que ir a ningún lado, Tomoka. Solo creo que, si tú no sabes cómo hacerlo, deberías buscar ayuda para que alguien te enseñe a tomarte las cosas con más calma, porque como sigas con esa tensión podrías incluso llegar a enfermar. Mira, el otro día, la dueña de la tienda de Gion que nos hizo aquel pedido especial de tres colores del mismo bolso, ¿te acuerdas?, me contó que una clienta suya, que es dueña de un pub y que siempre le está preguntando por modelos nuevos de nuestros bolsos, le dijo que una clienta de la chica que le hace a ella las uñas le habló de una clínica muy curiosa. ¿Por qué no vas?

—¿La clienta de la clienta de la conocida de otra clienta? Anda que... ¿Y qué es, una especie de clínica psicológica?

—Sí, algo así. Además, creo que está cerca de aquí. A lo mejor te hace bien hablar con un profesional de la salud mental, ¿por qué no pruebas?

A Tomoka no le hacía gracia que Junko la tratara como si fuera una histérica o poco menos. Pero era verdad que en los últimos tiempos le solía doler la tripa, y tres empleadas acababan de abandonar la empresa. Junko era la encargada de buscar nuevas empleadas. Teniendo en cuenta que por su culpa había cargado a Junko con un trabajo repentino y urgente, no podía negarse a aceptar su sugerencia por simple orgullo.

—Está bien —dijo Tomoka con resignación—. ¿Dónde está esa clínica?



Tomoka levantó la cara para concluir su relato.

—Y aquí me tiene.

Había estado hablando con la cabeza gacha, pero no porque se sintiera cohibida o le diera vergüenza, sino porque la actitud del médico la estaba poniendo mala.

En la pequeña consulta, el médico, que se había sentado tan cerca de ella que lo habría podido tocar estirando un poco el brazo, no paraba de mecerse en su asiento hipando todo el rato.

—¡Hic! Ya, entiendo. ¡Hic! Así que, ¡hic!, es eso.

El médico tenía los ojos húmedos y sonreía bobaliconamente con la boca entreabierta. ¿De verdad era esta la clínica psicológica de la que tan bien hablaban? ¿No le habrían dado mal la dirección? El tipo estaba claramente borracho.

—Disculpe, doctor, ha estado bebiendo, ¿verdad? Yo diría que está usted borracho.

—No, no, por Dios, qué va, qué va —replicó el médico riendo de un modo estúpido—. Es que he tomado té, ¿sabe?, no alcohol, té de *matatabi*, ¿lo conoce? No he tomado mucho, pero me ha hecho un efecto brutal... Ah, por cierto, ¿cómo se llamaba usted?

—Soy Takamine. Pero ¿ha escuchado lo que le acabo de contar?

—Sí, claro que sí, no se preocupe. Pero ya que estamos, ¿le apetece un té de *matatabi*?

—No, gracias. Evito tomar cosas que no sé muy bien qué son.

—Venga, no sea así y pruébelo. Está muy rico, ya lo verá, le calentará el alma y le hará sentirse bien. —Se dio la vuelta y dijo en dirección a la cortina—: Señorita Chitose, por favor, tráigame un té.

La enfermera apareció al cabo de unos instantes y dejó una taza de té encima de la mesa. La taza, sin embargo, estaba vacía. A Tomoka se le crispó el gesto. No es que se decepcionara porque quisiera tomar té, simplemente no entendía lo que estaba pasando.

—Y... ¿el té?

—Ay, vaya, lo siento. ¡Me lo he tomado sin querer porque tenía muy buena pinta! Ji, ji, ji, ji —rio la enfermera con voz atiplada, antes de volver a desaparecer detrás de la cortina.

«¿Qué demonios pasa en esta clínica? ¿Me estarán tomando el pelo?» Tomoka estaba atónita y sin saber qué decir. El médico, que pareció recuperar un poco la serenidad, le dijo sonriendo:

—Lo siento mucho, señorita Takamine, ¿verdad? Sí, a ver, vamos a ver..., eh... ¿De qué estábamos hablando?

El médico no le había prestado la más mínima atención. La indignación de Tomoka crecía por momentos, pero ya que había venido, no quería irse sin que el médico trabajara aunque fuera lo mínimo. Se puso seria.

—Como le acabo de decir, me gustaría aprender a ser más tolerante con los errores y las faltas de los demás. Soy consciente de que irritarme siempre por lo que considero una falta de seriedad y compromiso de la gente no me lleva a ninguna parte; por ejemplo, molestarme cuando el médico que se supone que debe prestarme atención y escucharme no lo hace... Oh, pero no me estoy refiriendo a usted, ¿eh?, es solo un ejemplo. —Carraspeó—. Así que, ¿qué puedo hacer para que me resbale la desfachatez de la gente? Aunque, en teoría, creo que sé lo que tengo que hacer: preocuparme de hacer bien las cosas y pasar un poco de todo el mundo, pero es que en la práctica...

—Está diciendo unas cosas muy raras —repuso el médico ladeando la cabeza y como riéndose de ella.

Su despectiva reacción sentó fatal a Tomoka. El médico no solo no la escuchaba, sino que ni siquiera parecía tomarla en serio.

—¿Qué hay de raro en lo que estoy diciendo?

—Es que usted no está haciendo bien las cosas, para nada. Más bien la irresponsable es usted y no los demás. Ja, ja, ja.

Tomoka se quedó boquiabierta.

La habían criticado en muchas ocasiones a lo largo de su vida, pero era la primera vez que alguien cuestionaba su seriedad, y de una manera tan directa. Tomoka estaba tan desconcertada que se quedó un momento sin habla. Pero el médico parecía indiferente a su reacción.

—Vamos a ver... Creo que le vendría bien algo así como una terapia de choque, o sea, un gato potente. Se lo voy a recetar para un par de

semanas, ¿de acuerdo?, así que tómeselo sin falta durante las dos semanas siguientes. —Se dio la vuelta y habló hacia la cortina—: Señorita Chitose, tráigame el gato. —La enfermera no respondió—. ¿Señorita Chitose? —insistió el médico.

—Voy, voy —dijo la enfermera apareciendo otra vez en la consulta. Cuando la había visto en recepción, le había parecido una mujer de lo más adusta y antipática, pero ahora sonreía feliz haciendo balancear el transportín que traía en la mano—. ¿Gato otra vez?

—Señorita Chitose, ¿cuántas tazas de té *matatabi* se ha tomado?

—Ji, ja, ja, ja. ¿Cuántas? Y yo qué sé. Gatos hay a patadas, en todos lados, ¿lo sabía usted? Más vale que se vaya olvidando de todo cuanto antes. Ji, ji, ji, ji —rió con voz aguda, y se volvió a ir tras dejar el transportín en la mesa.

—Lamento la escena, señorita Takamine. Espero que me disculpe. Es que el paciente que se suponía que iba a venir no ha venido a la hora de la cita y lo hemos estado esperando, pero como seguía sin llegar hemos decidido tomar un té y... en fin, entonces ha aparecido usted. Es que la gente se queja de cada chorrada...

—¿Chorrada? —repuso Tomoka mirando al médico con los ojos como platos—. ¿Me está diciendo que lo que le he contado es una chorrada?

—No, no, yo no he dicho eso, por favor. Uf..., si es que no se puede tomar tanto té *matatabi*. Nos lo vamos a prohibir durante un tiempo, porque si no, esto es una locura. Deme un segundo, por favor, que le voy a preparar las cosas que se tiene que llevar para tener el gato en su casa.

Después de decir eso, el médico también salió de la consulta. Una vez que Tomoka se quedó sola en el cuarto, miró dentro del transportín sin entender todavía lo que estaba pasando. Se quedó pasmada. Dentro del transportín había un gato de verdad.

Los ojos celestes del gato parecían piedras preciosas. Su pelo era fino y blanco, y solo alrededor de los ojos y las orejas tenía manchas marrones. Era un gato elegante y hermoso. El animal miraba fijamente a Tomoka.

A Tomoka le conmovió su belleza.

—Oh... —Se le escapó un suspiro de admiración. El gato adelantó una pata y la colocó en la rejilla de la puerta del transportín.

Pudo verle entonces las almohadillas en la planta de la pata.

En la planta de la pata blanca y redonda tenía cuatro almohadillas rosadas del tamaño de unos granos de judías *azuki* y, en el centro, otra

protuberancia pequeña como un monte Fuji en miniatura. Todo su cuerpo era suave y mullido, y solo las plantas de sus patas rebosaban carne.

El gato movió un poco la pata que había adelantado sin apartar de Tomoka su mirada azul. «Sácame de aquí», parecía decir. Tomoka tendió el brazo hacia el transportín y, cuando estaba a punto de abrirle la puerta, el médico reapareció en la consulta.

—¿Qué está haciendo?

—No, nada... No se me ocurriría tocar el gato sin su permiso. Soy una persona seria —comentó atusándose el cabello, y luego juntó las manos encima de las rodillas—. Pero ¿qué quiere que haga con este animal? No pretenderá que el gato me consuele o algo parecido.

—¿Consolarla? Qué tontería. El gato no le va a hacer nada. Solo estará con usted haciendo lo que le dé la gana. ¿Acaso no se dice que los gatos son el origen de mil males? ¿Mmm? Bueno, ahora me hace dudar... O era que un buen gato consuela mejor que una buena copa... —dijo el médico ladeando la cabeza dubitativo. Las dos frases tenían significados opuestos—. Bueno, bueno, lo que sea. A ver si es que sigo estando medio atontado por culpa del té de *matatabi*. En cualquier caso, sepa que los gatos son el remedio para muchas dolencias. Tome, aquí tiene los bártulos que necesita para tener al gato en casa y unas instrucciones para su cuidado. Léaselas con tranquilidad cuando llegue a casa. El efecto de este gato es potente al principio, pero no se asuste y no deje de tomarlo de repente. Se irá acostumbrando poco a poco. ¿Me está escuchando, señorita Takamine?

Tomoka se sobresaltó y despertó de su ensimismamiento. Se había quedado como hipnotizada por la mirada azul del gato.

—Cla... claro que le estoy escuchando, por supuesto. Siempre presto atención a quien me habla. Entonces, a este gato me lo quedo durante dos semanas, ¿verdad?

—Sí, eso es. Cuídese mucho —le dijo el médico sonriendo con cariño.

Salió de la consulta cargando con la bolsa de papel que le había dado el médico y el transportín con el gato dentro. En la recepción vio a la enfermera durmiendo con la boca abierta. «¿Será posible? Qué falta de seriedad, ¿no le da vergüenza? Esta mujer es lo contrario a mí, que como diseñadora que soy, nunca descuido mi apariencia ni mi conducta en público».

Tomoka miró dentro de la bolsa y encontró un recipiente barato de plástico y un saco de pienso seco de una marca que desconocía.

Sacó las instrucciones y las leyó.

Nombre: Tanque. Sexo: macho. Edad: dos años. Raza: americano de pelo corto. Alimentación: mañana y noche a discreción. Agua: a demanda. Limpieza del arenero: cuando sea necesaria. Es un gato muy activo. Conviene asegurar un espacio lo bastante amplio para que se pueda mover libremente. Retire objetos peligrosos de los lugares a los que pueda acceder el animal. Como mínimo, deberá jugar con el gato media hora al día. En caso de que le sea imposible disponer de media hora, deberá ofrecerle juguetes para que se entretenga solo. Nada más.

Tomoka arrugó el entrecejo. El gato que había dentro del transportín tenía mucho pelo y más bien largo. No era ninguna experta en gatos, pero era evidente que no se trataba de un americano de pelo corto. Estaba segura de que era de otra raza.

—¿Cómo pueden ser tan irresponsables? —musitó enfadada, y mientras miraba con desprecio a la enfermera pensó: «¿Acaso me puedo fiar de la calidad del pienso o de las instrucciones? El médico y la enfermera no me dan ninguna confianza. Tendré que investigar yo misma y enterarme de cómo cuidarlo de la mejor manera».

El gato arañaba la puerta del transportín. Tomoka volvió a ver fugazmente sus almohadillas.

—Aaah —suspiró. Y se fue a casa a toda prisa.



Pasaron diez días.

En la primera planta de la tienda, Tomoka, Junko y Mitsuki, la asistente jefe que con gran esfuerzo Junko había logrado que reconsiderase su decisión de abandonar la empresa, estaban reunidas para perfilar los detalles del último lanzamiento. Intercambiaban opiniones sobre un montón de imágenes de bolsos de distintos diseños y precios colocados encima de la mesa.

Tomoka murmuró sujetando en la mano una ilustración del bolso de cuero para llevar colgado del hombro que ella misma había diseñado:

—¿Qué os parecería un estampado de un gato?

Junko y Mitsuki se miraron un poco sorprendidas por la inesperada sugerencia de Tomoka. Después, Junko ladeó la cabeza.

—¿Un gato?

—Sí, un gato.

—No me parece mala idea, pero se desvía un poco del concepto que estamos manejando para este bolso, ¿no crees? Se supone que es un bolso para el uso diario de mujeres que trabajan —apuntó Junko extrañada.

«Junko tiene razón», pensó Tomoka, y comparó las ilustraciones dispuestas ordenadamente en la mesa de trabajo. Sería un bolso de cuero ligero y suave, lo bastante grande para que cupieran documentos de tamaño A4 y con algún detalle decorativo muy femenino de flecos o borlas de gamuza. Aparte de un color básico, fabricarían también algunas unidades de edición limitada de color rosa ahumado para uso cotidiano, pero también ocasiones más especiales.

Introducir un dibujo de un gato en ese diseño le daría un aire informal y menos sofisticado y lo desviaría del concepto que buscaban. Tomoka lo sabía sin que Junko se lo tuviera que decir.

—Claro. Tiene que ser un bolso que tenga su lado serio, que se pueda llevar sin quedar mal incluso a una reunión de negocios inesperada, por ejemplo, y que sea más bien grande. Las mujeres suelen llevar más cosas encima incluso en contextos de negocios. Y además de todo eso, ha de satisfacer la coquetería femenina.

—Eso es. Estamos de acuerdo, ¿no? Entonces, vamos a elegir una imagen de entre todas estas y...

—¿Qué os parecería ahí un estampado de un gato? —volvió a decir Tomoka sin que nada en ella indicara que estaba bromeando. Junko la miró ladeando la cabeza.

—Pero ¿qué dices, Tomoka? ¿Un gato otra vez? Quieres meter un gato a toda costa. ¿Por qué?

Mitsuki añadió en un tono un poco más reservado:

—¿No crees que añadir imágenes o estampados dificultaría su uso en el trabajo? Si la imagen es la de un gato mono, aún con más razón.

Un gato mono estaba descartado. Nada que objetar. Tenían toda la razón. Tomoka se mordió la lengua con gesto amargo.

—Es verdad, se aleja totalmente de la idea que teníamos en un principio. Aunque si fuera solo de un color...

Las dos replicaron al instante:

—Qué va, ni hablar.

—No creo que funcione.

Tomoka apretó los labios con gesto compungido.

—Vale, vale, solo era una idea, ¿de acuerdo? Desde luego, cómo os ponéis... Está bien, nos mantenemos fieles al concepto inicial, el del bolso de uso diario sin muchas florituras.

Las objeciones a su idea de la imagen del gato para el bolso en el que estaban trabajando ya se las había puesto ella misma antes de que Junko y Mitsuki le dijeran nada. Sabía que en este nuevo producto no podía introducir la imagen de ningún gato. Sin embargo, a poco que dejara volar su imaginación, se ponía a pensar en gatos y dibujaba sin querer en la tableta orejas de gatos o almohadillas de las patas de los gatos.

Si miraba alrededor, no veía más que felinos por todos lados: en los anuncios de la televisión, en internet, en las tiendas... Hasta ese momento no se había dado cuenta de la omnipresencia de los gatos en su entorno. Tanto pensaba en ellos que hacía poco había confundido la bolsa de plástico que el viento había colgado en la rama de una de las plantas de la oficina con un gato blanco.

Junko había notado cambiada a Tomoka en los últimos días. El día anterior la había pillado sonriendo sola mientras se acercaba a recoger la bolsa de plástico colgada de la rama.

Cuando Mitsuki bajó a atender a un cliente que había entrado en la tienda, Junko le preguntó a Tomoka:

—Oye, Tomoka, ¿fuiste a la clínica que te recomendé el otro día?

—Claro que sí. Era una clínica de lo más rara... El médico y la enfermera estaban borrachos, no te digo más. Y en vez de recetarme un medicamento que me ayudase a relajarme, me recetaron un gato.

—¿Borrachos? ¿Y te recetaron un gato?

—Ahora que lo pienso, quizá era esto lo que pretendía ese médico: confundirme, alterar mis pensamientos, mi vida normal tal como había venido siendo hasta ahora... Pero vamos, no te preocupes. No creo que me haya hecho ningún efecto.

Sin embargo, a diferencia de lo que solía hacer habitualmente, durante los últimos diez días Tomoka se había ido directa a su casa después de cerrar la tienda, sin quedar con nadie ni pararse a tomar nada. Ese día tampoco fue una excepción. Terminó la jornada y se fue a casa a toda prisa.

A llegar, abrió la puerta, se descalzó, dejó tirados sus zapatos de tacón en la entrada y entró corriendo.

—¡Tanquecillo! ¡Ya estoy aquí!

Miau, hizo el gato con su vocecita. El hermoso felino de largo pelo blanco fue hacia ella caminando con garbo. Su cola de color marrón oscuro parecía una bufanda de piel de marta. Tomoka no pudo evitar sonreír en cuanto lo vio. Se había pasado un día más pensando en Tanque todo el rato. Tanque tumbado. Tanque comiendo. Tanque estirándose para arañar un juguete con sus patas delanteras.

—Tanquecito bonito, ven con mamá —le dijo extendiendo los brazos.

Pero una voz severa abortó su intento de coger al animal:

—Tomoka, lávate las manos antes de tocar al gato —la conminó Daigo asomándose desde la cocina con el delantal puesto. En la casa flotaba un delicioso olor a comida rica.

Tomoka volvió en sí.

—Anda, Daigo, ¿has llegado temprano hoy también?

—Más o menos. Venga, lávate las manos antes de tocarlo.

—Mmm —gruñó molesta, y se marchó al baño a lavarse las manos. Por lo general, era lo primero que hacía al llegar a casa sin que nadie se lo tuviera que recordar. Pero ese día se olvidó de hacerlo, despistada por la belleza de Tanque. Un desliz lo tenía cualquiera.

Volvió al salón y se tumbó bocarriba sobre la alfombra con la ropa de calle.

—Tanque, ven aquí. Ven con mamá.

El gato se le acercó caminando suave y rítmicamente como si marchara al son de una música. A Tomoka le pareció que el gato era aún más bonito cuando lo contemplaba desde el suelo. Tomoka se quedó inmóvil para ver su reacción. Este se puso a olerla despacio de los pies a la cabeza mientras iba, al mismo tiempo, frotando su cuerpo al de ella y llenándola de pelos.

—Tanque, enséñame las patitas.

Tomoka le cogió una de sus blancas patas. Su dorso era como un puño suave y regordete, y su planta, una almohadilla carnosa de color rosado. Le acarició las almohadillas con un dedo.

Era una sensación indescriptible, parecida quizá a tocar una silicona suave, elástica y resistente, como la suela de una zapatilla con capacidad de respuesta. No, quizá se parecía más a una gominola. Sea como fuere, tocárselas provocaba en Tomoka un curioso placer.

Tomoka cerró los ojos, como si cayera en trance.

—Tomoka, a cenar.

—Ah, voy... —respondió, pero no podía parar de tocarle las almohadillas. Era una sensación reconfortante y adictiva. De repente, Tanque retiró la pata sin cambiar de expresión. Se levantó y se alejó de ella dándole la espalda.

—¡Espera, Tanque! ¡Déjame olerte las patitas!

—Para ya de decir bobadas y ven a cenar, venga, que tengo hambre.

Daigo estaba indignado. Tanque se hizo un ovillo en su cama hecha con una caja de cartón y una camiseta. Tomoka se sentó resignada a la mesa. Daigo ya había empezado a cenar.

—¿No estás un poco obsesionada con el gato? Creo que te estás implicando demasiado emocionalmente con él. Sabes que en unos días lo vas a tener que devolver en la clínica.

—Ya lo sé, hombre, ya lo sé. Lo tengo todo pensado.

Le molestó que Daigo le recordara lo que no quería recordar. «Tú sí que no piensas en nada», tuvo ganas de decirle.

Llevaba cinco años de noviazgo con Daigo. Lo había conocido en una tasquita tradicional en la que él trabajaba de cocinero cuando ella era aún una diseñadora novata empleada en una empresa. Los dos soñaban con ser los dueños de sus propios negocios. Tomoka cumplió su sueño pocos años más tarde, pero él seguía trabajando a salto de mata en distintos establecimientos, y ahora era chef en una cadena de *izakaya*, las típicas tabernas japonesas. Siempre salía a trabajar por la tarde y regresaba a altas horas de la madrugada, y dado que Tomoka trabajaba de día, coincidían poco en casa.

Vivían juntos, precisamente, para maximizar el poco tiempo que podían compartir. Daigo era un tipo detallista y habilidoso para las tareas del hogar, incluyendo, por supuesto, la cocina. Tomoka y Daigo solían decirles a los amigos y familiares que la vida era, para simplificar, mucho más fácil compartiendo techo, que estaban muy bien así y que no tenían ninguna necesidad de casarse, aunque de puertas para adentro no podían negar que la idea del matrimonio les rondaba la cabeza.

—Oye, Daigo.

—Dime.

—¿Qué me dices de lo que estuvimos hablando el otro día? Me refiero a lo de que conozcas a mis padres. Hace tiempo que ellos quieren conocerte y me han vuelto a insistir con eso hace poco. Conocerlos y que te conozcan, sin más, sin que eso signifique nada más, ¿te parece bien?

—Vale —dijo Daigo con sencillez. Tomoka lo miró sorprendida.

—¿De verdad?! ¿Cuándo? ¿Cuándo podrías?

—Cuando quieras. He dejado el trabajo, así que tengo todo el tiempo del mundo.

—¿Lo dices en serio? Ya..., claro, por eso tienes mucho tiempo...

«O sea, que ha vuelto a dejar el trabajo».

Tomoka tomó un poco de sopa de miso hecha con un caldo muy sabroso. El nabo de guarnición estaba muy tierno y había absorbido bien el gusto de la sopa. Como cocinero, todo lo que preparaba Daigo estaba siempre delicioso. Pero ya en la mitad de su treintena, Daigo seguía sin tener un proyecto vital ni profesional claro, sin que eso pareciera quitarle el sueño. Las veces que había cambiado de empleo desde que lo conocía no se podían contar con los dedos de la mano. Y, como quien dice, hacía cuatro días que había comenzado a trabajar en aquella *izakaya*...

La precaria situación laboral de Daigo era algo que cada vez pesaba más en el ánimo de Tomoka. Cuando habían empezado a salir tenían veintitantos y ella estaba entonces obsesionada con hacer realidad su sueño, así que nunca le había dado demasiada importancia a su indolencia. Hasta ahora.

Tomoka ya tenía treinta y dos años.

Quería que él se tomara en serio su futuro. Como no encontrara un empleo fijo dentro de poco, no se iban a poder casar.

—Lo siento —dijo Daigo mirándola por encima del borde del cuenco que se había llevado a la boca—. Te prometo que me pongo a buscar trabajo enseguida. Podría quedar con tus padres para conocerlos mañana mismo, si no te importa que esté en el paro, claro.

—Bueno..., supongo que andarás muy ocupado mientras buscas alguna cosa. Da igual, no te preocupes. Esperaremos hasta que vuelvas a encontrar trabajo.

—Perdona.

—Nada, hombre, no te preocupes, de verdad.

Tomoka forzó una sonrisa. Al verlo tan abatido, se le quitaban hasta las ganas de enfadarse con él. «Bueno, que sea lo que tenga que ser. Voy a centrarme en mí y ya está; a ser fuerte y a intentar hacer las cosas bien. Nada más», pensó tratando de animarse.

—Entonces, durante una temporada estarás mucho por casa, ¿no? Jo, qué envidia me das. Vas a poder jugar con Tanque todo el día.

—Tampoco te creas, este se pasa el día durmiendo. No sabía que los ragdoll eran tan tranquilos. Parece un peluche de verdad.

Daigo se volvió para mirar al gato, que seguía hecho un ovillo en su cama de cartón mientras los miraba. Con Tanque encima, hasta una caja de cartón parecía un sofá de alta gama.

Las instrucciones que venían en la bolsa eran terribles. Decir que eran una tomadura de pelo era quedarse muy corto. Saltaba a la vista que Tanque no era un americano de pelo corto, sino un ragdoll. Su pelaje era semilargo, abundante y sedoso, y sus ojos, azules. Existían otras razas similares, pero a juzgar por la leve mezcla de pelo marrón oscuro entre el mayoritariamente blanco que presentaba Tanque, y que habían visto en distintas fotos de ejemplares de esta raza, este debía de ser un ragdoll puro. Es más: Tanque era el más bonito de todos los que habían visto en fotografías y vídeos.

Además, de carácter dócil, no correteaba ni tenía predilección por los lugares altos. A lo sumo, arañaba con delicadeza los juguetes con sus patas delanteras.

—Mira que es tranquilo. Y eso que en las instrucciones ponía que era muy movido y juguetón.

—Ya te digo. No me importaría tener un gato en casa si fuera tan elegante, listo y bonito como Tanque. A este me lo quedaría sin dudar un segundo.

Tomoka miró embelesada a Tanque.

El gato tenía los bordes de las orejas de color marrón oscuro y, a partir de ahí hacia abajo, el color se iba diluyendo al blanco en una hermosa gradación de marrones. Su nariz rosada estaba perfilada de blanco, y unos pelos de un tenue marrón rodeaban sus ojos azules. Los bigotes flanqueaban el contorno blanquísimo de su boca, y en la barbilla parecía llevar adherido un malvavisco del mismo color.

Exactamente. Era como un gato hecho de cocoa caliente y malvaviscos. Tan dulce que una se derretía solo con mirarlo.

—Aaah...

—Tomoka, ¿ya estás otra vez con esos gemidos raros?

Daigo reía. Él no era ninguna rémora para ella aunque estuviera sin trabajo. Tomoka se bastaba para mantener de sobra la vida de los dos. No había ningún problema. Y aunque tuvieran un gato, él se ocupaba de que

la casa estuviera limpia y seguía siendo el chico elegante que siempre había sido. Todo estaba en orden.

Entonces, ¿cómo se atrevía ese médico? ¿Cómo podía decirle que ella era una irresponsable? «Soy una persona seria, responsable y respetable. Lo soy ahora y lo seré siempre», se dijo.



Al día siguiente, llegó a la tienda de Tomoka una clienta con cita. Pero se presentó treinta minutos antes de la hora convenida y puso en aprietos a Tomoka y Junko, que aún no estaban preparadas para recibirla.

La clienta en cuestión era una mujer de cincuenta y pico años, dueña de una tienda bastante exclusiva de ropa y complementos ubicada en el área de Gion. Le gustaban los bolsos de Tomoka y ya le había hecho varios pedidos bastante grandes. No era una clienta a la que pudieran hacer esperar media hora, por lo que la invitaron a subir a la primera planta. La mesa de trabajo estaba repleta de bocetos y muestras de tejidos que Junko estaba recogiendo y ordenando a toda prisa.

—No te molestes, niña. Veo que estáis muy ocupadas. Eso es que os va bien, me alegro mucho.

Hablaba con un dejo de Kioto alegre y desenfadado, pero no convenía aceptar ingenuamente sus halagos porque ese tipo de personas solía hablar con retranca. Los kiotenses de toda la vida soltaban puyas con una sonrisa de lo más encantadora. El comentario relativo a que no estaban preparadas para recibirla era, en este caso, un solapado reproche a la falta de previsión.

—Lo sentimos mucho, señora Kozue. Es que estábamos haciendo bocetos de un diseño que podría ser de su agrado y se nos ha pasado la hora.

—¿De verdad? —dijo Kozue, cogiendo uno de los dibujos que aún quedaban encima de la mesa—. ¿Y esto? Qué mono. No sabía que hicieras este tipo de ilustraciones, Takamine.

El dibujo era un retrato de Tanque que Tomoka había hecho sin prestar mucha atención. Era una imagen más sobria que dulce, que captaba con precisión y sencillez la fisonomía del animal. Desde que tenía a Tanque en

casa, Tomoka solía dibujarlo casi sin darse cuenta, y los bocetos que hacía dejando volar su imaginación, para idear nuevos diseños, se habían convertido en un ejercicio monotemático de ilustraciones felinas.

—Ah, sí, eso es...

—Me encanta, te lo digo en serio. Me parece monísimo. —Su apreciación parecía sincera—. Quería pedirlos el bolso que me llevé la vez anterior en varios tamaños, pero ¿no podrías crear algo usando este gatito? A ver si das con un diseño que no resulte demasiado infantil ni parezca una baratija.

—En ese caso, un bolso de cuero con el dibujo del gato en forma de estampado en caliente o un bolso tipo *pouch* extraíble, con herrajes de color gris oscuro que le den un toque *vintage*, por ejemplo.

—Oye, eso suena muy bien. Hay muchas clientas que vienen a mi tienda de Gion a las que les gustan los gatos. Creo que les va a entusiasmar. Sí, muy buena idea. Además, tengo una amiga que es una auténtica amante de los gatos y a la que le encantan tus bolsos. ¿Qué te parece si le digo que se pase un día por aquí?

—Me parece fantástico.

Junko apareció en el momento oportuno con algunas muestras de bolsos. Kozue las examinó de muy buen humor, hizo su pedido y se marchó.

—Uf, qué apuro —dijo Junko riendo.

—Ya te digo. Pero creo que hemos salido del paso con nota, gracias a Tanque, por cierto. De todas formas, es ella la que debería haber venido a su hora... Por muy buena clienta que sea, no puede presentarse cuando le dé la gana diciéndonos con retintín que no hace falta que recojamos las cosas... Un poquito de consideración, ¿no?

—Disculpe... —dijo tímidamente Mitsuki—. La señora Kozue me llamó para adelantar la hora de la visita y le dije que podía venir sin problema.

—¿En serio? ¿Se te olvidó avisarnos?

—Lo siento muchísimo. Desde que se fue la chica de administración, estoy desbordada con mil asuntos que atender. Cogí su llamada mientras hacía otra cosa al mismo tiempo y se me pasó avisarla.

«¿Se me pasó? A ver si espabilamos un poco», iba a responder Tomoka, pero Junko intervino y la frenó.

—Pero gracias a este imprevisto vas a poder plasmar tu idea en un producto. No hay mal que por bien no venga, ¿no crees? ¿Por qué no desarrollas este patrón y creas más variantes? Podríamos incluso convertirlo en nuestro logotipo.

—Qué buena idea. Además, ahora los gatos están de moda.

Mitsuki ya estaba tan tranquila, ni atisbo de contricción por su despiste. Era una chica bastante informal en muchos aspectos: si otras compañeras se quejaban de algo, ella también; y aunque había reconsiderado su decisión de abandonar la empresa con cierta facilidad, seguía siendo una persona de excusa fácil. Tomoka entendía que debía de ser sencillo vivir siendo tan poco exigente y tan irresponsable, pero ella era absolutamente incapaz de actuar como Mitsuki.

—Más variantes, ¿eh? —musitó Tomoka asintiendo y observando otro de sus bocetos.

Era el bosquejo de un primer plano de la cara del gato. Si pretendían utilizarlo en serio para un producto, tendría que pulirlo porque aquello era apenas un garabato. Para convertirlo un estampado, además, lo tendría que digitalizar.

Tanque seguía comportándose en casa con la misma tranquilidad que el primer día. Sus movimientos eran pausados y se subía a la rodilla de Tomoka o de Daigo por propia iniciativa buscando caricias y mimos. No rechazaba que lo cogieran en brazos y lo podían estar acariciando indefinidamente, como si fuera un cojín peludo. A Tomoka se le dibujaba una sonrisa en la cara con solo recordar el tacto del gato.

Cuando Mitsuki bajó a la tienda, Junko le dijo riendo a Tomoka:

—Veo que te está haciendo mucho efecto.

—¿Cómo? ¿El qué?

—El gato. No se te borra la sonrisa de la cara, chica. ¿No me contaste que te dieron un gato en la clínica de Rokkaku Takoyakushi? Debes de estar encantada con él.

Junko había dado en el clavo y Tomoka enrojeció como si le hubiera descubierto un secreto íntimo. Aunque ella no era consciente de estar sonriendo siempre, al parecer, la fascinación que sentía por el gato se manifestaba involuntariamente en sus gestos.

—Sí, más o menos. Tener un gato en casa tiene su encanto.

¿Cómo que más o menos? Estaba enamoradísima del gato; Junko se quedaría con la boca abierta si la viera en casa babeando delante de él.

—¿No tienes fotos del gato?

—Sí, sí que tengo.

Faltaría más. Por supuesto que tenía fotos de Tanque. Tomoka le mostró la pantalla de su móvil. Al principio, a Junko le hizo gracia la intensa atracción que el gato parecía ejercer en Tomoka, pero la sonrisa se le fue borrando a medida que veía la desorbitada cantidad de fotos que Tomoka guardaba en su móvil.

—Qué barbaridad. Tienes muchísimas fotos. Pero a mí me resultan todas muy parecidas.

—¿Qué dices? Son todas muy diferentes, y eso es lo que me estimula la vena creativa. Mira, fíjate en esta. ¿No te hechizan sus ojos azules?

—Sí, sí, claro. Pero me has sorprendido, Tomoka. Pensaba que, con lo limpia y ordenada que eres, no te gustaría mucho tener animales en casa.

—Es que Tanque es un gato supertranquilo. Además... —dijo, y se mordió la lengua cuando estuvo a punto de mencionar a Daigo.

Básicamente, Tomoka era la que jugaba con Tanque, y Daigo se encargaba de sus cuidados. Él estaba ahora sin trabajo.

Junko sabía que ella llevaba mucho tiempo saliendo con Daigo y que este no duraba demasiado en ningún empleo; también, que su relación llevaba una temporada en punto muerto y que ella estaba incómoda con la situación. Pero esta vez Tomoka no le contó que Daigo estaba de nuevo en paro porque no quería que Junko se compadeciera de ella.

Hizo como que había confundido lo que quería decir y cambió de tema. No importaba que los ingresos de Daigo fueran irregulares o incluso inexistentes: mientras ella hiciera bien las cosas y lograra diseñar productos que se vendieran bien, no había de qué preocuparse.

Volvió a mirar su boceto y dijo:

—Esto, esto. Esto es lo que tengo en la cabeza.

Los ragdoll eran gatos elegantes. Su figura tenía el potencial para convertirse en una imagen atractiva para el público adulto femenino. Tomoka suspiraba embelesada cada vez que Tanque la miraba con sus ojos azul ceniza.

Y esas patas. Las almohadillas en las plantas de esas patitas redonditas. A Tomoka le había sorprendido el tacto de las almohadillas cuando las tocó por primera vez. Eran esponjosas y, al mismo tiempo, respondían con fuerza, como un resorte, cuando se las apretaba. Se parecía al tacto de una espuma de poliuretano muy elástica.

«¿No podría aprovechar esa sensación táctil para algún producto?», se preguntó, pero no se le ocurrió nada en ese momento. Tendría que devolver a Tanque en un par de días, pero sentía que aún seguía necesítándolo. Necesitaba tenerlo con ella un poco más.

—Voy a pedir una prórroga del préstamo del modelo para poder crear distintas variantes del mismo patrón. Me voy, ¿vale? Hoy os encargáis vosotras del resto, por favor —les dijo Tomoka a Junko y Mitsuki antes de salir de la tienda.



Abrió la puerta de la clínica y vio a la enfermera sentada tras el mostrador. Esta levantó la mirada al verla entrar.

—Señorita Takamine, todavía le quedan dos días de gato.

Su tono indiferente y su expresión impasible molestaron a Tomoka. Ahora que la volvía a ver, tuvo la impresión de que la enfermera era más joven que ella. Esta vez se la veía muy serena, quizá se avergonzara de su impresentable comportamiento del otro día; o tal vez no se acordaba de nada. Definitivamente, la enfermera le caía mal, y quiso tocarle un poco las narices.

—¿Hoy no ha tomado té de *matatabi*? Emborracharse con té de *matatabi* es más propio de gatos que de personas, ¿no le parece?

La enfermera no movió un músculo de la cara. Solo levantó un poco los ojos para mirar a Tomoka.

—¿Se supone que ha dicho algo gracioso? Luego me reiré tranquilamente, descuide. Usted, pase a la consulta.

«¿De qué va esta enfermera?» Tomoka entró en la consulta con el ceño fruncido. El médico también parecía sobrio. Pero, a diferencia de la enfermera, este sonreía con simpatía.

—¿Señorita Takamine? ¿Por qué tiene esa cara de enfado? No parece que el gato le esté funcionando... Qué raro, a estas alturas ya debería haberle hecho efecto. —El médico estiró el cuello para escrutar el rostro de Tomoka, que, cohibida por su gesto impertinente, se echó hacia atrás. Pero el médico siguió acercando su cara y añadió—: Bueno, siendo más

exactos, el efecto que le ha hecho es distinto del que esperaba. Qué extraño. A lo mejor me equivoqué de gato.

El médico decía cosas que a Tomoka le sonaban a chino mientras seguía ladeando la cabeza. Tomoka no tenía ninguna intención de dejarse marear por su falta de seriedad.

—Doctor, he venido para preguntarle si no podría quedarme más tiempo el gato que me recetó, a Tanque, el ragdoll. Es que me han pedido un diseño de unos bolsos y complementos con la imagen del gato y me gustaría poder tenerlo cerca un poco más para observarlo con más detalle. Soy bastante exigente con estas cosas y no paro hasta que tengo algo que me convenza al cien por cien.

—¿Ragdoll? —preguntó el médico parpadeando varias veces, y enseguida se puso a teclear algo en el ordenador—. ¡Ay, qué fallo! Me confundí de gato. Lo siento muchísimo, señorita Takamine. Le he recetado por error un animal que no era para usted. La ragdoll que se ha llevado es una gata que se llama Tangerine. ¿A que es muy tranquila? Es que es una gata que trabaja en una cafetería con gatos, una gata profesional, vamos. Ahora entiendo por qué el efecto ha sido tan suave —dijo.

Mientras el doctor seguía farfullando, Tomoka levantó la cara y echó una ojeada al techo. Esta clínica era un despropósito de principio a fin. Dudó si no estaría siendo víctima de una broma pesada.

—Disculpe mi ignorancia, pero es que es la primera vez que visito una clínica psicológica. ¿Son todas así?

—Esa es una confusión habitual. Esta no es ninguna clínica psicológica ni una clínica de salud mental ni nada de eso. ¡Uf! Es que casi dos semanas tomando una gata que no era la que tenía que tomarse es mucho tiempo... ¡Menudo despiste!

El médico hablaba mirando la pantalla del ordenador con los brazos cruzados y gesto de preocupación. Tomoka empezó a ponerse nerviosa.

—¿Cómo que no es una clínica psicológica? Ustedes se anuncian como una clínica del corazón.

—Es que nos llevaron muchas veces a la clínica del doctor Kokoro, y como ni yo ni la señorita Chitose conocíamos otro centro médico, nos hemos quedado con el nombre, pero vamos, ya le digo que nada que ver. Por cierto, la del doctor Kokoro era una excelente clínica, se lo aseguro. Nos salvaron la vida. A ver, quizá lo que puedo hacer es recetarle otro gato más, y se lo queda otras dos semanas con Tangerine. ¿Qué le parece?

Dudó qué contestar a la pregunta de un misterioso médico que, según decía, no era un especialista en psicología. Entonces, ¿qué clase de clínica era esa?

—¿Me está diciendo que me quede dos semanas con dos gatos?

—Se los puede tomar juntos, no hay problema con eso.

—No es eso lo que me preocupa. Es que no sé si podré atender a dos gatos.

—¿No cree que pueda? ¿Dos gatos son demasiados para usted?

—A ver, es que yo...

—Ya, claro, claro, lo entiendo a la perfección, es lógico. Es que con dos gatos tiene cada vez menos tranquilidad para intentar hacer bien las cosas. Es imposible para usted, lo comprendo. Tal vez es mejor que esté sin gatos.

La media sonrisa con la que el médico dijo aquello la crispó. ¡Claro que podría tener otro animal más sin problemas! La ragdoll Tangerine era una gata que apenas requería atención. Además, otro gato podría estimular su creatividad.

—No se preocupe. Soy muy capaz de cuidar a dos gatos durante dos semanas. Me quedo dos semanas más con Tangerine y me llevo a ese otro gato —afirmó Tomoka con convicción, y el médico asintió sonriente.

—Muy bien, entonces. En ese caso, ahora sí que le voy a recetar a Tanque, así que tómesele junto con la otra gata, ¿de acuerdo? Ah, y aunque ya es un poco tarde, mire, aquí tiene las instrucciones para cuidar a la gata que se ha estado tomando.

«¡A buenas horas!» Tomoka recogió indignada las instrucciones y las leyó en silencio.

Nombre: Tangerine. Sexo: hembra. Edad: cuatro años. Raza: ragdoll. Alimentación: mañana y noche a discreción. Agua: a demanda. Limpieza del arenero: cuando sea necesaria. Básicamente, la gata puede permanecer a su aire todo el tiempo. Es una gata hermosa, cariñosa, y que busca con insistencia el contacto físico con las personas. Esto podría causar mucha dependencia de la gata con el/la paciente, por lo que recomendamos tomar cierta distancia y no ceder constantemente a las demandas de contacto de la gata. En caso de que sienta que se está obsesionando con ella, comience a sufrir alucinaciones o tenga ideaciones obsesivas relativas a la gata, vuelva a la consulta lo antes posible. Nada más.

A Tomoka se le tensaron los músculos de la cara. Era una descripción exacta de la gata que tenían en casa y de lo que le estaba sucediendo a ella

con el animal. La obsesión, las alucinaciones, las ideaciones obsesivas... Ahora le entraron dudas: otro gato, ¿no sería mucha tralla para su cabeza?

El médico pareció percatarse de la preocupación de Tomoka y volvió a escrutarla con descaro.

—¿Le ocurre algo, señorita Takamine? ¿Le están entrando dudas? ¿Cree que no podrá con los dos?

—N... no, para nada, claro que puedo. Sé que seré capaz.

—Me alegro. Ja, ja, ja, ja. Oh, un detalle importante, casi se me olvida: ahora que se va a administrar dos gatos juntos, tiene que tomárselos a ambos hasta el final, sin falta, ¿de acuerdo? Si abandonase el tratamiento a medias, podría desarrollar una resistencia que le impediría volver a administrarse gatos o, como mínimo, podría mermar su efectividad en caso de que tuviera que volver a tratarse con felinos en el futuro. Señorita Chitose, el gato, por favor.

«¿Cómo pudo olvidarse la primera vez de decirme esto?», pensó, pero antes de que pudiera recriminárselo, la enfermera apareció con el gato en un transportín.



Lo buscó en internet. Al parecer, este comportamiento se conocía como Periodos Aleatorios de Actividad Frenética.

El gato se ponía a correr como un loco por toda la casa como una exhalación y era imposible detenerlo. Tomoka estaba harta. ¿Qué podía hacer para pararlo? Se movía tan rápido que no lo podía atrapar. Aunque, bien pensado, los gatos estaban hechos para evitar ser capturados fácilmente.

Su cuerpo era como la pasta de arroz glutinoso *mochi*, o quizá fuera más parecido al queso fundido.

Tanque, un americano de pelo corto, saltó del sofá a la pared. Después, pateó la pared con las patas traseras y se abalanzó sobre la mesa.

Un salto triangular. Un movimiento acrobático que Tomoka solo había visto en películas de acción. Pero cuando aterrizó en la mesa, con el impulso con el que venía disparado, el gato arrastró el mantel que la cubría

y cayó al suelo envuelto en la tela. Ahora, se debatía enloquecido, enredado en el mantel.

Tangerine, la ragdoll, se había alterado por culpa de Tanque y lo arañaba todo. Después, los dos se pusieron a perseguirse, golpeando violentamente con sus patas cualquier cosa que se interpusiera en su camino. Las patitas de Tangerine, regordetas y delicadas cuando estaba tranquila, eran ahora auténticas armas mortíferas.

Tanque volvió a saltar encima de la mesa y, desde ahí, voló a la cima de la alacena en la que estaban guardadas la vajilla y los cubiertos. Aunque Tomoka los había estado contemplando con resignación, de pronto se sobresaltó.

—¡Daigo, por favor, bájalo de ahí! ¡Como se caiga de un sitio tan alto se va a hacer daño!

—Sí, voy.

Daigo, que había estado mirándolos de pie, se apresuró a cogerlo estirando los brazos. Le faltaba poco para alcanzar al gato, que se había colado en el estrecho hueco que quedaba entre el mueble y el techo. Pero en el preciso instante en que lo iba a tocar con las manos, el gato encogió el cuerpo y salió despedido como un resorte.

Tomoka y Daigo se quedaron paralizados, pero Tanque aterrizó con suavidad en el suelo y sin hacer apenas ruido. Fue como ver caer en el suelo una mota de algodón.

Las almohadillas: estas habían absorbido todo el impacto. El grueso gel de carne de color rosa para la absorción de impactos que tenían los gatos en las plantas de sus patas.

—Tomoka, dejémoslos en paz y vámonos a la cama. Es inútil tratar de controlarlos.

Daigo lanzó un largo suspiro. Estaba medio adormilado.

Tomoka lanzó a Daigo una mirada de reproche. Lo único que él había hecho era ir detrás de Tanque sin mucha convicción, simulando que lo perseguía. Ni siquiera le había llegado a rozar la cola con las manos. En cambio, ella sí que se había dejado la piel intentando capturarlo y tenía las dos manos llenas de rozaduras y arañazos.

Pelaje gris claro con rayas negras. Orejas puntiagudas y tiesas y cara en forma de elipse. Tanque era el americano de pelo corto al que se referían las primeras instrucciones que había recibido en la clínica. Su belleza era directa, y su boca pequeña y compacta parecía el epítome de

una voluntad de hierro. Tenía un cuerpo grandote que parecía cargado de energía, y daba la impresión de ser un gato muy activo. Sus ojos eran de color marrón claro con notas amarillas. Eran indiscutiblemente hermosos, pero de una hermosura distinta a los azules de Tangerine. Los ojos de los gatos eran en verdad curiosos: si se los observaba de lado, se podía ver que la mitad de su globo ocular era transparente, como una canica puesta al trasluz.

Cuando Tomoka había traído a Tanque a casa por primera vez desde la clínica y lo había soltado, el gato se había escondido en un rincón de la casa. Tomoka le ofreció comida y agua invitándolo a salir, pero él se limitó a quedarse quieto y a mirarla fijamente, acurrucado y en silencio. Parecía un gato menos confiado y más precavido que Tangerine. No salió del escondrijo ni siquiera cuando se hizo de noche, así que Tomoka apagó las luces y se fue a dormir dejando a los dos gatos en el salón.

La locura comenzó esa misma noche.

Las cortinas de las que Tanque se había colgado estaban rasgadas y medio descolgadas, y la alacena de la vajilla y los cubiertos tenía marcas de arañazos.

Tomoka no sabía que los gatos pudieran llegar a ser tan tremendamente activos. Tanque había contagiado su hiperactividad a la hasta ese momento tranquila Tangerine. Tomoka lamentó no haber guardado los cojines, el reloj de mesa o el estuche para cubiertos de elegante diseño, todos ellos dañados por la repentina hiperactividad gatuna.

—Déjalos en paz. Se cansarán en un rato.

—Pero antes nos destrozarán la casa.

—Mañana me encargo yo de limpiar y de ordenar. Haré sitio en el salón y jugaré con el nuevo para que se canse. Puede que esté un poco estresado por estar en un entorno nuevo.

—El americano de pelo corto se llama Tanque, y la ragdoll, Tangerine.

—Vale, vale... Jugaré con Tanque, entonces.

Era verdad. Daigo iba a estar en casa de día y de noche. Tomoka se dio cuenta de que ella era la que más necesitaba irse a la cama. Por fortuna, o quizá satisfechos ya, los gatos se calmaron.

A la mañana siguiente, parecía que por el salón había pasado un tornado. Tomoka se fue a trabajar sin tocar nada porque Daigo le dijo que se encargaría él de limpiarlo y de ordenarlo todo. Salvo porque había

dormido poco y tenía sueño, para Tomoka esa mañana era una como tantas otras. Pero en cuanto entró en la tienda, Mitsuki le dijo:

—Señorita Tomoka, tiene la espalda llena de pelos. ¿O es así la chaqueta?

—¿Pelos? No me fastidies... —replicó Tomoka volviendo la cabeza para mirarse la espalda.

La tenía llena de pelos de gato. Se había mirado en el espejo para asegurarse de que estaba bien, pero debieron de ponérsele al sentarse en una silla justo antes de salir. Se sintió molesta. Como profesional del mundo de la moda, ella cuidaba mucho su indumentaria, y aquel desliz le pareció imperdonable. Encima, esta clase de imprevistos podrían seguir sucediéndose durante dos semanas.

—Es que ahora tenemos dos gatos en casa y está llena de pelos. Si vieras cómo está de desordenada...

—¿No me diga? Siendo como es, me sorprende que no sea capaz de controlarlos. Ah, por cierto: ayer nos llamó la señora Kozue después de que usted se fuera. Esta tarde, su amiga amante de los gatos quiere visitarnos.

—¿Qué? ¿Ya? No tengo nada preparado...

—Ayer le mandé un mensaje al móvil para avisarla —le dijo Mitsuki mirando a Tomoka con un reproche velado. Tomoka tragó saliva.

—Mira que es impaciente esa mujer. Venga, vale. Tampoco es que tenga ningún asunto especial esta tarde, ni creo que la tienda se llene siendo hoy un día laborable, así que...

Dejó la confirmación de la cita en manos de Mitsuki y se enfrascó en los nuevos diseños. El tiempo se fue volando. La clienta que venía por recomendación de la señora Kozue se presentó en la tienda poco después de mediodía.

Era una mujer que llamaba la atención, aunque no precisamente porque fuera vestida con un kimono. A pesar de su vestimenta y el pelo bien recogido por delante y un poco suelto por detrás, sus maneras desenvueltas y algo resabiadas delataban su naturaleza callejera y farandulera.

—Soy Abino, de Komanoya. Le pido disculpas por esta visita tan repentina. Es que me gustan tanto los bolsos que lleva la señora Kozue que no me he podido resistir a que me presentase a usted, señorita Takamine.

—Le agradezco sus amables palabras y me alegro mucho de que le gusten mis bolsos —dijo haciendo una reverencia—. Una pregunta, si no es impertinencia: ¿Komanoya es una *okiya* de Gion? Y usted, ¿una *geiko*<sup>[2]</sup>, quizá...?

De pronto, cautivada por su peculiar encanto, Tomoka se dio cuenta de algo en lo que no había reparado hasta ese momento: aquella mujer era idéntica a la enfermera de la clínica. Sus suaves y hermosas facciones, su garbo... No la reconoció enseguida porque vestía de una manera por completo diferente de como la recordaba, pero era la enfermera de esa extraña clínica, estaba segura.

—Perdone, pero usted es enfermera en una clínica de Chukyo, ¿verdad?

—¿Enfermera? No, no, qué va. Soy una *geiko* de Gion. Solo llevo kimono los días que tengo trabajo, pero nunca me he disfrazado de enfermera —repuso Abino sonriendo con elegancia.

Pero cuanto más se fijaba en aquella mujer, más le recordaba a la enfermera. Le pareció imposible que no fuera ella. «¿Compaginará los dos trabajos? ¿Enfermera de día y *geiko* de noche?»

Tomoka escrutó su rostro sonriente en busca de algún indicio que le permitiera deducir que disimulaba su identidad, pero no pudo detectar nada. La enfermera se llamaba Chitose, si no recordaba mal. Pero los dos empleos eran exigentes y parecía poco probable que los compaginara.

—Lo siento. Es que en la clínica a la que estoy yendo últimamente hay una enfermera llamada Chitose que se parece muchísimo a usted, como dos gotas de agua.

Tomoka dijo esto riendo, pero se llevó un susto cuando vio la reacción de Abino: de pronto, se había puesto del todo serio y su rostro estaba tenso.

Abino se acercó a Tomoka y esta retrocedió.

—¿Ha dicho Chitose? ¿Me está diciendo que ha visto a Chitose? Dígame, ¿dónde la ha visto?

—Pues... en una clínica que hay en un callejón cerca de Rokkaku-dori. Ella es la enfermera de esa clínica rarísima que se llama Clínica Kokoro Chukyo.

—¿En la clínica del doctor Kokoro? ¿No será la Clínica Veterinaria Suda?

—¿Clínica veterinaria?

No parecía que estuvieran hablando de la misma clínica. Pero ahora la mirada de Abino era implorante y hasta se diría que traslucía dolor.



—¡Pero, bueno...!

Tomoka se detuvo en medio del cruce. Miró en las cuatro direcciones. Se había pasado sin darse cuenta.

Abino la contemplaba con gesto serio desde la esquina de la Takoyakushi-dori. Parecía una niña conteniendo a duras penas las ganas de llorar.

—Espéreme aquí un momento, señorita Abino. Estoy segura de que la clínica está por aquí.

Tomoka le dijo esto a Abino y dio una vuelta entera a la calle. Fue comprobando los espacios entre cada par de edificios a lo largo de la calle sin encontrar el callejón a través del que se accedía a la Clínica Kokoro Chukyo.

—Esto es rarísimo. El edificio de la clínica está al fondo de un callejón oscuro que sale de esta calle. La clínica está en la quinta planta de ese edificio. Si es que he ido ya dos veces... Es imposible que me esté confundiendo de calle...

Abino frunció el ceño como dudando de la afirmación de Tomoka.

—¿No estará buscando la Clínica Veterinaria Suda?

Lo que una creía no era lo que pensaba la otra, y no llegaban a ninguna conclusión.

—Ya le he dicho que no es una clínica veterinaria. Es una clínica de medicina psico..., bueno, no debe de ser tampoco una clínica de salud mental, pero tratan asuntos del corazón, digamos. Una clínica peculiar donde las haya.

A Tomoka le daba rabia no saber explicarse mejor. Abino se había empeñado en que la llevara a ver a la enfermera llamada Chitose y ella había accedido, pero, por alguna extraña razón, no encontraba el edificio por mucho que lo buscara.

Abino tenía la cabeza gacha y parecía sumida en sus pensamientos. «¿Acaso he estado soñando con esa clínica? —se preguntó Tomoka—. No,

no puede ser. Tangerine y Tanque están en casa, vaya que sí; si la han puesto patas arriba. Esos gatos existen y no son el producto de mi imaginación».

—Oiga —le dijo Abino indecisa—, ¿el edificio de la clínica no será el Chukyo Building? Es un inmueble viejo de cinco plantas, estrecho y profundo.

—Desconozco su nombre, aunque esa descripción encaja con el que estoy buscando. ¿Lo conoce?

—Es el bloque en el que vivía Chi-chan..., quiero decir, Chitose. Ella nació ahí —respondió Abino con expresión sombría.

Volvieron a recorrer la calle, ahora con Abino yendo delante de Tomoka. Abino se detuvo frente a un edificio. Tomoka se quedó pasmada cuando levantó la vista para contemplar aquella construcción que estaba más o menos a la mitad de la calle Fuyacho-dori.

—¿Cómo puede ser? El edificio que digo estaba al fondo de un callejón.

—Este es el Chukyo Building. Lleva aquí, que yo sepa, toda la vida. Si lo que usted me ha contado de esa clínica es cierto, Chitose debería estar en la quinta planta de este edificio —dijo Abino franqueando la entrada.

Lo que ahora sentía Tomoka había sobrepasado la curiosidad y se acercaba al miedo. Pero lo que estaba fuera de toda duda era que había recibido a Tangerine y Tanque en la clínica en cuestión. Tenía que aclarar lo que estaba sucediendo.

Tal como recordaba, el pasillo del edificio era estrecho y lóbrego. Fueron subiendo por la escalera, mirando de reojo varios rótulos de inquilinos que tenían toda la pinta de dedicarse a actividades clandestinas. Llegaron a la quinta planta.

Abino avanzó por el pasillo y, antes de que Tomoka le dijera nada, se plantó frente a la penúltima puerta antes de llegar al fondo. Ella debía de conocer el lugar. Sin embargo, después de posar la mano en el pomo de la puerta, se quedó quieta sin girarla. Tomoka vio que Abino se estaba mordiendo el labio con gesto de sufrimiento. Tomoka la apartó con delicadeza, cogió el pomo y lo giró.

El mecanismo interno de la manilla hizo un feo sonido metálico — ¡cling!— sin que la puerta se abriera. Estaba cerrada.

—Ese piso está vacío. —La voz repentina de un hombre sobresaltó a Tomoka. Miró en la dirección de la que procedía y vio a un hombre de

aspecto dudoso que avanzaba hacia ellas por el pasillo, vestido con una excéntrica camisa. El hombre añadió—: Si queréis ver el piso, contactad con la empresa administradora del edificio. Aunque no recomiendo que lo alquiléis. Es un inmueble tóxico.

—¿Tóxico? —repitió Tomoka frunciendo el ceño. ¿Sería de fiar, este tipo? La situación era cada vez más rocambolesca.

—Sí. Se supone que ahí no vive nadie, pero los ruidos no cesan. Voces de gente hablando, maullidos de gatos... Será que sus espíritus no lo han abandonado del todo. En cualquier caso, estáis avisadas. Luego no me vengáis con quejas.

El tipo pasó por delante de ellas mirándolas con descaro de arriba abajo, pero se fijó más en Abino que en Tomoka. Después entró en el piso de al lado sin decir nada más.

—¿Un piso vacío...? —musitó Abino.

No podía ser. Abino fue hacia la escalera y Tomoka la siguió. Cuando salieron del edificio, Tomoka levantó la cara para volver a contemplarlo y comprobó que, en efecto, su parte frontal daba a la calle Fuyacho-dori.

—Estoy por completo perdida. No entiendo nada de nada. ¿Qué es este edificio? ¿Quién es la señorita Chitose?

—A mí todo me da igual con tal de que Chitose vuelva conmigo.

A diferencia de Tomoka, completamente desnortada, Abino solo parecía tener la cabeza en otra parte. Parecía como ida y frágil, entre atolondrada y sumida en una ensoñación.

—¿Se encuentra bien, señorita Abino?

—Oh, sí —dijo con una tibia sonrisa, pero sus ojos estaban húmedos—. Muchísimas gracias por acompañarme hasta aquí. Le pediré el bolso en otro momento, si no le importa.

—Qué va, ningún problema. Solo es que ahora me preocupa usted...

—Siempre he sido muy floja y muy llorona. Me pongo a llorar enseguida tanto en privado como en el trabajo. Tengo que ser más fuerte. Por cierto, la clínica que queda detrás de este edificio es la auténtica clínica veterinaria del doctor Kokoro Suda.

Tomoka seguía sin entender nada cuando se despidieron. Regresó a la oficina y retomó el trabajo, pero no se terminaba de concentrar.

—Oye, Tomoka, estás al tanto de las propuestas de diseño de la página web para los productos de esta temporada, ¿no?

Era un asunto que Tomoka tenía olvidado del todo y el comentario de Junko hizo que le diera un vuelco el corazón.

—¡Lo siento, todavía no las he mirado!

—Ya son varios los distribuidores que nos han avisado de que no les dará tiempo a incluirlo en la promoción de la semana que viene. Está bien que trabajes algo más relajada, pero tampoco te pases.

El toque de atención de Junko le dolió. Tomoka apretó los puños debajo de la mesa. No era verdad que se estuviera relajando. Seguía siendo tan seria y exigente como siempre. Se había despistado porque estaba más cansada de lo normal por culpa del alboroto que los gatos habían armado la noche anterior en su casa. La falta de concentración se debía a que no se le iba de la cabeza la imagen del rostro triste de Abino. Todo tenía una explicación.

Los últimos días había estado yéndose del trabajo antes de lo que solía ser habitual, pero ese día se quedó hasta bien entrada la noche como castigo por la falta de concentración que había mostrado durante toda la jornada. Cuando llegó agotada a casa, las luces estaban apagadas.

—Hola, ya estoy aquí. ¿Daigo?

Silencio total. Encendió las luces y Tomoka se quedó paralizada. El salón seguía hecho un desastre, exactamente igual de desordenado que por la mañana. Mientras contemplaba atónita la sala, se abrió la puerta de la entrada. Era Daigo.

Tenía la cara colorada y se tambaleaba un poco. Entró al salón haciendo ruido al caminar.

—Anda, Tomo, ¿ya estás aquí? Es que me llamó un colega para salir a tomar algo y me fui con él. —Miró el salón—. Ja, ja, ja. ¡Qué desastre! ¡Eh, gatitos! ¿Dónde andáis? ¡Tangerine, Tanque! ¡Venid aquí, ya ha vuelto papá!

Daigo se puso a buscar a los gatos mientras reía. Viéndolo, Tomoka lo entendió todo.

Ella no era la irresponsable.

No eran sus empleadas las que no trabajaban bien.

El que debía cambiar, el impresentable que debía enderezar su vida a la voz de ya, no era otro que su pareja, Daigo. Era un hombre que a su edad seguía abandonando los trabajos como si eso no tuviera ninguna importancia. No aclaraba cuándo iba a casarse con ella, o siquiera si tenía

intención de hacerlo. Y, aunque no fuera su intención casarse, ¿al menos la quería de verdad?

—¡Basta ya de tonterías! —gritó Tomoka. Sintió que de repente explotaba lo que había estado recociéndose en su interior y salía despedido con fuerza como la lava de un volcán—. Pero ¿tú de qué vas? ¡Siempre a salto de mata de un trabajo a otro, dejando de trabajar a la primera de cambio, sin siquiera ir a conocer a mis padres ni pensar en serio en casarte conmigo y formar una familia! ¡No estás pensando en el futuro! ¡Sé más responsable, maldita sea! ¡Conmigo no cuentes más para tus tonterías! ¡Estoy harta de ser la seria y la responsable! —soltó de un tirón a voz en grito y se quedó mirándolo furiosa con la respiración agitada, subiendo y bajando los hombros.

Exacto. Esto era lo que le había querido decir cada vez que él dejaba un trabajo y cada vez que sentía que el día de su boda se alejaba.

Por fin había logrado decirle a Daigo lo que pensaba y sentía de verdad. Tomoka solía dárselas de responsable y hablarles a Junko y Mitsuki como si su vida fuera poco menos que perfecta. Pero la realidad era bien distinta, y tenía muchos defectos. Por supuesto, quería considerarse seria y responsable, y que hacía las cosas bien, entre otras cosas porque no quería creer que las veleidades de Daigo fueran a hacer zozobrar su vida.

Daigo se quedó unos instantes mirándola con la boca abierta, pero enseguida inclinó la cabeza y se disculpó:

—Perdóname. No sabía que estuvieras tan molesta conmigo. No lo sabía. Lo siento.

El abatimiento de Daigo calmó a Tomoka. Incluso empezó a sentirse avergonzada por lo que le había dicho.

—A ver, no estoy enfadada, ¿vale? Solo es que... me gustaría que pensaras un poquito en el futuro. No pretendo que hagas nada ahora mismo, sino que pienses un poco más en las cosas.

Tal vez, lo que en el fondo quería Tomoka era que Daigo diera el paso definitivo para casarse con ella. Sea como fuere, ella se sintió mejor después de decirle lo que en verdad pensaba y hasta se le dibujó una leve sonrisa en el rostro.

Daigo también sonreía amargamente, como avergonzado.

—Escucha, Tomoka. Como nunca me ha ido demasiado bien en ningún trabajo no me he atrevido a decírtelo, pero...

En ese momento, se oyó la voz de un gato. No era un maullido.

—¿Tangerine?

La ragdoll apareció caminando muy despacio por una esquina de la habitación. A diferencia de lo que solía ser habitual en ella, venía con la cabeza gacha y unos andares muy extraños.

Ahora se oyó otra voz de gato. Parecía que tosía. Era Tanque. Con lo activo que había estado la pasada noche, ahora parecía derrengado.

Tomoka se agachó clavando las rodillas en el suelo y le tendió los brazos al gato.

—¿Qué te pasa, Tanque? Pareces agotado...

De repente, el gato comenzó a vomitar. Como si lo imitara, la gata también empezó a vomitar. Lo hicieron ruidosamente, con intensas arcadas y espasmos.

—¡Tangerine! ¡Tanque!

Después, los dos se tumbaron en el suelo. Tomoka estaba pálida y asustada viendo a los gatos desfallecidos. A Daigo se le había pasado la borrachera.

—Tomoka, vamos a llevarlos al veterinario ahora mismo.

—¿Al veterinario? Pero si ya es de noche... No creo que haya ninguna clínica veterinaria abierta a estas horas.

—Voy a buscar a ver si hay alguna abierta. Mientras tanto, tú limpia los vómitos con alguna tela o algo para que los podamos llevar a la clínica y los analicen. A lo mejor han comido algo que les ha sentado mal.

—Va... vale. De acuerdo.

A Tomoka le temblaban las manos. Aun así, hizo lo que Daigo le dijo y luego metió a los dos gatos en sendos transportines. Después, llamaron a la clínica veterinaria que Daigo había encontrado y cogieron un taxi. La clínica a la que se dirigían era la Clínica Veterinaria Suda, una de las clínicas que atendían las veinticuatro horas en el centro de Kioto.



El doctor Suda era un hombre con el pelo entrecano que tendría sesenta y pocos años. Los atendió en la consulta con una bata blanca encima del pijama, con el pelo revuelto y en zapatillas de andar por casa.

Tras examinar a los gatos, les dijo en tono cariñoso:

—Bueno, parece que lo han vomitado todo.

El médico solo les había posado la mano con delicadeza en el costado a ambos gatos, pero ese simple gesto pareció tranquilizarlos y se quedaron quietos encima de la mesa de exploración dejándose hacer sin protestar. Tomoka se quedó maravillada de la destreza del veterinario con los gatos.

La Clínica Veterinaria Suda estaba en la calle trasera del Chukyo Building, que Tomoka había visitado al mediodía con Abino. Como disponía de servicio de atención las veinticuatro horas, Tomoka esperaba encontrarse con una clínica grande, pero no fue así: se trataba de un pequeño edificio construido entre dos casas tradicionales *machiya* de Kioto, y el fondo del edificio debía de ser un domicilio particular. Tomoka y Daigo habían accedido al interior por una puerta lateral que les habían abierto, y no por la entrada principal. Dentro solo estaba encendida la luz de la consulta. Se notaba que habían abierto la clínica para atender la urgencia.

El doctor Suda les explicó lo que había visto en el vómito de los gatos.

—Parece que se comieron las hojas de alguna planta de interior. Esta vez no va a ser necesario hacerles un lavado de estómago, pero las liliáceas y las dracaenas son tremendamente tóxicas para los gatos. Si su organismo las hubiera llegado a absorber, su vida correría peligro. Hay más plantas que podrían ser fatales para ellos, así que conviene no tenerlas si van a tener gatos en casa.

En su hablar sosegado no había ni pizca de reproche, y más parecía estar dirigiéndose a los gatos que a ellos dos. Los gatos, que ya se mostraban tranquilos, fueron devueltos a sus respectivos transportines.

Plantas de interior. Tomoka y Daigo se miraron.

Antes de que llegara Tangerine a casa, tenían la planta en el alféizar de la ventana del salón, pero Tomoka estaba segura de que la habían cambiado de sitio.

—Juraría que la puse en la última balda del mueble de la vajilla y los cubiertos... —dijo Daigo.

—Seguramente se cayó por culpa del jaleo que armaron anoche. Si lo hubiésemos recogido todo de inmediato... De hecho, en las instrucciones decía que debíamos retirar del alcance de los gatos cualquier objeto que pudiera resultar peligroso. La culpa es mía por no seguir las instrucciones al pie de la letra.

—Qué dices, Tomo; la culpa es mía, que dije que lo iba a recoger todo y no lo hice. Lo siento, chicos, no volverá a ocurrir —dijo Daigo mirando a los gatos por la rejilla del transportín.

—Qué va, Daigo, nada de eso. Perdonadme, Tangerine, Tanque.

El médico volvió con la medicación mientras Tomoka y Daigo seguían atribuyéndose la responsabilidad del incidente y exculpando a la otra parte. A pesar de que ya eran altas horas de la noche, el médico los había atendido con mucha amabilidad.

—Muchísimas gracias, doctor Suda. Le agradezco que nos haya atendido tan tarde —le dijo Tomoka, y Suda sonrió con delicadeza.

—A los animales les importa poco que sea de día o de noche. Ellos ni siquiera pueden llamar a una ambulancia como nosotros.

Era verdad. Tener localizada una clínica veterinaria cerca de casa, saber adónde acudir cuando los animales enfermasen fuera del horario habitual de atención o en días festivos... Debería haber tenido claro todo eso.

Tomoka volvió a pasear la mirada por la clínica. No solo el edificio era viejo, es que todo era viejo: la mesa de exploración, la iluminación, las estanterías llenas de muestras y de gruesos libros de medicina, el microscopio, y también el equipo de radiografía.

El propio doctor Suda era un hombre entrado en años, y la clínica debía de ser un clásico del barrio. En internet decía que aceptaba consultas de urgencia, aunque no debían de ser habituales las clínicas modestas como esta que atendieran las veinticuatro horas.

—¿La clínica la lleva usted solo?

—De noche, sí. Durante el día tengo ayudantes. Pero ustedes pueden pasar por aquí cuando quieran a consultarme lo que necesiten, ¿de acuerdo? Si vuelven a tener algún problema, no lo duden. Y si lo prefieren, me pueden llamar por teléfono. Espero que los gatos se recuperen pronto.

El médico parecía soñoliento. Era empático y amable, pero no decía más de lo estrictamente necesario.

Tomoka cogió el transportín de Tanque, y Daigo, el de Tangerine. Salieron de la clínica. Daigo sacó el móvil.

—Voy a llamar un taxi.

—Oye, Daigo.

—¿Sí?

—¿Qué me ibas a decir antes? Empezaste diciendo que como nunca te iba bien en los trabajos y no sé qué...

Daigo puso cara de susto abriendo mucho los ojos.

—Oh, eso, bueno... Quería decirte que como no me va muy bien laboralmente, pues... Bueno, mejor te lo cuento cuando consiga un nuevo trabajo, ¿vale? Ah, mira, ¿será ese nuestro taxi?

Daigo se precipitó hacia la calzada como huyendo de ella. Tomoka siguió su espalda con la mirada sintiéndose un poco contrariada. No le iba a quedar más remedio que ser ella la seria y la responsable en esta relación. Eso sí, en cuanto Daigo volviese a trabajar, lo llevaría a casa de sus padres aunque fuera a rastras.



Tomoka subió por la escalera hasta la quinta planta, resollando. Sus piernas temblaban a causa del peso de los transportines. Abrió la puerta de la clínica con dificultad y al entrar vio a la enfermera sentada en la recepción.

La fisonomía de la enfermera, con la cabeza agachada, era idéntica a la de Abino. Bueno, quizá no tanto. Tal vez su expresión y sus ademanes fueran un punto más fríos que los de Abino. La enfermera levantó la cara.

—Señorita Takamine, viene a devolver los gatos, ¿verdad? Pase a la consulta, por favor.

Tomoka pasó a la consulta sin decir nada y esperó al médico.

Llevaba varios días temiendo que quizá no volvería a localizar el edificio de la clínica o que, si lo conseguía, se encontraría la puerta de la clínica cerrada con llave. En tal caso, ¿Tangerine y Tanque se convertirían automáticamente en suyos?

Tomoka había hecho muchos dibujos de gatos imaginándose una nueva vida con ellos. Al final, había dado con uno que le satisfizo: la imagen de un gato que aunaba y transmitía dulzura e inteligencia. El contorno oscuro de las orejas lo había tomado de Tangerine; las estrías verticales y uniformes de la frente y los pómulos, de Tanque. Para los ojos, ideó una mezcla de las características de ambos, confiriéndoles una transparencia similar a la de unas canicas. A todo ello, le añadió, a modo

de arreglo, un detalle de la ilustración que había gustado a Kozue. El resultado convenció también a Junko.

—Ha quedado una imagen redonda. Menuda es nuestra diseñadora. Fíjate que últimamente me estaban aburriendo un poco nuestros diseños, los encontraba a veces demasiado serios y poco dinámicos... Así que bienvenida sea esta nueva línea.

—Oye, pero no te confundas, ¿eh? No hemos cambiado nuestro estilo, y mucho menos voy a ponerme ahora a hacer figuritas de animales y monerías. La esencia del concepto es que transmita dulzura sin perder sofisticación.

—Entiendo. Dulce y sofisticado. Desde luego, el gato es el animal perfecto para ese concepto. El público tipo, una mujer de negocios con cierto poder adquisitivo; vamos, como siempre, ¿no? Es verdad que a las mujeres nos siguen gustando los animales bonitos aunque nos hagamos mayores.

Y, como siempre, Junko se encargó de calcular la viabilidad y rentabilidad del proyecto. Era gracias a ella que Tomoka podía dar rienda suelta a su creatividad y materializar sus ideas. La gestión de la empresa dependía de forma crítica de la asistente, y no era ningún secreto que si el negocio funcionaba, era en gran parte por ella. Tomoka se sintió sinceramente agradecida por su buen hacer y le dijo con franqueza:

—Muchísimas gracias, Junko.

—¿Y eso? Oye, en los últimos tiempos te noto cambiada, Tomoka. Estás... no sé, como más suave. ¿Será cosa de la edad? —dijo Junko riendo.

En casa de Tomoka, la hiperactividad de Tanque seguía incólume y todas las noches desplegaba su desbordante energía. El gato no solo se mostraba tremendamente activo, sino también muy mimoso, ofreciéndoles a los dos su tripa para que se la acariciasen, tanto como solía hacerlo Tangerine. De hecho, parecía que competían por ver quién de los dos se ganaba los favores de Tomoka y Daigo. Sin embargo, por mucho que lo acariciasen, no parecía quedar satisfecho, y Tomoka y Daigo bromeaban diciendo que a este paso acabarían los dos con tendinitis en las manos. Era curioso, porque a Tomoka ya no le preocupaba tanto que se le llenase la ropa de pelos de gato.

Aquella mañana Daigo no se había despedido de los gatos ni de Tomoka. Se había ido de casa cabizbajo, antes de que ella llevara a los

animales a la clínica, como procurando que no le viera la cara.

El médico llegó a la consulta sonriendo con cariño.

—Muy buenas. La veo muy bien. Parece que los gatos le han funcionado.

—Sí —asintió Tomoka. Tenía lágrimas en los ojos desde que había entrado en la clínica. Quería tocarles por última vez a los gatos las almohaditas de sus patas, sentir la extrañamente suave y al mismo tiempo tersa carnosidad de aquellas protuberancias al deslizar las yemas de los dedos por ellas. Una sensación indescriptible que solo era posible conocer a través del tacto.

Los gatos sanaban.

—Le confieso que me da mucha pena devolverlos.

—Eso también es efecto de los gatos. La sensación de no querer desprenderse de algo que a uno le reconforta permanece nítida en nuestro corazón. En fin, muy buen trabajo, chicos. Señorita Chitose, por favor, lléveselos.

La enfermera acudió enseguida y se llevó con gesto impasible los dos transportines. Los gatos desaparecieron.

—¿Qué van a hacer ahora con ellos?

—Tangerine trabaja, así que ella volverá a su puesto. Ahí donde la ve, esa gata es la encarnación de la profesionalidad. La adoran allá donde vaya. Todos los pacientes a los que se la administramos se quedan muy apenados cuando se tienen que despedir de ella. Tanque, por su parte, vive en una casa enorme con muchísimos gatos. Como es el más pequeño de todos, imagino que hace lo que le da la gana y está muy entretenido. Los dos están en buenas manos.

El médico parecía estar hablando de personas y no de felinos. ¿O quizá fuera que el médico era capaz de ponerse en la piel de los gatos?

—Bueno, me espera otro paciente, así que si no lo importa...

—Doctor.

—¿Sí?

—¿Qué pasaría si alguien viniese a esta clínica y la puerta estuviera cerrada?

—La puerta se abre siempre; siempre que quiera abrirla, claro. Cuídese.

El médico parecía cercano y distante a la vez. Su sonrisa le recordó a la del doctor Suda.

Salió de la consulta y pasó por delante de la recepción. La enfermera dijo secamente «Cuídese mucho», sin mirarla siquiera. Una vez en la calle, Tomoka levantó la cara para mirar el edificio y volvió a comprobar que era el mismo Chukyo Building que había visitado con Abino. Sin embargo, algo no le cuadraba.

Pensó que le gustaría tener un gato cuando dispusiera de más tiempo. Se prometió hablar mucho con Daigo porque ella no era perfecta ni responsable siempre y en todo momento.

Tomoka se volvió.

El callejón había desaparecido, pero el fino y alargado Chukyo Building seguía ahí. Si volvía a entrar y a subir a la quinta planta, ¿estaría la puerta de la clínica cerrada con llave?

Pero Tomoka no quiso comprobarlo.

## Capítulo 5



—O sea que es usted veterinario.

Abino le sirvió otra copa de sake a Suda, que se había puesto colorado, como si se avergonzara.

Los clientes a los que Abino atendía en los banquetes solían ser empresarios, grandes fortunas, abogados o médicos. Nunca antes había atendido a un veterinario.

—Exacto, Abino, el doctor Suda es un veterinario de renombre —intervino Ioka, un millonario habitual del establecimiento y propietario de varios edificios en el centro de Kioto. Se trataba de un hombre espléndido que gozaba de cierta fama en el barrio de Gion. Con la cara brillante, tersa y sonrosada, daba la impresión de ser el prototipo de ricachón ostentoso, pero al conocerlo de cerca todos reconocían en él de inmediato a un auténtico caballero de trato cercano y generoso.

—Vamos, Abino, sírvele sake al doctor Suda, que no le falte de nada. Es un hombre al que le debo mucho.

—No me diga —dijo Abino, vertiendo con gracia más sake en la copita de Suda.

Suda debía de ser un hombre de sesenta y pico y de carácter tranquilo, y no parecía muy habituado a aquel entorno, a juzgar por la poca soltura con la que se conducía.

—Por favor, presidente Ioka, no exagere. Qué va a deberme nada usted a mí. Poder disfrutar de un banquete como este en Gion con *geikos* como ella supera con creces lo que me merezco.

—Ande, ande, déjese de cumplidos que usted me ha librado de una buena. Y eso, no hay quien lo pueda poner en duda.

—¿Qué es lo que ha pasado? —preguntó Abino, a lo que Ioka torció el gesto con afectación.

—Es que he tenido un problema en un edificio que tengo en Chukyo. Los inquilinos se largaron sin pagar lo que debían de alquiler. Pero no solo eso: nos dejaron el piso lleno de gatos.

—No me lo creo. Pobres gatos... —dijo Abino, y miró a Suda.

Suda abrió un poco la boca y dijo forzando una sonrisa:

—Un criadero ilegal de gatos. Al parecer, los criaban en el piso y los vendían por internet. El caso es que algo les debió de pasar a los dueños de ese negocio, porque se fueron y lo dejaron todo abandonado.

—¡Qué horror! ¿Y qué ha sido de los gatos que se quedaron en el piso?

Entonces, Ioka, que ya estaba contento, habló elevando el tono de voz:

—Empecé a recibir quejas de otros vecinos por el mal olor que salía del piso. Cuando mandé a la empresa administradora a ver lo que estaba pasando, aquello era un infierno. Había un montón de gatos muertos y otros hambrientos y medio desfallecidos. Pero el doctor Suda los atendió y los salvó a muchos de una muerte casi segura. Luego, el doctor Suda y algunas personas que se ofrecieron voluntarias se encargaron de limpiar y de poner orden en el piso y hasta de enterrar a los animales muertos. Por supuesto, les pagué a todos e hice una donación importante a la asociación no sé qué, que recoge gatos abandonados.

—Al presidente Ioka le estamos muy agradecidos por la donación. La protectora de gatos estaba pasando muchísimos apuros económicos, así que su ayuda casi le ha salvado la vida.

—Pues yo he oído que usted atiende a perros y gatos en su veterinaria a precios irrisorios. Es usted un auténtico bendito, doctor Suda.

Ioka soltó una risotada. Abino lo imitó. Ella sabía el dineral que los clientes pagaban para que los atendiera una *geiko* en un convite como aquel y no podía poner caras mustias delante de los comensales. Pero aquella historia le pareció terrible y estaba afectada. En un momento en que Ioka se ausentó de la mesa, Abino se acercó con discreción a Suda y le preguntó:

—Doctor Suda, me gustaría preguntarle algo sobre esos gatos abandonados. ¿Qué han hecho con los que sobrevivieron? Si son muchos, puedo preguntar a los clientes a ver si se pueden quedar con algunos.

Suda negó con la cabeza.

—El presidente Ioka, como es tan generoso, ha exagerado mi intervención en el asunto. En realidad solo sobrevivieron dos. No quedaron más. Esos dos siguen en la clínica, y es que cuando se les explica a los posibles adoptantes las circunstancias de su acogida, todos se echan atrás. En un sitio y en un momento como este sería inapropiado explicarte en qué estado los encontramos. Solo te diré que lo estaba viendo con mis ojos y no me lo podía creer.

Suda rio, pero fue una risa tan triste que Abino se quedó sin palabras. Ni siquiera se podía imaginar la escena. Después, hizo de tripas corazón y se concentró en entretener a los clientes para que disfrutasen del convite.

Abino era una *geiko* de Gion. Había ido a Kioto después de terminar la secundaria y había entrado en Komanoya como *maiko*, una aprendiz de *geiko*, y unos años más tarde se había independizado como *geiko* profesional. Ahora tenía veintiséis años.

Cuando las *geiko* se independizan, se ganan la libertad de obrar en su vida privada como deseen, y pueden peinarse y vestirse como quieran o vivir donde les parezca. Sin embargo, las hay que, aun pudiendo ser independientes, prefieren seguir perteneciendo a una *okiya*, bajo la batuta de una *okami* o jefa de la casa, y trabajar con un sueldo fijo. Abino era una de estas. Vivía en Komanoya y era la mano derecha de Shizue, la *okami* de la casa.

Unos días después de aquel banquete, Abino caminaba por la calle Rokkaku-dori con el móvil en la mano. Iba vestida como una kiotense más, y nadie la miraba como le ocurría cuando iba en kimono.

Abino se detuvo frente a la entrada de la Clínica Veterinaria Suda, sita en la calle Tomikoji.

—Aquí es.

El edificio de la clínica era antiguo, como las viviendas que había alrededor.

Había estado hasta el último momento dudando de si ir, pero allí estaba, al fin. Cuando se decidió a entrar por el portón, aún con el corazón latiéndole fuerte, casi chocó con un hombre que iba directo a la clínica. Él se disculpó primero:

—Oh, vaya, lo siento.

Era un hombre joven de poco menos de treinta años, de aspecto sobrio. Abino le cedió el paso haciendo un gesto con la mano, y el tipo entró bajando la cabeza. Abino lo siguió y pasó también. La sala de espera era como la de cualquier clínica médica para personas. Pero el póster pegado en una de las paredes anunciaba una vacuna canina y en el tablero que colgaba de otra se veían fotografías de perros y gatos.

A Abino se le relajaron los pómulos al ver la imagen de un gato con collar isabelino en brazos de su dueño e instalado sobre sus rodillas. ¿Sería un paciente de esta clínica? El dueño sonreía, pero el gato parecía de muy mal humor.

El tipo que había llegado a la clínica con Abino accedió en la consulta sin pasar por recepción. ¿Sería un paciente asiduo o tal vez un empleado de la clínica? Abino se acercó a la recepción, confirmó con la recepcionista su cita y esperó a que la llamaran sentada en un sillón largo de varias plazas.

Al rato, el hombre salió de la consulta. Lo acompañaba el doctor Suda, que rio con tibieza cuando vio a Abino.

—Abino, veo que has venido.

—Claro que sí. ¿Pensaba que se lo había dicho como un cumplido? Hablaba en serio.

—Ja, ja. Te pido disculpas —dijo sonriendo el doctor Suda. Se dirigió al hombre—: Lo dicho, Kajiwara. Muchas gracias por venir hasta aquí. La semana que viene os iré a ver al centro.

—Le estaremos esperando. Muchas gracias.

El tal Kajiwara hizo una reverencia. Llevaba un sencillo transportín de plástico en la mano. Abino pudo ver a un gato dentro a través de la rejilla de su pared lateral. Era un gato negro como la noche. Sus ojos dorados brillaban con fuerza en el fondo negro de su rostro, del que no pudo distinguir ni la nariz ni la boca.

Cuando se marchó el hombre, el doctor Suda hizo pasar a Abino a la consulta. Suda depositó otro transportín encima de la mesa de exploración con un gran tablero plateado. El transportín era igual que el que se había llevado el chico.

—O sea que el joven de antes...

—Así es. Se ha quedado con uno de los dos gatos. Aunque había varios candidatos, se lo he dado a él porque fue el primero que se decidió. En cualquier caso, el animalito que se ha llevado tiene un carácter complicado. Me temo que le va a dar mucho trabajo a Kajiwara. A ti te doy esta. —Suda metió la mano en el transportín y sacó a la gata con mano experta—. Es una gata de tres colores. Tendrá unos dos años. Ahora mismo tiene el pelaje hecho unos zorros, pero lo irá recuperando poco a poco.

La gata que Suda había dejado encima de la mesa después de aquella breve presentación tenía en la cara varias calvas y costras. Estaba muy delgada y tenía hundida la parte baja de su espalda, del lomo a las patas traseras. La mayor parte de su pelo era blanco, pero presentaba manchas ovaladas de pelo negro y marrón rojizo repartidas desordenadamente en

distintas partes de su cuerpo. La desigual pero bien definida distribución de los colores de su pelaje sugería una naturaleza enérgica; sus orejas eran puntiagudas y tiesas, y sus ojos, de un bronce luminoso.

—Como te dije por teléfono, tiene también mermadas las funciones renales por culpa del tiempo que pasó en muy malas condiciones higiénicas y de salud. Esta es una de esas gatas que tendrán que volver con asiduidad a alguna clínica veterinaria. Y lamento tener que advertirte de que, por muy decidida a hacerte cargo de ella que estés ahora mismo, no podrás evitar sentir en algún momento que el esfuerzo que estás haciendo no merece la pena. No quiero asustarte, pero me veo en la obligación de avisarte de antemano... ¿Abino?

Abino no lo estaba escuchando. Conversaba a través de la mirada con la gata, que permanecía sentada en la mesa de exploración con las patas muy juntas.

«Hola, ¿qué tal, gatita mía? Gatita blanca con manchitas naranja y pelo de algodón. ¡Eres preciosa!»

—¿Abino?

—Oh, vaya, perdone. Estos días he estado leyendo sobre gatos. Además, de pequeña tuve uno en casa de mis padres. Era un gato mestizo y sanísimo que nunca se ponía malo, pero tenía un carácter muy voluble y era casi imposible tocarlo. Quizá esta también sea...

«... muy recelosa y poco dada a las manifestaciones de afecto».

Justo cuando estaba pensando eso, la gata se levantó y restregó su nariz en la mano de Abino.

Abino se emocionó. Cuando murió el gato que tenía de pequeña en casa de sus padres, toda la familia se puso muy triste y Abino también lloró. Ni ella ni su familia habían vuelto a adoptar a ningún gato desde que habían conocido el dolor que causaba la pérdida. Abino solía buscar imágenes de felinos en internet y así aplacaba su deseo de tener otro. Pero de repente todo el miedo por la pérdida se había esfumado de su conciencia y se había decidido a tener uno. ¿Por qué había sucedido esto? Encima, a una gata quizá traumatizada de por vida.

—Eso es muy típico de los gatos —dijo Suda sonriendo—. Se comportan muchas veces con recelo, pero al mismo tiempo se ganan la confianza de la gente. Los gatos tienen algo especial que nos atrae. Cuando sentimos que nos reclaman, resulta imposible ignorar sus llamadas

de atención. ¿Qué, Abino, te decides o no? Esta es una gata con la que hay que estar preparado para lo peor. ¿Te la quedas?

—Sí —asintió Abino con firmeza.

La gata tricolor no era ya una simple gata, sino una vida con forma de gata. Delicada y frágil, pero con un brillo de dignidad en la mirada.

—Doctor Suda, ¿cómo se llama esta gata?

El médico agitó la cabeza a los lados.

—Al igual que el gato que se acaban de llevar, esta ha crecido sin nombre, así que pónselo tú. Ahora es tuya.



—Chi-chan, ¿vamos a la clínica del doctor Suda? —le dijo cariñosamente Abino a la gata.

La gata ni se movió. Estaba subida encima de un mueble japonés dándole la espalda a Abino. Esta le siguió hablando sin lograr que le hiciera caso.

Harta de que la continuara ignorando, Abino la conminó, enfadada:

—¡Oye, ya está bien, Chitose! Baja de ahí de una vez. El taxi está a punto de llegar —le dijo elevando un poco el tono de voz.

La gata la estaba oyendo, eso era seguro. Pero se limitaba a mover un poco la punta torcida de la cola. El año pasado la gata tenía el trasero huesudo y anguloso, pero ahora era carnoso y redondo.

—No quiere ir porque no le prometes ninguna chuche —dijo entre risas Shizue, la *okami* de Komaya, agitando al mismo tiempo una barrita de *snack* para gatos. Chitose bajó del mueble a la primera llamada.

—Eso es, buena chica; pero esto te lo doy cuando vuelvas de la clínica, ¿de acuerdo?

—Jo... Siempre la seduces con comida.

—Anda, pues claro, a ver. Si no, esta ni me miraría. Hay que ver lo huraña que es esta gata, aunque he de reconocer que ese carácter medio difícil es también parte de su encanto.

—A mí también me engañó. Cuando la conocí era tan simpática, tan sociable y tan rica... Pero en cuanto la traje a casa, dejó de serlo, y ahora solo me hace caso cuando a ella le apetece. ¿Por qué, Chitose?

Aunque Abino le hablase, la gata seguía con la mirada clavada en el *snack* que Shizue tenía en la mano. Shizue rio.

—La culpa la tienes tú por dejarte engañar. A veces, ciertos gestos de frialdad son muy efectivos para alimentar el interés. Estoy segura de que si Chitose fuera una *geiko* de Gion, los clientes se la rifarían y sería la acompañante más solicitada. —Shizue miró a través de la puerta corredera de cristal que daba al jardín y añadió—: Vaya, se está poniendo feo el día. El canalón del tejado se ha soltado un poco por culpa del chaparrón que cayó no hace mucho. Tengo que llamar a un carpintero para que venga a arreglarlo. Venga, vosotras marchaos ya, antes de que empiece a llover. Id con cuidado.

—Muchas gracias, señora Shizue. Venga, Chitose, nos vamos a ver al doctor Kokoro.

Ese día tocaba la revisión mensual de Chitose en la Clínica Veterinaria Suda. Había pasado un año desde que Abino se había hecho cargo de la gata tricolor, a la que llamó Chitose. Abino convivía en la Komanoya de Hanamikoji con jóvenes aprendices *maiko* y otras *geiko* profesionales como ella. Como en la *okiya* el trasiego de gente era incesante, a Chitose solo la dejaban libre en las estancias del fondo de la casa, y no podía salir de allí. Por las noches dormía con Abino en su cuarto de la primera planta.

En el taxi de camino a la clínica, Abino le dijo a Chitose, que iba dentro del transportín:

—Gracias por engañarme, Chitose.

Ahora le hablaba a la gata con toda naturalidad y lo hacía constantemente. No le importó lo más mínimo que el taxista se la quedara mirando por el espejo retrovisor.

La apariencia de la gata ya no guardaba ni el recuerdo de su miserable estado cuando la había adoptado Abino, y su pelaje tricolor era ahora brillante y lustroso. Tenía pelo marrón alrededor del ojo derecho, y de color negro alrededor del izquierdo. Su nariz era alta, blanca y bien definida desde la frente, y el pelaje de distinto color se partía a ambos lados del puente. Quizá por esta característica de su fisonomía daba la impresión de poseer un carácter altanero.

Era una gata que rara vez se acercaba a quien la llamaba. Reaccionaba a la llamada, pero la mayoría de las veces se limitaba a mirar fijamente hacia la procedencia de la voz, un poco como si dudara de su oído, para terminar volviendo la cara poco después hacia otro lado. Cuanto más

tiempo pasaba mirando a la persona que la reclamaba, más decepción causaba en ella. Como bien decía la *okami*, si esta gata fuera una *geiko*, los clientes se la quitarían de las manos.

Abino y Chitose llegaron a la clínica un poco antes de la hora acordada, y Abino se quedó mirando las fotos que decoraban las paredes de la sala de espera. La mayoría de los animales que aparecían en ellas eran perros y gatos, pero también vio pájaros y conejos. Eran instantáneas hechas entre la primera consulta y la fase de remisión del problema con el permiso expreso de sus dueños.

Ahora también decoraba el tablón una foto de Abino y Chitose. La foto la había tomado el doctor Suda el día que Abino se quedó con la gata. A Chitose se la veía muy delgada en brazos de Abino, con sus rojas comisuras en los ojos y el pelaje encrespado y alborotado por culpa de la enfermedad cutánea. Tal como le había advertido el doctor Suda, Chitose necesitó de tratamientos constantes. Los primeros días después de llevársela a casa, Abino acudió a la consulta casi a diario.

Ahora, la gata solo necesitaba ir al veterinario una vez al mes. Cada vez que veía esa foto, Abino se felicitaba por el esfuerzo que habían hecho juntas.

«Ya verás, cuando estés recuperada del todo nos tomarán una nueva foto para añadirla al tablón».

A Abino le contaron que fue la mujer de Suda quien había comenzado a fotografiar a las mascotas y sus dueños, y que ella había sido ayudante en la clínica hasta que falleció unos años atrás. Tanto el edificio de la clínica como sus instalaciones eran viejos, y el único médico veterinario que trabajaba en ella era el propio doctor Suda. La clínica podía parecer mal equipada a ojos de quienes llegasen buscando que sus mascotas fuesen tratadas con las técnicas más avanzadas.

Observando con distracción las fotos, Abino también deseó poder ofrecerle a Chitose los mejores cuidados.

—Chitose Takeda, pase, por favor —anunció la recepcionista.

Abino y Chitose entraron en la consulta, donde el médico, en bata blanca, les sonrió amablemente.

—Vamos a ver qué tal estamos —dijo Suda con dulzura, como si le hablara a un niño, y comenzó a examinar a la gata. A pesar de que no le gustaba que la tocaran y solía rehuir el contacto físico, el que Suda fuera capaz de explorar a Chitose sin que opusiera la más mínima resistencia

siempre sorprendía a Abino. Tras la palpación y el análisis de sangre, dijo con calma—: Su analítica sigue dejando mucho que desear.

—Vaya...

Abino asintió resignada, pero lo cierto era que había venido con la ilusión de que los resultados de la analítica fueran favorables. Que hubieran mejorado milagrosamente. Que le dijeran que la juventud de Chitose jugaba a su favor y que estaba recuperándose muy bien. Pero los milagros no ocurrían. Desde el día que la había conocido, el estado de salud de Chitose no había hecho más que empeorar.

—Entiendo... —dijo Abino con la mirada vacía y ojos lacrimosos. Pero las lágrimas no cayeron. Sentada en la mesa de exploración, Chitose levantó el hocico hacia Abino y esta le acercó la cara. La nariz de la gata estaba algo húmeda.

Abino deseó que se sucedieran eternamente los días como este. Y si para eso la gata tenía que recibir un tratamiento más sofisticado, iría adonde fuera y pagaría lo que fuese necesario.

Estaba decidida a salvar a Chitose.

—Doctor Kokoro. Si Chitose sigue viva es gracias a usted; ella está muy familiarizada y confía plenamente en usted, a pesar de ser una gata muy miedosa. Por eso, me gustaría que la siguiera atendiendo, pero...

—Si crees necesario pedir una segunda opinión, no tengas ningún reparo en hacerlo. Te redactaré una carta de recomendación a quien haga falta.

—Si no recuerdo mal, usted me contó que tenía algún contacto en una clínica veterinaria muy famosa en la región de Kanto. Me dijo que la investigación veterinaria estaba más avanzada en el extranjero y que esa clínica aplicaba los tratamientos derivados de los hallazgos más recientes. Me gustaría que Chitose pudiera beneficiarse de esos tratamientos para que viviese aunque fuera solo un segundo más. ¿No me podría recomendar en esa clínica?

—Bueno..., no sé si sería buena idea. Tener que viajar tan lejos para recibir un tratamiento te podría costar muy caro, quizá bastante más de lo que supones. Además, tendrías que disponer de mucho tiempo. Eres una *geiko* de éxito. ¿Qué sería de tu trabajo?

—Ya lo pensaré. En todo caso, sé que me las podría arreglar. Se lo pido por favor, doctor —suplicó Abino.

Suda exhaló un largo suspiro con gesto apesadumbrado.

—Como te dije cuando te hiciste cargo de ella, esta es una gata con la que había que estar preparado para lo peor más pronto que tarde. Pero lo cierto es que, incluso aunque estuvieras preparada para aceptar una muerte temprana, en la intervención veterinaria no existe un límite que impida seguir probando distintos tratamientos hasta el último momento, porque los gatos no pueden dar su opinión.

—Conozco bien a Chitose y creo saber lo que ella desea. Esta gata no tiene a nadie más que a mí. Por ella, estoy dispuesta a ir adonde sea.

—Está bien. Si tan segura estás de querer hacerlo, podríamos estudiar el traslado a esa clínica que aplica tratamientos avanzados.

Abino dio un respiro al escucharle decir esto a Suda. Sintió que se abría un rayo de esperanza. En el camino de regreso a casa, Abino le volvió a hablar a Chitose.

—Tranquila, Chi-chan. Te llevaré adonde haga falta para que te pongas buena. Estaremos siempre juntas, ¿vale?, nunca te dejaré sola.

Chitose estaba sentada con el vientre pegado al suelo del transportín, la cabeza gacha y los ojos cerrados. Plop, plop, plop, sonó algo fuera del coche y Abino levantó la cabeza para mirar por la ventanilla. Eran goterones estampándose contra la carrocería y las ventanillas del taxi. La lluvia se convirtió enseguida en un chaparrón.

Esa noche, Abino llevó como siempre a Chitose a su habitación en la primera planta de la *okiya* y fue a apagar la luz. Chitose se dirigió entonces en silencio hacia ella. Iba con su cola ganchuda levantada al techo y la mirada clavada en Abino. Por su expresión y forma de moverse, Abino dedujo que la gata quería algo de ella.

Abino se agachó y le ofreció la mano. Aunque ya estaba más que acostumbrada a decirle «ven» y que la ignorara, lo dijo igualmente:

—Ven.

Con las pupilas negras dilatadas en el centro del iris bronce, Chitose acercó la punta de su nariz a la mano de Abino. Olisqueó la punta de los dedos y comenzó a restregar la cara en ellos. Primero, el ojo derecho rodeado de pelo marrón; después, el izquierdo rodeado de pelo negro. Y la punta blanca de su naricita. De la mano de Abino pasó a su brazo, apoyando sus patas delanteras primero en él y después en su pecho para levantarse sobre sus dos patas traseras.

Se trataba de una gata que no había crecido acurrucada con sosiego entre unos brazos, ya fuera por el entorno que le había tocado o

simplemente por su carácter. Pero esa gata que casi siempre rehuía el contacto físico lo buscaba en ese momento de forma activa y no se iba aunque Abino la rodeara con su brazo. Empezó a lamerle los pómulos con su lengua áspera.

—Ju, ju. ¿Qué está pasando hoy, cariño? Estás tan mimosa que no te reconozco.

Abino la cogió y la depositó en su cama. Quizá estaba un poco nerviosa porque habían estado en la clínica. Tal vez incluso intuyera que la iban a cambiar de veterinario. Después de pasar un rato dando vueltas sobre el edredón, se acurrucó con la cabeza pegada en un extremo de la almohada.

Abino se tumbó bocarriba procurando no inclinar la almohada y se quedó mirando el techo.

—No me rendiré aunque me cueste mucho esfuerzo viajar lejos para llevarte a la clínica. Me elegiste a mí porque confiaste en que yo te ayudaría. Haré lo que haga falta por ti. Nunca aceptaré que no se pueda hacer nada más para intentar curarte.

Curiosamente, Abino no sentía angustia. Estaba más ilusionada que preocupada por el paso que había dado para que su gata recibiera un nuevo tratamiento. Iba a curarla para que viviera feliz tantos años como cualquier otro gato sano. Imaginando un futuro feliz con ella, Abino se quedó dormida. La despertó un soplo de aire.

La luz de la luna que entraba por la ventana recortaba las sombras en la habitación. En medio de la penumbra, vio una silueta negra con forma de gato, con las orejas puntiagudas tiesas y la cola elevada con la punta torcida.

—¿Chitose?

En el momento en que Abino fue a incorporarse, la silueta saltó por la ventana. Abino se levantó con rapidez, corrió hacia la ventana y se asomó a la calle apoyando las manos en el alféizar. La oscuridad no era total y vio a Chitose encima de los adoquines de piedra del jardín que brillaban reflejando la luz de la luna llena, mirándola con la cabeza alzada.



Las letras del cartel que había colocado en el muro exterior de la clínica estaban borrosas a causa de la lluvia de la semana anterior. Mientras Abino lo cambiaba por otro nuevo, el doctor Suda salió de la clínica. Dirigió la cara al cielo y sonrió con poca naturalidad.

—¿Qué tal? ¿Sabemos algo de la gata?

—Qué va. Cada vez que renuevo el cartel suelo recibir algunas llamadas, pero nadie me ha ofrecido ninguna pista interesante. Sigo llamando todos los días a la ventanilla de objetos perdidos de la policía y a la protectora de animales, pero nada... A saber dónde se habrá ido — musitó Abino mirando la fotografía de Chitose impresa en el cartel.

Habían pasado tres meses desde la desaparición de Chitose.

Aquella noche, después de ver a Chitose por la ventana, Abino bajó corriendo y consiguió divisarla un instante en la calle que bordeaba la *okiya*, pero la gata se fue corriendo y desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Abino la buscó desesperada en medio de la oscuridad, sin saber muy bien dónde mirar: se puso a cuatro patas y examinó los desagües y alcantarillas, se puso perdida de barro en los setos y siguió así hasta por la mañana, llorando. Si no llega a ser por Shizue, que la mandó parar, habría seguido hasta desfallecer.

A pesar de todo, Abino se arrepentía de no haber seguido buscando. Quizá si hubiera insistido un poco más...

—Es que no se me ocurre ningún sitio al que pueda haberse ido. De verdad que es un misterio.

—Ya te lo he dicho muchas veces: una mascota se puede perder por muchos motivos, por mucho cuidado con que se vaya para que eso no suceda. No tiene ningún sentido que sigas culpándote.

Suda hablaba con serenidad, pero también con firmeza. Desde que Chitose había desaparecido, Abino y él habían conversado mucho. Ella pensaba que Suda podía recriminarle que hubiese perdido a una gata que había adoptado con la condición de cuidar de ella. Pero Suda había sido comprensivo en todo momento y siempre la había ayudado desinteresadamente en la labor de búsqueda.

Aun así, Chitose no aparecía. Su imagen impresa en el cartel se había emborronado y descolorido a causa de la lluvia.

Al ver a Abino con la mirada perdida, Suda le dijo sonriendo:

—Ya estás otra vez.

—¿Cómo?

—No pongas esa cara como si el mundo entero estuviera contra ti. Este es un problema tuyo y de tu gata. Mira, yo establezco una línea de separación muy clara entre los animales que tienen nombre y los que no. Los animales con nombre tienen dueño y forman una unidad con su cuidador. Tú y Chitose sois una unidad. Por eso, está bien que pienses y decidas por Chitose. Nadie más tendría que meterse en lo que tú decidas sobre la gata.

—Estoy de acuerdo, pero...

La sinceridad de Suda la conmovió. La gente la consolaba de mil maneras, pero ella seguía siendo incapaz de librarse de sus remordimientos de conciencia. La noche en que la gata se había ido, cuando volvió a su cuarto después de buscarla por todos lados y se fijó en la ventana por la que había saltado a la calle, descubrió que la vieja cerradura de media luna estaba en la posición de cierre, pero la ventana permanecía abierta. Es decir, Abino había girado la cerradura sin haber cerrado antes la ventana.

Abino se culpaba de la desaparición de Chitose. El doctor Suda pareció leerle el pensamiento y le dijo con un punto de severidad:

—No te digo que te des por vencida, pero hay que saber decir hasta aquí hemos llegado. Mírate la cara. Vas a caer enferma como sigas en este plan. Y eso, debes recordarlo, significa causar preocupaciones y problemas a la gente de tu entorno.

—Claro...

Abino se quedó sin réplica y cabizbaja. Quitó de la pared el cartel desvaído y suspiró abatida mientras lo doblaba. Había perdido la cuenta de los miles de carteles que había pegado no solo en Kioto, sino hasta en las prefecturas de Shiga y Osaka. Había hecho lo imposible por encontrar a la gata.

El día anterior, la *okami* le había reprochado duramente una obcecación que a su entender había traspasado todos los límites de lo razonable. La sonrisa de Abino en los banquetes se había vuelto lánguida, y a poco que tuviera un rato libre se la veía enfrascada en el móvil tratando de encontrar alguna pista que la condujera a la gata. A una *geiko* profesional no se la podía ver con el maquillaje corrido por las lágrimas. Aquella llamada de atención se lo hacía alguien que había demostrado querer de forma sincera a Chitose y Abino, así que, pensó, quizá había llegado el momento de dar por terminada la búsqueda.

—Doctor Suda, estoy pensando en ir al edificio del que la rescataron.

—¿A ese edificio? ¿Por qué?

—Dicen que los gatos se familiarizan más con los lugares que con las personas, ¿no? Aunque dudo que Chitose sienta nostalgia por un lugar del que seguro que solo tiene malos recuerdos, quizá allí quedó algo importante para ella. Puede reírse de esta ocurrencia mía, no se lo voy a reprochar, pero me gustaría comprobarlo con mis propios ojos.

Suda dijo frunciendo el ceño con escepticismo:

—Allí no hay nada. En todo caso, seguiré flotando en el ambiente el rencor y el resentimiento.

Era una expresión que Abino no le había visto antes a Suda, que siempre estaba sereno y tranquilo. Pero ella no desistió de su empeño. Avisó a Ioka de que iba a visitar el inmueble y quedó con su administrador con la excusa falsa del interés de un conocido por el piso vacío de la quinta planta.

El Chukyo Building era una construcción alta y estrecha que estaba justo detrás de la Clínica Veterinaria Suda. Abino subió hasta la quinta planta acompañada del administrador. El apartamento que iban a visitar era el segundo, contando desde el fondo del pasillo.

El administrador abrió la puerta del piso sin vacilar. Su interior era más luminoso de lo que Abino había imaginado y la luz exterior entraba a través de un gran cristal esmerilado con mil destellos.

—Estando donde está, el alquiler de este piso es imbatible. Tiene buenas vistas al exterior y no creo que presente ninguna pega. Se lo recomiendo.

El administrador no escatimaba en sonrisas. Abino se plantó en medio de la habitación y paseó la mirada por ella: era diáfana, tenía el suelo blanco y las paredes también del mismo color. No quedaba ni rastro del terrible suceso acaecido en aquel lugar.

—Disculpe... ¿En este apartamento podrían entrar gatos o ratas por algún otro lugar que no sea por la puerta?

—¿Ratas? A ver, la cocina tiene un extractor, pero dudo mucho que ningún animal pueda entrar por la salida de humos. El techo y las tuberías están impecablemente contruidos e instalados. Además, como es un edificio un poco viejo, sus tabiques son bastante gruesos —dijo golpeteando una de las paredes con el puño. Abino se estremeció cuando recordó que entre aquellas paredes había habido muchos gatos encerrados en condiciones lamentables.

Abino se empezó a encontrar mal y salió de la habitación. Creyó oír un maullido de gato. Un olor pestilente le aguijoneó la nariz. Si Chitose fuera a volver aquí, no sería para regodearse en la tristeza ni para inspirar lástima. Sería por rencor y resentimiento, como había dicho Suda.

Ver el apartamento con sus propios ojos ayudó a Abino a reprimir sus sentimientos. Recuperó la acostumbrada simpatía en los banquetes y se enfrascó en el trabajo. Le era más fácil sobrellevar su dolor sonriendo maquillada.

Pero a veces un arrepentimiento y una tristeza feroces la invadían sin remedio y, cuando eso sucedía, se deshacía en un llanto sin consuelo, incluso delante de la *okami* y de sus compañeras *geiko*. No reprimía su llanto aun a sabiendas de que podía incomodar a los presentes, era incapaz de evitarlo. Y continuó visitando el edificio sin decírselo a nadie. No esperaba nada, pero hasta donde ella sabía, era el único sitio al que Chitose podría volver. Con la cara pegada en la puerta del piso de la quinta planta, la llamaba como si pronunciara un conjuro:

—Vuelve, por favor, vuelve conmigo, Chi-chan.



Abino recogió el bolso que había encargado en la planta superior de la tienda de Tomoka Takamine.

Era un bolso para llevar colgado al hombro de un alegre color naranja, de piel auténtica pero ligera, y suave al tacto y a la vista.

—Me parece un bolso precioso, ha superado mis expectativas. Muchas gracias.

Estaba encantada con el bolso y se lo colgó del hombro delante del espejo para mirarse. Tomoka, la diseñadora, una mujer urbana y sofisticada, había invitado a Abino al atelier/oficina para entregarle el bolso, en vez de hacerlo en la tienda de la planta baja, como una deferencia no solo a Abino, sino indirectamente a la señora Kozue, que era quien las había presentado.

Aproximadamente dos meses atrás, Abino había estado con Tomoka. Aunque en aquella ocasión la conversación no fluyó, las dos parecían inmersas en una extraña vorágine.

—Señorita Abino, este detalle no forma parte del diseño, pero si le gusta, se lo puede llevar —le dijo Tomoka ofreciéndole una correa decorativa de cuero para el bolso. El cuero estaba teñido del mismo color naranja que el bolso y llevaba un estampado dorado de la cara de un gato.

Abino se emocionó.

—Oh, qué bonito —dijo, y sonrió, pero los ojos se le llenaron de lágrimas.

El gato del estampado era de raza occidental y de pelo largo. Aun así, al verlo, sintió una fuerte opresión en el pecho y bajó la cabeza.

Tomoka le preguntó con mucha delicadeza:

—La señora Kozue me contó que usted había perdido a su gata. Esa gata se llamaba Chitose, ¿no?

Abino respondió conteniendo el temblor de su voz:

—Sí, así es. Ha pasado más de un año desde que desapareció. He hecho todo lo posible para encontrarla, pero ella sigue sin aparecer.

Abino pensó que para Tomoka no sería más que una anécdota de las muchas que oiría cada día de sus clientes. Pero la emoción le empezó a fluir a borbotones, como si de pronto se hubiera desprendido del corsé que la tenía aprisionada. Levantó la cara que tenía agachada y miró de frente a Tomoka.

—Fíjese: yo sería capaz de dejar el trabajo y todo para seguir buscando a Chitose. Era una gata que, en cualquier caso, no iba a vivir muchos años, y por eso sé que este empeño mío no tiene sentido. Aun así, quiero creer que sigue viva. Ahora, actúo delante de todos como si me hubiera olvidado de ella porque no quiero preocupar ni causar más molestias a la gente de mi entorno estando triste y mohína todo el día. Pero la verdad es que sigo llorando cada noche por ella. Y eso que solo la tuve un año conmigo en casa... Pensaré que estoy loca, ¿verdad?

Abino dijo esto último llorando y riendo a la vez, como si se burlara un poco de sí misma. Pensó que quizá Tomoka también se reiría de ella.

Pero Tomoka no hizo nada de eso. Meneó la cabeza a los lados con gesto compasivo.

—Quizá hubiera tenido el impulso de reírme de usted si me hubiese contado todo esto hace unos meses. Pero es que yo he vivido solo un mes con dos gatos y sigo acordándome de ellos cada día. Solo ver un gato en internet o en un anuncio de la tele me toca la vena sensible. ¿A que es una locura? Y eso que los gatos ni siquiera eran míos, eran prestados. Y ya ve,

aquí me tiene diseñando complementos con imágenes de gatos —dijo Tomoka, mirando el gato dorado de la correa y riendo como avergonzada—. Pienso que el tiempo que uno pasa con un gato influye en la intensidad del apego que se crea. Pero no considero que la profundidad del vínculo tenga que ver con el tiempo. Aunque sea un día o un año, personas o gatos, hay seres que nos son únicos e irreemplazables. Incluso aunque no los volvamos a ver nunca más.

La afirmación rotunda de Tomoka impactó a Abino. Quiso darle las gracias, pero no pudo porque le temblaban los labios y no le salía la voz.

Tomoka volvió a hablar, y dijo muy seria:

—¿Por qué no vuelve allí otra vez? Es un médico muy raro, pero creo que le haría bien hablar con él. Me dijo que la puerta se abría siempre que uno lo deseara de verdad. Pruebe a ver.

Abino entendió perfectamente a lo que se refería Tomoka con «allí».

Pero pensó que no iba a conseguir nada. Ya había vuelto muchas veces a aquel edificio.



—Pero ¿...?

Había dado la vuelta a la manzana sin darse cuenta. Se debió de despistar.

Se rio con amargura y entró en la calle Fuyacho-dori por la Takoyakushi-dori. A sabiendas de que era inútil, había decidido volver al Chukyo Building como un gesto de agradecimiento a Tomoka, que había sido tan comprensiva con ella.

Pero se despistó otra vez. Volvió sobre sus pasos y se encontró en la calle Rokkaku-dori. Miró a su alrededor y tuvo la impresión de que el paisaje le resultaba conocido, aunque no lo habría podido asegurar. Se sintió perdida y se detuvo.

En ese momento, vio una callejuela entre dos edificios. La calle estaba oscura y no se divisaba bien lo que había al fondo. Le pareció extraño porque no la conocía, pero se adentró en ella como abducida.

Al fondo del lóbrego y húmedo callejón encontró el alto y estrecho Chukyo Building. Entró en él. La vaga familiaridad de su estructura

interior, junto con su recuerdo, la condujo sin vacilaciones hasta la quinta planta. Había llorado muchas veces delante de esa puerta. Siempre cogía el tirador, pero hasta entonces no se había atrevido a girarlo. Total, aunque hubiera tenido el valor de hacerlo, la habría encontrado cerrada.

Sin embargo, esta vez la puerta se abrió con facilidad, con apenas posar la mano en el tirador. El piso no estaba vacío y su interior era diferente. No había nadie en el mostrador de recepción junto a la entrada.

La enfermera apareció haciendo plaf, plaf, plaf con sus pantuflas al caminar. Era una mujer de unos veinticinco años y muy blanca de piel.

—Señorita Ami Takeda, ¿verdad? La estábamos esperando.

—¿Cómo? —dijo Abino asombrada. No había concertado ninguna cita. ¿Cómo es que la estaban esperando? ¿Cómo podían saber su nombre real?

—Siéntese, por favor —le dijo la enfermera secamente.

«Esta enfermera me suena. Pero ¿de qué? Juraría que la conozco. Esta cara. Esta voz. ¿Quién es?»

Abino se sentó vacilante en el sillón. Era una sala de espera pequeña, pero luminosa y muy limpia. Tomoka no la había mentido. El piso era ahora una clínica.

Una voz de hombre dijo desde la consulta:

—Pase, por favor. —Abino entró. Dentro, un hombre vestido con bata blanca estaba sentado en una silla y la miraba. El hombre sonrió y dijo—: Mira que la hemos esperado, señorita Takeda. Ha tardado mucho en venir.

—Pero si usted... —alcanzó a decir Abino antes de quedarse muda y con la boca abierta. Conocía a este médico, estaba segura. Logró continuar —: a usted lo conozco de la clínica del doctor Kokoro. Nos hemos visto varias veces. Usted es el dueño de Nike.

Abino había coincidido con él en diversas ocasiones en la sala de espera de la Clínica Veterinaria Suda. Él era quien se había quedado con el gato negro rescatado en este piso junto a Chitose. Aunque desconocía su nombre, sabía que el gato se llamaba Nike. Abino seguía perpleja, pero se sentó en la silla que le ofreció el médico, que volvió a sonreír cariñosamente.

—Y bien, dígame, ¿qué le pasa?

—¿Que qué me pasa...?

No supo qué contestar. El hombre que tenía delante debía de ser un médico de verdad. La consulta había comenzado. Pero siguió sin encontrar

una respuesta: al fin y al cabo, ella no tenía ningún problema. Su vida estaba en orden y estaba bien de salud. En realidad, no tenía muy claro lo que había venido a hacer allí.

Aun así, musitó sin pensar mucho:

—Mi gata se fue y no vuelve.

—Entiendo —respondió el médico sonriendo de manera afectuosa—. En ese caso, le voy a recetar un gato. —Giró la silla dándole la espalda a Abino y dijo—: Señorita Chitose, tráigame al gato.

A Abino le dio un vuelco el corazón.

—¿Chitose?

Se abrieron las cortinas y apareció la enfermera que había visto en la recepción. Traía un transportín en la mano. Era un transportín sencillo, de plástico, idéntico al que le habían dado en la Clínica Veterinaria Suda cuando se llevó a Chitose a casa por primera vez.

¿Será posible? Abino agarró el transportín con las dos manos.

—¿Chitose? ¿Eres Chitose?

Pero dentro había un gato con la cara redonda y de color marrón claro. El médico le dijo a Abino:

—Señorita Takeda, ¿vive usted con su familia?

La pregunta la cogió desprevenida y titubeó:

—¿Qué?... Oh, sí. Bueno, en realidad, no exactamente.

El médico rio.

—Ja, ja, ja. ¿En qué quedamos?

—No es mi familia de verdad, pero convivo con personas que son como mi familia.

—Entiendo. Se lo preguntaba porque para tener este gato es mejor que no esté viviendo sola. Es un gato bastante potente y su efecto podría resultar un poco excesivo si está sola. Tiene que tomárselo con moderación.

—Ya...

—Además, el alcance de su efecto es bastante amplio y quizá afecte también a las personas con las que convive. Pero si fuera el caso, no se alarme. De momento, tómese lo durante diez días, ¿de acuerdo? Le voy a preparar la receta que deberá entregar en la recepción antes de salir. Nos vemos dentro de diez días.

—Sí... —respondió Abino distraídamente mirando al gato dentro del transportín. El gato la observaba fijamente con unos ojos muy redondos.

Abino salió de la consulta y se sentó en el mismo sillón en la sala de espera. El peso del transportín que tenía sobre las rodillas le trajo recuerdos. Al principio, Chitose pesaba como este gato.

La enfermera asomó la cara por la ventanilla de la recepción.

—Señorita Takeda, venga aquí, por favor. —Abino se acercó y le entregó la receta, y la enfermera sacó por la ventanilla una bolsa de papel —. Encontrará dentro de la bolsa unas instrucciones, así que léalas con atención. No es necesario que vuelva cuando se haya tomado el gato entero y se encuentre mejor.

—¿Ah, no?

—Así es. Ya informaré yo al doctor, espero que se mejore. Cuídese mucho.

—Entonces, ¿qué hago con este gato?

—Cuídese.

—Oiga, pero ¿y el gato?

—Adiós.

La voz de la enfermera no revelaba ninguna emoción, y Abino no le pudo ver la cara porque miraba hacia abajo. Sacó las instrucciones y las leyó cuando salió del edificio.

Nombre: Mimio. Sexo: macho. Edad estimada: cinco meses. Raza: fold escocés. Alimentación: las cantidades adecuadas mañana y noche. Agua: a demanda. Limpieza del arenero: cuando sea necesaria. Básicamente, el gato puede permanecer libre. Como ya está acostumbrado a las personas, puede dar la impresión de que se ha familiarizado con usted inmediatamente, pero en realidad está estudiándolo y está más alerta que tranquilo. Es importante que le haga caso y se acerque a él, pero si lo persigue podría escapar, así que no lo acose. Por las noches, el gato debe dormir en la misma habitación que el/la paciente. Nada más.

—¿Qué significará todo esto?

Abino tenía sentimientos encontrados. Llevaba más de un año sin tener ningún gato cerca. No se atrevía a acercarse a Mimio pensando en la reacción de Chitose si apareciera de pronto y detectase en su ropa el olor de otro gato.

Pero el médico le había endosado al animal sin que ella estuviera mentalmente preparada para tener otro. Tomoka le había dicho que hablar con el médico podría serle útil. ¿Acaso era aquello el comienzo de algo que aún no lograba vislumbrar?

Salió del oscuro callejón y siguió avanzando, sintiéndose aún sumida en una densa niebla mental.



Shizue, la *okami*, estaba tumbada en el suelo intentando que Mimio la mirara. Yurie, la compañera *geiko* de Abino, también estaba tumbada bocabajo al lado de Shizue.

Yurie agitó con movimientos rápidos y breves un juguete para gatos, un alambre con una pluma adherida en su extremo.

—Mimio, guapetón, mira esto, anda, ven aquí, ven conmigo.

Mimio miró sucesivamente a las dos y se acercó a Yurie con pasos cortos. Entonces, Shizue lo tentó mostrándole una barrita de chuches para gatos que había comprado quién sabía cuándo.

—Mimio, mejor ven conmigo, que tengo esto para ti.

—¡Eso no vale, qué tramposa! Abino, la señora Shizue está jugando sucio.

Abino contemplaba con una media sonrisa el simpático rifirrafe entre las dos para ganarse la atención de Mimio. Como Shizue era una amante confesa de los gatos, Abino ni siquiera le tuvo que preguntar si podía llevar a Mimio a la *okiya*. En efecto, Shizue lo acogió con los brazos abiertos, y estaba encantada con él. Yurie era una de esas *geiko* que, como Abino, había decidido seguir viviendo en la *okiya* después de haberse formado. Ellas dos habían cuidado mucho de Chitose durante el tiempo que estuvo en la casa.

Los fold escoceses tienen doblada la punta de las orejas, la cara redonda como un dulce *daifuku* y las patas cortas. Es una raza de gato muy popular por su aspecto entrañable. Mimio tenía las orejas más plegadas de lo habitual en estos gatos y sus puntas parecían pegadas a su cabecita redonda; de hecho, parecían más los lazos aplastados de una diadema que unas orejas. Sus ojos eran redondísimos y su cuerpo, rollizo. Si no fuera por las rayas marrón claro y los bigotes, podría parecer algún otro animal de la familia de los felinos.

Tal como decían las instrucciones, estaba habituado al contacto humano; venía si se le llamaba y jugaba tranquilamente en presencia de la gente, a la que deleitaba con sus graciosos movimientos. En ese momento, estaba jugando con un ovillo de lana.

—Es monísimo —comentó Shizue, cautivada—. Al mirarlo así, siento como si se me llenara un vacío que tengo en el corazón. Me alegro mucho

de que te hayas decidido a tener otro gato, Abino.

—Desde luego. Ahora estás más alegre, Abino. Llevabas un tiempo muy tristonera. Todavía me acuerdo mucho de Chitose y me da mucha pena, pero me encanta que hayas traído a Mimio.

A Yurie se le habían humedecido los ojos mirando a Mimio, pero de repente se puso a reír. Mimio no era capaz de abrazar el ovillo y estaba vuelto bocarriba.

—Señora Shizue, sabía que Mimio se parecía a algo y creo ahora sé a qué: se parece a un *ohagi*, ¿no cree?

—¿Te refieres al dulce *ohagi*, la bola de arroz glutinoso recubierto de pasta de judías *anko* o con alga *aonori*?

—Exacto. Pero en su caso, un *ohagi* cubierto de polvo de soja *kinako*. ¡Es tan redondito y apetecible!

—Pues sí, es verdad. Me gustaría que estuviera relleno de pasta de judías con grano *tsubuan*.

—A mí me gustaría más con *koshian*, la pasta de judías sin grano — dijo Yurie, que preguntó sonriendo a Abino—. ¿Y a ti?

Pero Abino fue incapaz de sonreír. Yurie y Shizue estaban volcadas con Mimio, y a Abino le preocupaba que lo quisieran tanto.

—Señora Shizue, Yurie..., no quiero ser aguafiestas, pero os recuerdo que dentro de tres días tengo que devolver a Mimio.

Las dos se miraron y rieron incómodas mientras se cruzaban miradas cómplices.

—A ver, Abino. Desde que te animaste a tener un gato nuevo te notamos mucho mejor anímicamente. ¿Por qué no le pides al médico de esa clínica que te deje quedártelo?

—¡Claro! Sabes que nosotras te ayudaremos a cuidarlo.

Era como si se hubiesen puesto de acuerdo con antelación. No, estaba claro que lo habían hablado a escondidas y que su propósito era proponerle que se quedara con Mimio.

Abino dijo, ocultando su turbación a duras penas:

—Pero señora Shizue, Yurie..., ¿qué estáis diciendo? —Su mente evocó la imagen de la enfermera diciéndole con la mirada baja que no tenía que volver a la clínica—. Este gato es prestado, no me lo han dado. Además, pobre Chitose... Es como si me hubiera olvidado de ella.

—Te equivocas, Abino, nada de eso. El que empieces a cuidar de otro gato no significa que te hayas olvidado de Chitose. Puedes seguir

esperándola toda tu vida. Pero también tienes que procurar ser feliz — opinó Shizue serena pero con firmeza. Luego dio unas palmaditas para llamar a Mimio y lo tentó de nuevo con el *snack* para gatos—. Ven aquí, Mimio, anda, ven, chiquitín, ¿no quieres la chuche?

Mimio soltó el ovillo de lana y fue hacia Shizue. Ella lo cogió en brazos.

—Qué bueno eres, Mimio. Abino, ¿a que no lo has cogido todavía desde que lo trajiste ni has jugado con él? —Shizue sujetó a Mimio por las axilas y lo encaró hacia Abino—. ¿Lo has llamado alguna vez por su nombre?

Como el gato tenía las patas cortas, suspendido por las axilas parecía como si estuviera levantando los brazos para celebrar algo. Y en medio de las patas, su simpática carita ovalada.

En condiciones normales, Abino hubiera sonreído. Pero cuanto más observaba los entrañables gestos de Mimio, más culpable se sentía. Aunque su intención era mostrarse cariñosa con él, era como si dejara tirada a Chitose y hasta sentía que esta la observaba desde algún sitio.

—Toma, cógelo en brazos —le dijo Shizue acercándole el animal, pero Abino apartó la cara y no lo cogió.

—No lo quiero coger. No quiero que Chitose se sienta mal cuando vuelva. —Y se marchó a su habitación en la primera planta para hundir la cara en la almohada y llorar.

«Chitose. Yo no te olvido. Nunca te olvidaré. No voy a cuidar de ningún otro gato más que de ti».

Oyó las risas divertidas de Shizue y Yurie. Mimio debía de estar feliz con ellas. No tenía por qué preocuparse, porque a Mimio ya lo atendían Shizue y Yurie.

Pero por la noche Shizue llevó a Mimio a la habitación de Abino. Era una habitación pequeña y, aunque no quisiera, el gato entraba en su campo visual. Abino trató de no mirarlo. Mimio tampoco se acercó a Abino, como si de pronto se hubiese vuelto tímido. Después de observar a Abino tirar del cordón de una vieja lámpara para apagar la luz, Mimio se fue a su cama de mimbre.

Otra noche más, Mimio se quedó contemplando a Abino desde su cama. Su mirada parecía anhelante. ¿Estaría triste? Tal vez sabía lo que Abino necesitaba y se compadecía de ella.

Después de un rato mirándose, Abino recordó lo que había dicho Yurie. *Ohagi*. Un *ohagi* ovalado recubierto de *kinako*. La cara redonda de Mimio era realmente como un *ohagi*. Orondo y esponjoso. A Abino le gustaban por igual los rellenos de *tsubuan* y de *koshian*. El *ohagi* es un pastelito muy dulce que te llena la tripa.

—Ju, ju...

Mimio reaccionó a la tibia sonrisa de Abino y echó su cuerpo hacia delante. Levantó una de sus cortas patas delanteras.

Abino se sorprendió: Mimio estaba buscando la ocasión para acercarse a ella.

«Hacerle caso y acercarse al gato. Prestar atención a su estado de ánimo». Abino recordó las instrucciones que había recibido en la clínica. Si lo llamaba, seguro que vendría. Pero solo con pensar que Mimio frotaría su cabeza redonda contra ella, sentía una opresión en el pecho y se volvía a sentir culpable.

No, no, se decía, y apartaba la mirada del gato.

Buscar el consuelo de otro gato para aliviar su sufrimiento era traicionar a Chitose. No debía abrir con tanta facilidad su corazón a Mimio como lo hacían Shizue y Yurie. Tenía que mantener cierta distancia con él.

Después de estar un rato con la pata levantada sin moverse, Mimio la terminó bajando. Debió de perder el interés.

La carita redonda de color de polvo de soja parecía un poco triste.



Abino le cogió la mano a Ioka durante el corto trayecto hasta el taxi aparcado en la entrada del establecimiento.

—El suelo está mojado, presidente Ioka, tenga cuidado.

—Ha caído una buena, ¿eh?

Antes de subir al taxi, Ioka levantó la cara para admirar el cielo nocturno. Había estado lloviendo a mares hasta hacía tan solo unos instantes, pero ahora no se veía una sola nube en el cielo. La luna llena iluminaba como una bombilla gigante el muro de piedra mojado del restaurante.

—Cuento contigo también para el próximo día. Volveré con el doctor Suda y un voluntario de la casa de no sé qué que vendrá con él. Espero que pasen un buen rato en tu compañía.

—Muy bien. Estaré encantada de recibirlos.

—Imagino que el chaval que venga con el doctor Suda se quedará alucinado cuando vea a una chica tan guapa como tú. Aunque, al parecer, es un tipo raro que solo habla de animales.

—Entonces, creo que nos llevaremos muy bien. Yo también soy rarita. Los estaré esperando con muchas ganas.

Abino se despidió de Ioka y, después, volvió junto con otras *geiko* a la *okiya* en la furgoneta que las había traído al restaurante. Las *geiko* que iban con ella fueron bajando en distintos puntos del trayecto y Abino, que vivía en la *okiya*, se quedó sola en el vehículo.

Miró la luna desde la ventanilla del coche y la vio tan hermosa que le entraron ganas de volver caminando hasta la *okiya* bañada en su luz. Aunque nunca iba sola por la calle de noche tarde, pensó que no pasaba nada por un día, así que le pidió al conductor que detuviera el vehículo poco antes de llegar a su destino y se bajó de él. Dio la espalda a los neones de los establecimientos de la avenida y a los faros de la furgoneta y comenzó a caminar tranquilamente, viendo que tampoco había gente en la calle a quien pudiera llamar la atención su atuendo de *geiko*.

Levantó la cara al cielo. Flotaba una luna enorme y brillaba dorada. Parecía un *ohagi* embadurnado de *kinako* amarillo.

—Vaya...

Abino se detuvo. De tanto evocar el *ohagi* en su imaginación, la luna se le apareció como Mimio. El rostro de Mimio flotando en el cielo nocturno, dorado, redondo y con orejas como lazos aplastados. Que la luna le recordara un *ohagi* ya era para hacérselo mirar, pero que eso le pareciera ahora la cara de un gato...

—Jo, estoy harta...

Aquello era demasiado. Apartó la cara también de la luna.

«Mañana es el día. Mañana, cuando devuelva a Mimio en la clínica, me liberaré para siempre de esta rara angustia».

Hasta que había llegado Mimio, solo pensaba en Chitose, pero ahora Mimio no paraba de distraerla con su presencia.

«Eso es. Tengo que centrarme en Chitose; pensar en Chitose y en nadie más. Ella solo me tiene a mí. No puedo ser tan egoísta como para

pretender rellenar con otro gato este vacío que tengo en mi corazón. No debo ser feliz sin Chitose. Ella no se merece que la traicione así».

El muro de piedra mojado de la *okiya* relucía reflejando la luz de la luna. El corto paseo había concluido y Abino estaba delante de la casa.

Se llevó un susto cuando estaba a punto de coger el tirador de la puerta de entrada. Se puso en guardia creyendo por un instante que una negra sombra que se había movido era la de una persona. Pero lo que había en el extremo de la alargada sombra que se extendía por el muro mojado era un gato. Su figura, recortada por la luz de la luna, era la de un gato negro. La silueta de su cola levantada tenía la punta ligeramente doblada.

«No puede ser». Abino escrutó la figura frunciendo el ceño y aguzando la mirada. El gato fue hacia ella y pudo ver la mitad de su cuerpo entre tinieblas. Un cuerpo redondeado y unas patas cortas. La punta doblada de la cola debió de haber sido cosa de su imaginación.

—¿Mimio...?

Abino sintió un sudor frío. Era muy raro que a esas horas el gato no estuviera en su habitación de la primera planta. Pero cuando el animal se le fue acercando y pudo observar con nitidez su figura, vio que era Mimio. El gato se había escapado de la casa y estaba en la calle.

«¿Otra vez? ¿Cómo es posible?»

Abino le tendió la mano. Mimio reuló con rapidez, distanciándose para que ella no lo pudiera coger. La mitad de su cuerpo volvió a sumergirse en la oscuridad. Su expresión no era la que solía tener en la *okiya* y estaba claramente muy alerta a la reacción de Abino. Se quedó mirándola con la pata delantera levantada, preparado para salir corriendo en cuanto lo creyera necesario.

—Mimio..., buen chico, anda, ven aquí. Toma, mira, te doy una chuche. Te gustan mucho estas chuches, cariño.

Cuanto más le hablaba a Mimio, más contraía este su cuerpo como un resorte listo para salir disparado. Para los animales domésticos, el mundo fuera de casa es un entorno totalmente nuevo y desconocido. La excitación y el miedo le debían de estar impidiendo oír siquiera su voz.

Mordiéndose el labio, Abino pensó además que poco le importaría lo que ella pudiera decirle. Durante los pocos días que lo había tenido en casa, había evitado tener contacto con él y había ignorado de forma sistemática sus intentos de acercamiento. Era normal que no confiara en ella.

Aun así, tenía que hacer algo. Ahora mismo, o las consecuencias serían irreversibles. No debía perseguirlo como había hecho aquella noche. Un paso en falso y el gato desaparecería.

A Abino le temblaba el cuerpo. Tenía miedo, no quería volver a perder otro gato.

—Mimio —dijo, y se arrodilló en los adoquines de piedra mojados—. Mimio, no tengas miedo, ven aquí conmigo.

Abrió despacio las manos. Mimio parecía seguir desconfiando de ella y a punto de irse corriendo. A Abino se le agolpaban las lágrimas en los ojos y le temblaban los labios.

—Perdóname, Mimio, por haber sido tan fría contigo. Has venido a mi casa con toda la buena intención del mundo y ni siquiera he sabido agradecértelo. Pero es que no quería encariñarme demasiado contigo, Mimio, ¿me podrás entender? Sentía como si por quererte a ti, fuera a olvidarme de Chitose y eso me daba tanta pena... Lo siento de verdad, lo siento muchísimo.

Las lágrimas le caían por las mejillas. No podía dejar de arrepentirse de la pérdida de Chitose. Ese sentimiento de culpa la tenía paralizada, era incapaz de ver la realidad.

—Mimio, por favor, no te vayas. No me dejes sola otra vez —dijo Abino con los ojos cerrados, como si rezara.

«Vuelve. Vuelve, por favor, gatito mío».

Algo frío rozó la yema de sus dedos. Mimio la estaba lamiendo con su lengua áspera como papel de lija. Después, le restregó su cabecita redonda en las manos.

—Mimio...

Lo cogió despacio y lo abrazó. Pesaba y desprendía calor. La suavidad del cuerpo que se estiraba y alargaba le arrancó una sonrisa.

Abino entró en la *okiya* con el gato en brazos, que saltó con agilidad al suelo de la entrada como si nada hubiera sucedido y avanzó con paso ligero hacia el fondo de la casa. Shizue, que había salido a recibirlos, se sorprendió al ver a Mimio. El gato pasó entre sus piernas.

—¿No me digas que estaba fuera? Pero si hasta hace solo un ratito estaba arriba...

—Es la segunda vez que pasa, señora Shizue. ¿No será que tenemos algún agujero en la casa por el que los gatos pueden salir a la calle?

—Espero que no, pero visto lo visto...

Las dos fueron al cuarto de Abino, una habitación de estilo japonés en la primera planta de una antigua *machiya*. Se quedaron de piedra nada más entrar.

—¡La ventana está abierta! —exclamó Shizue desconcertada—. Estoy segurísima de que la cerré expresamente, con el cerrojo y todo, antes de traer a Mimio aquí. ¿Será que me despisté e hice mal algo?

El aire fresco penetraba en el cuarto como aquella noche. Abino se acercó a la ventana. Solo estaba un poco abierta, pero la abertura era suficiente para que pasara un gato sin dificultad. Era evidente que Mimio había salido por la ventana.

—Señora Shizue.

—Te pido disculpas, Abino. Lo siento mucho. Por poco Mimio también se nos va como Chitose. No tengo excusa, lo siento de veras.

Abino se quedó mirando fijamente la cerradura de media luna de la ventana.

—Fíjese en esto, señora Shizue. El cerrojo no se queda fijo en esta hoja de la ventana y se suelta con facilidad.

Entre las hojas de la ventana había una abertura y la cerradura no se quedaba enganchada en el soporte del pestillo. Por eso, aunque se hubiera echado el pestillo, la ventana se abría con facilidad a poco que se empujaran las hojas hacia fuera.

—Es verdad. ¿Cuándo se habrá fastidiado la cerradura? —dijo Shizue con irritación.

Abino abrió y cerró la ventana varias veces. ¿Desde cuándo pasaba esto? Tenía la costumbre de comprobar que la ventana estuviera bien cerrada antes de salir a la calle. ¿Cómo es que no se había dado cuenta de que la cerradura no estaba bien?

A Abino no le convencía que aquello fuera el resultado de un simple despiste y asomó la cabeza por la ventana para escrutar la pared exterior del edificio y el tejado. Vio entonces que el canalón que bordeaba la ventana estaba suelto y apoyado en su marco, presionándolo con su peso. Shizue también sacó la cabeza y echó un vistazo.

—Ah, mira eso. Es que el canalón se suelta a veces por el peso del agua. Espera un momento, que lo vuelvo a poner en su sitio.

Shizue estiró el brazo y recolocó el canalón, lo que alivió la presión sobre el marco y eliminó el resquicio entre las hojas.

—Esto fue lo que hizo que la ventana...

—¿Qué? ¿Has dicho algo?

—No, nada. Señora Shizue, será mejor que llamemos a un carpintero y nos arregle el canalón para que no se vuelva a soltar.

—Sí, tienes razón. Mañana mismo llamo a uno.

Abino giró con mucho cuidado la cerradura de la ventana. El pestillo quedó encajado en el soporte haciendo clic.

El candado dejaba de cumplir su función cada vez que el canalón se soltaba y caía presionando el marco de la ventana. La noche que Chitose había desaparecido también llovía muchísimo. Era muy probable que aquel día la ventana quedara bajo el peso del canalón, de tal manera que se habría abierto con un simple empujoncito. Aunque a estas alturas no había forma de comprobarlo, Abino sintió que se le quitaba la espinita que tenía clavada en el corazón.

Una voz dijo fuera de la habitación:

—Abino, he traído a Mimio. ¿Puedo entrar?

Abino comprobó que la ventana estaba bien cerrada y abrió la puerta. Yurie llevaba al gato en brazos.

—Muchas gracias, Yurie —le dijo Abino mientras tendía los brazos para cogerlo. Yurie, sin embargo, no parecía dispuesta soltarlo.

—¿Qué pasa, Yurie? —preguntó Abino, y Yurie meneó la cabeza.

—No quiero que te lleves a Mimio. Quiero que nos lo quedemos para siempre. No lo sacaré de mi habitación, si así lo quieres tú, Abino; lo cuidaré yo misma y no molestaré a nadie.

En ese momento, Abino se dio cuenta de que ella no era la única que sufría la pérdida de Chitose. Shizue y Yurie también lo habían pasado mal.

Mimio tenía posada su cabecita redonda en el hombro de Yurie. Aunque aparentemente era un gato fácil, si al final se decidían a adoptarlo seguro que surgirían problemas, y para que el gato se sintiera en confianza toda la familia tendría que implicarse. Todo el mundo sabe el esfuerzo que supone adoptar y cuidar un gato. Además, la experiencia previa con uno no garantiza el éxito de la convivencia con otro nuevo.

La mañana siguiente era el día en que tenía que devolver a Mimio. La enfermera le había dicho que no era necesario, pero eso no podía ser. No solo por el gato: Abino quería volver a ver al médico para hablar con él y poner orden en sus sentimientos.



Abino empujó suavemente la puerta de la clínica con una mano; en la otra llevaba a Mimio en el transportín. Vio a la enfermera sentada en la recepción. La enfermera alzó la mirada.

—Vaya, ha vuelto. No la esperaba, para ser sincera. Es usted muy formal.

Sus gestos seguían siendo igual de fríos. Y esa cara... Era como estar mirándose en un espejo. Su cara y su voz eran idénticas a la suya.

Pero pensó que quizá estaba exagerando y se sentó en el sofá.

—Pase, por favor —dijo una voz desde la consulta. Abino entró en la consulta y encontró al médico sonriendo afectuosamente—. Vaya, vaya, tiene muy buena cara. Veo que el gato le ha hecho efecto.

—Bueno...

Abino se sentó un poco confundida en la silla frente a la mesa. Este médico era idéntico al dueño de Nike, el tal Kajiwara, que Abino había visto de vez en cuando en la sala de espera de la Clínica Veterinaria Suda con su gato. El doctor Suda le había contado un día que este hombre trabajaba en una protectora de animales. ¿Sería un médico que hacía voluntariado en su tiempo libre? Aunque sus maneras eran diferentes, su apariencia era idéntica. Abino quiso ponerlo a prueba:

—Por cierto, ¿qué tal Nike? ¿Bien?

El médico asintió sonriente.

—Sí, yo estoy muy bien. Y ¿su gata ha vuelto?

—¿Qué?

—¿Ha vuelto su gata?

La pregunta del médico la cogió con el pie cambiado. El transportín se agitó encima de la mesa. Aunque el gato estaba tranquilo, sentía las vibraciones que causaban sus movimientos dentro del transportín. Mimio estaba con ellos.

—Sí. Ha vuelto.

—¿Ah, sí? Muy bien. Me alegro mucho. Por favor, señorita Chitose, llévese al gato... —dijo el médico haciendo ademán de coger el transportín. Abino se lo impidió apresuradamente.

—No quiero ser impertinente, pero ¿Mimio es suyo, doctor? Porque en ese caso...

—No, no. Este gato no es mío —dijo riendo un poco—. Este gato es de una tienda de animales. A pesar de que es de una raza que tiene mucho éxito, parece que a la gente le gustan más los que tienen las orejas más aplastadas, y este ha ido creciendo sin que se lo llevara nadie. Como la gente quiere llevarse gatitos y no gatos adultos, este se ha quedado ya fuera del mercado.

«Fuera del mercado. Qué eufemismo tan cruel», pensó Abino, y frunció el ceño sin darse cuenta.

El médico siguió impasible:

—Al final, una tienda de animales es un negocio, así que, aunque haya crecido demasiado para que pueda venderse con facilidad, le tienen que dar salida de alguna forma y está pasando de una tienda a otra, a ver si le cae en gracia a alguien. A veces hay suerte y en otra tienda se lo acaban llevando. Ojalá lo adopte alguien en la siguiente tienda. Venga, vámonos.

El médico se levantó, cogió el transportín rápidamente e intentó cruzar las cortinas. Abino lo volvió a detener.

—Espere, por favor. ¿Me podría decir dónde está esa tienda de animales? Si fuésemos a esa tienda, ¿podríamos encontrar a Mimio?

—No lo sé. Aunque imagino que lo terminarán encontrando si lo buscan con todas sus ganas.

—Pero ¿cómo que...?

En ese momento se descorrió la cortina y apareció la enfermera. Traía una expresión antipática y el entrecejo arrugado.

—Doctor, no se haga de rogar —dijo la enfermera, que le arrebató al médico el transportín y añadió mirando a Abino—: Este gato estará en un centro comercial que hay en Kusatsu, en la prefectura de Shiga.

—En un centro comercial de Kusatsu, en Shiga... De acuerdo. O sea, que si voy allí, podré ver a Mimio.

—Sí, aunque todo depende un poco de la suerte, ya sabe. En los festivos, los centros comerciales se llenan de familias, así que, si lo quiere encontrar allí, yo que usted iría cuanto antes.

—Cla, claro... Lo antes posible, sí.

—Y no se preocupe por mí, que sé apañarme sola —dijo la enfermera, que apartó la cara con gesto desabrido y añadió—: Solo fue que ese día, en ese momento, me dio por ahí; pero no esperaba que viniera a por mí, ni lo hice para molestarla ni preocuparla. Lo decidí yo solita y me fui por mi

cuenta y riesgo. Así que deje ya de lloriquear tanto y pase página de una vez.

Abino no entendía nada de lo que estaba diciendo y estaba pasmada. La enfermera se puso ceñuda y, con un ambiguo gesto entre avergonzado y altivo, le dijo:

—Hay demasiados gatos en el mundo para andar obsesionada con uno solo, ¿sabe usted? Así que vaya a buscar a este a ese centro comercial y olvídense de mí cuanto antes. Parece un poco torpón y algo lelo, pero eso no quita para que sea un gato bien guapo. Pienso que congeniarán, ¿no cree?

—Gra, gracias... —dijo titubeante Abino.

La enfermera desapareció llevándose el transportín antes de que Abino pudiera terminar de darle las gracias. Definitivamente era una mujer peculiar. Con todo, y aunque de aquella manera, le había dado un consejo. Un segundo antes, Abino aún no tenía claro qué hacer con Mimio a pesar de los deseos de Shizue y Yurie. Tal vez se habría echado atrás si no se hubiesen dado todas las condiciones que ella esperaba.

Pero las palabras de la enfermera decantaron definitivamente su decisión.

El médico seguía mascullando algo con gesto quejumbroso:

—Me habéis dejado como el malo de la película..., con todo lo que he hecho por Chitose.

—¿Doctor?

—¿Sí?

—He hablado con mi «familia» y nos gustaría quedarnos con Mimio. ¿Qué le parece?

—¿Que qué me parece? —preguntó el médico riendo extrañado, y mientras ladeaba la cabeza añadió—: ¿Le preocupa lo que yo pueda pensar sobre eso?

—Bueno, es que... —comenzó Abino, aunque se interrumpió y bajó la mirada. Lo cierto era que no sabía muy bien qué clase de clínica era esta ni sabía con certeza quién era este médico. Pero era el único que podía responder la pregunta que la martirizaba. Se decidió y levantó la cara—: ¿Qué le parecerá a Chitose?

—Ja, ja, ja. No tengo ni idea. Aunque antes estuvo haciéndose la valiente, lo cierto es que sean gatos o personas, lo que uno está pensando solo lo sabe el que lo está pensando. Pero lo que sí le puedo decir es que,

desde el punto de vista de los gatos, quienes sienten apego son las personas, no ellos. Los gatos también tienen su propio mundo, su pequeño mundo, sí, pero su mundo al fin y al cabo. Ellos solo miran hacia delante desde el mismo instante en que dan el paso para entrar en un mundo nuevo. Incluso aunque en ese mundo les toque sufrir mucho. A usted le cuesta soltar la cola que agarró una vez no porque sienta pena por la gata, sino porque no soporta la tristeza de quedarse sin ella. Pero para la gata esa unión es inquebrantable esté donde esté, porque la sigue queriendo a día de hoy —dijo el médico, que sonrió cariñoso—. Creo que va siendo hora de que suelte la mano y la despida con la conciencia tranquila.

—Despedirla...

Era lo que le había dicho Suda el mismo día que Abino adoptó a Chitose. Creía estar mentalizada para afrontar el momento.

En realidad no lo estaba en absoluto. Sentía tanta pena que se había olvidado de aquella resolución y quiso retenerla a toda costa. No tuvo que pasar por el difícil trance de la despedida porque Chitose se había marchado sin previo aviso. Aun así, siguió tratando de retenerla, no la dejó ir. No quería que se fuera. No quería perderla.

Pero ahora sí; ahora soltaría la mano. Ahora la dejaría irse. Los dueños de los gatos están siempre para despedirlos.

Abino cerró los ojos. Una gata tricolor con la cola ganchuda y el pelo lustroso. El color del pelaje partido en dos sobre el puente blanco de la nariz. Orgullosa y seductora. Su mirada revelaba una voluntad fuerte y cuando se volvía mimosa lo hacía siempre con elegancia. Ahora le diría tantas cosas; tantas cosas que cuando la tenía delante no se había atrevido a decir ni siquiera a sí misma...

«La felicidad fue breve, pero intensa. Perdóname por no haber sabido protegerte. Gracias por haber estado conmigo. Te quiero. Te quiero mucho. Muchas gracias. Adiós. Te quiero. Te quiero muchísimo».

Abrió los ojos y vio que el médico también los tenía cerrados. Abino permaneció en silencio creyendo que le estaba dejando tiempo para que se calmara, pero al rato el médico comenzó a tambalearse.

—Oiga, doctor.

—¿Sí? —dijo el médico, despertando del letargo—. Oh, ¿ya está?

—S, sí...

—Muy bien, me alegro. Entonces, ya no tiene que volver más por aquí. Que le vaya muy bien.

Abino asintió en silencio y salió de la consulta. No había nadie en la desangelada sala de espera. Recordó las paredes repletas de fotografías de la sala de espera de la Clínica Veterinaria Suda y a los dueños de las mascotas con quienes había coincidido sentada en el sofá mientras esperaban a ser atendidos. Aunque los dueños se limitaban a poco más que a intercambiar saludos breves, tal vez los gatos compartían sensaciones y sentimientos a través de sus respectivos transportines. Quién sabía si Chitose y Nike no estuvieron comunicándose.

La enfermera estaba sentada detrás del mostrador de recepción. Abino la saludó con un leve movimiento de cabeza y posó la mano en el pomo de la puerta. Justo en ese momento, la enfermera le dijo:

—Me prometiste que sería para siempre.

—¿Cómo?

Se giró dando casi un respingo, pero la enfermera permanecía impassible con la mirada baja.

—Perdóname que no te haya podido acompañar en tu «para siempre».

—Después, la enfermera levantó la cara y añadió con una levísima sonrisa —: Cuídate mucho.

—Gracias...

Abino salió de la clínica y del edificio. No entendía nada de nada. Elevó la mirada para contemplar el edificio y vio encima el cielo azul. Avanzó por el callejón y sacó el móvil para hacer una llamada.

—Hola, Yurie. Mira, en la clínica me han dicho que Mimio va a estar en un centro comercial de Kusatsu. Estoy pensando en ir a por él... ¿Quieres venir conmigo? ¿Seguro que puedes? Ah, vale, que se lo pides a la señora Shizue... Vale, sí, venga, iremos juntas a buscarlo.

Salió del callejón a una de las calles que componen las retículas ortogonales de la trama urbana de Kioto. Esa disposición de las calles desorientaba fácilmente a quien se adentrara por ellas, incluso a los que conocían la ciudad.

Pero ahora, Abino miraba de frente y no se perdería.



Nike se quedó solo en la estrecha consulta.

Levantó la cabeza y lanzó un vistazo al techo. Había nacido y crecido allí. Aunque el aspecto había cambiado, era imposible olvidarse de su olor. En aquel entonces tenía muchos compañeros, pero finalmente se había quedado solo. Cerró los ojos y dejó que pasara la sensación de soledad.

La cortina se descorrió de golpe. Nike se asustó y a punto estuvo de caerse de la silla. Chitose lo miró con frialdad.

—Pero ¿qué hace, doctor Nike?

—Eso le pregunto yo, señorita Chitose. ¿Cómo es que sigue aquí todavía?

—¿Quién atendería la recepción si usted se quedara sin mí? ¿Quién iba a cuidar de los gatos? ¿Y de usted?

—Bueno, bueno, tampoco es para tanto. Ya me las arreglaría. Soy bastante más responsable de lo que pueda parecer.

—¿No me diga? —dijo Chitose con sorna—. Sabe muy bien que, si no lo estoy vigilando, se queda dormido enseguida. Ni siquiera piensa mucho en los gatos que receta, ¿o me equivoco? Hasta ahora todo ha salido bastante bien, pero ¿qué va a pasar cuando no recibamos más gatos que no tengan adónde ir?

—Nada, mujer, no se preocupe, todo irá bien. Tengo mucho cuidado al recetar el gato adecuado a cada paciente, se lo aseguro.

—¿De verdad? ¿No está fiándose demasiado de la suerte y el instinto?

Chitose lo tenía calado, y Nike no pudo más que agachar la cabeza entre avergonzado y molesto.

—Pero qué cosas me dice usted... En cualquier caso, su paciente ya se ha ido, así que de mí no se preocupe.

—A buenas horas —dijo resignada, antes de lanzar un suspiro—. Para bien o para mal, algo me dice que debo seguir con usted. Así que seguiré aquí hasta que llegue su paciente.

—Oh, bueno, en ese caso... —repuso Nike sin poder contener la sonrisa.

Se oyó un ruido en la entrada y, a continuación, una voz. Alguien los estaba llamando. Chitose miró por un resquicio de la cortina.

—Vaya, ha llegado un paciente. Espero que sea el que viene con cita.

—Lo dudo. Parece una mujer, además. Será que el viento va propagando el rumor, porque no me lo explico... Ya no tengo tiempo ni de echarme la siesta.

—¡Pero cómo se atreve! Si estaba durmiendo ahora mismo.

—No, no, nada de eso. Solo estaba saboreando con tranquilidad la soledad.

—Quién sabe si el viento le terminará dando una alegría, doctor Nike. Soplando, soplando, ha acabado trayéndome a mi dueña. Quizá tarde más de lo que nos gustaría, pero seguro que su paciente va a aparecer. Compóngase, doctor, que le voy a pasar al paciente.

Chitose desapareció detrás de las cortinas con su habitual gesto impasible. A los pocos instantes, entró en la consulta una mujer con expresión sombría. Según dijo, había llegado a la clínica siguiendo un rumor que había oído en algún lugar a alguien que no recordaba. Estaba nerviosa, preocupada. Nike terminó de escuchar a la paciente y dijo con una sonrisa generosa:

—En ese caso, le voy a recetar un gato. Señorita Chitose, tráigame el gato, por favor.



SYOU ISHIDA (Kioto, 1975) comenzó a escribir mientras trabajaba en el sector de las telecomunicaciones. Su primera novela, *Tomato Sensei*, le valió el prestigioso Japan Grand Prix. Con *Te receto un gato*, bestseller en Japón y ganador del Premio Kioto a la Mejor Novela, conquistó el reconocimiento internacional, con ediciones en más de 32 idiomas.

# Notas

[1] En japonés, *kokoro* significa «corazón», por lo que el nombre se podría traducir a «Clínica del corazón». No obstante, en función de cómo esté escrito, *kokoro* también puede leerse como apellido. (*N. del t.*) <<

[2] *Geiko* es el nombre que reciben las *geishas* en Kioto, y la *okiya* es la casa donde reciben entrenamiento. (N. del t.) <<